

Tío Sam. — **Estoy contento del laudo arbitral; por fin voy a conseguir que se den la mano.**

Ser precavido

No es ser desconfiado.

A ningún Comerciante honesto puede molestarle que el público exija la seguridad de que le venden un artículo legítimo.

Cuando desee adquirir la verdadera

"ASPIRINA BAYER"

EXIJA que sobre el cierre de la cajita que contiene el tubo con las 20 tabletas del incomparable producto, se halle adherida la *ESTAMPILLA FISCAL* con la "Cruz Bayer".



COLOR ANARANJADO

¡SÓLO ASÍ ES LEGÍTIMA!

¡No acepte jamás tabletas sueltas!

Si sólo necesita una dosis, pida un "SOBRE BAYER" que contiene dos tabletas. Rechace toda tableta suelta que pretendan venderle aunque vea que la sacan de un tubo auténtico. De este modo impedirá que lo sorprendan en su buena fe.





BAJO LA LLUVIA

El profesor Julián Ardel salió aquella noche de su casa muy apresurado. Llevaba un amplio sobretodo forrado de pieles, y la cabeza baja, cubuerta por un sombrero de fieltro calado hasta los ojos. Era invierno; corría un viento glacial.

A nadie extrañaría ver al profesor Ardel tan apresurado, pues era lógico que con tiempo semejante no caminara a paso lento. Pero no residía en esto la causa; siempre, indefectiblemente, el distinguido profesor andaba de prisa.

—¡Oh, este sinnúmero de ocupaciones! — solía decirse. — ¡Me agobia! ¡Me agobia!

Y nada era más cierto: se hallaba materialmente agobiado; si no fuera porque caminaba tan de prisa, se hubiera dicho que contaba las baldosas de la acera.

Cuando el profesor dobló la esquina de su casa una voz conocida le hizo elevar el rostro.

— ¿Coche, doctor?

— Sí, sí; ¡vamos al «Club Francés»! — dijo al mismo tiempo que penetraba en el vehículo.

Tosió el cochero, se oyó inmediatamente un chasquido del látigo y partieron los caballos al galope.

El distinguido profesor, apoltronado en un ángulo del asiento, viajaba incómodo y nervioso; no conseguía abstraerse en los pensamientos que más urgente solución requerían, debido al fuerte viento que, con la celeridad del carruaje, parecía haber duplicado su frigidez y su violencia. Revolvíase en el asiento, miraba ya a un lado, ya a otro, y todas las cosas — los árboles de las aceras, encorvados y murmurantes; la tos del cochero, que a cada instante le atacaba, sacudiendo sus hombros y agobiando su espalda, cubiertos por un gabán descolorido y *roto* — le absorbían la *atención* al par que lo desviaban de lo que más quería pensar. Por último decidió aplazar todos sus graves pensamientos para cuando regresara del «club», y, en consecuencia, libre ya de esta preocupación, se encontró cómodo y feliz. Estiró sus piernas lo más que pudo, dejó a su lado una pequeña valija que llevaba, y se arrellanó en el asiento.

Las cuadras continuaban sucediéndose, todas desiertas, enfiladas todas de árboles encorvados por la furia del viento. Persistía la tos del cochero, agitando sus hombros, apagada a veces por el ruido que producían los cascos de los caballos sobre las piedras de la calle.

El profesor Ardel comenzó a pensar en su cochero. Dsede tiempo atrás lo conocía, acaso haría seis años; precisamente ese gabán que ahora llevaba, todo descolorido y roto, él se lo había regalado. Pero notaba una cosa extraña, algo en que no había reparado anteriormente, y que le producía un efecto desagradable e inquietante: era su tos.

— ¡Caramba! — pensaba el profesor. — ¿Si estará enfermo este cochero?... ¡Buena broma sería!

Y cada nuevo acceso de tos daba lugar a otra reflexión.

— No hay duda, sí, no hay duda... ¡Y yo exponiéndome a llevar el contagio a mi casa! ¡Pues no faltaba más!

El profesor ya no deseaba nada que no fuera llegar cuanto antes al «club»; le parecía que entonces terminarían sus inquietudes, pues había decidido no servirse más de «su» cochero. Así fué que, cuando el carruaje se detuvo, el profesor Ardel descendió de un salto, sin acordarse de dar orden alguna, y traspuso las escaleras del suntuoso edificio con más prisa que de costumbre.

* *

En el «club» se daba una fiesta. Por las amplias ventanas iluminadas veíanse cruzar parejas ondulantes, en bellos giros voluptuosos; visto desde la calle, nada más embriagador que ese desfilar lento y cadencioso, todo alegría y juventud. La música que animaba la danza, clara y distinta a veces, se atenuaba o diluía en largos tonos melancólicos cuando arreciaba el viento.

Comenzó a caer una lluvia fina.

—¡Eh! ¡Tomás! —exclamó de pronto el portero del «club». —¿A quién esperas?

—Al profesor Ardel.

—¡Cómo!... ¡Pues tienes para rato! ¿No sabes que el profesor viene a jugar su «partidita»?

El cochero tosió.

—No sé —dijo luego, en tono triste y como con desgana.

La lluvia empezó a caer más copiosamente y no cesaba el viento huracanado. Llegó otro vehículo; descendieron de él tres personas, dos caballeros y una dama, envueltos en confortables y amplios abrigos. El portero se estiró la chaqueta con ademán rápido y permaneció rígido y severo. Luego, cuando pasaron, continuó:

—¿Estás enfermo, Tomás? Debieras guarecerte de la lluvia, porque esa tos es mala.

—Sí, te acompañaré en el portal.

—¡Ah, no! ¡Está prohibido! ¡Por algo me han puesto este uniforme de general!... ¿Me comprendes? Aquí hace mal efecto una persona andrajosa... y más todavía un pobre diablo enfermo, tuberculoso —concluyó por lo bajo. Y agregó: —¿Para qué tienes el coche?

—Sí, ya lo había pensado; pero te dije eso por acompañarte, nada más.

Descendió el cochero de su asiento y fué a situarse en el lugar de los pasajeros. La lluvia había comenzado a calarlo; todo su cuerpo tiritaba y los accesos de tos se habían hecho tan violentos que a veces creía ahogarse. Envolvió sus piernas en la alfombrilla que cubría el piso del carruaje, cruzó los brazos y se quedó inmóvil.

Largo rato permaneció en la misma postura, sin mover un miembro, sacudido únicamente de vez en cuando por la violencia de la tos, que, sin embargo, se había tornado menos insistente. Pensaba en su enfermedad, en su mujer, en la bufanda gris que había decidido comprar...



...Por algo me han puesto este uniforme de general.

Pero su pensamiento era difuso, inarticulado; a veces le parecía que el golpeteo de la lluvia en la capota del carruaje y su pensamiento eran una misma cosa. Miraba la calle, donde los focos eléctricos producían reflejos largos y temblorosos contemplaba el castigar de la lluvia impulsada por el viento, y, a poco, tenuemente, sintió que sus ojos se dulcificaban en esta contemplación. Empezó a adormecerse.

Un farol del carruaje se había apagado, consumida la vela; tampoco el otro tardaría en extinguirse, pues ya lo denunciaba el parpadeo de su llama amarilla, cada vez más insistente. El cochero continuaba inmóvil.

—¡Vas a morirte! —oyó de pronto que alguien gritaba en su propio rostro.

—¿Qué? ¿Quién habla? —prorrumpió en voz ahogada.

El portero del «club» lo tenía asido por un brazo y no cesaba de sacudirlo al par que gritaba.

—¡Eh! ¡Tomás! ¿Estás vivo?

—Pero, ¿qué quieres?... ¡Déjame, hombre! ¿No ves que estoy enfermo?

—¡Ya sé que vas a morirte, pero eso no importa! —seguía el portero gritando; —¿me escuchas? Lo que importa ahora es algo que me ha dicho el profesor.

—¡Ah, el profesor!...

—Sí. Dice que aquí hay una valija. ¡Una valija! ¿entiendes, moribundo?

—¡Una valija!... No sé.

—¿Pero por qué no buscas en vez de mirarme con esos ojos? ¡A ver, imbécil! —Y comenzó a tantear con sus manos el asiento de hule.

—¿Qué es esto? —exclamó de pronto. —Aquí está mojado... y no parece agua. ¿Tienes fósforos?

—Sí —dijo Tomás, al par que se llevaba una mano a los labios. Y, presa de intenso escalofrío, rectificó: —Me parece que sí...

—¡Eres un animal! —continuaba vociferando el portero.— Has dejado apagar los dos faroles; ¡merecerías que te llevaran preso!... ¿Y los fósforos? Tengo las manos embadurnadas... ¡Aquí está la valija!... ¡Vamos, apúrate!

—Sí... No encienden. ¿A ver si puedes tú? Deben estar húmedos.

—¡Para nada sirves, zopenco! ¡Trae!

Y sin dejar de rezongar, comenzó a restregar los fósforos, que verdaderamente estaban húmedos. Luego, con un gesto de disgusto y chasqueando la lengua, los arrojó a la calle, mientras decía:

—¡Ahí tienes tus fósforos!

—¿Y el profesor? —balbuceó Tomás.

—El profesor no se sentará más en esta inmundicia de coche, ¿me entiendes?... En cuanto a la valija, no te interesa; me la llevo.

—¡Oye!... —pero no recibió contestación; el portero ya se introducía corriendo en el «club».

* *

Tomás se hallaba anonadado. Abandonó el asiento que ocupaba y fué a ubicarse de nuevo en su pescante, bajo el azote de la lluvia y el viento.

—Sí, estoy seguro de que es sangre —pensaba. —Lo que no alcanzo a comprender es cuándo ha ocurrido eso... ¡Ah, ya sé! Mientras dormitaba.. fué mientras dormitaba... ¿Y ahora?

Pensó que el profesor podía aparecer de un instante a otro, sentarse en el coche y manchar su rico sobretodo forrado de pieles; acaso también sus manos, como el portero... ¿Y qué ocurriría entonces?

No quiso pensar más en ello; pres-

tamente descendió de su sitio y fué a limpiar el asiento de hule. Dos o tres manchas pequeñas, del tamaño de una moneda, era todo lo que había; pero su diligencia fué mucha; con un gran pañuelo limpio restregó como si se tratara de las huellas de un crimen. Luego, cuando terminó la operación, volvió de nuevo a su asiento, muy apresurado.

Tornó a pensar en su mujer, en su enfermedad, en la bufanda gris... La lluvia acompañaba la tristeza de sus pensamientos; también los sones de la música, que, al atravesar las ventanas herméticas, se diluían en el viento, largos y melancólicos. Tomás dejaba de sentir, por instantes, todas las inclemencias del tiempo, pues una suerte de pesadez y de lasitud lo poseía, adormeciéndolo; sólo un fuerte acceso de tos conseguía devolverlo a la vida; y entonces tornava a pensar en su mujer, en su enfermedad, en la bufanda gris...

Preguntó la hora a una persona que a paso vivo cruzaba por la acera, envuelta en una gran capa encerada, y no le contestó.

— ¿Por qué? — se dijo. — ¿No podría haber contestado cualquier hora? ¿Soy menos que un perro?... — Pero bien pronto, mirando a la persona con mayor atención, cayó en la cuenta de que era una mujer. —

— ¡Ah, ah! ¡Una mujer!... Una mujer alegre—continuó diciéndose.— ¿Por qué las llamarán «alegres»?... Acaso sea Juanita... ¿Y quién es menos desgraciado de los dos, Juanita o yo, una mujer alegre o un cochero triste?... ¡Ja, ja! ¡Una mujer alegre! ¡Ja, ja!

Y su risa sarcástica se iba tornando cada vez más fuerte y mordaz; ya no era incisiva, como al principio.

— ¡Ja, ja! ¡Una mujer alegre!...

Y mientras repetía aquella frase comenzó a sentir escalofríos por todo el cuerpo, violentos y extraños.

— Debe ser fiebre... ¡Ja, ja! ¡Fiebre! — exclamó, sin saber a ciencia cierta lo que decía.

Llevó una de sus manos a la frente y cesó de reir. Era tan alta la fiebre que lo devoraba que al darse cuenta de ello se borraron todos sus pensamientos anteriores. Miró en su torno con mirada estúpida, creyó desvanecerse y empezó a agitar los brazos como si quisiera espantar a alguien. En ese instante apareció el portero.

— ¡Vas a morirte! — le gritó, sin siquiera mirarlo, como si decir eso fuera para él una costumbre. Estaba liando un cigarrillo. Transcurrido un minuto volvió a gritar: — ¡Eh! ¡Cochero tuberculoso! ¡Vas a morirte!

— ¡Canallas! — repitió Tomás. — No tienen vergüenza de engañarme en mis propias barbas...

Pero cuando terminó su trabajo y alzó la vista se quedó inmóvil y pasmado; no acertaba a explicarse el agitar de aquellos brazos, propio de un hombre que se ahoga. Figuróse que estaba loco.

— ¡Tomás! ¡Tomás! ¿Qué es lo que te ocurre? — gritó luego acercándose al vehículo. — ¡Tomás! ¡Tomás!

Este hubiera querido responderle: «Amigo, ¿por qué he de morirme?» — acompañando la frase con una sonrisa triste que ya se conocía; pero, dijo todo lo contrario.

— Sí, me muero... — pronunció dificultosamente. — Anda... anda y dile al profesor que ya no puedo esperarlo... porque me muero... ¡no!, porque me voy a casa... Que otro día... ¿entiendes?... sí, que otro día...

El portero desapareció corriendo. Dos minutos más tarde regresaba, y, con los ojos muy abiertos, decía a Tomás:

— ¡Aquí!... ¡Diez pesos... El profesor te manda diez pesos...

* *

Cuando Tomás llegó a su casa eran las tres de la mañana. La lluvia persistía monótonamente. Penetró en su cuarto tambaleándose, y luego de haber encendido una vela despertó a su mujer; no tenía fuerzas ni para desvestirse.

— ¿Traes dinero? — fué lo primero que ella dijo.

— Sí, traigo... Pero quítame la ropa pronto; necesito acostarme.

— Está borracho — pensó ella. Abandonó la cama y, sin preocuparse de abrigar sus hombros desnudos, comenzó a desvestirlo.

— ¿Cuánto dinero traes? — volvió a preguntar, segura de que le respondería una cantidad miserable.

— Doce pesos.

— No está borracho — pensó ella entonces; y concluyó de desvestirlo en silencio.

Cuando los dos estuvieron acostados la mujer no quiso apagar la luz; esperaba que Tomás hablase, que le dijera por qué se hallaba así... Y lo observaba con ojos recelosos.

Tomás no se movía. A no ser por su respiración afanosa hubiérase dicho que estaba muerto. De vez en cuando abría los ojos, tosía y los cerraba nuevamente. Así transcurrió toda la noche.

Ya era de día cuando su mujer, entre sueños, oyó que alguien hablaba.

— Me sienta bien — decía la voz. — Me sienta bien y abriga mucho...

La mujer creyó que era un sueño, uno de esos sueños que en la mañana se apoderan de nosotros en estado casi consciente. y, para ahuyentarlo, cambió de postua. Pero en ese instante recordó a

su marido, pensó en los sucesos de la noche, y abrió sus párpados.

— ¿Qué decías? — preguntó inquieta.

— Hablo con Simón y no contigo.

— Simón no está — respondió ella temblando.

— ¡Cállate!

La mujer no se dió cuenta de que Tomás deliraba. Le colocó una mano en la frente y, comprobando que tenía fiebre, abandonó el lecho presa de súbita premura. Fué a la cocina, encendió fuego para calentar el desayuno y volvió a su cuarto, penetrando en él de puntillas. Le pareció que Tomás dormía y salió nuevamente; esta vez se dirigió a casa de Simón.

Simón también era cochero y mantenía gran amistad con Tomás; acaso porque vivían muy cerca uno del otro, tan sólo casa por medio, o porque se parecían mucho. Los dos eran muy pobres, los dos eran flacos y tosían.

Cuando la mujer llegó a su casa y, apresuradamente, le contó lo ocurrido, Simón no dijo una palabra. Después salió silenciosamente, seguido de ella, también silenciosa.

Dos horas permanecieron junto a Tomás sin que éste despertara. Entretanto hablaron muy poco. Sólo de vez en cuando se oía un suspiro de ella; luego una exclamación.

— ¡Dios mío! — y se tomaba la cabeza con las manos.

Entonces Simón bajaba tanto el rostro que parecía querer esconderlo en sus rodillas. Y volvía otra vez el silencio.

— ¿Tardará mucho en sanarse? — preguntó ella de pronto.

— No; tal vez no — dijo Simón, dándose cuenta de que se ponía colorado.

— A mí me causa miedo cuando delira — continuó ella, después de una pausa; — parece que estuviera loco.

Simón no contestó. Y un nuevo silencio de media hora siguió a las últimas palabras, solamente interrumpido por los suspiros y exclamaciones de la mujer.

— ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Por fin Tomás se despertó. Miró a su mujer con mirada estúpida, luego a su amigo; después los ojos se le fueron tornando tristes. Tosió y dijo:

— ¡Qué tiempo de perros, Simón! ¡Cómo llueve!

— Sí, pero es una lluvia fina; lo que molesta es el viento.

— No creas, amigo; el viento grita, no hace otra cosa que gritar. Te digo que es la lluvia la que molesta.

— Puede ser — respondió Simón para no contrariarle.

— ¡Claro que sí, hombre! — continuó Tomás, delirando. — Yo la siento aquí, ¿ves?, aquí, en la espalda. Cada gotita me parece una aguja...

Simón se acercó a la mujer, y le habló en voz baja.

— Es imposible que continúe así — dijo. — Tiene que verlo un médico. Yo iré a buscarlo.

Salió Simón y a la hora estuvo de vuelta, pero sin el médico; dijo que vendría a la tarde.

Mientras tanto crecía la fiebre de Tomás y el delirio no lo abandonaba. Los accesos de tos eran más frecuentes y violentos; los ojos se le iban tornando cada vez más tristes...

— Rosa: tráeme la bufanda gris; quiero que la vea Simón.

— ¿Cuál bufanda? Recuerda que la estuviste por comprar, pero nunca...

— ¡Te digo que está en el coche, mujer! ¡Anda y tráela!

— ¡Tomás! — respondía ella, suspirando.

— ¡Está en el coche!... está en el coche... — Y, volviéndose a Simón, le decía: — Tiene unas rayas «así»... ¿ves?... «así»...

No hubo modo de convencerlo, y como él insistiera a cada instante, armado a veces con la cólera o con la súplica, entre Rosa y Simón decidieron comprarle una.

Cuando se la trajeron le brillaron de alegría los ojos.

— ¿Has visto, mujer? — no cesaba de repetir. — ¿Has visto? ¿No tenía razón yo?

— Sí — afirmaba Rosa tristemente.

— ¿Y estaba en el coche?

— Sí.

— ¿Debajo del pescante?

— Sí.

— ¡Espera!... Debajo del pescante, no. ¡Atrás, en el asiento grande!

— Eso es: en el asiento grande.

— ¿Has visto? — concluyó Tomás. — ¿No tenía razón yo? — Y luego, con el rostro radiante de triunfo, dijo a su amigo: — Es linda ¿verdad? Me sienta bien y abriga mucho... ¿Quieres que me la ponga.

— Sí sientes frío... — respondió Simón.

— Un poco... ¡Ahora verás! — Y diciendo esto, rápidamente envolvióse el cuello y la cara.

Después ya no habló más. A los diez minutos se quedó dormido.

* *

MURIÓ esa misma tarde, después de la visita del médico.

Una hora antes de morir ordenó a Simón que se retirara; luego hizo acercar a su mujer y le habló muy bajo, como con misterio.

— ¿Quién me ha traído esta bufanda? — le preguntó.

— ¿Quién? Tú mismo...

— ¿Por qué me mientes, Rosa — le contestó airado. — ¡Yo bien sé que esta bufanda me la han traído *ustedes*, sí, *ustedes*, para que me muera!... ¡Canallas!

La mujer profirió un grito.

— ¡Canallas! — repitió Tomás. — ¡No tienen vergüenza de engañarme en mis propias barbas y aun quieren matarme!... ¿Crees que no siento cómo me ahoga esta inmundicia? No me deja respirar, ¡eso es lo que quieren!

Un vómito de sangre siguió a las últimas palabras; luego perdió el conocimiento y no lo recuperó hasta morir.

Lo enterraron a la mañana siguiente, bajo la misma lluvia fina, helada y monótona que desde hacía tres días no cesaba. Nueve carruajes, sin más ocupantes que sus respectivos cocheros, formaban el cortejo. Simón era el último. El cementerio estaba muy apartado, y aquel extraño cortejo atravesó casi toda la ciudad. Pero como la gente veía los coches vacíos, no saludaba al muerto.

EDUARDO RIPA

DIBUJOS DE PALACIO

Apellidos Argentinos



DÍCESE que los fenicios, remontando el río Betis, hoy Guadalquivir, fundaron una ciudad en un sitio de las orillas que se encuentra próximo a la actual Córdoba andaluza. No se sabe cómo se llamaba el Jerónimo Luis de Cabrera fenicio, ni si verdaderamente fundó la villa o se apoderó de una antiquísima. En el Espasa leemos que: «La antigüedad de Córdoba se remonta a tiempos muy lejanos, y las primeras noticias que de ella se tienen la describen como población famosa y grande, de donde Aníbal sacó varias milicias españolas para ir contra Roma. Estrabón, en sus escritos, le reconoce la mayor importancia por la antiquísima navegación que sostenía por el Betis, por ser la cabeza y metrópoli de los túrdulos, por florecer en ella las ciencias y las artes, y conservar libros de increíble antigüedad, cuyos hechos acreditan el ilustre y antiguo origen de Córdoba. Tolomeo asegura que en su principio Córdoba fué habitada por los túrdulos, voz que significa «pueblos transportados de países distantísimos». Varios autores, entre ellos Sánchez de Feria, aseguran que Córdoba fué cabeza del reino de los túrdulos, nación sabia entre todas, que mantenía tipos antiquísimos, que fueron rastros del destrozo de Nínive, de aquella famosa y primera monarquía del mundo, donde vivían dispersos los judíos, que conservaba las más antiguas escrituras del orbe, y que trajeron a Córdoba en su emigración. Las muchas monedas de las llamadas «desconocidas» que se hallan en toda esta provincia (Turdetania), con más abundancia y especialidad que en toda España, cuyos caracteres son los de las lenguas caldeas y hebrea, demuestran que los túrdulos son los asirios, ninivitas y hebreos que la habitaron y engrandecieron junto al Betis, después de la emigración de sus pueblos destrozados por Nabucodonosor.»

Bochart afirma que el nombre Córdoba viene de las palabras *Coteba* y *Corduba*, que significan en fenicio *molinos de aceite*. Pero una nota de Schulten nos dice que en un trabajo Assmann «trata de mostrar que son babilónicos más de cincuenta toponómias españolas. De aquí nace la conclusión de que hacia 2.500 antes de J. C. debió venir a España una emigración babilónica. En apoyo de su tesis, Assmann dice que Corduba viene del babilónico Kur-dub, que significa «grande es Dub». Otros creen ver en *Cord* la raíz *Cart* fenicia (*ciudad*) como en Cartago y Melcarte. *Ur*, agua ciudad en vasco y en babilónico, es según otros, una raíz de Córdoba. Hay que advertir que las lenguas semíticas son verdaderas fugas de vocales. Sus raíces trilíteras hacen sus flexiones internas quitando y poniendo vocales.

Acordémonos de la leyenda referente a la fundación de Cartago por Dido. La ilustre señora pidió a los indígenas que le cediesen la tierra que pudiera abarcar una piel de toro. Obtenido el permiso, cortó en delgadísimas tiras o tientos la piel y así pudo trazar el perímetro de la villa. Charta, voz latina de indudable origen oriental, y que significa carta, desde los tiempos en que se escribían las epístolas en pergamino, ¿no querrá decir piel de toro? De piel de toro, es una probable etimología de la palabra Cartago. Añadamos que *Korta* en vascuence, significa cuadro a cercado.

Esto de la etimología resulta una Babel y da toda la razón en la Biblia, que supo encerrar un hecho real e histórico dentro de una leyenda poética y admirable.

Los Sénecas y su sobrino Lucano, son los primeros cordobeses o *cordubensis* célebres.

Córdoba o de Córdoba es un ilustre apellido, que a veces se escribió Córdova, ortografía conservada por algunas familias.

Las crónicas nobiliarias están llenas de Córdobas, así como los fastos históricos de España y América. No tendríamos espacio bastante para consignar los nombres, y las hazañas de tantos héroes, literatos, aristócratas, etc.

Hace poco, el eminente publicista, don Francisco Grandmontagne deleitó al público trazando la vigorosa biografía del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdova, vástago de la estirpe fundada por don Domingo Muñoz, señor de Dos Hermanas, que conquistó a los moros en 1236 de la hermosa ciudad andaluza. De ella tomó sus nombres, fundando así la nobiliaria e ilustre casa de Córdoba.

El Viejo Quilques y el Femenismo

Por Santiago Maciel





A mí no me vengan con discursos compuestos o improvisaos, tratando e probar que los tiempos de ahura son mejores que los tiempos pasaos y qu'el progreso y la cevilisación han cambiao las costumbres como quien cambia e chiripá y que tuito eso obedece a una ley, como si las leyes no jueran letra muerta cuando hay convenencia e por medio y que uno ha de agacharse sin hinchar el lomo y dejarse arrastrar por la corriente, lo mesmo que tronco podrido o animal muerto. Yo no creo esas jeringosas e los catedráticos, porque sé lo qu' es la vida, — a costa, por supuesto e mi osamenta, que parese ser la mejor manera e convencerse, y es por esa causa qu'he visto desaparecer tuito lo nuevo pa volver a lo viejo, como quien da güelta cara y desanda el camino. Tuito ese trajín de marchar pa delante con gran apuro, pa encontrarse otra vez con el rancho di ande se ha salío, es condición de los que galopean sin conoser el paraje o se extravean en las picadas del monte. Y la vida tiene esas curvas, qui uno no alvierte, porque son suavesitas, tan suavesitas que paresen retas...

— Es lo mesmo, entonces — interrumpió el juez de paz, — que dar güelta al globo tarraquio, andando e frente...

— Lo mesmo. Usté, con su sabiduría de magistrao, acostumbrao a poner en claro los pleitos, ha puesto también en claro mi pensamiento. El hombre cré avanzar sin darse cuenta que está retrosediendo.

— Ansina ha de ser — agregó el indio Ñacurutú, — porque cuando yo era salvaje, no estaba pior qui ahura que soy sevilisao y hasta, en ocasiones, me parese que estoy en la toldería...

— Es porque — dijo Quilques — ya va llegando al pago por el otro lao, aunque ricién ha hecho la mitá del viaje...

— Lo que ha dicho el amigo Ñacurutú — expresó el comisario — parese confirmar su opinión, amigo Quilques, pero no me convense eso de la toldería...

— Es qu'el pobre — dijo el viejo — en su inorancia confunde un poco a los indios... y de ahí la mala impresión... Ya debía di haberse fijao qu'el traje es muy diferente... Al menos, nosotros los cristianos nos tapamos el cuero... y tenemos armas pa matar, mucho más mejores que la flecha...

— ¡Ah, viejo mal intensionao! — dijo riéndose el comisario. — ¡Cuándo se le mellará la punta!...

— Difícilmente, porque siempre tengo a mano algunas piedras di afilar de la cuchilla...

— Ta bien... amigo... Siga nomás desenrollando su tioría de que los cristianos son como yeguas en la trilla, dando güeltas y güeltas, hasta cair cansadas...

— Güeno, yo iba a otro punto..., a demostrar que no me asustan las novedades del mundo... que están en moda y que no soy de los que se encogen... sin protestar. Pero hay cosas que, francamente, no deben permitirse, aunque uno sepa que por dir contra la naturaleza, han de cambearse más tarde o más temprano... Me quiero referir a la alterasión que están sufriendo en sus sesos respetivos los hombres y las mujeres...

— Me parece — objetó el juez de paz — qu'el asunto es medio apretao, como botón de manea, y peligroso, como toro encelao...

— Tuito puede decirse, sin grosería. El «mío-mío», que algunos llaman carqueja, ofrese el veneno en sus lindas flores, y la autoridá, qu'es respeto, orden y justicia, se encuentra en cualquier comisario...

— Y está — adujo el juez — en el lugar que le corresponde.

— Yo no digo nada, pero no olviden que la aparencia es también una realidad. .

— Siga su plática y no pinche — dijo el comisario.

— Perdone si lo rajuñé pu ensima e la casaca...

— No me quejo e dolor...

— Ya sabemos que tiene duro el pellejo, pero algo ha de dentrar... con pasencia. El taladro hase cueva en el ñandubay y el quebracho; y la picardía es un gusano esa laya...

— Si se enrieda, — observó el pulpero — no van a servir los tientos...

— Tiene rasón — dijo Quilques — porque esto no es payada e contrapunto... Por lo tanto seguiré trensando... Iba diciendo, — si no estoy trascordao — que las mujeres están perdiendo la memoria de lo que les habíamos enseñao, dende qu'el mundo es mundo. Siguro qu'el primer hombre le dijo:

— Usté amiga, es pa la casa y yo pa ajuera; usté es pa criar los hijos y yo pa mantenerlos... Amás: yo la quiero a usté linda, asiadita, tierna, y güena mosa, bien cuidadita y con las manos como de seda, pa acariciarme, que pa tenerlas ordinarias y duras, basta con las mías . . .

Y ahura parese que eso no es de su agrado; que no quiere quedarse en el rancho, porque dise que ella no es esclava ni prisionera, pa vivir enserrada. Aboga, también, con mucha altanería, que tiene derechos...

Y, ¿cuándo no lo ha tenido? ¡Si se los hemos dao tuitos! Y cuando no se los dimos..., ella se los agarró, con mañas y salamerías. Alviertan que estas alegaciones jueron pa empezar. En la hora presente, se ha hecho política, empliada pública, escribana, médica, contadora — no vayan a creer que de cuentos — directora de compaañías y diputada. ¡Y quien lo había e pensar! Dicen que en las Cámaras no hablan nunca o hablan muy poco, ¡quien sabe si pa no desprestigiar al seso!...

Naturalmente, qu'esa traformación, le va suprimiendo la pollera. Se está haciendo hombre y nosotros, ¡da vergüenza decirlo!, nos estamos volviendo mujerengos, o ya lo estábamos un poco, y ella se aprovechó de nuestra debilidá, al vernos tan flojos... y tan redominaos por sus encantos... Es el resultao di un amansamiento de muchos miles de años..., sin castigo, como se doma ahura, empliando el palmeo y la caricia...

El año pasao, tuve ocasión de divertirme un rato, cuando juí a saludar con tuito respeto al patrón de la estancia e «Los Cardales» don Agapito Quincoces, que, como ustedes saben, vino a veraniar con su familia...

En el camino, me encontré con la hija (bastante competente), que venía jineteando un lindísimo alazán de pura sangre. Me sorprendí al verla escarranchada en el animal. Llevaba botas granaderas de charol con espolín, pantalón apretao a los muslos, levita larga, cuello alto almidonao, un galerín echao pa adelante y ¡tuita cerdiada!. Un traje de hombre aunque bastante estrafalario.

Yo paré el caballo y sacandomé el sombrero, le pregunté con tuita cortesía:

— ¿Es usté el hijo el patrón?

Me miró fijamente, como pa enterarse, dejuro, si se lo decía en serio, y me contestó, al parecer muy enojada:

— «Soy la hija».

— «Disculpemé — le dije — por la equivocación».

Ella se puso impasiente y de un rebencazo hizo parar de manos al pingo, agarrando la carrera en una cuesta abajo, sin miedo ninguno, como si estuviera domando a un potro.

Detrás de la mosa, venía el hermano, montao en otro flete e rasa, pero algo maseta. Aunque pasao de muchacho, se veía qu'era maturrango como güen pueblero. Me quedé mirandoló asombrao. Tenía el saco pegao al cuerpo y con talle; galerita como la hermana, polainas e cuero e chancho, botines e charol, una varita forrada e cuero blanco en la mano, qui a él se le figuraría talero, y la cara empolvada...

¡Casi estuve por preguntarle si era la hija!...

— Entonces, — dijo el comisario — va a vivir un poco contrariao los años que le queden, amigo Quilques, si no se resuelve a acatar la voz de mando de las costumbres nuevas... Hay que someterse...

— Yo siento — dijo el viejo — que no me haigan entendido. No hay tal contrariedá, porque la cosa no tardará en volverse al revés... Siempre ha habido alguna mujer de ánimo juerte, hombres mujerengos, lo qu'es más disgrasiao entuavía, y chinas en los campamentos, que montaban escarranchadas en los caballos e los milicos. Una que otra..., uno que otro... No eran muy abundantes los casos... Pero ahura, parese que de común acuerdo, se han cambiao las condiciones naturales... Será, tal vez, porque nosotros, los hombres, hemos hecho mucho gasto e juerza. . . en tantas generaciones...

— ¿Y cuál es — interrogó el juez — su sentencia de última instancia en el litigio?

— ¿Mi sentencia? Es clara, porque tiene la luz que Dios li ha dao: Que la hembra debe ser hembra... y el macho... macho.

DIBUJOS  DE BESARES

PIENSA Y



PRIMER GRADO INFERIOR

Conocidos los números 1, 0 y 2, debe procederse a enseñar los signos más, menos e igual.

SIGNO +

1.º Separar *un* objeto y *uno* más, haciendo sentir la necesidad de una figura o signo que indique que hemos separado *uno más uno*.

2.º Presentar el signo +, hacerlo escribir siguiendo la cuadrícula

3.º Usarlo para expresar casos concretos, separando con dicho signo objetos o dibujos.

4.º Expresar con números, ejercicios que se hayan hecho primero con objetos.

5.º Hacer notar que el signo + se emplea siempre, para indicar que se debe *añadir, aumentar, agregar, juntar* o *reunir* una cantidad de personas, animales o cosas.

6.º Hacer que los alumnos usen el signo *más* en diferentes casos: colocando un objeto, luego el signo más y después otro objeto; dibujando una sillita, mesa, flor, cajita, etc.... más otra sillita, mesa, flor...

Por último usando la cifra 1 + 1 1 + 0.

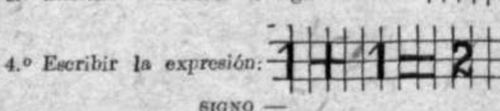
SIGNO =

1.º Enseñar a separar las cantidades que se reunen, del resultado, empleando el signo igual, después de haber hecho sentir la necesidad de dicho signo y haberlo presentado a la observación de los alumnos.

2.º Presentar varios casos en que sea necesario usar los signos + e =, separando primero los objetos mismos con los signos, luego dibujos y, por último, números.

3.º Enseñar a escribir el signo

4.º Escribir la expresión:



SIGNO —

1.º Efectuar ejercicios concretos de resta, con bolitas, botones, lápices, porotos, etc.... indicándoles luego por escrito y haciendo sentir la necesidad de usar un signo que indique que la segunda cantidad anotada, debe *sacarse, quitarse* o *disminuirse* de la primera.

2.º Presentar el signo —; usarlo en presencia de los alumnos y hacer que éstos lo usen en diferentes casos concretos.

3.º Enseñar a escribir el signo menos

4.º Escribir las expresiones siguientes:

2—1=1   0=2—1+1

RECOLECCION DEL TRIGO

Epoca de la cosecha. Aspecto que presenta un campo de trigo en esa época.

1.ª operación segarlo.

2.ª operación formar gavillas (que se recogen en carros).

3.ª operación emparvarlo.

4.ª operación trillarlo.

5.ª operación embolsarlo (para transportarlo al molino).

6.ª operación molerlo (para sacar la harina y el afrecho).

¿Cómo se llaman las máquinas que se emplean en estas operaciones?

¿Qué utilidades nos proporcionan el trigo?

¡Pensemos en todo el bien que recibimos de ese pequeñísimo grano!

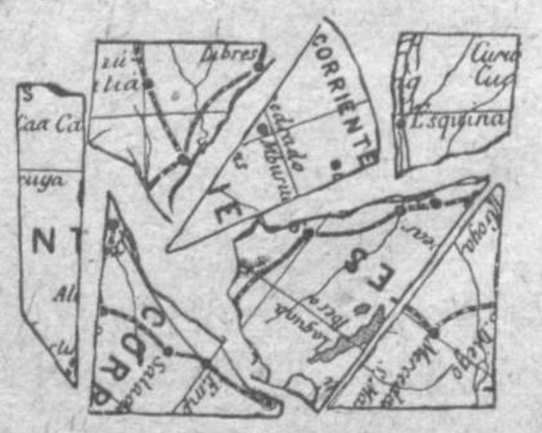
Nosotros con inteligencia y sentimientos, capaces de poner al servicio de nuestras ideas una firme voluntad, ¡cuánto más obligados estamos, que el grano de trigo, a ser útiles a la humanidad!

LAS ESPIGAS SE DIBUJAN FÁCILMENTE

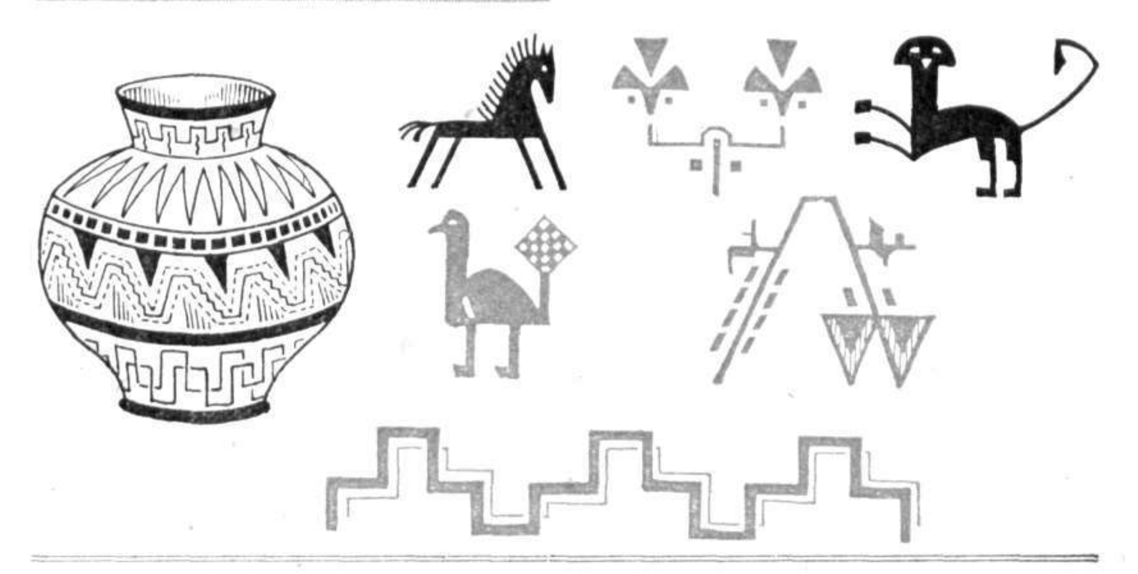


Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa de un pedazo de tu suelo.

Si tienes constancia, puedes coleccionar la serie que en esta hoja aparece y formar luego, un hermoso mapa de tu patria. (Véanse los números anteriores).



E J E C U T A



DECORACIONES SENCILLAS

CÓMO CON POCO DINERO, PUEDE ADORNARSE LA CASA

Una vasija de barro, ordinaria, cuesta unos centavos y de ella podemos hacer un lindo florero para adornar nuestra *habitación.*

Los indios, tenían concepto claro sobre cuestiones de decoración y sus trabajos son admirables.

Con simples líneas, con reproducciones de animales, flores, etc., adornaban sus casas, vestidos y toda clase de cacharros.

Gustaban de lo lindo, de lo armónico y en sus interpretaciones, dieron prueba de haber cultivado la observación.

Los colores rojo, blanco y negro, eran predilectos, sin olvidar por eso el amarillo y azul.

Sus pinturas conservan todo el brillo y colorido de sus primeros días.

El dibujo que acompaño, presenta un modelo fácil de imitar.

El florero está decorado con líneas.

De mis lectorcitas, las más trabajadoras, pueden substituír la guarda central, por otra, combinando esas siluetas de animales y flores.

Si hacen un patrón de papel, el trabajo queda reducido a aplicarlo tantas veces como se desea y en las posiciones que se quiera y pasando luego el lápiz por sus contornos, lograrán dibujar todo el cacharro.

Al combinar los colores, téngase cuidado y recuérdese lo dicho.

ROMPE MATES





EN LOS COMERCIOS

PARA HACER REIR

M U L B R O D H

LAMINA. INTERPRETACION. MIEDO

Los ojos desmesuradamente abiertos, suelto el cabello que cae desordenado sobre las espaldas, contraídos los labios, dilatadas las fauces, atento el oído.

La respiración se detiene y la sangre, parece no circular en las venas.

Las manos crispadas, tienden a librar al cuerpo de las ropas de la revuelta cama.

El primer impulso, de defensa; luego, la fría quietud característica del terror.

¡Qué lentos pasan los segundos cuando sentimos miedo!



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

CHARADAS ILUSTRADAS

1.ª Amasa.
2.ª Rebaño.

ADIVINANZA

La luna. — Mudanza.

p (a) pa
p (e) pa
p (i) pa
p (o) pa
p (u) pa.

EL INVENTO DE GALLARDO



En qué andará pensando Pancho?... Ya hace días que no habla con nadie. Idas y vueltas... idas y vueltas por todos los rincones. Ni su arpa toca ahora... y eso que el sábado tiene baile.



La sartén ha quedado reluciente en las manos de la Elvira, que de rato en rato atisba al ciego Gallardo. Arreglándose unos cabellos que se le caen sobre la oreja, vuelve el rostro hacia su marido y dice:

—Andá a lavarte la cara. Ya va a estar la comida. Eso es... vete por el corredor. ¿No sabes ya el camino?

—Sí, mujer, ya voy.

Pancho Gallardo tiene el rostro obscuro, áspero de viruelas; labios gruesos, y una frente alta con dos o tres arrugas.

La mañana le mueve los cabellos cortos y enredados. Algunos de ellos le dan golpecitos silenciosos en las gafas negras con aros de alambre. Detrás de las gafas los párpados se estremecen tapando las pupilas ciegas. Tienen hacia las sienes unas rayitas como de sonrisa, iguales a las otras de los labios. El ciego Gallardo parece sonreír siempre.

En medio del patio está el pozo con brocal de ladrillos desastillados. De él se saca el agua para los menesteres domésticos, y el ruido de la roldana es allí familiar como la voz de la Elvira o el ladrido del «Togo».

Gallardo vacía el balde sobre una pequeña palangana y, quitándose las gafas, se lava el rostro despacio con sus manos gruesas y morenas.

De pronto se vuelca la palangana. Gallardo tantea por el suelo y, tomándola, la arroja al pozo

—¿Qué haces, Pancho?—grita la Elvira.

El ciego, apoyado con las palmas en el brocal, se inclina hacia adelante, y en esta posición permanece algunos minutos.

Rezongando, su mujer deja caer el balde, y después de varios tirones de la cuerda consigue extraer la palangana.

—¡Este hombre!... ¡Este hombre!...

—Me equivoqué, mujer... creí que era el balde. Como se me cayó la...

—Tomá este trapo, secáte. No sé en qué andás pensando.

El ciego se enjuga lentamente el rostro, las manos, y suspira con un rumor muy perceptible.

—¡Amalaya andes con enredos! Dejuro que la Juana...

—No, no. Yo no tengo enredos. No, dejáme, mujer. Tengo una cosa aquí. Una cosa...

Y se toca la frente con la mano envuelta en la toalla.

—Ya te voy a sacar esa cosa... con el peine fino.

—No... piojos no son.

Cuando la Elvira prepara los platos para la comida, Gallardo sigue andando por el corredor, va hasta el patio y vuelve a sentarse a la mesa. Menea la cabeza y murmura con sus labios gruesos:

—No... piojos no son.

Aquella noche el ciego se acuesta poco después de la cena. Ha comido poco, cambiando los cubiertos. Cuando la sopa, estuvo sin poder tomarla porque ella no se detenía en el tenedor. Su mujer continuaba recriminándole, aunque a veces le miraba con recelo y tristeza.

Ya en la cama, se revuelca un rato, y al fin se queda quieto.

La Elvira, después de los últimos arreglos domésticos, comienza a desvestirse, y de repente se sobresalta.

—Es claro—dice el dormido moviendo una mano:—un violín... puede tocar... sí... un violín... guitarra... así... es claro... al lado... No... piojos no son... las cuerdas... son seis... sí...

Se calla y, volviéndose hacia la pared, continúa durmiendo.

La Elvira se acuesta en silencio y apaga la bujía. En la obscuridad abre grandes los ojos y, como en un rezo, murmura:

—¡Pobre Pancho... parece que está enfermo!... ¡Pobrecito!...

La noche pasa por la puerta lentamente con tres o cuatro estrellas. Algún ladrido lejano. El aire del cuarto, como una masa negra, aprieta el sueño del marido y de la mujer, y las dos respiraciones se funden con un ritmo largo y obscuro.

Los grandes del pueblo han mirado desdeñosos la casita baja, agobiada de años y de intemperie detrás de su verja de tablas y sus arbolitos esmirriados.

Los grandes son el doctor, el comisario y el profesor de música Ricoti.

Han llegado a sus oídos rumores de algo raro en el pueblo y de ello hablan ante una mesa de la «confitería».

—Dicen que el ciego inventó...

—¡Bah!—exclama el músico Ricoti, sorbiendo el vino de su vaso.—¡Qué va a inventar! ¿No saben que es un tocado?

Los grandes ríen porque Ricoti es el director de la banda, y todos están convencidos de su talento.

—Una combinación ingeniosa—insiste el comisario rayando los ladrillos del suelo con la contera de su sable y torciéndose un pedazo de bigote.—Uno de mis agentes lo ha visto. Es una combinación muy ingeniosa.

—¿Cómo es?—bosteza el doctor, rascándose el vientre con el pulgar.—¿Fonógrafo con despertador?

Los grandes vuelven a reír.

—No. Es una guitarra en esta forma...

vean. Luego viene un violín que no es precisamente un violín...

Después de una larga explicación del comisario, los otros quedaron llenos de confusiones. Por fin resuelven ir a la casa del inventor.

— Es lo mejor.

— Sí, es lo mejor.

— Un instrumento nuevo... ji... ji...

El que hace «ji...ji...» es Ricoti, y repite estos sonidos cuando van por las aceras torcidas y desniveladas, haciéndolas sonar con los tacones y la contera del sable.

La casita de Gallardo, en esta mañana asoleada y tranquila, con su verja de tablas, parece tender unas manos abiertas con sobresalto para impedir que los hombres se acerquen a ella.

El techado de dos aguas, híspido de plantitas delgadas y quietas, se hincha bajo el claro matinal como el lomo de un gato medroso.

El comisario toca la puerta de la verja, y el «Togo», un perrillo blanco y tímido, asoma el hocico por detrás de la casa y ladra alto.

— Buen día, doña — saludan los hombres a la Elvira.

— Para servirles — dice, comedida, enjugándose las manos en su pollera.

— Venimos a visitarles. ¿Está Gallardo?

— Sí, sí... Pasen, no más.

La pieza donde entran es pequeña, limpia, azuladas las paredes, el aire azulado con un tono de penumbra fresca. Unas sillas, el arpa roja en su rincón. No hay cuadros colgados ni lámparas en las mesitas de trípode. Una habitación de ciego.

Gallardo, con su sonrisa de siempre, entra tendiendo la mano.

— ¿Cómo le va, amigo?

— ¡Ah, son ustedes! Me alegro que vengan por aquí. Siéntense. Qué bueno.

— ¿Y esa música?

— Ahí va... se hace algo.

— Lindo, lindo.

Se callan un momento. El «Togo» camina entre las sillas y los botines husmeando y moviendo la cola. Una cuerda del arpa gime por alguna mosca. El director de la banda mira de reojo al comisario y se teclea las rodillas.

— Me ha dicho uno de mis agentes que tiene usted algo nuevo, una combinación ingeniosa... sí, muy ingeniosa.

— Ah, quieren ver mi...

— Sí, ese invento de la guitarra.

— Bueno, bueno... Voy a mostrárselos, pero se van a reir... Es una tontera.

— No, ¡qué esperanza! Tráigalo, tráigalo.

Gallardo sale. Se oyen algunos ruidos en la pieza contigua. El ciego entra trayendo su instrumento.

El doctor, el director y el comisario lo miran y una carcajada silenciosa les rebota en la garganta saliéndoles por los ojos burlones.

— A ver, a ver — dice el último. — Sí, es verdaderamente curioso. Tenía razón mi agente.

— *¡Hem!* — *hace el doctor.* Y estirando el cuello dice: — Un instrumento hecho con dos. Es claro... Y, sin duda, se puede tocar...

Gallardo vuelve sus gafas negras hacia él.

— Sí, se puede. Voy a tocarles una pieza. Me es difícil aún porque esto necesita mucho aprendizaje; como una guitarra, y más. Ya ven ustedes: hay un violín, y yo nunca he tocado el violín...

La guitarra son seis cuerdas verticales que toca con la diestra, y el violín, una caja cilíndrica con mástil y cuatro cuerdas sobre un puente curvado hacia dentro. Entre las cuerdas y la caja está el arco, horizontal y fijo por el talón.

La mano izquierda aprieta el mástil y mueve el violín sobre el arco.

El ciego toca un aire de zamba.

Lo hace vacilando, a saltos, produciendo notas ásperas y mal ajustads.

— ¡Oh, es una cosa rara! Con el tiempo, es natural, puede andar bien esto.

La carcajada vuelve a hincharse en la garganta de los visitantes, con tal fuerza que estalla vigorosa, metálica, terriblemente insultante.

El «Togo» ladra con la cola caída, retrocediendo hasta la puerta. Su ladrido es triste, y con él habla a su amo.

Pero el ciego no pudo irse como su perrito blanco, así retrocediendo y luego huyendo por el patio.

— ¿Se ríen? Ah... yo sabía eso... ¿Cómo no reirse de una tontera? Me ha dado trabajo, eso sí... y he sufrido tanto... Una tontera, claro... una tontera de ciego... Discúlpenme... Pero ustedes han venido a ver y se ríen. Seguramente yo también me reiría si tuviera vista... Yo no lo veo, pero lo siento...

Cuando se fueron los grandes del pueblo saboreando su ironía y el tabaco de sus cigarros, el perrito blanco volvió y se puso a lamer los botines de Gallardo.

El ciego lo levantó, y poniéndolo en las rodillas junto a su instrumento, el fruto de su dolor y de su anhelo, lo acarició suavemente con su mano ancha y obscura, temblorosa como ala de pájaro herido.

— ¿Te gusta la música, «Togo» mío? ¿Sí? A mí me gusta tanto... Nosotros sabemos lo que es la música. Cuántas veces, cuando toco en el arpa tú te pones a mi lado, a escuchar... Pero... yo... he querido algo más, algo mejor... ¡Cómo hemos pensado, «Togo» mío! ¡Cómo hemos sufrido!... Estás flaco, flaco... Bueno, basta de cariños... ya sé que me quieres... Tú me entiendes. Eres perro, un pobre perrito de ciego, pero vales más que los otros, que esos que se han reído y van a hacer reir a todo el pueblo... Mírame en estos ojos que no te pueden ver... ¿Sabes que tengo ganas de llorar? Sí, el ciego Gallardo tiene ganas de llorar. Tú tienes alma porque me quieres... El que quiere algo tiene alma... los otros, no...

Ronco, profundo, como si se le abriera el corazón por dentro, un llanto amargo le salió a borbollones por los labios gruesos y temblorosos.

Las cuerdas graves del arco vibraron también de pena, y el perrito blanco saltó al suelo y corrió al patio, donde se puso a ladrar al aire claro de la mañana con un dolor de niño y una angustia de perro.



DIBUJOS DE BESARES

Gregorio Guzmán Saavedra

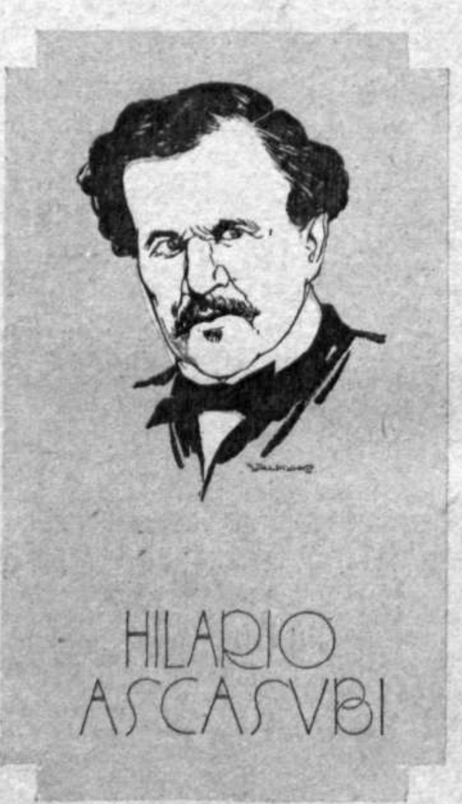
LOS DE AYER



Nadie, a principios de la segunda mitad del siglo pasado, fué tan popular en la Argentina y en la Rep. Oriental, como el coronel don Hilario Ascasubi. Y no por coronel sino por poeta. Ascasubi logró con sus «payadas» una fama popular sorprendente. Algunos críticos han querido buscarle parangón con poetas extranjeros. No nos interesan ya aquellas estériles discusiones sobre si parecíase a éste o a aquél. Interesaríanos, en cambio, averiguar el por qué las generaciones actuales «ignoran» a este curioso, vivaracho y siempre interesante «trovero» que desempeñó un papel directivo preponderante entre el pueblo con sus Gacetas jocoserias, y que, dentro de nuestra hermosa literatura *gauchesca* fué, con su SANTOS VEGA el glorioso predecesor de «Martín Fierro».

Difícil de sintetizar la biografía de Ascasubi. Para abarcarla en conjunto y seguirla en sus detalles, necesítase un volumen que sin duda, algún bienintencionado nos dará cuando el amoroso estudio por estos hombres ocupantes de grande espacio en el escenario argentino de la tiranía y la organización, sea un hecho, y no, como hasta ahora, vagos deseos o pequeños esfuerzos cuya realización sólo alcanza a algún que otro rápido ensayo.

El nacimiento de Ascasubi vaticina su vida. Venía de Córdoba a Buenos Aires una caravana, en 1807, y poco antes de llegar a la posta llamada del «Fraile Muerto» hubo de hacer alto e improvisar bajo una de las carretas el lecho donde viniera al mundo un parvulillo: Hilario En la noche, tormentosa, truenos y rayos saludaron el advenimiento del payador pampeano nacido en un camino de la pampa, que, como el desierto, es toda camino.



Parloteaba apenas, cuando se hizo la Revolución y con los días azarosos de la Patria se confundieron los de su infancia. El primer barco mercante argentino que cruzó el ecuador — la Rosa Argentina, — túvolo de grumete cuanto contaba doce años de edad. Llegó hasta la Guayana francesa y de allí corrióse a Norteamérica. Regresó tres años después, con las retinas llenas de la California que visitara con curiosa detención. Encontró a su país en pleno caos anárquico y se marchó, como a un refugio, a la provincia de Salta, gobernada entonces por el general Arenales, quien acababa de obtener del gobierno porteño la vieja imprenta de los «Niños Expósitos». Con esa imprenta, Ascasubi enseñó tipografía a muchos salteños y editó la «Revista de Salta» dirigida por el hermano del gobernador, don Juan Arenales. De Salta pasó Ascasubi a Bolivia, regresando el año 26 a Bs. Aires. El impresor salteño venía alistado con el grado de teniente en un cuerpo de infantería, reclutado para la guerra con el Brasil, y se lució en Ituzaingó. De nuevo en Buenos Aires, ya capitán, militó con Lavalle contra Dorrego, y sufrió, como unitario, persecuciones y prisiones que duraron años. El 34 logró escapar de los presidios de Rosas y pasar a Montevideo, donde estableció una panadería. Con las buenas utilidades que este negocio le proporcionó llegó a fletar un buque y púsolo tripulado a las órdenes de Lavalle, para su segunda expedición contra don Juan Manuel. Ascasubi se encontró al lado de Urquiza en Caseros, y después, con Mitre en contra del mismo Urquiza, hasta la unidad nacional. Su accidentada vida de grumete, impresor, militar, panadero, fundador, a sus expensas, del antiguo teatro Colón — ubicado en la actual esquina de Rivadavia y Reconquista, — o agente argentino en Europa con el fin de enganchar soldados para el ejército, fué señalándose por la inagotable vena criolla de sus trovas gauchescas. Las principales de esas trovas, publicadas en contra de Rosas y los federales, compusieron su libro «Paulino Lucero» y con todas las «gacetillas» extractadas del periódico titulado «Aniceto el Gallo» publicado en Busnos Aires el año 54, arremetiendo contra el «director de la Docena del fraile», editó en París, el 72, el volumen de versos y prosas que lleva el mismo nombre de Aniceto. Pero fué su *obra de aliento*, como él la llamaba, el poema donde reflejó la existencia americana con una fidelidad admirable, la vida campesina de gauchos e indios: el «Santos Vega o los mellizos de la Flor», que utiliza una vez más el bello mito pampeano de la poesía popular, obra terminada en los años finales de su trabajada existencia y que había sido comenzada en Montevideo en 1850.

Sóbranle páginas, sin disputa, a este poema que contiene los «rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la R. Argentina, de 1778 a 1808», pero ello no debe influír para que nuestros hombres jóvenes lo dejen de lado. Al fin, léense muchas obras sobradas de páginas, sin importancia alguna, y éstas del «Santos Vega» contienen ameno material, donde está vivo un gran trozo de la historia patria — la historia que no se encuentra en los textos, — la historia del conglomerado humano que sirvió de basamento para el gran edificio argentino que, a trompicones con la suerte y los malos gobiernos viénese construyendo...







Monsieur, Zaguán, le enviaba sus emociones a la casa, por el nervio del timbre eléctrico. Así, a la llegada del dueño de casa — retornaba siempre nervioso e impaciente el Hombre — M. Zaguán, más que transmitir su emoción, gritaba repetidas veces para anunciar el arribo. En el corazón de la pobre Cocina, hubo entonces un estremecimiento que se manifestó con un ruído de lozas y cucharillas... Pero, el corazón de la impecable y altanera Sala, seguía su canción, fría, acompasada... La pianola, no dejaba por eso de sonar.

El corazón de Sala, sólo se emocionaba cuando el dueño de casa traía consigo un amigo músico... ¡Este sí, hacía vibrar su corazón!... Un poco aventurero, el corazón de Sala, rendía homenaje a los desconocidos... Una vez que el universo de la casa estuvo de duelo, el corazón de Sala se calló por un año entero...

La llegada del dueño y señor, el Hombre, impaciente, tenía sus razones... Se había olvidado de la llave de la puerta cancel... Y, además, traía en la billetera tres pasajes para Mar del Plata. Para él, uno; otro para la señora y un tercero, medio pasaje, para el chico...

Iban a tomar el nocturno...

Mientras el corazón aristocrático de Sala, dejó de latir, Cocina seguía nerviosamente, entregada a la acostumbrada emoción de las diez de la mañana...

Comedor, cuya frialdad — o seriedad, — se puede apreciar en el balanceo de péndulo que su corazón enseña a todos, gravemente comunicó a sus hermanos de la casa, que eran las diez...

Las manos, las piernas y los ojos de la señorita Hall, estaban vendados... No pudo ella, saber quién había llegado, hasta el momento que el Hombre la lastimara en uno de sus miembros con la punta del bastón... También la señora más vieja de la casa, madame Alcoba, estaba vendada, cubierta de túnicas blancas y olorosa a cierta Medicina que la Mujer introducía entre sus huesos, verano tras verano... La única que no sufría el suplicio de las vendas, era Baño, cuya adolescencia fresca y blanca, era suficiente para defenderse de la acción del verano.

Mientras el Hombre y la Mujer discutían, Sala abrió sus ojos y se puso a observar a la vagabunda de Calle, que lo único que sabe es mandarle, junto con el polvo de su ropaje gris, una infernal gritería y unos ruidos tan violentos que, en ciertas ocasiones, hace temblar a Sala... Pero, ya cubiertas las cosas sensibles, por túnicas blancas, los ruidos se apagaban al llegar y el polvo caía sobre las túnicas...

Cuando terminaron — Hombre y Mujer, — de discutir, ella fastidiada de ver los ojos abiertos de Sala, a una hora tan impropia, se los cerró sin piedad. Y, no hizo lo mismo con Escritorio, que desde las ocho, no hacía otra cosa que mezclarse en las conversaciones de Calle, la vagabunda. ¡Ella charlaba con todo el vecindario!... Así fué que, al entrar el Hombre en relaciones de cordialidad con Escritorio, éste, no hizo otra cosa que ensuciarle de pies a cabeza... Como resultado del estado de cosas, le amordazó, hasta las nueve, hora de la partida...



En el apuro, muy razonable por cierto, del trajín del traslado a la estación, el Hombre dejó sin cerrar la boca de Escritorio.

No bien la Mujer había dado un fuerte golpe, en pleno rostro de Zaguán, la casa comenzó a manifestar sus inquietudes. Baño a silbar de una manera tonta; Cocina a rezongar con

las brasas encendidas del fogón; Alcoba a sentirse molesta; Comedor, grave, a tomarse atribuciones de dueño y señor; Sala, a espiar por los rincones para ver si estaba sola y podía soñar libremente... Calle, golpeaba con su mano invisible; Escritorio, a sentirse guardián de los intereses del Hombre; y, Hall a conversar de cosas dolorosas, de despedidas, de regresos que no han de efectuarse nunca y de mil y una niñería. Zaguán dijo al fin:

—Salieron muy satisfechos... ¿Les habéis visto?...

Hall, que tenía ante sus ojos el cuadro de la eterna despedida que diera un par de años atrás a una hermana de la Mujer, exclamó:

—No salieron como aquella vez que os abrieron de par en par para...

Un grito traspasó la casa. Cocina lanzaba palabras de muy feo tono, mezcladas con un humo insoportable. Y, a su reclamo, todos se dieron a cambiar ideas con Patio, en cuyo corazón abierto al cielo, caían todos por igual.

La última en hablar fué Sala. Lo hizo a grito pelado:

—¿Qué os pasa, Cocina, siempre la misma?... ¡Uf! Llenáis la casa de palabras feas... Qué mala voz, Dios mío. Y, cerró una puerta con violencia.

Hall, que siempre enviaba cariñosos recados, con la servidumbre, a la pobre cenicienta de Cocina, se intranquilizó. Escritorio no hizo mayor caso del asunto, entretenido con las vistosísimas fantasías que pasaban ante sus ojos, la muy casquivana, veleidosa, vagabunda y coqueta, a la vez, de Calle.

Comedor llamó al orden a todos, con sus doce palabras de silencio... Pero era poco menos que imposible callar. Cocina, era vejada, maltratada por el ladrón de Fuego. Este, había esperado la ausencia del Hombre, para entrar por la ventanuca, hecho un punto rojo, como una diminuta estrella. Fué transformándose después, agrandando hasta lo increíble. Y, cuando la pobre Cocina, vió el rostro congestionado de Fuego y sus miradas, que parecían lamerle las carnes, dió uno y otro grito de auxilio. Comedor dijo que no lo dejasen pasar, que la culpa era de Cocina. La pobre tenía por novio un hermano de Fuego, pero éste era sencillo y sin locuras.

—¡Qué se las arregle Cocina! —decía Escritorio— nosotros no tenemos nada que ver con sus cuñados ladrones. Y, continuaba hablando a Hall:

—Tú, prepárate para defenderte... Yo pienso salir por la ventana y bajar a entrevistarme con Calle.

Cocina decía:

—Pero Tú, Baño, ayúdame, por Dios. Tú que eres tan ágil y que mil veces has hecho llegar tus recursos hasta Patio, mojándolo todo... Ayúdame. ¡Salta de ahí adentro!

Nadie se molestaba. Patio mismo, se abandonó a la contemplación de las estrellas. Zaguán dormía, mareado de la jornada anterior. Alcoba, creía que las cosas habrían de arreglarse. Pero se equivocaba.

Fuego dijo entonces:

—O me das todo lo que tienes, Cocina, o paso a robarlas a todas... Veo que Despensa, no es nada despreciable, con esa joya blanca de azúcar...

Cocina se ponía cada vez más roja, de vergüenza, gritando:

—¡Suéltame, canalla! Bien pensaba yo, cuando desconfiaba de la honorabilidad de vuestra familia. Bien decía mi dueña: «No des confianza a esa gente, es peligrosa»... Y, yo, tonta, siempre en relaciones con vuestro hermano Lumbre, que se pasaba las horas y las horas rezongando en el fogón... Atrévete con Baño y verás cómo te destruye, te ahoga en un segundo!

Baño, reía entonces, oyendo las palabras de Cocina. Fuego, creyó que aquello era una amenaza y, dando un salto inexplicable, atrapó uno de los brazos de Baño. Lo deshizo en un segundo... Era de plomo... Pero, cuando fué a hacer lo mismo con el otro brazo, sufrió una sorpresa terrible. Baño lanzó para los cuatro costados un líquido que abofeteó a Fuego. Este, corrió, entonces, debilitado, por una cornisa. Aprovechó un nervio de su parienta Luz y se coló, en un santiamén, en la residencia de madama Alcoba.

Se oyó decir a Patio, el más sensato de todos:

—Si Baño no vence a Fuego, estamos perdidos... madama Alcoba le vió llegar y le dijo:

—¿Por qué te acercas tan rojo... Yo te he alimentado noches y noches, pequeñito, en mi mesa y eras humilde...

Fuego lamía los cortinados. Madama Alcoba prosiguió:

—Quédate quieto, ahí en la bujía. Voy a contarte cosas agradables. No pongas esa cara...

Y, siguió hablando y hablando, diciendo cosas amables, en tono criollo, pues era de las pocas personas de la casa que había nacido en Buenos Aires...

Fuego iracundo, no hablaba ya, con claras palabras. Maltrataba a madama Alcoba y le decía a veces:

—Te hacés la criolla y tenés la parada de los franceses, vestidita a la elegante...

Fuego aparecía más antipático que lo que era en realidad...

—Está embriagado —reflexionó Patio.

Sala comprendió que le iba a tocar su turno. Fuego, hecho un energúmeno, la amenazaba mirando con negro corazón...

—Voy a templar las cuerdas de tu corazón —decíale Fuego...

Sala temblaba, con sus carnes de terciopelo y su cutis de seda negra...

Envalentonado Fuego, asaltó a Sala y Comedor a un mismo tiempo. A la primera le dijo:

—Sí, tu corazón me las pagará todas... Sala, acordate cuando recibías amigos que jugaban a encerrarme en un cigarro... Y me reducían a humo, cuando yo era chico...

Y, a Comedor le dijo:

—Rico tipo, gordo de porquería, panzudo... Ahora me las pagarás... No vas a gozar más de mi calor... Me hacías encerrar en tu bolsillo, qué llaman estufa, y me largabas al aire frío de la noche... Por arriba de las casas anduve con frío, pues vos no me dejabas agrandarme, de miedo...

Y, fué un bárbaro asalto. El señor Comedor, que es inglés de verdad, dió unos gritos en su idioma, verdaderamente gordos...

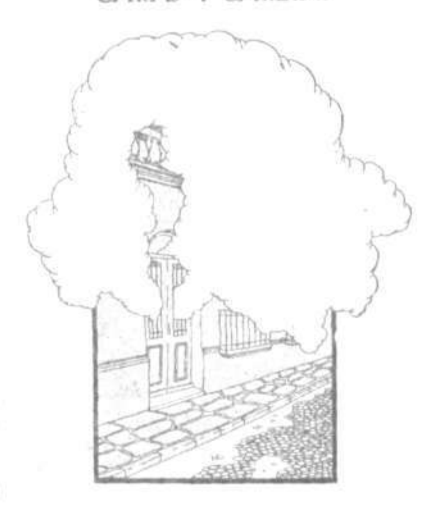
Escritorio comprendió la alarma, pues él es una perfecta enciclopedia de conocimientos... La señorita Hall, que sabía muy bien el inglés, se atemorizó... Monsieur Zaguán, ya despierto, hablaba en su idioma predilecto, el francés.

Decía más o menos esto, traducido:

—Yo no puedo salir, pero se debe llamar en demanda de auxilio... ¡Caramba! ¡Caramba! ¡Mon-Dieu!

Era un infierno, señores. Calle los oía, sin comprender. Veía sí, a Fuego, cuya lengua pasaba a veces por los párpados dormidos —aparentemente de Sala.







Calle se dijo:

— Sala es tan complicada, que debe estar soñando con Fuego... Puede ser que le gusten ahora los plebeyos...

Pero cambió de idea cuando vió que Fuego arrancaba pedazos de carne a Sala. Y, asustada, Calle, corrió, corrió, corrió, hasta no se sabe dónde, pero es el caso que, entendido con Zaguán dejó entrar a unos hermanos de Baño que viven asilados en una gran casa de la *rue* de Córdoba. Y, todos ellos, corrieron a ver a la hermana Baño, que les dió a cada uno un arma para abofetear a Fuego...

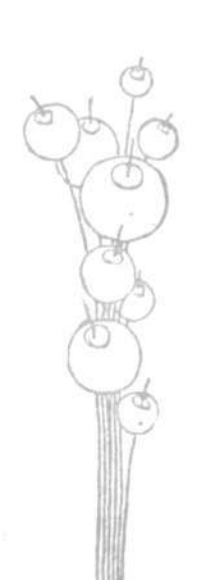
Y, entre todas, lo hicieron callar. Madame Alcoba quedó a la miseria. Sala, ni qué hablar, hecha un desastre, no podía decir ni una palabra... Comedor, con la barriga overa de manchas, todo sucio, rajado. Sin embargo, el corazón de Comedor, seguía latiendo... y, hasta dijo, Comedor, con voz desfalleciente, dos palabras roncas...

Patio se puso a contar las estrellas, como si dijese una oración. Baño reía de contento y Cocina lloraba... Cuando le dieron la noticia de que Sala había muerto, casi se tranquilizó... Ella era la que más le reprocharía su noviazgo con el hermano de Fuego.

Una sola persona había permanecido ajena al suceso: Cuartito de los juguetes, que pequeñito, dejaba pasar por su sueño, una pesadilla de soldaditos de plomo, una manifestación de Pinochos, un desfile de muñecas lindas y una hilera de hormigas disfrazadas de elefantes, riéndose a cada paso, de M. Sarrasani...

Cuando «Cuartito de juguetes», supo lo que había acontecido, se puso pensativo a ver revistas ilustradas, con retratos de las plazas...

INEXORABLEMENTE



¡Ah! ¡Pesar infinito de la separación
sin odio, sin pasión, sin rencor extinguible!
Cuando sólo ha movido su lengua la razón
diciendo: Es imposible, fatalmente imposible...

¡Ah! Punzante dolor de la desesperanza,
presagio de terrores tras lo gris del crepúsculo:
La estrella codiciada, lejana, que no alcanza
el mísero gusano con su esfuerzo minúsculo.

Nos dijimos adiós, sin un gesto discorde,
sin un solo ademán de inútil rebelión.
Una luz fugitiva resbaló por el borde
de tus párpados, plomo hirviente en mi corazón.

Nos dijimos adiós. En tus labios había
tan humilde sonrisa, tan sumisa y tan suave
que un ave en mi interior rezó la sinfonía
más pianísima y triste que dijera algún clave.

Fatalismo oriental que sellara tus labios,
y llevara tus ojos de otras huellas en pos:
sin pasiones, sin odios, sin rencores ni agravios
cual dos predestinados, nos dijimos adiós.

Juventud, juventud que te vas deshojando
como cálida rosa bajo el cierzo invernal,
que algún pétalo vaya con el viento volando
hasta ella, en anuncio de la buena augural.

Pero no, si está escrita con cincel imborrable
la sentencia maldita: No ha de ser, no ha de ser...
¡Ah, certeza inmutable, designio inexorable
de ser leño apagado condenado a no arder!

SAMUEL E. DE MADRID



CURIOSIDADES DEL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO - CÓMO SE HACÍA ANTIGUAMENTE EL RECLUTAMIENTO EN INGLATERRA

Hace poco cruzaban alegres por las calles de Buenos Aires los nuevos conscriptos que han de hacer su servicio militar.

Al ver pasar esos jóvenes que tan risueñamente se incorporan a las filas, vinieron a mi memoria recuerdos del tiempo antiguo, y de ellos quiero en estas líneas estampar el más curioso, relacionado con la forma en que, allá por el siglo XVIII, se efectuaba lo que podríamos llamar la «leva» de hombres para servir al rey. Las condiciones de la vida en el ejército británico en esa época eran tan desfavorables para el soldado, que era realmente extraordinario encontrar hombres resueltos a prestar servicio militar por su propia voluntad. Desde los días de Shomberg, que mandaba el clásico ejército de andrajosos, hasta los días de Waterloo, la suerte del soldado en Inglaterra era la de sufrir todo género de penalidades y estar constantemente expuesto a todos los peligros.

En la paz, sistemáticamente, se trataba con desdén al ejército, y en la guerra, el soldado tenía tanto que temer del desconcierto de sus superiores como de las armas del enemigo.

La «soldada», es decir el sueldo, era en aquella época ridículamente mezquino, y podía considerarse como afortunado el que recibía seis peniques por semana.

Las malversaciones de los fondos destinados al pago de la tropa eran entonces moneda corriente, y, en consecuencia, más de una vez el soldado no veía llegar su «soldada». Cítase en la historia del ejército británico como un caso curioso de la mala administración, el de un ingenioso jefe irlandés, que en 1689, que ocupaba nada menos que el alto cargo de tesorero del ejército de Irlanda, se las arregló de tal modo que obtuvo el comando general de un cuerpo de caballería que se pagaba como si en realidad existiese, cuando, en realidad, el tal cuerpo sólo lo constituían el comandante, dos escribientes, que hacía pasar éste como oficiales, y un estandarte que guardaba en su dormitorio.

En resumen, los hombres estaban mal pagados, peor vestidos y tratados con desprecio. En estas circunstancias el reclutamiento resultaba, como es lógico suponer, cosa difícil y casi imposible. El sargento reclutador tenía que recorrer las carreteras y caminos de la vieja Inglaterra dando gritos de alegría, y necesitaba tener la fecunda imaginación de un novelista moderno para pintar la situación del futuro soldado con atractivos colores.

Cuéntase que cuando la célebre «llamada de hombres» en 1708 para reforzar los regimientos que luchaban en España, en el distrito de Middlesex un sargento reclutador adoptaba el sistema de embriagar a los pobres aldeanos, y cuando éstos se encontraban totalmente borrachos los encerraba en los carros de la Intendencia del Ejército, y eran conducidos a Londres, y cuando despertaban se encontraban ya en el cuartel alistados como «voluntarios».

Otro sargento reclutador, muy popular en la historia de Inglaterra, y del que se ocupa Fortescue en su «Historia del ejército británico», se llamaba Tooley. Su sistema de enganche era sin duda de una eficacia extraordinaria para lograr voluntarios para la marina. Llegaba el sargento a la plaza de un pueblo y leía una orden real, «que, naturalmente, sólo tenía origen en su imaginación». Decía el bando que a las dos horas de leído éste, los hombres que le acompañasen procederían a aplicarles cien garrotazos a todos los que, dentro de la edad reglamentaria, no se hubiesen presentado «voluntariamente a servir al rey». De suponer es que, dada la medida convincente del garrote esgrimido por cuarenta o cincuenta hombres, los «voluntarios» se presentaban por centenares.

Conocedor otro sargento de que en una aldea los aldeanos esperaban su visita fingiéndose enfermos unos, baldados los otros, llegó al pueblo una mañana y anunció que la infinita «clemencia» del monarca hacia sus súbditos lo enviaba al pueblo para recoger a todos los enfermos de la aldea y curarlos en los hospitales militares.

Por esta razón, dice en su «Historia del ejército británico» Fortescue que «cuando en un pueblo aparecían los galones de un sargento reclutador, madres y esposas guardaban a sus hombres con la ansiedad de una gallina que defiende sus polluelos».

JACK BEKMANN

LA MANO CORTADA

POR

HUGO WAST

Novela inédita, escrita especialmente para "Caras y Caretas".

(CONTINUACION)

Cuando algún viajero ilustre pasaba por el lugar, no dejaba nunca de trepar al campanario, ni de acercarse al sagrario, que el cura entreabría para deslumbrarlo con semejantes maravillas. Panchita tenía veinte años y no había salido nunca de allí. Por ese tiempo nació Dieguito, el último de sus hermanos, el único que sobrevivió, y al nacer él, murió su madre.

Panchita la reemplazó con una abnegación y una ternura sin igual.

Un día de lluvia, Panchita se entretenía en hacer cruzar el comedor a Dieguito, que ensayaba sus primeros pasos, y se detenía asustado a cada trueno que rodaba sobre los montes. Su padre había salido antes de la tormenta, y aun no regresaba.

Un paisano llegó a media rienda, y se apeó frente a la casa y golpeó la puerta con el cabo del rebenque.

Salió Panchita, con el niño de la mano, y así le dieron la noticia de que a su padre lo acaba de matar un rayo en la alameda.

Era el último de los Montiel y dejó a sus huérfanos abandonados y pobres.

Iba a comenzar el verano. Una familia de la ciudad se interesó por alquilar aquella casa grande, que tenía un jardín al frente y un pozo cavado en la peña viva. Y Panchita se replegó con su hermanito a uno de los cuartujos del fondo y alquiló el resto de la casa.

Había una puertita falsa por donde ella salía para ir a la iglesia, de la cual era la sacristana. Su vida fué pobre y tranquila, y en su corazón pacífico sólo hubo una gran ilusión: ver a su hermano mozo, digno de la santa pasión con que ella lo criaba.

No tenía treinta años y ya su cabeza empezaba a blanquear. Parecía vieja, y las gentes que ignoraban su historia, la creían madre de aquel pilluelo que apedreaba las quintas ajenas a través de los cercos de espinas.

Dieguito no concurría a la escuela y ya era famoso por sus travesuras, pero amaba entrañablemente a aquella mujer que le había consagrado su vida.

Con lo que ganaba en el verano alquilando la parte principal de su casa, vivía ella todo el año, estrechamente, haciendo prodigios de ahorro.

Durante el invierno, cuando no habia veraneantes, se daba el lujo de guisar su pobre comida en la cocina de vetusto fogón y techo negro; pero, en llegando los inquilinos, veíase la ollita de su puchero, hirviendo sobre tres piedras, a la sombra de un tunal, en un rincón de la huerta.

El corazón humano es un vaso pequeño. Con poco licor se llena, si la ambición no lo raja.

Diez, doce, quince años, su vida laboriosa y obscura fué enteramente feliz, como la de una abeja en el colmenar. Pero Dieguito se iba haciendo hombre, y muchas horas del día y aun de la noche las pasaba lejos de sus ojos de madre.

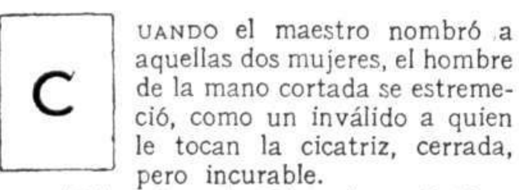
No iba ya a la escuela, porque era de buen entendimiento y había aprendido todo lo que allí podían enseñarle. Vagaba por las carreteras, ganando fama de mataperros, y los vecinos vigilaban sus huertas, porque para él no había cerco seguro.

Por ese tiempo, lo puso Panchita de criado en la casa de campo que la curia

poseía a una legua del lugar, para el veraneo de sus seminaristas. La sacristana esperaba tal vez que algún día vería a Dieguito mezclado entre los estudiantes, vistiendo su uniforme, y con los años se instalaría en aquella misma casa de ella como párroco de su iglesia.

Pasaron así tres años, y un día el muchacho dejó su empleo y ella supo que festejaba a Polonia, la hija mayor de la Tilcara.

IV



Cuando el maestro nombró a aquellas dos mujeres, el hombre de la mano cortada se estremeció, como un inválido a quien le tocan la cicatriz, cerrada, pero incurable.

—¡Polonia!... ¡la Tilcara!... ¿Quiénes eran?...

—La Tilcara ha vivido aquí hasta hace poco. Era una pobre mujer, viuda desde muy joven. Tenía tres hijas muy bonitas, que tomaron cada cual por su lado, abandonándola a ella, que nunca salió del pueblo. Años atrás criaba gallinas y hacía pan para vender; después, vivió de limosnas, visitando a unos y a otros y llevando cuentos y pidiendo noticias de sus hijas a los que venían de la ciudad.

—Y ella, Polonia... ¿vive? —preguntó el hombre de la mano cortada, con inexplicable ansiedad.

El maestro lo miró.

¡Qué pálido estaba su huésped! Pero era, sin duda, que la luna le daba de lleno en la cara.

—Si no ha muerto vivirá, pero Dios sabe dónde. Ella y sus hermanas volaron del nido, como las palomitas, no bien criaron las alas. No han vuelto nunca por aquí, ni se ha sabido nada cierto de ellas. Y esa es la suerte de muchas...

La curiosidad de su oyente pareció calmarse, pues nada agregó y siguió escuchando el relato.

Pero el maestro mismo no podía saberlo todo, y su historia era incompleta. Todos los actores de aquel drama habían desaparecido, unos porque se fueron del pueblo; otros porque murieron, y ninguno había hablado.

Lo que el maestro contaba era una especie de leyenda, compuesta por las conjeturas de todos los vecinos, y en toda leyenda siempre hay algo de cierto, con mucho de falso y abundantes lagunas.

La verdad, la entera verdad de las cosas que ocurrieron, solamente la sabía aquel hombre que escuchaba al maestro.

Y he aquí la historia tal como él la sabía:

V



Cada siesta bajaban al arroyo las lavanderas del pueblo, y, a la sombra de los grandes sauces y sobre las piedras, batían su ropa. Tenía su sitio cada cual, y lo respetaban de tal modo, que hallaban intacto al día siguiente el pedacito de jabón que pudieran dejar la víspera.

Sobre una piedra azul, que el agua rodeaba con una franja de espuma, alejada más de cien pasos de las otras mujeres, estaba el sitio de las tres hijas de la Tilcara.

Diego pasaba por allí algunas veces, arreando las vacas lecheras del seminario, y observó que lo miraban con malicia y hasta se reían de él.

Cambió de camino y condujo sus vacas por la carretera que cruzaba el pueblo.

Pero una tarde cálida, en que las gallinas buscaban la sombra de los setos para revolcarse en la tierra fresca, y los perros dormían al pie de las paredes, acurrucados o con el vientre al aire, por las pulgas y el calor, y no se veían en las callejas, ardidas por el sol, ni los burros sueltos, que ordinariamente merodeaban, espiando las puertas mal cerradas de jardines rústicos, por si podían meterse a comer las achiras, o los claveles, a falta de cosa mejor, Diego no quiso ir por la carretera desarbolada, y bajó con sus vacas por la orilla del arroyo.

Era delicioso el frescor del sauzal, con el rumor de las aguas, que se abrían como una madeja, desgarradas por las piedras, y con el loco gorjear de las urracas, dueñas y señoras de las ramas altas, y el arrullo de las palomitas, que escondían su humildad entre los espinos de los cercos.

Dió las buenas tardes, una por una, a todas las lavanderas y se alegró, viendo a lo lejos vacío el lugar donde lavaban las hijas de la Tilcara.

Mas cuando se aproximó silbando a sus vacas, vió que dos de ellas faltaban, pero que Polonia, la mayor, se había tendido a dormir la siesta sobre la gramilla verde, al borde del sendero.

Aunque tenía cubierta la cara con el delantal, la reconoció por el brazo. Sus dos hermanas menores eran blancas y ella

trigueña. Aquel brazo, quemado por el sol hasta arriba del codo, tenía el amoroso color de buen pan.

Se había dormido, reteniendo en la mano una varita de mimbre, con que maquinalmente espantaba las moscas azules.

Todo el día pensó Diego en ella; y a la otra siesta volvió por allí. De lejos, la vió; estaba sola y golpeaba su ropa sobre su piedra.

Silbó a sus vacas y apretó el paso, pero como ella lo saludara con mimo, se atrevió a preguntarle:

—¿Hay enfermos por tu casa, Polonia?

—No, Diego... ¿Por qué?

—Porque no veo a tus hermanas.

—Hace días que se fueron a la villa; se han conchabado.

—¿Y vos, no vas?

—Puede que sí, puede que no.

—¡Adiós, Polonia!...

—¡Adiós, Diego!

Desde ese día se olvidó de la carretera empolvada y fué siempre por el camino del arroyo.

Ella adivinó el amor del mozo, y lo envolvió en sus coqueterías.

—¿Es cierto lo que dicen? — le preguntó una tarde, maliciosamente.

—¿Qué dicen?

—Que vas a ser seminarista...

—No es cierto — respondió él, avergonzado.

—Y que cuando cantes misa serás el cura del pueblo.

—¡No es cierto, no es cierto!

Diego se fué humillado, sintiendo a su espalda la risa de ella.

Buscó trabajo en otra parte y dejó de servir en el seminario.

Panchita se lamentó, y cuando le dijeron que todas las siestas conversaba con Polonia en la piedra azul, lloró como una madre a quien le llevan el cadáver de su hijo.

Para ella había muerto aquella magna ilusión, de que algún día, llegara su Diego, por caminos milagrosos, a ser el cura de su amada iglesia.

VI

Pero como ya no podía dar al mozo la mitad del cuartito que ella ocupaba en los fondos de la casa, mandó construir otro, de paredes de barro y techo de paja, en un rincón de la huerta, al amparo del tunal.

La huerta era descampada, con pocos árboles, rodeada de un tapial, y Diego entraba y salía libremente por la puerta falsa que daba hacia el campo.

Panchita vivía acechando la ocasión de reconquistar aquel corazón que se alejaba del suyo. Como fuese verano y su casa



Salió Panchita, con el niño, de la mano, y así le dieron la noticia de que a su padre lo acababa de matar un rayo en la Alameda.

estuviera ya ocupada por sus inquilinos habituales, cocinaba al aire libre, y en su fuego, encendido por ella misma desde temprano, se guisaban los manjares que a él le gustaban.

Espiaba sus ojos para adivinar sus pensamientos y conocer su vida, porque él de nada le hablaba. Y le pareció triste. Fué entonces cuando su espíritu sin malicia penetró aquella profunda palabra que había leído cien veces sin entender, en su Imitación de Cristo: «Porque no hay amor sin dolor».

La cabeza de Panchita estaba ya enteramente blanca, pero sus manos eran ágiles y todavía ella misma subía a su campanario los domingos a la tarde, para dar los tres repiques de la bendición. Pero ya no era feliz, como en los tiempos en que deletreaba las inscripciones de sus campanas o arañaba su nombre con un alfiler en el

bronce bendito. Para ella también era verdad la sentencia de aquel libro eterno: «No hay amor sin dolor».

Habló al cura del lugar, sollozando, a través de la rejilla del confesionario y le contó sus penas, y él contestó: «¿Por qué te afliges? Si la Polonia y él se quieren, pues que se casen».

Y Panchita, esa noche, mientras servía a Diego su comida a la puerta de su cuarto, se animó a decirle sin mirarlo: «Yo tengo unos reales guardados para los casos de apuro... Si querés casarte, te los doy...»

El se enterneció, adivinando su corazón a través de aquellas palabras tímidas. Pero su pasión era infinitamente más fuerte que todo otro sentimiento, y se atrevió a preguntar:

—¿Como cuánto será?

—Serán cien pesos...

No era mucho, pero en aquel lugar eso bastaba; y él besó tiernamente la mano de Panchita, y fué a hablar con la Tilcara.

La vieja se echó a reir de su proposición. Tenía grandes proyectos, porque sabía que su hija era muy bonita y no pensaba casarla con ninguno del pueblo, mozos a cual más pobres.

Cuando la risa la dejó hablar, llamó a Polonia a gritos, para contarle el caso, pero la muchacha no había vuelto del arroyo y Diego salió desesperado de vergüenza y de rabia.

Se entraba el sol y las sombras de la noche parecían levantarse como un aliento obscuro de la tierra.

Los trapos que Polonia había tendido a secar, blanqueaban sobre el pastizal de la orilla o sobre las grandes piedras, que el agua ceñía con su espuma.

Diego alcanzó a ver a la muchacha despidiéndose de un hombre que montó a caballo y en un instante se perdió detrás de los cercos.

El mozo llegó sintiendo zumbar como un viento implacable la risa maligna de la vieja. Aquel hombre no era del pueblo, seguramente. Pero, ¿quién era?

—¿Quién es ése? —preguntó a Polonia, tomándola del brazo.

Ella libró su brazo y empezó a juntar la ropa, cantando entre dientes; y Diego se arrimó al tronco de un sauce, aturdido, y aguardó su respuesta, sin que se le ocurriera una palabra más.

La muchacha hizo un gran atado con toda la ropa e intentó levantarlo sobre la cabeza, pero no pudo, aunque era fuerte.

—¿Querés saber quién es ése?, —preguntó acercándose a Diego.

—Sí... —respondió él. —¿Quién es? ¿De qué te habla?

—Ese es un hombre que... me ayuda a levantar el atado, cuando ve que no puedo yo sola.

Y soltó una carcajada. Diego se mordió con ira los labios.

—¿Te reís de mí? ¡Qué extraño! También ella se ha reído...

—¿Quién es ella?

—¡Tu madre!... Se ha reído porque fuí a decirle que ya tenía cómo casarme con vos.

—¿Y por qué hablaste con ella y no conmigo?

—¿Qué me habrías contestado vos?...

Hubo un instante de vacilación en la muchacha, que, a pesar de sus coqueterías con otros quería de veras a Diego. Este veía relumbrar sus ojos en la sombra creciente del sauzal.

Soltó ella el atado de ropa, que no había podido levantar, y se le acercó, y le tomó los dos puños, con fuerza, y le habló en la cara misma:

—Si querés que sea tu mujer tenés que llevarme a la ciudad. Aquí no quiero vivir... ¿Sos capaz de eso?

—Sí —contestó él, penetrado y sacudido por una tentación formidable.

Ella acercó más su cara, y lo miró profundamente en los ojos tristes, encendidos ahora por una esperanza, y lo besó ardorosamente, y volvió a recoger su atado.

Diego la ayudó a ponerlo en equilibrio sobre la airosa cabeza, y se quedó mirándola ascender por el caminito de cabras que conducía a su rancho. Llegada al filo de la barranca, ella lo saludó con una mano y el mozo, un instante, vió su silueta como pintada en negro sobre la chapa de oro de aquel cielo de ocaso.

VII

LLEGARON al pueblo unos campesinos de la sierra grande, arreando una majada de carneros, que conducían a la ciudad.

Pidieron a Panchita permiso para encerrar a sus animales en el sitio baldío y tapiado que había a los fondos de su casa, y la buena mujer se lo concedió, como de costumbre.

Pero el siguiente día era domingo, y los serranos no partieron, porque estaban cansados, y más que ellos, su majada. Limitáronse a llevarla hasta el arroyo para que bebiera y pastara, y volvieron a ence-

rrarla. Diego les ayudó en la empresa y oyó lo que conversaban, pero no prestó grande atención, porque vivía envenenado por el pensamiento de que para casarse con Polonia tenía que juntar mucho dinero.

Hacía un mes que le prometió hacerlo. Todas las tardes, por las cercanías de su lavadero pasaba el hombre a caballo, que unas veces se detenía a hablarla y otras la saludaba simplemente y seguía su camino. Era un joven rico, según contaban, de la villa próxima.

Si Diego se quejaba de aquella familiaridad, Polonia se le reía:

—¿Qué más querés que te diga, después de lo que te dije? Yo no voy a vivir en este pueblo. Si pensás en mí, juntá mucha plata, y llevame a la ciudad.

Diego comprendió que, con él o con otro, Polonia se iría, y tuvo tentaciones de matarla, porque nunca, jamás, con su pobre trabajo, ganaría lo que ella quería.

VIII

PANCHITA no subió esa tarde al campanario, a dar los tres repiques de la bendición del Santísimo, como todos los días de fiesta. Mandó a un muchacho y ella prefirió quedarse para enseñarles un poco de doctrina a los dos arrieros serranos, que no sabían siquiera persignarse.

Acababan de encerrar su majada, cuando ella los llamó desde la puerta de la sacristía, donde había estado sacando los ornamentos sagrados para la ceremonia.

Y allí, mientras las sombras de las altas paredes se iban alargando en la plazoleta que antes fuera camposanto, ella les enseñó el Padre nuestro. Los dos paisanos repetían maquinalmente las palabras, y abrían tamaños ojos ante la capa pluvial recamada de oro, que Panchita acababa de extender sobre una mesa.

—Eso no es nada — les dijo ella, para enardecer aquella vacilante fe de neófitos. — luego, cuando venga el señor cura, verán la custodia, con el Santísimo, que va a exponer en el tabernáculo. Eso sí, vale un tesoro. Dicen que no hay plata en toda la ciudad bastante para pagarla.

Los arrieros se miraron. El uno era viejo, de piel quemada por el aire crudo de las montañas, de barbas revueltas y de ojos pequeños y relucientes y como emboscados detrás de unas cejas tupidas; y, a pesar de todo, producía la impresión de un buen hombre, inculto y nada más. En cambio, el otro era joven, de rasgos finos, más blanco, lampiño casi, pero sus miradas eran cobardes, y sus respuestas, indecisas y obscuras, como si quisiera esconder sus pensamientos.

—¡Me gusta más el viejo!, — se dijo Panchita cavilosa, dejando la lección, porque venía el cura e iba a comenzar la ceremonia.

Llegó la noche; los arrieros debían partir al alba, y por ello tenían que dormirse temprano, en la huerta, donde encendían su fuego, rodeados por la majada. Mas, parecían dispuestos a pasar en vela toda la noche.

Panchita se despertó del primer sueño y se incorporó en la cama, para ver qué hacían. Estaba intranquila. Esa tarde, cuando se alzó entre nubes de incienso y ruido de campanillas la cortina del tabernáculo, y quedó a la vista del pueblo la custodia esplendorosa, ella sintió un extraño deseo de mirar hacia donde estaban los serranos, y volvió la cabeza. El viejo permanecía estático, pero el joven miraba la joya magnífica con ojos relucientes de codicia.

Muchos otros arrieros antes habían pasado con tropas o con ovejas viniendo de la sierra para la ciudad, pero aquellos era la primera vez que llegaban y nadie los conocía en el pueblo.

Panchita entreabrió la ventanita de tablas que daba hacia la huerta, y, por entre las pencas del túnel vió encendido todavía el fuego de aquellos hombres.

El resplandor de las brasas alumbraba las siluetas de los dos, que permanecían tal como ella los vió al entrar en su pieza, en cuclillas, junto a la pava del agua, cebándose mates.

Los carneros dormían echados, formando una sola masa blanquecina sobre la tierra negra.

Panchita fué a cerrar su postigo, pero oyó como un susurro la voz del joven y quiso a toda costa, aunque debiera morirse de miedo, saber de qué hablaban. Hacía treinta años que era la sacristana de su iglesia, y nunca se le ocurrió que sus tesoros no estuvieran seguros, no tanto por la fortaleza de las puertas que los guardaban, como por el respeto de las gentes que los conocían. Pero ahora pensaba que si aquellos hombres tenían una intención siniestra, nadie si no ella podría impedirles llevarla a cabo.

Se puso un vestido obscuro, y se aproximó, por atrás del tunal al sitio donde los dos arrieros conversaban, mirando el fuego.

No eran abundantes sus palabras. Por el contrario... largos silencios cortaban su conversación, y entretanto Panchita, temblaba de emoción, agazapada entre las anchas hojas carnosas donde dormían sus gallinas. Por fin, aguzando el oído, logró atrapar una frase entera, y fué palabra por palabra lo que ella misma les dijo esa tarde.

Hablaba el joven y el viejo asentía.

—Dicen que en toda la ciudad no hay plata bastante para pagar esa alhaja.

De nuevo el silencio. El viejo cebaba mate y el joven no cesaba de mirar el fuego.



Diego pasaba por allí algunas veces...

—Con lo que vale esa custodia —dijo— tendríamos para vivir mil años como ricos.

Calló otra vez. Panchita se apretaba con las dos manos, fuerte, fuerte, la cara, porque los dientes la castañeteaban de miedo, y ese ruido le impedía oir.

—Para vivir mil años como ricos... Yo me fijé, la puerta verde, que da al naciente, tiene un tablero podrido, debe ser muy vieja. Con un empujón, saltaría, sin ruido... ¿Me oye viejo?

—Sí, hijo.

—¿Quiere ser rico para toda la vida?

—Mi vida no será muy larga ya.

—Pero usté tiene hijos... ¿Quiere?

Una de las ovejas se alzó y su movimiento cundió entre las demás, y toda la majada se levantó repentinamente. Panchita huyó, segura ya de que aquellos hombres antes del alba habrían asaltado su iglesia.

Finalizada la estación, y en su gran casa deshabitada sólo dormían ella y Diego. Poseída de un gran terror, llegó hasta la puerta del cuartujo de éste, y murmuró su nombre por el agujero de la llave, y arañó dulcemente sus maderas, y así estuvo sin lograr despertarlo, hasta que sintió en la huerta el ruido del portón que se abría.

—¡Diego, Diego! —exclamó ansiosamente.

Su hermano saltó de su catre y descorrió el pasador.

—¿Qué te pasa, Panchita?

Y ella le contó lo que había oído y lo que había pensado, todo junto, como si todo fuese una sola verdad.

En la pieza, la obscuridad era grande, y no pudo ver Panchita la espantosa palidez de Diego, cuando ella repitió aquellas palabras: «No hay plata, en la ciudad, bastante para pagar la custodia...»

El empezó a doblarse, como un árbol retorcido por el huracán. Se sentó en la cama, hincó sus codos en las rodillas, y escondió la cara. Ya no oía las palabras de ella, sino la voz terrible de la tentación. Panchita lo sacudía por los hombros.

—¡Diego! ¡No te duermas! Han abierto el portón y van a salir. Corre a avisar al comisario...

Diego se levantó, se puso un poncho y salió de la pieza, y luego de la casa, por la puerta del zaguán, que abrió sin ruido y cerró tras él. Y Panchita se puso a rezar para que volvieran antes que los arrieros saquearan su amada iglesia.

Un silencio de plomo, como una lápida bajo la cual fermenta el crimen, cubría la casa y el pueblo. Panchita concluyó el rezo y tendió el oído. De la huerta no venía rumor ninguno. A veces le parecía sentir el pisoteo lejano de una tropa en marcha; a veces el rechinar de una tabla que se astillaba. Pero, ¿era ilusión de sus oídos

locos? ¿Era verdad? El alto brocal del pozo, cubierto de enredaderas, le impedía ver lo que pasaba en los fondos de su casa.

¡Y Diego tardaba!

Pensó que ella podría entretanto, defender su iglesia, y corrió a la cocina, y tomó el hacha filosa con que ella misma cortaba las gruesas ramas de algarrobo que ardían en su fogón, y salió.

La noche era obscurísima. Se santiguó al cruzar la plazoleta de la iglesia, antiguo camposanto del lugar y llegó a la sacristía, con sus llaves y el hacha en la mano. El ruido de sus ropas sacudidas y de sus propias pisadas, resonó en sus oídos como el de un tropel de gentes. Se detuvo azorada en el umbral. Bajo el cielo negro, ni un rumor.

A tientas, metió la gruesa llave en el agujero de la cerradura. Era esa la puerta verde de que habló el arriero, y se abrió rechinando, y una bocanada de aire caliente como el aliento de un enfermo, le dió en la cara.

Entró de golpe y forcejeó un rato para correr el pasador herrumbrado, que jamás se usó, porque las puertas de la iglesia se cerraban de afuera. No pudo lograrlo, pero la calzó con un pesado candelero de bronce que halló a mano, y se quedó allí mismo empuñando su hacha y espiando todo rumor de adentro o de afuera.

La tiniebla espesa y cálida aprisionada entre las fuertes paredes de la iglesia, estaba rota en una esquina del altar mayor por la lamparilla de aceite que alumbraba el sagrario; y el silencio era tal, que se sentían chirriar las alas de una mariposita abrasada en aquella frágil llama.

IX



Diego llegó hasta el camino y se detuvo, como si un abismo le cortara el paso. Estaba tan aturdido que tardó en aclarar sus ideas. Le parecía que una mano potente le apretaba el corazón.

Por allí cruzaba un senderito que conducía a la casa del comisario. ¿Cuántos minutos pasarían antes de que él llegara, lo despertase en medio de la algazara de los perros furiosos, y consiguiera su ayuda? Un cuarto de hora, media hora tal vez. Entretanto, los arrieros, si era verdad lo que oyera Panchita, habrían hundido la vieja puerta de la sacristía, Si él fuese el ladrón, él, que conocía pulgada por pulgada toda la iglesia, no intentaría penetrar allí, sino por la puerta grande, a pesar de que ésta parecía incomparablemente más sólida, capaz de resistir los golpes de una catapulta.

Uno de sus tableros, en un ángulo, tenía una rajadura casi invisible y fácil de agrandar con la hoja del cuchillo. Por el hueco, una mano alcanzaría el cerrojo interior y no se necesitaba mucha fuerza para correrlo. Hecho eso, la puerta se abriría sobre sus goznes seculares... Diego cerró los ojos, aterrado por esa visión; pero las tinieblas de su alma era mil veces más pavorosas que las de aquella noche sin estrellas, en que los montes se fundían con los campos, y el camino se borraba de bajo de los pies.

¡Qué noche para un crimen! En el bajo ladraba un perro, o balaba un corderito. Diego estaba desorientado. Ya no podía decir dónde quedaba la casa del comisario. Miró hacia atrás y vió como una mancha más negra la mole de la iglesia, a veinte pasos de él. No se oía nada, nada. Si hubiera sido cierto lo que le contó su hermana, ya era tiempo de que, los arrieros estuvieran golpeando la puerta verde, para entrar y llevarse aquellas alhajas, que toda la plata de la ciudad no bastaba a pagar.

Un hombre, dueño de la custodia, o del cáliz y del copón, sería suficientemente rico como para huir al extremo del mundo, donde nadie lo hallara.

El estaba cierto, tan cierto como si Polonia misma se lo hubiera dicho, que antes de terminar el otoño ella se iría del pueblo, con él o con otro...

Cerróse un poco más aquella mano omnipotente que oprimía el corazón de Diego, y el mozo creyó morir asfixiado, y abrió la boca y aspiró anhelosamente el aire purísimo.

Se acordaba de aquella siesta en que la vió dormida sobre el musgo del arroyo, reteniendo en la mano una varita verde de mimbre, y sentía discurrir por la médula de sus huesos un veneno infernal. Antes del invierno, ella se iría a la ciudad, pero eso no lo libraría a él de su tortura, porque él no podría olvidarla.

Un gallo cantó a lo lejos, y el aviso fué acercándose, repetido por otros gallos en todos los corrales del pueblo, y luego alejándose hasta que todo volvió a quedar en silencio. Diego no se había movido del camino, que, a ratos, se diseñaba como una franja fosforescente en la inerte negrura del campo. De repente oyó rechinar un portón y comprendió que era el de los fondos de su casa.

—Todavía no han salido los serranos— se dijo, y permaneció al acecho, y sintió luego el rumor de sus pisadas aproximándose.

Oyó la voz de uno de ellos y el tropel de la majada que arriaban hacia el camino, en la obscuridad.

—¡Se van! No se animan a robar en la casa de Dios!... ¿Quién que no esté condenado en vida se animará a eso?... Si yo entrase ahora, toda esa riqueza sería mía, y a nadie se le ocurriría que yo fuese el ladrón. Todos pensarían en ellos, y correrían a alcanzarlos. Panchita misma declararía haberlos oído tramar el crimen, y no los salvaría el que no se hallara en su poder el cáliz, ni el copón, ni la custodia...

Estos pensamientos se atropellaban sordamente en el alma de Diego.

Por su lado pasaron los dos hombres, fustigando con sus largos arriadores a sus ovejas, adormiladas aún, y los vió alejarse, y cuando se perdió en la sombra el blando rumor del tropel, sintió que había llegado la hora del crimen, y no vaciló más.

Un día u otro, envenenado como estaba por aquella pasión, tenía que llegar a eso, mejor cuanto antes, mejor esa noche en que la culpa recaería sobre aquellos dos infelices...

X

PANCHITA oyó también el viejo portón de su huerta y a la majada que desfilaba hacia el camino, por detrás de la iglesia, y se imaginó que antes de un minuto estarían atacando aquella entrada, que ella iba a defender hasta que llegara el comisario con los soldados.

Se santiguó de nuevo y cogió el hacha, a dos manos.

Ya sus ojos se habían habituado y distinguían con la mínima luz de la lamparita del Sagrario, el contorno de los objetos.

—Pero, ¿por qué tardaba Diego? Debió llevar el aviso y volver en seguida. Bien sabía él que su hermana se dejaría matar antes de permitir el sacrilegio. ¿Por qué no volvía a ayudarla?

Y ellos, los ladrones, ¿por qué tardaban también? Ya no se oía el ruido de la majada. El mismo silencio de antes, pesado, impenetrable como una muralla, la separaba de todas las cosas vivas.

Panchita pegó el oído a la juntura de la puerta y sólo sintió el golpe de un martillo minúsculo en la sien derecha.

—Es mi sangre—se dijo, y su miedo creció por el misterio de aquel silencio. Un minuto o una hora, permaneció con la cabeza junto a la tabla, oprimiéndose la arteria de la sien, que la aturdía; cuando en el interior de la iglesia crujió una astilla. Se estremeció como si un viento helado la hiriese en la espalda.

—¡Son los ratones! —murmuró, sin creerlo. Y se enderezó poco a poco para atender a ese ruido inesperado, y sintió, no ya un crujido, sino algo como el roce de una herramienta que traspasa una madera reseca.

—¡Los ratones están royendo un confesionario! —murmuró otra vez, para infundirse calma, y miró la estrellita de oro de la lamparita del Sagrario.


Panchita levantó el hacha y [illegible] feroz sobre aquella mano.

¿Por qué tardaría tanto su hermano? Una lechuza que anidaba en las cornisas lanzó un chillido que retumbó en la nave, y se azotó contra los vidrios de una claraboya, buscando salida por un vidrio roto. Chilló de nuevo, un momento después, pero ya desde fuera, posada en el campanario.

Panchita quedó encogida de horror, hasta que la quietud y el silencio que sobrevinieron le devolvieron la tranquilidad que necesitaba para atinar con lo que significaba aquel ruido sospechoso.

Ya no podía dudar. Alguien estaba forcejeando por abrir la puerta grande, mientras ella se obstinaba en vigilar la otra.

Despacito, marchando a lo largo de las paredes, como avanzan los gatos, abandonó la sacristía y penetró en la iglesia, sin soltar el hacha, sin mirar la luz, para

no encandilarse. La luz quedó a su espalda y ella pudo ver con suficiente claridad, el escalón del comulgatorio.

A medida que se aproximaba a la puerta, el ruido de la herramienta era más perceptible. Saltó una astilla, que golpeó violentamente las baldosas de adentro. Panchita se detuvo. Estaba sola contra ellos, que eran dos. ¿Tardaría mucho su hermano?

Dió unos pasos más y vió relumbrar la hoja de un cuchillo en una rajadura de las tablas. Se quedó yerta y muda, apoyada en la pared.

—¡Virgen de los Dolores! —exclamó en su corazón despavorido. —¡Dueña y Señora de esta iglesia!... ¡Dame valor para no morir de miedo y defender tu casa!

La oración la confortó, y su pensamiento enloquecido empezó a inquietarse. Ya comprendía lo que fuera querían hacer: abrir un boquete para meter la mano y descorrer el cerrojo. Saltó otra astilla, pero Panchita no tembló esta vez porque la vió caer. ¡Bendita luz aquella del Sagrario, que le permitía seguir el trabajo de aquel cuchillo! Saltó una tercera astilla y desapareció la hoja. Panchita empuñó su hacha.

—Ya está hecho el boquete—pensó.—Ahora van a abrir... van a meter lo mismo.

Y vió penetrar blandamente una mano, una mano que sabía donde estaban las cosas, y que sin vacilar asió el cerrojo.

Panchita levantó el hacha y descargó un hachazo feroz sobre aquella mano.

Un alarido espantoso respondió a su golpe, un acento que la traspasó como lo hubiera hecho la hoja de aquel cuchillo. Se quedó petrificada, mirando aquella mano que había rodado en el suelo y que estaba allí, a sus pies, como una cosa muerta mil veces, muerta para su dúeño y para Dios.

Fué agachándose, agachándose, hasta que sus ojos pudieron contemplarla de cerca, y como la menguada claridad que llegaba hasta allí no le bastara y ella quisiera más luz para verla, soltó el hacha y recogió la mano viscosa y fría.

XI

POBRE mujer! —dijo el maestro. —Al día siguiente la hallaron muerta bajo la lámpara del sagrario, apretando contra el seno aquella mano que no le pudieron quitar. Habría sido necesario quebrarle los brazos y romperle los dedos para separarla de ella, y resolvieron enterrarla así. Nunca nadie supo ni de su hermano, ni de aquellos arrieros que durmieron dos noches en esta casa. Desaparecieron como si se los hubieran tragado las montañas, y dudaron las gentes de quién era el dueño de aquella mano que Panchita se llevó al sepulcro. Y como en el día del Juicio hemos de juntarnos todos con nuestros huesos, ha corrido la leyenda de que el dueño de ella vendrá a buscarla un día u otro. Y los paisanos quieren verlo llegar, para saber de cierto quién es.

—¡Es una leyenda estúpida —respondió bruscamente el hombre de la mano cortada. —Cualquiera que haya sido el que esa mujer hirió con su hacha, se guardará bien de volver por aquí... Y si yo hubiera sabido esta historia, tampoco habría venido, porque me fastidia el que me miren como me han mirado hoy sus convecinos...

—Así pienso yo —respondió el maestro, levantándose, y condujo a su huésped a uno de los cuartos vacíos, donde había una vela encendida, a la cabecera de un catre. El hombre dejó su bolsa en un rincón y cerró la puerta, después de dar las buenas noches.

XII

NI el maestro, ni su hermana, se atrevieron a llamar a su puerta cuando fué día claro.

—¡Dejémoslo dormir! Llegó tan cansado y hambriento, que bien podría dormir hasta la noche. — Pero a eso de las nueve, cuando el maestro explicaba la lección, uno de sus discípulos que llegaba siempre tarde, por vivir lejos, cayó al trote de su burro y contó asustado lo que acababa de ver por arriba de las tapias del cementerio.

—Los zorros, anoche, han cavado una sepultura, han sacado el cajón de un muerto y han desparramado los huesos por el campo.

—¿Dónde estaba la sepultura?

—Así como se entra, a la izquierda, en el rincón.

—¡No son los zorros! — contestó el maestro, y fué al cuarto donde dormía su huésped, y abrió de golpe la puerta.

El cuarto estaba vacío...

—¡No han sido los zorros!... —repitió. —Ha sido él, que ha venido a buscar su mano...

Despacharon varias comisiones para que persiguieran al hombre de la mano cortada, que había violado la tumba de la muerta, pero su rastro se internaba en la montaña, donde hay mil senderos para un mismo lugar, y ningún baquiano fué capaz de encontrarlo.

FIN

De los grandes ingenios

Cómo un mujik hizo desaparecer una gran piedra

En medio de la plaza de la ciudad había una enorme piedra que impedía la libre circulación.

Se llamaron ingenieros y se les preguntó si podrían quitar de allí el estorbo, y cuánto costaría.

Uno dijo que sería necesario volarla con pólvora y después transportarla, todo lo cual podría costar sus ocho mil rublos. Otro dijo que arrastrándole lejos, podía reducirse el coste a seis mil rublos.

Un mujik habló entonces:

—Si a mí se me dan cien rublos, la piedra desaparecerá.

Se le preguntó cómo lo haría.

Y respondió:

—Cavando un gran hoyo cerca de la piedra; luego haría que ésta cayera en el agujero, rellenaríalo con tierra, y acto seguido igualaría la superficie.

Dejósele hacerlo.

Y recibió doscientos rublos, mitad de ellos como premio a su ingeniosa idea.

LEÓN TOLSTOY.



— [illegible], señor: el nene [illegible] ha roto los [illegible].

Si alguien llegara a saber dónde está el palacio de mi rey, el palacio se desvanecería en el aire. Sus paredes son de plata blanca y su techo de oro puro. Mi reina vive en un alcázar que tiene siete patios y lleva más joyas que hay en el tesoro de siete reinos. Madre, déjame tú decirte en voz baja dónde está el palacio de mi rey. Mira: está en aquel rincón de la azotea donde se halla la maceta de "tulsi".

La princesa duerme, encantada, en la playa lejana de los siete mares que no se pueden pasar. Sólo yo en el mundo puedo encontrarla. Oye: tiene los brazos llenos de brazaletes y gotas de perlas en las orejas. La cabellera le llega al suelo. Se despertará cuando la toque yo con mi varita de virtud, y al sonreírse será como si se le derramaran joyas de los labios. Te lo voy a decir bajito, madre. La princesa está en aquel rincón de la azotea donde se halla la maceta del "tulsi".

Cuando sea la hora de irte a bañar al río, sube a la azotea, madre. Yo estoy sentado, mira, allí, en aquel sitio en que las sombras de las paredes se juntan. Sólo a la gata le permito estar conmigo, porque la gata sabe dónde vive el barbero del cuento. Déjame tú decirte al oído, madre, dónde vive el barbero del cuento. Vive en aquel rincón de la azotea donde se halla la maceta del "tulsi".

RABINDRANATH TAGORE.



POR [illegible]

—¡No me di cuenta cuando aplasté a esos tres idiotas!

—¡Pero, hombre! ¡Por lo menos sentirías el sacudón!

—No... ¡Los caminos son tan malos!



¡Señora, Vd. tiene canas!

No faltará un insolente que la trate de vieja y desde ese día dejará Vd. de ser la hermosa o la simpática señora Fulana; ya nadie le hará caso; los hombres no suspirarán más a su lado.

¿Por qué deja Vd. que las canas invadan su cabellera?

¿No sabe Vd. que sus amigas Zutana y Mengana, sin decirlo a nadie emplean la famosa

AGUA SALLES

que devuelve al cabello canoso su color primitivo?

¡Haga Vd. como ellas! Son tan naturales los colores del pelo regenerado por el AGUA SALLES, que nadie puede sospechar que no sean naturales.

El AGUA SALLES existe en dos tipos: progresiva e instantánea, elija Vd. la que quiera; úsela de acuerdo con las instrucciones y volverá a ser joven. ¿No es esto deseable y agradable?

El AGUA SALLES, no es difícil de emplear; no ofrece peligro y no necesita ser usada cada día.

VENTA EN FARMACIAS,
PERFUMERIAS Y TIENDAS

LOURTAU y Cía.

PARANA, 182
BUENOS AIRES

A PUNTA DE

SIN MIEDO A LOS CINCUENTA



—Es usted una monada.
—Cállese, o llamaré al vigilante.
—Llámelo. Verá cómo es de mi opinión.



—Es usted una preciosura. ¿Cómo se llama usted? Debe de tener algún nombre encantador.
—¡Zonzo!
—Señora, no le he preguntado el nombre de su esposo.



El estudiante de medicina.—Si fuese usted pan, me lo comería. Si fuese usted agua, me la bebería. Si fuese usted emplasto poroso, me lo pondría.



—Palomita, estrellita...
—¿No le da vergüenza, a un viejo como usted, hablar de esa manera?
—Señorita, tenga en cuenta que le estoy haciendo el amor en nombre de mi nieto.

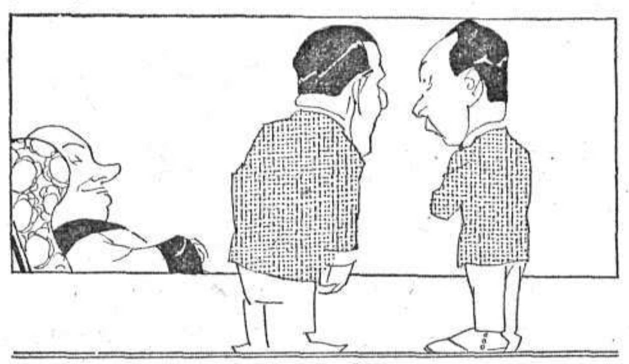


—¿Vive usted en Flores? La acompaño hasta Flores. ¿Vive usted en la Pampa Central? La sigo hasta la Pampa Central.
—Le prevengo que está perdiendo el *tiempo*.
—No importa. Estoy acostumbrado a perderlo. Hace seis meses que voy todos los días a la Casa Rosada, a ver si me dan un



—Nada me importa la policía.
Si usted con esos
ojos traviesos
me contemplase, yo pagaría
cincuenta veces cincuenta pesos.

LAPIZ por VALDIVIA



LABOR ÍMPROBA

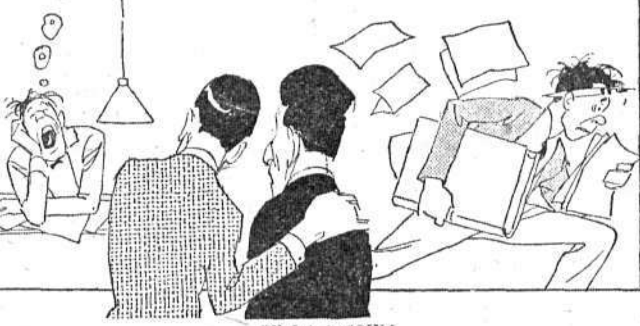
—¿Qué hace el presidente?
—Descansa.
—¡Pero si ya se fué el doctor Alessandri!
—Sigue entrenándose para cuando venga el príncipe de Gales.



NO HABRÁ DUELO

—¡Le mandaré los padrinos. Se ha atrevido a decir que soy un imbécil rematado!
—Eso no es una injuria. Es una leve alteración de la verdad.





EN LA OFICINA

—Aquél está medio loco. Le ha dado por inventar el movimiento continuo.
—¿Y el otro?
—El otro no ha hecho nunca nada y está a punto de jubilarse. Ha inventado el reposo continuo...

EN CLASE

—¡Ah! señores, en toda la vasta extensión del planeta se llama gramática el arte de declamar correctamente.
—¿Quién le habrá enseñado esa rara definición?
—Es por adular a Sagarna.



COLECCIONISTAS

—Pancho tiene una linda colección de porcelanas de Sevres.
—Pues ¿y su hermano? ¡Tiene una colección de tarros de gomina!

TODO ESTA IGUAL

Le Breton. — Con todo mi esfuerzo consigo muy poco.
Gallo. — A mí me sucede lo mismo.
Le Breton. — Estamos en igual caso. Los panaderos y Cantilo siguen haciendo lo que les da la gana.

LO QUE INVENTAN LOS DEMOCRATAS

—Los personalistas son unos ingratos. Dicen que, si ganan en Córdoba, quieren borrar hasta el último recuerdo de Sáenz Peña.
—¿De Sáenz Peña?
—Sí; están decididos a cambiar el nombre del dique de San Roque. Lo llamarán el dique de San Hipólito.

Contra la difteria. Napoleón promotor de la épica lucha.

En 1867 moría, víctima de la difteria, Napoleón Luis, sobrino y ahijado de Napoleón el Grande. Apenado profundamente el emperador, constituyó un premio de 12.00 francos al mejor estudio sobre el crup, como suele llamarse a la difteria de la laringe; recompensa a la que muchos aspiraron. En 1871 Klebs realizó interesantes investigaciones, descubriendo el año 1883 un bacilo peculiar de la enfermedad.

Loeffler, ayudante de Koch, publicó después una obra considerada como clásica de la ciencia bacteriológica; desde entonces el agente causal de la difteria es conocido por el «bacilo Klebs-Loeffler».

Roux y Yersin descubren las toxinas segregadas por el bacilo, a lo cual sigue la demostración de Behring en 1890, probando la posibilidad de inmunizar artificialmente al ser humano inyectando suero de animales cuya sangre se le haya dotado de propiedades antitóxicas.

En 1913, Schic descubrió un procedimeinto verdaderamente sencillo para reconocer a las personas predispuestas o refractarias a la difteria. Basta para ello inyectar una pequeña cantidad de toxina diftérica en la piel: si la persona inyectada es refractaria, es decir, no accesible a la enfermedad, aun estando dispuesta a ello, no se producirá reacción local alguna; pero si, por el contrario, es accesible al contagio, la inyección provocará una reacción en el sitio mismo en que se la haya puesto.


LA MODELO (AL DISTINGUIDO ESCULTOR)
— He notado siempre que los calvos son los más inteligentes. Usted tiene mucho pelo... pero es muy hábil con las manos.

El profesor Rosenau dice que cada muerte por difteria debería ocasionar una investigación para establecer las respondabilidses consiguientes, y todos los médicos competentes deberán salvar la vida de cuantos enfermos de difteria haya, si se les ha llamado con oportunidad.

Si usted quiere proteger a su hijo sin abandonarse ciegamente al azar, no espere un solo instante más. Pida a su médico que se asegure del estado del niño y exíjale un certificado declarando si es o no refractario a la difteria. Si corre el riesgo de contraer la enfermedad, pida al médico que le dé inmediatamente las tres inyecciones protectoras.





LAS

NOVEDADES DE LA SEMANA

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cms., a $ 3.25

DUO GARDEL RAZZANO

Con acompañamiento de 4 guitarras RICARDO BARBIERI

18123	**Por última vez.** Tango. Solo Gardel. Bohigas-Ibernat.
	Caminito del taller. Tango. Solo Gardel. Cátulo Castillo.
18120	**Sentimiento gaucho.** Primer premio del Gran concurso de tangos del Grand Splendid. Solo Gardel. Caruso - Canaro.
	Añorando. Tango. Solo Gardel. L. C. Spinetto.
18121	**Pa que te acordés.** Segundo premio del Gran concurso de tangos del Grand Splendid. Tango. Solo Gardel. Seltún - Lomuto.
	Tesorito. Tango. Solo Gardel. Caruso - Avilés.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cms., a $ 3.00

ROBERTO FIRPO **Orquesta Típica**

6324	**Brujerías.** *Tango. Guillermo Fernández.*
	Bataclán Carioca. Maxixa. X. X.
6325	**No quiero.** Tango. R. Collazo.
	Qcand on Aime, on a Toujours vingt ans. Fox Trot. R. Moretti.
6326	**Crisálida.** Tango. R. L. Brignolo.
	Torcacita. Tango. H. G. Pettorossi.

FRANCISCO CANARO Orquesta Típica y Jazz Band

4049	**Suerte loca.** Tango. Típica. Anselmo Aieta.
	Mr. Radio Man. Fox Trot. Jazz Band. Friend.
4052	**El Narciso negro.** Fox Trot. Jazz Band. José Bohr.
	Polo. Tango. Típica. José Bohr.
4053	**Rie... Rie...** Fox Trot. Jazz Band. J. M. Rizzuti.
	Tierra de mis amores. Pasodoble. Barreiro.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cms., a $ 3.50

ENRIQUE DELFINO

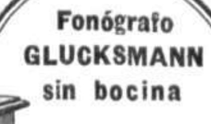
Gran novedad por el popular compositor, creador de esta nueva modalidad fonográfica.

6529	**Una romanza interrumpida.** E. Delfino.
	Salud, Tres veces, Salud. E. Delfino

VALIJA parlante N.º 502 .... $ 75.-



m$n. 45.- FONOGRAFO GLÜCKSMANN CON BOCINA





Fonógrafo GLUCKSMANN sin bocina $ 45

CONDOR ¡No es la mejor, es la única! En cajitas de 200, $ 1.-

MAX GLÜCKSMANN





ROSARIO
CORDOBA 1048/52
MONTEVIDEO
18 DE JULIO 966

Nuevos Discos Nacional

Matrimonios inseparables

Los animales acuáticos ofrecen ejemplos inimitables de solidaridad conyugal, como no se encuentra en animales superiores.

El camarón de agua dulce es de bastante mayor tamaño que la hembra. Como si temiera que ésta *se le escapase*, la lleva *siempre* consigo, agarrada entre sus patas delanteras. El macho percebe, es un ser degradado, reducido a la condición de una sencilla bolsa de esperma adherida a la hembra de la cual se nutre. Pero es más curioso modelo de estos singulares *matrimonios* es el del «Ceracio», una de las más feas especies del pez-sapo.

El pez-sapo típico es un pez común en Europa. Adulto, su apariencia es repulsiva. Su enorme y aplastada cabeza y su boca descomunal constituyen la mayor parte de su cuerpo. Ambos lados de la cabeza están orlados de una especie de orejas o bolsas dentadas y la parte más alta de aquélla coronada de una serie de varillas muy finas y tenues. Cuando el pez-sapo se halla medio enterrado en el fondo del mar, las orejas o bolsas vibran continuamente, lo que hace que los peces se detengan a su alrededor, sorprendidos, sin duda, por el ruidoso espectáculo. Ese instante es aprovechado por el pez-sapo para tragarse a los pobrecitos incautos.

Del macho y la hembra de esta extraña criatura se puede decir que constituyen un solo cuerpo. El macho — de cuatro pulgadas de largo contra los cuatro pies de su compañera — en el primer período de su vida y antes de hallarse completamente desarrollado sexualmente, se adhiere a la hembra. Hasta ahora se desconocen los medios por los cuales se verifica esta adhesión, que llega a hacerse permanente.



— Vea, señor: usted me está pisando el pie.
— ¡Creo que es todo lo contrario, señora mía!

El diminuto macho parece que desarrolla en la mandíbula inferior cierto número de excrecencias filamentosas, probablemente adhesivas al principio que le permite el asirse a su pareja. El estímulo de este primer contacto provoca rápidamente en los tejidos de la hembra la formación de papilas vasculares, que, penetrando en la piel del macho forma como un plexo de vasos sanguíneos. Esto suplementa — ya que no suplanta completamente — la necesidad de tomar alimento en la forma usual. El macho, en una palabra, se nutre al modo de los embriones de los vertebrados superiores: por medio del plexo de vasos sanguíneos. De esta manera, el macho, que ya no tiene que buscar alimento, se halla sin otra misión que proveer a la hembra de los espermatozoides que fecunden sus huevos. Se ve reducido, en efecto, a la condición de parásito, pero de parásito indispensable, pues que sin él extinguiríase la raza, diferenciándose, en esto, de sus congéneres parásitos humanos.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITE CATALOGO N.° 21

MODELO N.° 409
En cabritilla charolada, tiras de cocodrilo gris. En cabritilla negra, tiras de cuero mate. En cabritilla marrón, tiras de cocodilo marrón. Taco. de 5 1/2 ctm. únicamente.
$ 14.90



MODELO N.° 413
En cabritilla charolada, vistas en plateado. En cabritilla negra, vistas mate. En cabritilla marrón, vistas de cabritilla clara. En cabritilla naranja, vistas camello. En gamuza negra, vistas mate. Tacos de 3 ½ y 5 ½ ctms.
$ 14.90



MODELO N.° 419
En cabritilla charolada, vivo plateado. En cabritilla negra, vivo plateado. En cabritilla marrón, vivo plateado. En gamuza negra, vivo de charol. Tacos de 3 ½ y 5 ½ centímetros.
$ 14.90



MODELO N.° 416
En cabritilla negra. En cabritilla marrón. En cabritilla charolada. Taco de 5 ½ centímetros únicamente.
$ 14.90



MODELO N.° 331
En gum metal negro, caña de gabardina gris y vistas de cuero marrón, con cordones o botones.
$ 14.90



MODELO N.° 313
En cabritilla charolada y cuero mate, con cordones o botones. En cabritilla negra.
$ 14.90



MODELO N.° 335. — En gum metal negro. En gum metal de color. Suela extrarreforzada .... **$ 14.90**

MODELO N.° 325. — En cabritilla charolada. En cabritilla negra. En gum metal negro. En gum metal color, liso o picado........... **$ 14.90**



NUEVOS MODELOS PARA OTOÑO E INVIERNO

Páginas médicas

Vómitos de los niños de teta

Los vómitos son frecuentes sobre todo en los sobre alimentados, pero otras veces son, en cambio, debidos a una alimentación insuficiente.

Algunas veces los niños presentan intolerancia para la leche de su madre o de su nodriza, y todo puede arreglarse cambiando la nodriza; pero estos hechos son raros y no debemos decidir el cambio de nodriza sino después de haber comprobado de una manera cierta la persistencia de los vómitos, a pesar de una alimentación bien dirigida.

Más excepcionalmente aún se observa la intolerancia absoluta para la leche de mujer, cualquiera que sea.

No admitir nunca esta intolerancia sino después de minuciosas observaciones.

Finalmente, los vómitos pueden ser debidos a una enfermedad congénita del píloro. (Estenosis pilórica.)

En términos generales, en caso de vómitos persistentes, ensayar el citrato de soda (muy usado bajo el nombre de citrocidina), a la dosis de 0.10 antes de cada tetada.

Atrepsia

La atrepsia es la caquexia consecutiva a los accidentes gastrointestinales de los niños de pecho, de modo que puede ser siempre evitada por medio de una buena higiene alimenticia.

Su tratamiento no difiere, pues, esencialmente del de las gastroenteritis crónicas: vigilancia atenta del régimen alimenticio, dar preferencia a las harinas de cebada, arroz, maíz, trigo y harinas malteadas y lacteadas: Malted Meld, Harina Nestlé, etc.

Vigilar mucho la alimentación en el pecho, caso de ser posible; muchos niños atrépsicos, faltos de desarrollo, se mejoran y curan sólo con el cambio de nodriza.

Evitar las fermentaciones intestinales, por medio del ácido láctico o de fermentos lácticos.

Cuidados higiénicos rigurosos: baños frecuentes, cambiar a menudo los pañales, habitación bien aireada. Mantener el niño fuera de toda aglomeración de niños.

Tenerlo constantemente envuelto en algodón para evitar y combatir la tendencia al enfriamiento.

Inyecciones de suero artificial para levantar el estado general.



El padre, furioso. — ¡Y la próxima vez que venga usted a ver a mi hija!...
El necio enamorado. — ...Entonces, ¿podré volver?...

Ciruelas pasas

Frutas desecadas del ciruelo (Prunus doméstica.)

La decocción de la pulpa es un excelente laxante que se emplea con éxito para combatir las inflamaciones y excita los movimientos peristálticos del intestino; se prepara el cocimiento con 24 gramos de pulpa de ciruela y 360 gramos de agua.

También se prepara en forma de compota, y el enfermo debe tomarlo en ayunas al levantarse.

Conserva purgante de ciruelas

Polvos de jalapa..... 24 gr.
Cremor tártaro....... 48 „
Conserva de ciruela... 300 „
Dosis de 9 a 30 gramos diarios.

NOVENARIO MILAGROSO

(CRONICÓN BONAERENSE DEL AÑO 1606).

—Quien mal se casa, mal la pasa — dijo Zenón Zafía con rara entonación.

— ¿Qué, estás ebrio, que hablas a locas? — preguntóle su vecino frontero de mesa, Francisco Pérez.

— Yo me sé... lo que me sé — repuso Zenón, guiñando un ojo, y repitió sentencioso. — Quien mal se casa... mal la pasa...

— Eso va por mí — dijo Pedro, el panadero, y sin incomodarse, contó: — Sábele mal a Zenón que me case con la Mercedes...

— ¡Dios me valga! — exclamó Francisco. — ¿Tú casarte con la Mercedes?

— Espera... espera — y con pausa, y tiento, dijo Pedro: — La Mercedes me quiere bien, y es mujer como a mí me conviene...

— Pedro... — exclamó Francisco — pero, todo cuán pequeñín y débil eres tú, ella es de grande y fuerte. Y más, que ella es hombruna y ruda en todo, que bien sabes tú que anda a golpes con todo el mundo. No, Pedro, no cometas tamaña herejía, no te cases con la Mercedes, pues, digo, sería como venderte de esclavo, que esclavo serás de ella...

— Mi mismo parecer, y decir — exclamó Zenón. — Bueno, como questo lo dice todo el vecindario... ¡Pobre Pedro, será su muerte! ¡Pobre hombre, será su ruina!

— ¡Quita allá! — dijo enfadado Francisco, encarándose con Pedro. — ¿Que no hay mujer mejor que puedas elegir? ¡Vamos, hombre! ¡Sí, las hay! La María, hija de Santiago, la Pelona...

— Ya sé que las hay — dijo Pedro; — pero, me ha dado a mí en querer a la Mercedes, y nada hay que hacer, me casaré con ella.

— Eso es pena — murmuró Zenón. — Fueras un mal hombre, y todos nos holgaríamos de tu mal, pero, eres bueno, y se te quiere, por eso lo lamentamos.

— Nadie cura en cabeza ajena — repuso Pedro, pensativo. — ¿Que la Mercedes es una mujerona, pendenciera, y áspera, y cerril?... ¡Ya me lo sé! Pero que a mí me quiere, cual jamás se cuidó por lo suyo... esto me lo sé yo, y no lo sabéis vosotros... Por eso la quiero para mujer, que mucho he pensado y dado vueltas a la idea antes de decidir. No tan a tontas, no creáis...

— Si bien, que no eres torpe, ya lo sabemos — dijo Zenón, — pero..

— Para el primer tiempo — interrumpió Francisco, — y, entonces, es la guerra, que ella ya te mira como cosa suya.

— ¡Lo que fuere sonará! — exclamó Pedro. — Y no por ser sabio quiera saber demasiado. Allá veremos... — y dicho esto, Pedro se puso de pie, y los tres amigos salieron de la taberna camino de sus casas.

Zenón quería bien a Pedro, y tanto, que en viendo que ninguna reflexión le hacía mella, fuése a ver al mismísimo Fray Martín Ignacio de Loyola, obispo del Río de la Plata, a quien conocía por haber trabajado en su casa de carpintero.

— Señoría Ilustrísima — le dijo, — Pedro, el panadero, quiérese casar con la Mercedes...

— ¿Aquél tan pequeñín y bueno, con aquélla tan grande y ruda?

— Sí, Ilustrísima, sí... Y duéleme mucho questo suceda, pues, quiero a Pedro.

— Bien, Zenón, dile a Pedro que mañana le aguardo. Veremos cómo cambia...

Pero, no vió tal Su Señoría Ilustrísima, pues, luego que Pedro le escuchó, le repuso con una firmeza que no se esperaba en él:

— Ilustrísima, nos queremos mucho con la Mercedes, y yo os fío que seremos felices...

— Mira Pedro que, luego de atado el lazo del matrimonio, nada, ni nadie le puede desatar...

— Me lo sé, Ilustrísima, me lo sé... y no tengo temor alguno... Seremos felices.

Y esto lo aseguró con tanta seguridad que Su Ilustrísima no se atrevió a insistir, y le dejó marchar.

A pocos días de aquello, y quizá para evitar más consejos, casáronse Pedro el panadero y la Mercedes, y fué digno de mirarse la tal pareja, que

apenas pasaba más allá de la cintura della, y ella grande, y fuerte, si bien de agraciado rostro, y bellos ojos, que, a más de buenas prendas, algo tenía ella para enamorar a él.

La gente les vió pasar, y no reprimió sonrisa compasiva ni comentario agresivo, que, bien sabido es que, cuando la gente se muestra buena, caro lo hace pagar a quien la obliga a ello.

Ni aquí tronó, ni allá llovió, y en buena y muy santa calma fueron pasando como cinco días la nueva pareja, y vecino a oraciones, trabajando él en el horno, y ella amasando, díjole con voz bronca, que parecía un grito de enojo:

— Pedro... la hornada va a quemarse, que tiene mucha leña...

Pedro miró al horno, y retiró un poco de leña.

Casi en seguida volvió a decir la Mercedes:

— Quítale más leña, que se quema...

— No, así bien está — díjole Pedro, tranquilo, de pie junto a la puerta del horno, atento a poner los panes.

— ¡Te digo que se quemará! Quítale leña;— mandó la Mercedes.

Pedro no contestó.

— ¡Quítale leña! — gritó la Mercedes avanzando hacia el horno.

— Quédate quieta — mandó Pedro, al tiempo que le daba tamaño golpe en la cabeza con un leño.

La Mercedes rodó por el suelo bañada el rostro en sangre que le manaba de una gran herida en la cabeza. Las seis personas que ayudaban corrieron en su socorro, y mientras unos la alzaron, otras trajeron agua, le lavaron la herida, y vendaron, y a todo Pedro como si tal, junto al horno.

Volvió en sí la Mercedes, miró a todos y a todo, y se desmayó de nuevo, en modo que la llevaron al lecho, pues no podía tenerse en pie.

Tarde de la noche, a hora de recogerse, Pedro se llegó al lecho, y la llamó con voz dulce:

— Mercedes... oye...

Mercedes abrió los ojos, y mirándole furiosa:

— Bestia — le dijo.

— Mercedes... — díjole él, muy suavemente — novenario... — y sin más agregar fuése a dormir.

Al siguiente día, mientras yantaban, la Mercedes colérica casi tumba la mesa. Pedro dió un salto, y tomando un banquillo se lo arrojó con tal suerte a la cabeza, que la tumbó al suelo. Vinieron los otros panaderos, y la llevaron al lecho... Pedro siguió comiendo como si nada hubiera ocurrido.

Corrieron muchos días, tantos como tres meses; y la gente se hacía lenguas de cómo marchaban el buen Pedro y la Mercedes.

— ¡Vamos! De no creerse — decía Zenón en rueda de amigos en la taberna.

— Antenoche nos quedamos aquí jugando con Pedro, y ya tarde se le acabó el dinero, y mandó a Perico que fuera a su casa y le pidiera a la Mercedes diez pesos. Perico creyó que la Mercedes le mataría... Llamó a la ventana, y le dijo: «Mándame don Pedro, a pediros diez pesos, que está jugando y pierde». La Mercedes tardó unos momentos, y luego, acercándose a la ventana, le dijo: «Toma, ahí van quince pesos, por si necesita más, y dos reales para que tú bebas»... Digo, es de no creer.

Y la noticia corrió por todas partes, y metiéndose aquí y allá se coló en la casa de Su Señoría Ilustrísima, a quien causó muy singular asombro, más, luego pensativo llamó al criado, y le ordenó:

— Ve a lo de Pedro el panadero, y dile que venga pronto.

Poco tardó en regresar el criado, que lo de Pedro eran tres cuadras de allí, y casi sobre sus pasos llegó éste:

— Oyeme bien, Pedro — le dijo Su Ilustrísima, los dos encerrados en una estancia. — Hay un matrimonio mal avenido, que no tienen paz. El, ques la víctima, ha acudido a mi consejo, y todo lo por mí hecho ha sido inútil.

— Dime, Pedro, ¿cómo has hecho para dominar de tal suerte a tu mujer?

Pedro titubeó, al fin, como avergonzado, le dijo:

— Verá Su Ilustrísima... La primer porfía que tuve con la Mercedes le asesté un tan recio golpe que casi se quedó en el sitio... A la noche quise reconciliarme, y la hallé más hosca y brava y... novenario, Ilustrísima, novenario, durante nueve días, pues... nueve palizas.

— Vaya, Pedro, qué crueldad — murmuró compasivo, y disimulando una sonrisa irónica, al tiempo de acompañarlo a la puerta, dijo. — Vaya... ya es un novenario milagroso... Pedro...

ENRIQUE RICHARD LAVALLE

La temperatura de las plantas

Recientes investigaciones han demostrado que la temperatura de las plantas no es siempre la misma de la del medio ambiente que las rodea. Es más: en una misma planta sus distintas partes tienen distintas temperaturas.

Para apreciar estas diferencias necesítanse termómetros muy sensibles, calibrados de manera que puedan acusar centésimas de grado. La ampolleta del instrumento debe introducirse cuidadosamente en el tejido cuya temperatura se desea obtener. Para medir la temperatura superficial se utiliza un termómetro de ampolleta plana.

Se pueden obtener mediciones más exacras con agujas termoeléctricas conectadas con un galvanómetro. Una de esas agujas se inserta en el tejido de la planta; mientras la otra se expone a la temperatura del aire. Con este instrumento, la diferencia entre ambas temperaturas puede medirse con precisión de tres milésimas partes de grado.

El desarrollo del calor en las plantas se cree debido a la acumulación y digestión de reservas materiales, principalmente almidón, el cual, con la presencia del amilo, se transforma en azúcar. En muchos casos, la diferencia entre la temperatura del tejido vegetal y la del aire se puede atribuír al hecho de que bajo la influencia de los rayos solares el tejido de la planta se calienta de dentro afuera. Los troncos de los árboles, por ejemplo, se van calentando gradualmente durante el día, y, como están rodeados de corteza, que es muy buen aislador térmico, retienen el calor mucho más tiempo que el aire exterior, cuya temperatura baja considerablemente al atardecer. En ocasiones, se han registrado diferencias de veinte y más grados entre la temperatura del interior de los troncos de los árboles y la del aire. No todas las partes de la misma planta tienen la misma temperatura. En efecto: mediciones tomadas en el largo tallo de una azucena demuestran que la temperatura cerca del suelo era un poco más baja que la de la parte media del tallo, siendo más alta cuanto más subía el termómetro hacia la flor. Durante la época del florecimiento, las plantas suelen desarrollar altas temperaturas.



El. — Tengo un gran peso sobre el corazón.
Ella. — Comprendo, comprendo: es la cartera...



quien sea capaz de vender a PRECIOS TAN REDUCIDOS, máquinas parlantes TAN BUENAS.

$40^{50}
$26
$36
$115
$175

Hoy mismo haga su pedido, esta OCASION pronto se terminará.

N.° 400.—Hermoso GRAFOFONO de corneta tipo "AMERICA", caja en madera fina midiendo 32x32x15 cms. Con 200 púas y embalaje gratis, $ **26.-**

N.° 400. — Gran GRAFOFONO de corneta tipo "AMERICA", caja en roble midiendo 38x38x19 cms. Con 200 púas y embalaje gratis, $ **40.50**

N.° 465. — Espléndida MAQUINA parlante tipo "CONCERTOLA", caja en roble o terminación caoba midiendo 39x39x18 centímetros. Con 200 púas y embalaje gratis .... $ **36.-**

N.° 4. — Regia "CONCERTOLA", hermoso mueble en roble o terminación caoba. Mide 55x45x36 cms. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis .... $ **115.-**

N.° 7.—Gran "CONCERTOLA" de Salón, mueble en roble o terminación caoba, midiendo metros 1.02 de alto por 40 de frente y 49 de profundidad. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, ... $ **175.-**

CATALOGOS N.° 21 Y 22 DE DISCOS, CONCERTOLAS Y GRAFOFONOS, REMITIMOS GRATIS

CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA Lda
AVENIDA DE MAYO, 979. — BUENOS AIRES.

Los hombres cumbres: Pascal

El talento siempre debe ser objeto de la más alta consideración y estima de los hombres y muy privilegiado fué el de Pascal para que se le rinda tributo de homenaje.

Nació Blas Pascal en Clermont-Ferrant el año 1623. Su padre, hombre dotado de conocimientos superiores que acrecentaba cada día con nuevas investigaciones, le acostumbró desde la niñez a buscar las causas y no a contentarse con meras fórmulas e ingeniosos sofismas, defecto capital, por cierto, en las personas que poseían alguna ilustración en aquella época.

Así fué desenvolviendo Pascal las facultades que en él predominaban. Bastáronle cuatro nociones rudimentarias sobre matemáticas, que aprendió de labios del autor de sus días, para que, con una precocidad amirable, llegara por sí solo, a los diez años de edad, hasta la proposición 32ª de Euclides.

A los diez y seis años escribió el tratado de las secciones cónicas, inventando la máquina que ejecutaba las operaciones aritméticas a los diez y nueve.

Ciertamente admiraron a los pensadores de aquellos tiempos sus investigaciones sobre el vacío y sobre el barómetro, tanto por su fuerza de concepción y su constante memoria en labor tan dura y arriesgada en aquel entonces, como por su don penetrante de comunicación.

No estuvo exento Pascal de las preocupaciones de su siglo, y en la narración de los actos que realizó rindiendo culto a las mismas dedican los historiadores multitud de párrafos en su interesante biografía, de los que hacemos omisión completa por apartarse del radio de nuestra esfera.



El conductor del taxi. — ¡Zanahoria! Si no hubiera sido por este peatón usted me habría roto el guardabarros.

Ensayó Blas Pascal con Pedro Fermat, de Tolosa, el cálculo de las probabilidades aplicado a los juegos; simplificaron ambos los métodos para hallar los máximos y mínimos de las ordenadas de una curva y de sus tangentes.

Sin embargo, aunque parezca algo raro, miró nuestro biografiado la geometría como una aplicación secundaria.

Confirman este aserto las palabras de una carta que escribió Pascal: »Hablando francamente, creo que la geometría es el ejercicio más alto de la mente, pero tan inútil que encuentro muy poca diferencia entre un buen geómetra y un hábil artesano; por lo cual la tengo por el arte más bonito que hay en el mundo, mas al fin un arte, bueno para un ensayo, pero no para dedicar a él todas nuestras fuerzas.





Cambie su Viejo Rostro por uno Nuevo

Una mujer que continúa ostentando una cara llena de arrugas, manchas, pecas y demás imperfecciones, falta a su deber, al deber que ella tiene para consigo misma, para su marido o novio, pues es una de sus más importantes obligaciones la de poseer un cutis que tenga el mismo encantador aspecto de los pétalos de una rosa. Usted dirá: «¡Hermosa ilusión!» Sin embargo, nada hay que sea tan fácil como la conquista de un cutis inmaculado y tan fresco como el de un niño. Ya se cuentan por millones las mujeres que han tenido oportunidad de comprobarlo y de disfrutar la dicha que semejante conquista depara. Y esto se consigue con sólo lavarse, todas las noches, la cara, el cuello, los brazos, las manos, con agua tibia, untando luego todas esas partes del cuerpo con una capa de cera pura mercolizada, cera que deberá ser retirada a la mañana siguiente. La cera mercolizada extirpa, gradualmente y sin dolor, todo el cutis viejo, haciendo que se desprenda en partículas imperceptibles, para ser reemplazado por la nueva tez, hermosa y sonrosada, que toda mujer posee debajo de su vieja piel. Lo sorprendente de este resultado, obtenido merced a una substancia tan sencilla como la cera mercolizada, ha hecho que muchas personas hayan titubeado mucho antes de adoptarla para su propio embellecimiento, pues muchos creen que necesariamente para la consecución de tales resultados es menester adoptar recetas complicadas y seguir procedimientos fastidiosísimos. Pero las personas prudentes, las que saben discernir y tienen inteligencia superior, saben que la naturaleza obra siempre en forma sencilla, y en esta sencillez consiste precisamente el secreto de los maravillosos resultados que en forma eficaz e indiscutible se obtienen al cabo de unos diez días, gracias al empleo de la

CERA MERCOLIZADA

ANECDOTARIO DEPORTIVO

Otro gran premio importante es el que se disputa en Indianápolis todos los años y que suele llamar la atención del mundo automovilista.

Es, sin duda la prueba que más «ruido sportivo» hace en el mundo. Los americanos del norte trabajan todo el año para el éxito del Gran Premio de Indianápolis y han conseguido resultados inmejorables. En velocidad, puede decirse, que hasta seis meses ha, cuando se inauguró el autódromo de París, la pista de Indianápolis y la de Brooklands, eran las mejores del mundo para establecer y batir los «records». Volviendo sobre el Gran Premio de Indianápolis, el cual suelen presenciar cien mil personas, recordaremos que en 1911 se fijó la distancia de la carrera en 804 kilómetros (500 millas) y que se batió el primer «record» sensasional, recorriendo la distancia a un promedio de 120 kilómetros por hora. El americano Harroun, con un Marmon, ganó la carrera en 6 horas, 42 minutos, 8 segundos.

Y los «records» debían batirse después, sin descanso. En 1912, Dawson bate el tiempo de Harroun y marca 126 kilómetros por hora. de promedio, ganando la carrera en 6 horas, 21 minutos, con un National. En 1913 llega el francés Gouxje, equipo de la Peugeot, y asombra a todo el mundo, triunfando magistralmente con un promedio de 128 kilómetros por hora. Por primera vez, los europeos corrían en Indianápolis y los empresarios del autódromo habían hecho una tal propaganda, que los resultados prácticos dieron centenares de miles de dólares de beneficio. El ejemplo del francés Goux, debía producir efecto en el viejo mundo, puesto que al año siguiente, otro francés, Thomas, con un Delage, se presentaba en el Gran Premio de Indianápolis y ganaba, marcando un promedio de 132 kilómetros por hora.

Se había, pues, iniciado, una época de triunfo para los europeos; y los americanos, por cierto, no veían, con mucho agrado, el repetirse de estos triunfos. Pero no les quedaba más que aceptar el hecho, y más porque en aquel entonces el viejo mundo había aceptado con fe la batalla automovilista y producía «performances» y hombres de real valor. En 1915 es el ítalo-americano Ralfh de Palma, quien gana el Gran Premio, a un promedio de 144 kilómetros por hora, marcando un tiempo «record» de 5 horas, 33 minutos. De Palma corría con un «Mercedes». Y siguen los triunfos europeos de hombres y de máquinas, porque en 1916, el ítaloamericano Resta, con Peugeot, gana la carrera, a 135 kilómetros de promedio y en 1917, es Wilcoux, siempre con Peugeot, quien triunfa, a 139 kilómetros por hora de promedio. La serie de estos triunfos europeos se interrumpe en 1920 con el «exploit» del francoamericano, Gastón Chevrolet, quien llega primero, en 5 horas, 40 minutos, a 152 kilómetros por hora, con un Monroe.

El año después, es un joven de una nueva generación quien gana. Se trata de Milton, quien con Frontenac, marca 144 kilómetros de promedio y en 1922, es otro joven, Murphy, quien se afirma primero, con 151 kilómetros por hora. Después gana otra vez Murphy y le sigue Boyer, llevando el promedio a 156 kilómetros por hora.

Indianápolis ha hecho ya, entre los ganadores de su Gran Premio, muchas víctimas. De Palma, Resta, Wilcoux, Chevrolet, Murphy, Milton y Boyer, han pagado con su vida el triunfo al automovilismo. Los nombres más famosos, como se ve, han desaparecido, pero Indianápolis sigue siendo la tentación de todos los volantes de muchos prestigios.

* * *

El primer «record» del mundo femenino en carreras llanas, fué establecido en Norteamérica por la señorita El. Macheth, quien recorrió 45 metros, 71 centímetros (50 yardas), en seis segundos. Después de este «exploit» el mundo femenino revolucionó sus ideas y en todas partes nacieron campeonas sobre todas las distancias y en todos los deportes.

Ahora el bello sexo corre a pie, en bicicleta, en auto, juega al football, al rugby y, lógicamente, al tennis.

Una campeona ya no es una novedad sensacional. Es que el modernismo ha conquistado a todos definitivamente.

* * *

Henos aquí en el mes de los motores. El nuevo mundo vive con intensidad sus manifestaciones clásicas, con el afán de mejorar y de mejorarse. Los «records» caen uno tras otro y se llega a la «folle vitesse» de antaño. Entre uno y otro Gran Premio, con correspondiente triunfo de nuestros ases del volante, la mente del deportista antiguo corre al pasado.

Buenos Aires, por ejemplo, poseía un autódromo..., años ha, y en los tiempos felices del automovilismo porteño, hasta el actual presidente de la República participaba en las carreras que se efectuaban en el Hipódromo... que por la ocasión se le llamó autódromo.

Nuestro automovilismo hizo camino rápidamente. El Gran Premio que se acaba de realizar tiene su historia y la fundación de la prueba hay que buscarla por el año 1915, cuando el Automóvil Club Argentino, proyectó la carrera Córdoba-Buenos Aires, que se suspendió por la lluvia, lo que no impidió al prestigioso volante Ermanno Blanchiardi de llegar a Buenos Aires, realizando una magnífica «performance». Después, el Gran Premio se abrió camino y fué aumentando su prestigio entre los deportistas, que seguían su desarrollo con interés y entusiasmo.

Se abandonó después el trayecto Buenos Aires-Córdoba, limitándolo hasta Rosario, y se vuelve ahora al primitivo recorrido.

PEDRO DE VAGLERIANO



Cutis Fresco

La frescura del cutis no se logra ni con cremas, ni con afeites, ni con polvos. Con ellos se disfraza y se envejece la piel en lugar de rejuvenecerla.

Usando a diario el Jabón de Sales Naturales de "La Toja", se mantiene el cutis en una juvenil tersura que da la sensación de la fruta fresca lozana.

JABÓN DE LA TOJA

El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.

CONCESIONARIOS
POLLEDO & Cía
Bmé Mitre 1352
Buenos Aires

Un relato del Diluvio por un testigo ocular

En 1850 se descubrió en las excavaciones de Nínive una de las bibliotecas que guardaba los originales de que habla el conocido historiador caldeo *Berose* que vivió en el siglo IV antes de Jesucristo, quien dice copió su versión caldea del diluvio de documentos que aún se conservaban en su época en las bibliotecas.

Las tablillas encontradas refieren, que la catástrofe se produjo en el reinado de Fisuthrus, el décimo rey antidiluviano, que por orden de Cronos construyó un navío y se encerró en él con su familia, animales, etc.... Como Noé soltó pájaros en diversas ocasiones, hasta que el navío varó en una montaña de Armenia, y allí al salir ofreció sacrificios a los dioses.

Estas tablillas cuneiformes, pueden verse actualmente en el *British Museum*.

Merced a los trabajos de Jorge Smith tenemos la traducción fiel del relato casi completo del diluvio que ocupa doce tablillas más o menos deterioradas.

Reproducimos algunos fragmentos seguros del interés que despertará el leer una obra escrita hace tres mil seiscientos años por lo menos.

«Voy a revelarte Iztubar la historia de mi conservación y te manifestaré el secreto de los dioses. La ciudad de Surippak, la ciudad que tú conoces, situada en el Eufrates era antigua, y... los dioses... en ella... su servidor... Anu, Bel Ninip y el *Señor del abismo* reveló su voluntad que yo escuché y él me habló de esta suerte: «Hijo de Ubaratutu de Surippak, haz un gran navío, yo destruiré el germen de la vida. Haz entrar en el navío el germen de toda vida».

Siguen detalles de la construcción, disposición de la nave y de cómo se conservaron en ella, relato muy semejante al bíblico, y el texto continúa así:

«Yo vi cómo se aproximaba el día y quedé espantado... A la aparición de la aurora desde la mañana se elevó en el horizonte una nube negra... Se desencadenó la tempestad. Bin tronó y marchaban delante Nebo y Sarru. El poderoso Nergal desencadenó el huracán, Ninip que le precedía destruyó todo, los tununaki aportaron la destrucción, y en su marcha barrieron la tierra... El hermano no volvió a ver al hermano, nadie se reconoció.

En el cielo los dioses temiendo al diluvio buscaron un abrigo hasta los cielos de Anu. Entonces los dioses se acurrucaron como los perros escondidos bajo las cobijas. Istar gritaba como un niño... «El mundo se ha vuelto barro». Los dioses se cobijaron como los perros bajo las cobijas y estaban sumidos en llanto, con los labios cerrados...».

A pesar de las divergencias inevitables dada la diversa índole de las religiones, las dos versiones del diluvio caldea y hebrea se parecen tanto que resulta evidente que una tradición común ha inspirado los dos relatos.



La una. — ¡A mí no me harás creer que el ópalo trae mala suerte! Ayer lo llevaba puesto y me comprometí con Ruperto!
La otra. — ¿Y qué me cuentas de Ruperto?

Los deportes nuevos divertían a nuestros tatarabuelos

Cuando se habla de la historia de los deportes, es costumbre remontarse a los tiempos clásicos, a los días de los juegos olímpicos, y de ellos se pasa de un salto a la época actual, en que Inglaterra ha invadido el mundo entero con sus ejercicios de fuerza y de destreza. Diríase que en un lapso de más de veinte centurias, fuera del guerrear no conocía el mundo más ejercicios que la barra o los bolos. Y sin embargo, todos o casi todos los juegos hoy tan en moda entre nosotros, eran ya conocidos de nuestros antepasados, que si levantasen la cabeza quedarían, indudablemente muy asombrados al vernos considerar como una novedad sus pasatiempos predilectos y bautizarlos con nombres extranjeros.

Ahí está, sin ir más lejos, el «tennis». El juego inglés tan de moda ahora entre nuestros elegantes de ambos sexos, no es ni más ni menos que una variante del juego de pelota a pala o con raqueta, que hacía furor en todos los países latinos en los siglos XV a XVII. En Francia, este juego todavía estaba en auge al funalizar el siglo XVIII. ¿Quién no recuerda el famoso «juramento del juego de pelota»? Entre nosotros, vino a ser lo que se llamaba «el trinquete», cuya principal diferencia con el «tennis» estaba en que, mientras éste se juega al aire libre, aquel se jugaba bajo techado.

Otro tanto puede decirse del «football» o balompié, que dice Cávia. Un antiguo grabado italiano nos muestra que en pleno siglo XVI ya se practicaba en Italia este juego , con el nombre de «pallone», y hasta tenemos datos muy completos sobre él. Los primeros balones, o «palloni», eran sencillamente una vejiga inflada por medio de una jeringa; más tarde para protegerla contra los choques, se ideó el recubrirla de una envoltusa de cuero cerrada con un cordelillo de cáñamo. Una ilustre casa francesa de aquella misma epoca tenía como divisa un balón con la leyenda: «Battueje rebondis».



EL HABITO DEL "NUMERO EQUIVOCADO"
Antigua telefonista empleada en un guardarropa.

Uno de los juegos más populares hasta hace cosa de ciento cincuenta años, era el del *mallo*. Con alguna mayor complicación y con el nombre británico de «croquet», el mismo juego es hoy practicado por nuestra juventud en las playas veraniegas; pero es difícil que así modificado vuelva a gozar de tanto favor como en aquellos tiempos se le dispensó.

Hasta el infantil deporte el «Diavolo», tiene un origen remotísimo, los juegos no son de ahora ni peculiares de tal o cual raza, siempre han sido; porque siempre el hombre ha querido distraerse ejercitando sus fuerzas, y en esto como en todas las cosas no puede decirse que nada nuevo hay bajo el sol.

La naturaleza está obligada a hacer lo que hace, por el bien del género humano. — Marco Aurelio.


Lo mismo que un escudo de armas, las dos palabras
Olio Sasso
acusan una nobleza de origen, que no todos los aceites poseen
OLIO SASSO
GARANTITO P.
PURA OLIVA
P. SASSO-F.GLI
ONEGLIA
El aceite preferido en todo el mundo
unico import. C. v. Bernard B. Mitre 2238



NOTAS ASUNCENAS

DE MADRUGADA



o ha amanecido aún y ya andan por las calles los carros aguateros con sus blancos tanques cilíndricos. Pasan algunos tranvías campanilleando. Se apagó la luz eléctrica. Al lado de casa, con los nudillos alguien golpea la puerta.

El sereno, vestido de brin, se pasea de una esquina a otra.

Empiezan a verse vendedoras de piñas y «mangos». A una que pasa fumando un po-guazú, le digo.

— ¿Señora, ¿cuánto cobra por las piñas?

Se detiene; echa una bocanada de humo y



Vendedoras de chipá araminó y de flores.

baja la cesta que traía sobre la cabeza.

— Pero hay de varios precios, señor.

— A ver...

— Pero estas son de cinco pesos la yunta; estas otras de ocho y de diez pesos. ¿Va a querer todas?

— Todas.

¡Amaneció con suerte!...

— Pero está bien, señor.

— Echo cuentas: un peso argentino vale 18,75 paraguayos. La vendedora aparea la fruta y fuma su po-guazú.

— Amaneció con buena suerte, ¿eh?

— Pero sí, señor.

Luego se va de prisa, sonriente, la cesta sobre la cabeza. ¿A dónde vive? Acaso tiene mucha familia. Creyéndome correntino me ha dicho no sé qué en lengua guaraní.

La vendedora de leche llega a la puerta de casa. Es joven y guapa.

— Tan temprano y fumando...

La respuesta ha sido breve.

— Se le pondrán los dientes del color del tabaco.

— Pero nunca, señor.

En mi provincia natal, fuman cigarrillos de chala las mujeres del pueblo.

EN EL MERCADO CENTRAL

Un hervidero de gente. Continuo rumor de voces

Debajo de los amplios y altos cobertizos techados de cinc se hallan instaladas las carnicerías y varias maneras de puestos: puestos de flores de hierbas medicinales, de verduras, de cigarros de velas de sebo.

Visité, como un curioso cualquiera, los mercados de nuestras catorce capitales de provincias. Sólo me interesaron los de Salta y Jujuy. Al mercado San Miguel de Salta fuimos a comer un plato de la típica vianda salteña: un plato de «picante». Nos lo sirvieron a la par de nna jarra de china mu-





Vendedoras de tabaco Pará y de hierbas medicinales.

queada, generosa chicha rubia como el oro. Allí los quesitos de cabra, los limones dulces, las guaguas y llamitas de orejones, las manzanas de Sococha, las mantecosas paltas y las chancacas y las quirusillas. Hormiguean los compradores.

Al aire, al sol, sobre largos tablones, tienen sus puestos los vendedores de frutas del país. Aquí el negro y dulce iguapuní, coquitos y mangos sabrosos; cerca, bananas de oro y guayabas, y, en todas, partes, piñas de carne blanca, jugosa, almibarada.

¿Qué decir de los puestos donde ofrecen ayuntadas mazorcas de maíz amarillo y tabaco en hojas y mandiocas y limoncitos verdes?

Sentada en el suelo limpio, la vendedora de aloja de miel de caña fuma un po-guazú.



Vendedoras de piñas.

— Un vaso de aloja.—

Lo sirve y se queda mirándome.

A esta diferencia de aloja llaman en Tucumán guarapo de miel.

¡Exquisita aloja asuncena!

Mientras la bebo, pienso en mi lejano país de montañas boscosas, de sonoros ríos cristalinos y de sol de fuego.

Como en nuestros mercados provincianos, en este mercado asunceno se venden varias maneras de viandas.

El pobre come aquí a su placer y regalo con poco dinero.

— ¿Cómo se llama esa fruta que está a sus pies, señora?

— Pero igopé, señor.

— ¿Se come?

— Pero no, señor; sirve para lavar la cabeza; deja el pelo limpio y brillante.

El igopé es una vaina achatada y morena.

— ¿Así como está?

— Pero no, señor; hay que pisarla y mezclarla con agua.

Algunas mujeres salen con las árganas de cuero al hombro.

Un amigo me dice que van al depósito municipal, en busca del borrico que el vigilante arreó.

Salen enojadas, hablando en guaraní. Son ellas las que vinieron por largos caminos, trayendo las piñas de carne blanca, jugosa, almibarada.





F A U S T O B U R G O S

En el país de los zafiros

La fiebre del oro que en 1851 se desarrolló en Australia, cambió la vida de la gran isla: los de las ciudades abandonaban sus negocios, las escuelas se cerraron, tripulaciones enteras abandonaban sus barcos por ir a las minas de oro.

Pocos años después, la fiebre del zafiro empezó a producir los mismos efectos.

Las minas de Queenslandia son la causa, y tienen por centro a Anakie, situada a unos 330 kilómetros de la ciudad costera de Rockhampton.

Como todas las ciudades mineras nuevas, Shapire Town no puede enorgullecerse de poseer bellos edificios: unos cuantos hoteles hechos a la ligera, barracones, chozas y tiendas de campaña forman la ciudad.

El constante aumento en la demanda ha acelerado la actividad en los campos de zafiro y la población aumentó rápidamente en los primeros años.

En la ciudad de los zafiros, además de las minas, hay acaparadores que venden las piedras a agentes de las casas europeas; antes de estallar la guerra, la mayoría de los zafiros iban a parar a Alemania, que fué el centro que los distribuía a los demás países.

El precio a que se venden esas piedras preciosas, depende de la demanda.

En unos sitios basta remover un poco la superficie del terreno para encontrar el zafiro, en otros hay que hacer excavaciones y llegar a profundidades de seis a ocho metros



ORIGEN DE LA MODA
Eva. — He visto un lindo traje en el balneario.
Adán. — ¿Y qué novedad ofrecen los árboles frutales?

La tierra que se extrae se lava primeramente y luego se cierne en zarandas y cedazos de diferentes calibres, hasta que las piedras quedan separadas de los otros productos: el lavado se hace en unos tubos llenos de agua que se agitan a mano, y así se consigue la primera separación del zafiro de las materias extrañas.

En algunos partes del campo de zafiro el lavado se hace en otra forma, y tanto los tanques como las cribas son movidas por caballos.

Hecho el lavado, se clasifican los zafiros azules, circonios y piedras de máquina, y así clasificados van al mercado, mercado al aire libre, donde los agentes de las casas europeas los compran y los remiten por correo a los tallistas de piedras preciosas.

Ya se sabe que el zafiro es, con el diamante, el rubí y la esmeralda, una de las piedras preciosas más notables; la hermosura de su color, lo perfecto de la cristalización, la transparencia de los cristales y la talla de los mismos, hacen de esta piedra, en la variedad llamada corundo, una de las gemas más preciosas.

El color del zafiro es azul; después del diamante, es el cuerpo más duro que existe: es decir, que sólo el diamante puede rayar con el zafiro.


La Elegancia no es un don de la Naturaleza
Es el arte con que toda señora adorna el encanto de su figura. El vestido de moda, el color más apropiado a su rostro y cuerpo, el calzado, etc., son factores que cooperan a la mayor elegancia; pero el lucimiento de su silueta la deberá únicamente A LA FAJA O CORSE que use, por ser ésta la prenda básica de toda elegancia. La
CASA IZQUIERDO
en su constante y probada habilidad en el arte, esmero en la confección e INDISCUTIBLE SUPERIORIDAD en los materiales, ha conquistado la supremacía en el ramo y la confianza del público. El criterio artístico de sus técnicos y la más alta CALIDAD de las prendas que confecciona son garantía que atestigua la fama de que goza.
MODELO "MARCELA"
Lindísima faja toda cerrada y sin ballenas, la más práctica y cómoda, confeccionada en rico tricot inglés mercerizado, con cuatro ligas de seda.
$ 35.—
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490 — BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA: MAYO, 0313

Casos notables de mnemotecnia

MOZART se encontraba en Roma, en 1769; al llegar a la ciudad eterna corrió a la capilla Sixtina para oir el *Miserere* de Allegri. El papa había prohibido sacar copia de él. El joven logró retenerlo enteramente en su memoria después de esa sola audición, y lo escribió al correr de la pluma cuando volvió a su hotel.

Pero de todas las memorias, la más sorprendente, tanto por su fidelidad y rapidez como por el conjunto de conocimientos que abarcaba, fué la de Napoleón. «A menudo me ha ocurrido — escribe La Valette, director de Correos — no estar tan seguro como él de las distancias y de una multitud de detalles de mi administración». El señor de Segur, encargado de visitar todas las plazas fuertes del Norte, remite su informe al primer cónsul: «He visto todos vuestros estados de situación, le contesta éste; son exactos. Sin embargo, habéis olvidado en Ostende dos cañones de a cuatro», señalándole el punto: «una calzada detrás de la ciudad». Regresando del campamento de Boulogne, Napoleón encuentra un pelotón de soldados extraviados; les pregunta el número de su regimiento, calcula el día de su partida, la ruta que han seguido, el camino que han debido hacer y les dice: «Hallaréis vuestro batallón en tal punto». ¡Y eso que el ejército contaba 20.000 hombres!

Mendeux era un joven campesino de Turena, completamente analfabeto, que fué examinado en 1840 por la Academia de Ciencias, a la edad de 14 años. En algunos segundos extraía mentalmente la raíz a la quinta potencia de un número de quince cifras. Esta sorprendente habilidad debíala a su memoria, que presentaba a su espíritu las cifras como un cuadro negro las hubiera presentado a sus ojos.

El italiano Inaudi debía — cincuenta años más tarde — renovar las proezas de Mondeux. Como este último, Inaudi era analfabeto: había pasado su juventud guardando rebaños, no habiendo aprendido a leer hasta los 20 años.



— Gracias por los chocolatines; pero tienen un gusto medio raro.
— Le diré, doña Ruperta: yo uno lo útil a lo agradable... y los dulces son laxantes.

Es de notar que a partir de los ocho años se había ejercitado en retener los números y en descubrir sus relaciones; de ahí que su memoria, que en otro sentido no pasaba de mediocre, puesto que le era difícil recordar una fábula, poseía un raro poder en lo que concierne a las cifras.

Véase, si no, a través de estos ejemplos:

El señor Darboux, que lo había presentado a la Academia de Ciencias en 8 febrero 1892, le propuso la operación siguiente: De 4.123.547.238.448.523.831 substraer 1.248.126.138.234.128.910

Después: ¿cuál es el número cuyo cuadrado, más el cubo, hacen 3.600? Simultáneamente el señor Bertrand y el señor Poincaré le preguntaron: qué día de la semana era el 11 marzo 1822, y en qué es igual $\sqrt{\frac{48912 - 1}{6}}$

Inaudi salió del apuro sin equivocarse y sin que el intervalo entre las preguntas y respuestas excediera de 30 a 35 segundos.



Nuestro incomparable
surtido de

Artículos para afeitarse

comprende una gran variedad de accesorios de finísima calidad, a precios sin competencia. He aquí algunos ejemplos:

TIJERAS para cortar el cabello, a pesos 4.80, 4.50 4.20 y........ $	**3.50**
MAQUINAS 000, para la barba o la pelusa del cuello, a........ $	**4.90**
PULVERIZADORES de metal niquelado, con goma, tamaño grande, $ 6.50; tamaño mediano....... $	**5.50**
BROCHAS para la barba, fabricación extranjera, cabo de metal, a $ 1.80, 1.40, 1.20 y........ $	**1. —**
Con cabo de hueso, a $ 4.90, 3.80, 2.40, 2.— y pesos........	**1.80**
JABONERAS de metal niquelado, con taza de opalina y soporte para la brocha, a........ $	**1.70**
ESPEJOS con arco de metal niquelado y luna biselada, a $ 6.—, 3.80 y........ $	**2.90**
Con luna doble faz, una de ellas de aumento, a $ 7.50 y........ $	**3.50**
ASENTADORES de pita y cuero, a pesos 2.80, 2.—, 1.30 y........ $	**0.80**

PRECIO DE LAS NAVAJAS

Marca **TIJERA** (Solingen)

TIPO «A»	$ 3.90
TIPO «B»	» 4.50
TIPO «C»	» 5.50
TIPO «D»	» 6.50
TIPO «E»	» 7.50
TIPO «F»	» 8.—

JABON para la BARBA—POLVOS y MAGNESIA
de las mejores marcas.
MAQUINAS de AFEITAR y Hojas de Repuesto
de todas clases y marcas.

Casa
CARLOS RASETTI
FUNDADA EN 1857

F. C. Rasetti & Cía. (Suces.)
SARMIENTO esq. MAIPU
BUENOS AIRES

A NUESTRA CLIENTELA del INTERIOR

Disponemos de todos los artículos de nuestro ramo: Armería y Cuchillería.







"DE FRANCESCA A BEATRICE", POR VICTORIA OCAMPO

La autora de este libro, cuyo nombre no es desconocido, por cierto, a quienes siguen más o menos de cerca nuestro movimiento intelectual, tiene sobre muchas otras mujeres que escriben una ventaja inmensa: no pretende escribir como hombre, y escribe lisa y llanamente como mujer. Aquellos que sostienen que el hombre y la mujer son iguales, salvo las diferencias fisiológicas notorias, sostienen una falacia, pues si fuese cierto que la mujer tiene la misma sensibilidad, la misma inteligencia, la misma imaginación que el hombre, la especie humana habría desaparecido por aburrimiento, que sería su más triste modo de desaparecer. Esa falacia tiene como deplorable consecuencia que no pocas mujeres dotadas de sólidas y brillantes cualidades literarias las malogran por querer escribir como hombres, no dándose cuenta, además, de que ya son incuestionablemente muchos los hombres que se dedican a escribir. Para triunfar en el palenque literario, la mujer debe escribirc omo mujer, que es lo que siempre hicieron las que han pasado, si no precisamente a la inmortalidad, a los textos de la historia literaria. La autora de este libro no ha seguido ese camino: escribe como mujer, y hace muy bien. Hay quienes creen que cuando una mujer escribe como tal, no pueden leerla sino sus hermanas; error profundo y grave. Por el contrario, las únicas escritoras que los hombres leen son las que escriben como mujeres, y ello fácilmente se comprende. Hasta las normalistas, tan aficionadas a virilizarse intelectualmente, deberían seguir siendo siempre mujeres para el mejor éxito de sus funciones docentes. Y este libro, lleno de bellezas y de sugestiones, es la mejor prueba de lo que venimos diciendo. Es la obra de una mujer de talento, de sensibilidad, de imaginación perfectamente femeninos, y eso explica su triunfo, uno de los indiscutidos de los últimos tiempos.



"EL CANTARO DE PLATA", POR FERMIN ESTRELLA RODRIGUEZ

Este poeta es joven; pero es triste. En una de sus composiciones nos habla de la tristeza de su juventud, de su adolescencia, de su infancia, y nos dice que «desde antes de nacer brilló tal vez la estrella — que puso en mi camino la luz de un desengaño». Sin embargo, hay momentos en que reacciona: «Corazón, no persistas en tu dolor profundo — alma mía, silencia ese amargado llanto; — no habremos de alejarnos para siempre del mundo, — que aun después de muertos tal vez viva mi canto». Es de esperar que así sea; entre tanto, el poeta ama, y su amor — ¿amar no es la felicidad excelsa de los poetas? — le inspira bellas y tiernas composiciones, versos armoniosos y suaves, que suele inspirarle también la naturaleza, esa otra grande amada de los poetas. Al fin, el dolor predestinado del señor Estrella se ilumina de duda, y está bien: «Si la vida fuese de improviso buena... — Si me consolara con un hondo amor...»



"PAGINAS SANJUANINAS", POR JOSE CHIRAPOZU

En la dedicatoria con que nos obsequia su libro, el autor ha escrito: «A CARAS Y CARETAS, que no desdeña a los escritores provinciales», y ha escrito la verdad, porque en esta casa siempre se ha tenido especial interés por la vida intelectual de las provincias. En nuestro país, como en todos, hay fuera de la capital escritores y artistas llenos de méritos; pero ocurre, como en otras partes también, que es la capital la que da el espaldarazo ritual a los caballeros de la literatura y del arte, es decir, la que les da a conocer más allá de los límites provinciales o regionales. De ahí que esta revista, que se publica en la capital, cree que es su deber no dejar pasar inadvertida ninguna manifestación literaria ni artística que se produce en provincias, a fin de alentar a los autores, no en el sentido de que lo hagan mejor, sino para que no se desanimen pensando en la estrechez del campo de su acción. De ahí que en esta sección se dé a los escritores provinciales la misma atención que a los de la capital, sólo que a las gentes poco observadoras puede hacer creer lo contrario el hecho indubitable de que en la capital se publica mucho más que en provincias, bien que debe advertirse que buena porción de lo primero es obra de provincianos. Estén en sus provincias o en la capital, los escritores provincianos pueden, pues, estar seguros de que no les desdeñamos, como dice el autor de este muy recomendable libro, que contiene artículos sobre temas históricos y otros. En los primeros, el señor Chirapozu deja ver que a un criterio ecuánime, condición esencial de quien quiere alternar con Clío, une conocimientos más que bastantes sobre las materias que trata, condición tan esencial como la anterior. El señor Chirapozu posee, y vale la pena advertirlo, una condición que se nota en casi todos los escritores sanjuaninos: la casticidad del estilo. ¿Será influencia directa o indirecta de Sarmiento? ¿O será que el histórico terruño se defiende bien contra la invasión de las varias y feas jergas que tantos estragos hacen en Buenos Aires? La causa importa menos que el hecho, y el hecho queda una vez más a la vista en este libro.



"LOS PORQUÉ DE UN NEURASTENICO", POR SYLLA MONSEGUR

La verdad es que los XLII porqués contenidos en la primera parte de esta obra podrían haber sido preguntados por cualquiera que no fuese neurasténico. Por ejemplo, ¿es acaso menester padecer esa antipática enfermedad para preguntar: ¿Por qué el concepto de la moral en el teatro es distinta de la que se tiene para el cinematógrafo y los libros? Aparte el ningún respeto por la gramática que demuestra esa pregunta, podría ser hecha por cualquiera que no sea neurasténico. No sólo los neurasténicos — aceptando la afirmación del autor — son capaces de decir lo que este libro contiene, contenido en que no brillan excepcionalmente la originalidad del pensamiento ni la belleza y pureza de la forma. El autor es, más que un neurasténico, moralista, y como buen moralista se imagina que descubre a cada rato motivos nuevos de aplicar, o por lo menos de lamentarse de no poder aplicar sus principios éticos, envueltos a veces en capa no siempre bastante larga de filosotismo aspirante a trascendente. Pero esas moralidades son juegos inofensivos de la inteligencia que suelen ser útiles al mejoramiento de las costumbres, así sea en contados casos; pero bastaría que un solo lector del interesante libro del señor Monsegur llevase a la práctica uno siquiera de sus principios, para que su libro mereciera el más caluroso de los elogios. Si al sembrador le fructificasen todas las semillas que echa al surco, éste ya no sería valle de lágrimas sino el reino de Dios en la tierra. Los pájaros también tienen que comer, como dijo el otro.



"LA ESFINGE", POR ANGEL DE ESTRADA

El de Angel de Estrada es sin duda, caso singularmente curioso e interesante de feliz plantamiento y hermoso florecimiento del humanismo católico en un espíritu hispanoamericano, vale decir criollo, término que el uso va apartando de su precisa significación genuina, por aplicado a gentes que en él no caben. Porque hubo un humanismo católico, bien que no sería empeño de fácil logro fijar con exactitud la línea que lo separa del otro, del humanismo clásico, que no fué, por lo demás, tan pagano como muchos se imaginan. En la obra de Angel de Estrada esa fijación sería también difícil, sólo que como el autor de «La Esfinge» ha vivido entre nosotros y le hemos conocido y le hemos visto vivir, tenemos para justipreciarle por ese aspecto los datos proporcionados por la experiencia personal. De todas suertes, Estrada es ejemplo sugerente de que no hay incompatibilidad radical alguna entre el catolicismo y el humanismo, ni entre el catolicismo y el arte, como suelen sostener quienes poco saben de catolicismo y de arte. Fué un artista sabio y quizá un poco frío de la palabra escrita; hasta se entretuvo en componer libros en una lengua sacada de la tumba ya comida por sus propios gusanos; pero ni su sabiduría filológica, por decirlo así, ni su relativa frialdad como orfebre de la palabra, restan valor apreciable a su obra, animada por la bella sinceridad que torna humana la labor del sabio y por el cordial calor del más profundo convencimiento. Como los artistas del Renacimiento, fué Angel de Estrada trabajador infatigable, y con el pensamiento exploró todos los campos de la actividad humana, especializándose en el estudio de los múltiples *yoes* que veía proyectados en las combinaciones de espacio y tiempo que a placer podía evocar, lo cual no es, después de todo, sino una de las más seguras manifestaciones de que se posee alma de artista. Los artistas superficiales suelen satisfacerse con la contemplación y reproducción de las meras apariencias; Estrada, sin descuidar las apariencias, puesto que amaba la belleza sobre todas las cosas, insistía en el fondo, es decir, en el espíritu, bien que las exigencias de un estilo siempre escrupulosamente cuidado diesen cierta rigidez aún a la expresión de sus más sutiles emociones y de sus más claros pensamientos. A su muerte dejó mucho escrito, mucho inconcluso, mucho que habría revisado y concluído con el amor que siempre puso en todo lo que escribió, y la piedad familiar entregó esos queridos papeles al cuidado amante e inteligente del señor Rohde, que inicia con este volumen la publicación de una serie que tendrá, sin duda, la acogida que merece. «La Esfinge» contiene varios diálogos que confirman lo que al principiar apuntamos: que Angel de Estrada fué ante todo un humanista católico doblado — como algunos dicen — de un artista de exquisita delicadeza, a ratos embarazado por la perfección misma de su instrumento magnífico. Es un libro que es menester leer y del cual nada que valga se puede decir en pocas líneas.



"LOS QUE SUFREN", POR LEONARDO A. BAZZANO

Al exponer las condiciones primordiales de los cuentos o novelas cortas que este volumen contiene, el autor dice: «He pintado diversos rincones bonaerenses, tal como eran o como son; he puesto en escena personajes más o menos rebeldes con sus virtudes, con sus vicios, con sus ideas. No he opinado nada. Ellos son los que opinan, los que piensan, los que hablan. ¿Son buenos? ¿Son malos? ¿Tienen razón? ¿No están en lo cierto. Eso lo verá el lector». Así, puestos en el papel del lector corriente, vulgar que, después de todo, es el que hace y deshace los éxitos de los libros y de los autores, y dejando, por supuesto, a salvo el derecho de la posteridad para rectificar sus juicios, encontramos que este autor, que se nos antoja joven, sufre un defecto muy frecuente entre los escritores jóvenes que practican el realismo: se esmeran en ir más allá, no de la realidad misma, que los límites de ésta se hallan fuera del alcance de la imaginación desenfrenada, sino de la realidad fatalmente convencional que ha de ser la de la obra literaria. Es un realismo como exacerbado, que se traduce en que el lector va lentamente inclinándose a pensar que la realidad no puede ser así. Es posible que nos hayamos explicado mal, a pesar de la brevedad; de todos modos, ello no quita que el autor de «Los que sufren» sea un escritor vigoroso, interesante, a las veces conmovedor, y dueño de un estilo al cual no le haría falta sino cierta medida, pues hace en no pocos sitios la impresión de excesivamente abundoso.

Un concurso original e interesante

En Opelousas, pequeña villa de la Luisiana, Estados Unidos del Norte América, se ha realizado un concurso en extremo original e interesante. Los concursantes debían rivalizar en longevidad y en la suma de años de los grupos aspirantes al premio se incluían los que contase el auto-vehículos que los transportaba en el desfile ante el público y jurado encargado de adjudicar los premios.

Doscientos veinte y seis años suma el equipo vencedor. El señor Augusto Jeansonne, ciento once años; la hija, señora Jean Baptiste Jruge, noventa y un años. El automóvil, uno de los primeros Ford que se lanzaron al mercado, y que cuenta con veinte y cuatro años de existencia, piloteado siempre por su venerable propietario.



Dos siglos y cuarto ante el jurado.



M. A. Jeansonne y su señora hija, dos siglos largos.



El aroma exquisito y apetitoso

es uno de los rasgos típicos del Chocolate Noël. Otra característica de este fino artículo, es el delicado gusto. La razón de estas buenas cualidades del

Chocolate Noël

se halla en que está elaborado únicamente con cacao, azúcar y vainilla de la mejor calidad, componentes que hacen de él no sólo un manjar grato al paladar sino también un alimento muy nutritivo.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra;



La marca que tiene una fama de 78 años.

La importancia de la risa

HAY un libro pequeño que se llama «Buen Humor», el cual expone de una manera muy interesante los beneficios de la risa.

El propósito de este libro es demostrar la grande importancia que el buen humor tiene en el mundo, especialmente, en estos días, en que todos tenemos tan serios y tan graves problemas que resolver. Según el autor, la solución de la mayor parte de nuestras penas se encontrará en la hilaridad. Expone que la risa es un artificio de que se vale la naturaleza para poner en ejercicio algunos de nuestros órganos que no pueden ejercitarse de ninguna otra manera.

La acción física de la risa empieza en los pulmones y el diafragma y causa la vibración de los órganos de la digestión, estimulando sus funciones y circulación de la sangre. El efecto de la risa se puede apreciar también exteriormente. Sus señales son muy evidentes en la cara, y el que ríe mucho parece siempre joven y vivo.



La hija (recordando la suerte de sus anteriores pretendientes): Papá: te presento al señor Mofles, el famoso boxeador peso pesado...

Como ejemplo del aprecio en que debe tenerse la risa, el autor cita una anécdota de William Vanderbilt, el conocido millonario. Este había invitado a un famoso actor a contar algunos cuentos para divertir a sus huéspedes a bordo de su yate. El actor recitó tres monólogos.

Pocos días después, recibió una carta y un cheque por tres mil dólares. Decía la carta: «Usted nos ha producido lágrimas y risas, y puesto que más vale la risa que el llanto, esa es la cuenta:

«Por lágrimas, seis veces, $ 600. Por risa, doce veces, $ 2.400.

«Tengo mucho gusto en enviar a usted el cheque en pago de sus servicios».

La excepción del servicio militar a los sacerdotes y frailes católicos tienen origen en Bizancio, donde fueron exceptuados, considerando que eran ya soldados, pues formaban parte de "las milicias que combaten contra satanás".


PROVEEDOR DE LA REAL CASA
PERFUMERIA
MYRURGIA
ESPAÑA
ROYAL BRIAR
COLUMBINE
VIRELLE
A LA COLONIA
AMBRE CHINOIS
En el mundo elegante se imponen, cada día con mayor beneplácito, las marcas de nuestra exclusividad.
LOCIONES - EXTRACTOS
POLVOS - JABONES
1/4 de Litro de
AGUA de COLONIA ATKINSON
equivale a un LITRO
de agua alcoholizada.
LUIS
924

GRAN • CONCURSO
DE
BELLEZA FEMENINA
ORGANIZADO POR



DESDE la fecha, todas las mujeres de la República pueden enviar a "Caras y Caretas" su mejor fotografía, con el fin de disputar el título de:

¿Cuál es la mujer más hermosa de la República?

Un jurado compuesto por lo más destacado de nuestro mundo artístico, discernirá los premios que más tarde serán proclamados por "Caras y Caretas" como modelos de belleza Argentina.

Componen el Jurado los siguientes señores:

D. Martín Noel
Presidente de la Comisión Nacional de Bellas Artes.

D. Cupertino del Campo
Director del Museo Nacional de Bellas Artes.

D. Bernaldo de Quirós
Miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes.

D. Ernesto de la Cárcova
Miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes
y Director de la Academia Superior de Bellas Artes.

D. Pío Collivadino
Miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes
y Director de la Academia Nacional de Bellas Artes.

Las fotografías que obtengan los primeros premios, serán publicadas en colores en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra". - El Concurso quedará clausurado el 31 de Junio de 1925.

Detalle de los premios:

2 pendantifs de oro 18 kilates, platino, diamantes y brillantes ónix; 1 pendantif de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 pulsera articulada de oro 18 k. platino, diamante y brillantes; 1 pulsera articulada de 18 k., platino, diamantes, brillantes y perlas; 1 pulsera articulada de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 pulsera arco de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 1 pulsera arco de oro 18 k., platino, diamantes y zafiro; 1 roseta de oro 18 k. platino, diamantes, brillante y perlas; 1 roseta de oro 18 k., platino, diamantes, brillantes y zafiro; 1 roseta de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 3 anillos de oro 18 k., platino, diamantes y brillantes; 1 anillo de oro 18 k., platino, diamantes, brillantes y zafiro.

Indicaciones de como deben ser escritos los sobres:

Para el Gran Concurso de belleza
femenina de "Caras y Caretas".
CHACABUCO 151 - BUENOS AIRES

La identificación digital no es infalible

Eibert Wehde, grabador y dibujante de fama nacional, declara que está dispuesto a aprobar que el sistema de la impresión digital, que sirve hoy de base a la identificación de los criminales en todos los países civilizados del mundo, y que se consideraba hasta ahora infalible, no merece la menor confianza, pues que se pueden forjar las impresiones por un método sumamente sencillo.

Wehde se interesó en esta cuestión mientras sufría condena en la prisión federal de Fort Leavenworth, por haber tratado de embarcarle armas a los revolucionarios de la India, durante el período inicial de la guerra europea. Allí lo mandaron a trabajar en el laboratorio, para utilizar sus conocimientos en fotografía y fotograbado.

Allí, según dice él, vió a un detective de Oklahoma forjar una serie de impresiones digitales que luego sirvieron para que un tribunal condenara a varios sujetos a presidio.

Wehde hizo varios experimentos, convenciéndose por ellos de que se podía, tanto imitar una impresión cualquiera y aplicársela a un objeto, como cambiar la propia, a voluntad. Para lo primero, basta fotografiar la impresión digital de la persona. De la negativa de esta impresión se saca un fotograbado en cobre. Luego se aplica un pedazo de papel de cartas, húmedo, sobre el grabado, apretándolo de modo que el papel penetre bien dentro de cada surco, y se obtiene una copia exacta de la impresión digital, que se puede aplicar entonces, humedeciéndola en grasa, sobre el objeto que haya de utilizarse como «pieza de convicción».

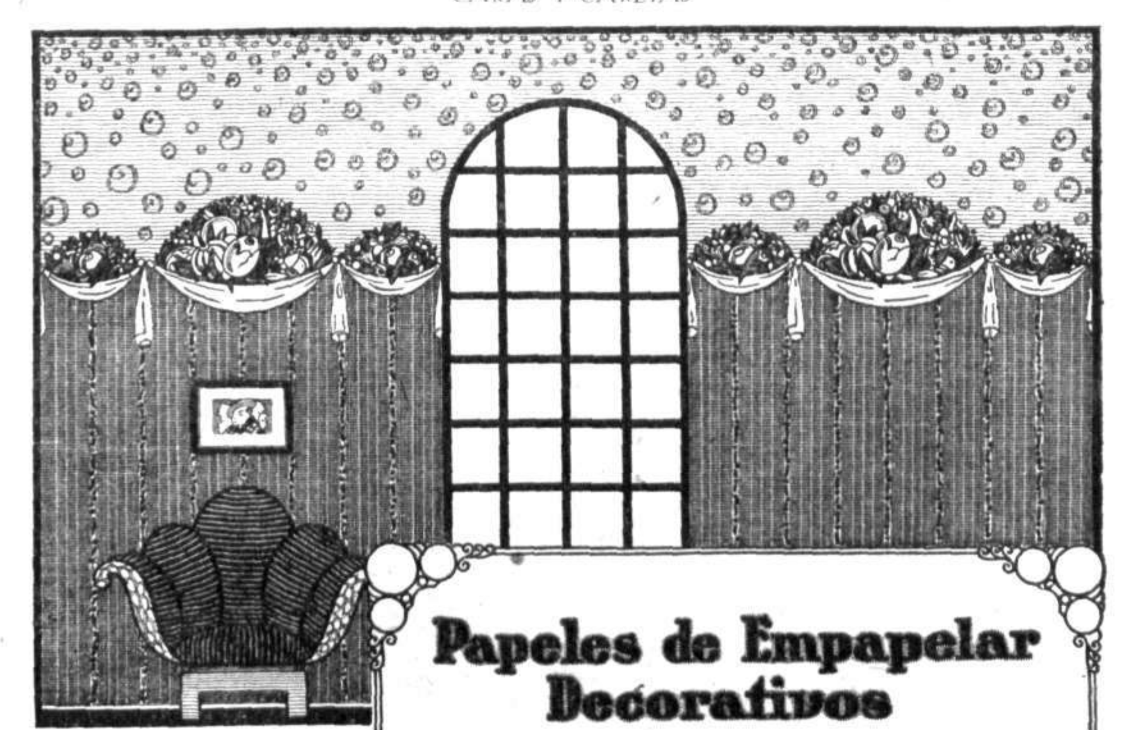
Para disfrazar la propia impresión digital ajena o artificial, fabricándose de ese modo una especie de guante que se puede llevar imperceptiblemente sobre el dedo.

Wehde dice que da este descubrimiento suyo al mundo, de miedo de que se siga creyendo en la infalibilidad de las impresiones, y algunos agentes de autoridad poco escrupulosos sigan induciendo a los tribunales a enviar gente inocente al patíbulo o a la cárcel, basándose en una prueba falsa.



— Y el vino, doctor, ¿qué dice usted?
— Excelente... El agua sola hace daño, tanto que cuando les receto a mis clientes un baño de pies les ordeno que lo tomen con medias.

El transformarse no es un mal para los seres, como tampoco es un bien para ellos el efecto de la transformación. — Marco Aurelio.



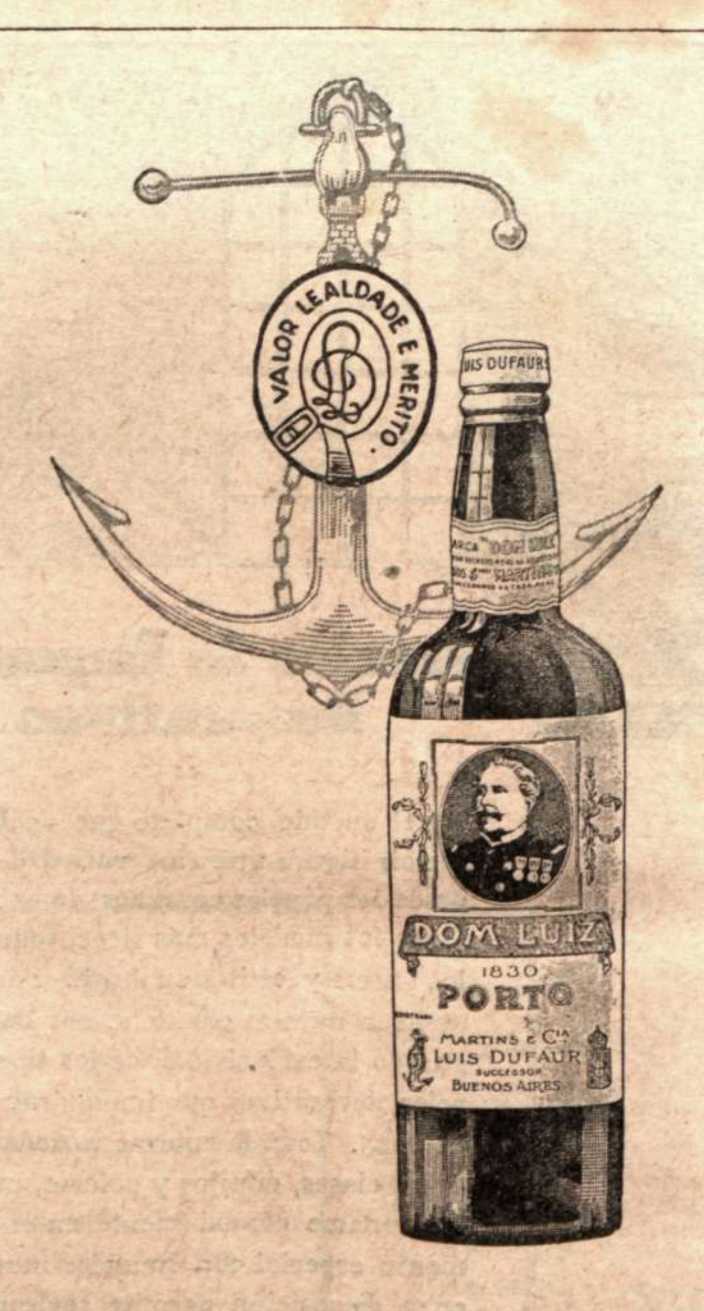
Papeles de Empapelar Decorativos

En el surtido completo que acabamos de recibir figura una rica variedad de tipos: desde los papeles comunes, de bajo precio, hasta los modelos más ricos, todos ellos en los gustos y estilos en boga. Para mejor atender nuestra clientela, nos hemos asegurado la exclusividad de los tipos de papeles decorativos que impondrán la moda en 1925. Toda la enorme variedad de motivos, clases, dibujos y colores, puede inspeccionarse cómodamente en el departamento especial con muebles-muestrarios, cuya disposición permite revisar en poco tiempo y cómodamente nuestro enorme surtido de Papeles de Empapelar Decorativos.

GONZÁLEZ BOSCH, DARRASSEN Y CIA

Pinturería de Monserrat
Victoria 954 Bs. Aires

Agencia de Propaganda «ECO» Sarmiento 643, Buenos Aires


VALOR LEALDADE E MERITO
LUIS DUFAUR
DOM LUIZ
1830
PORTO
MARTINS & Cia
LUIS DUFAUR
BUENOS AIRES

AÑO XXVIII BUENOS AIRES 28 DE MARZO DE 1925 N.º 1382

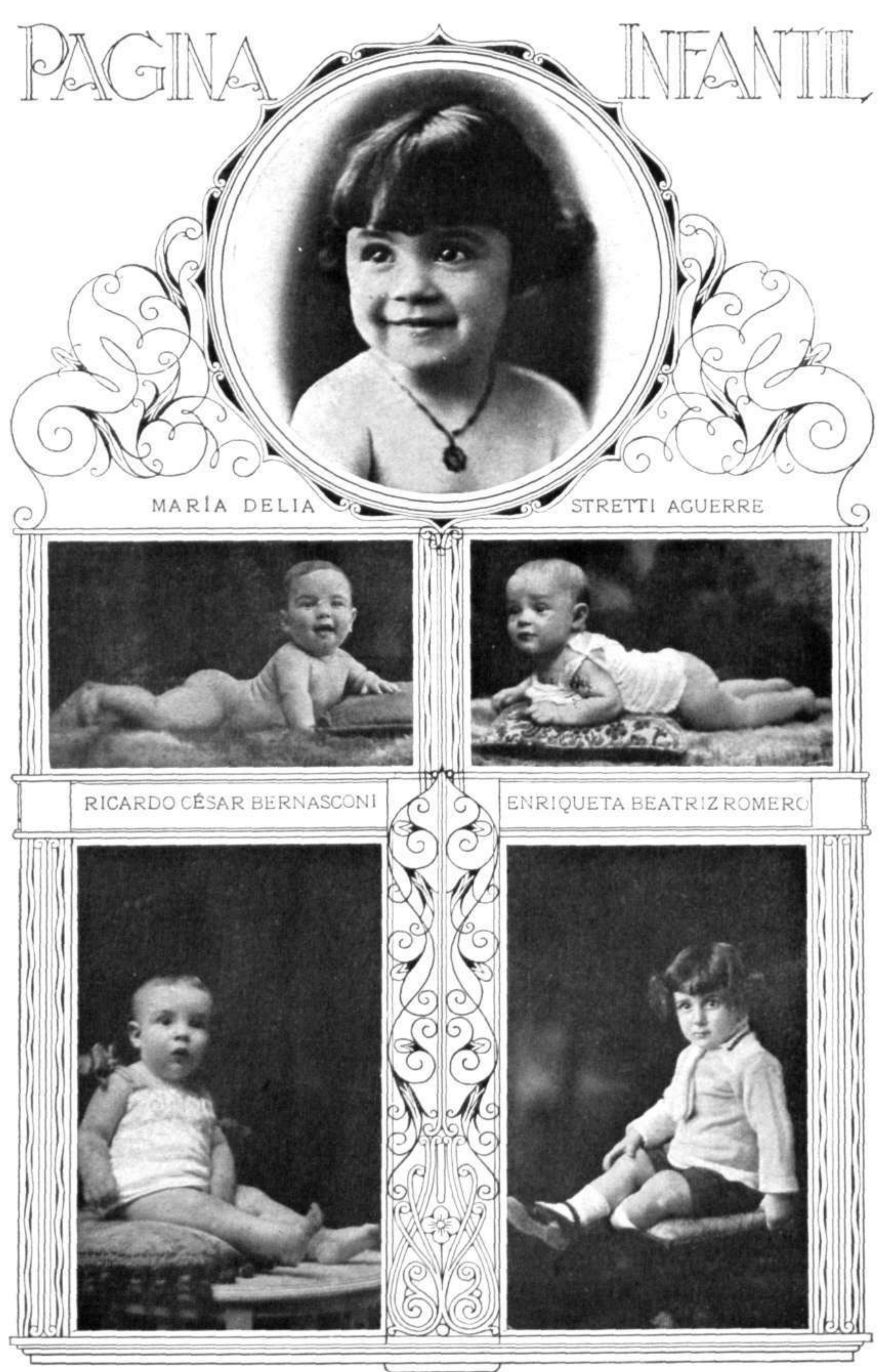
CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



SEÑORITA
Lola Echagüe Santamarina

PAGINA INFANTIL



MARÍA DELIA STRETTI AGUERRE

RICARDO CÉSAR BERNASCONI

ENRIQUETA BEATRIZ ROMERO

ALBERTO ERAMO VILLANUEVA

RICARDO PABLO SEITLER

LAS CELEBRAD BAILARINAS MLLE ZAMBELLI Y MME. AVELINE

CARAS Y CARETAS EN FRANCIA

UN GRAN BAILE EN LA OPERA DE PARIS

A qué responde este título de las Camitas Blancas? Son las cunas de nuestros pequeños protegidos, cuyos padres no tienen la posibilidad de enviarlos a respirar a plenos pulmones un aire más puro que el de París. Esta obra benéfica, en la cual se interesan tantos corazones, organizó un hermoso baile en la Opera. Para mayor éxito de la fiesta, los grandes artistas llevaron el concurso de su talento. Fué un festival espléndido el baile de los *Petits Lits Blancs*. Un triunfo.

En derredor de la célebre escalera y en las galerías de mármol rosa penden tapices y brocados; las mesas del «diner», resplandecientes de luces y flores, son invadidas en un abrir y cerrar de ojos. Mil personas encuentran el modo de tomar asiento. Resulta una de lás más divertidas mescolanzas que puede presentar una sociedad. El presidente Barthou, junto a la tonadillera Raquel Meller, el general Gouraud no se halla lejos de Jeanne Granier y Marie Leconte, de la Comedia Francesa. El gran artista japonés Sessue Hayakawa sostiene animada conversación con un rico propietario de Deauville. Los embajadores y ministros americanos y europeso, el mariscal Foch, el barón y la baronesa de Rothschild, la princesa Soutzo, Cecile Sorel...

Cuando fué anunciado, a son de trompa, la apertura del

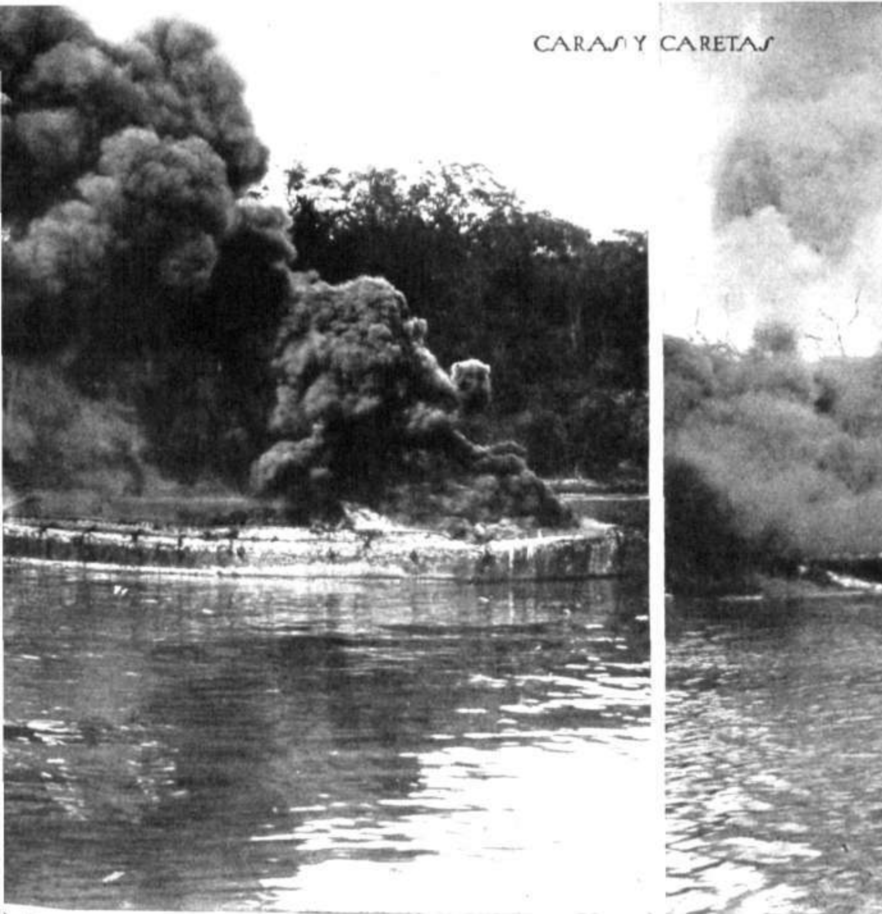
LA SALA DE LA ÓPERA DURANTE LA FUNCIÓN DEL «BAL DES PETITS LITS BLANCS».

baile, todo aquel gentío tomó asiento en los palcos y en la sala. Verdaderamente era espléndido el espectáculo ofrecido por todas aquellas mujeres, lujosamente vestidas, que lucían su belleza y sus joyas. ¡Los uniformes de gala, las condecoraciones, las luces, los espejeos que había allí!...

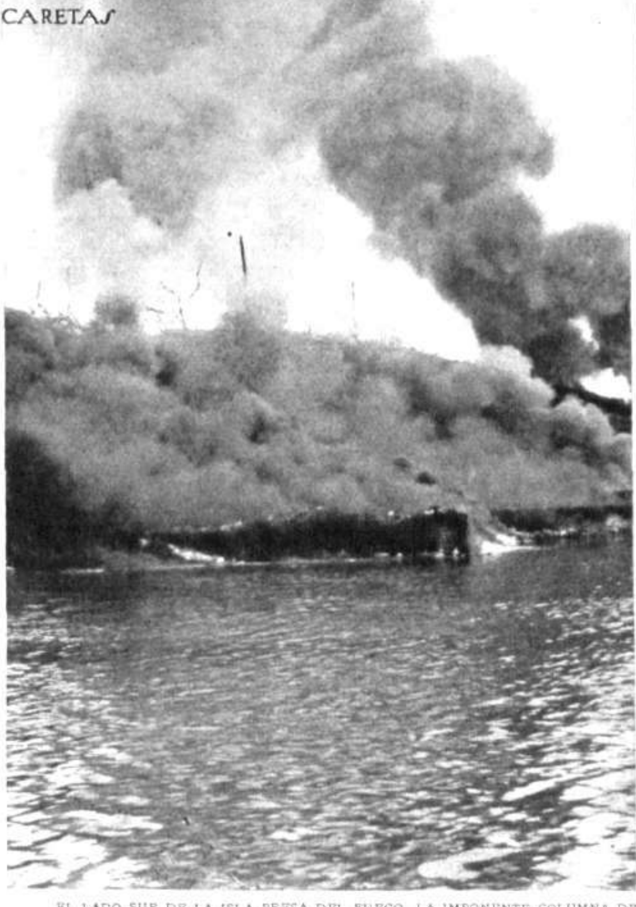
Después de llegar el Presidente, se procedió al sorteo de la tómbola, y la muchedumbre elegante se apresuró a felicitar a los agraciados con el automóvil, los dos «chalets», las alhajas y las «toilettes» firmadas *por famosos modistos. En la Gran Ope*ra, que se había vuelto pequeña durante aquellas horas, todo era un continuo vaivén, una mar gruesa que subía y bajaba, pero siempre contenido por la buena educación. Luego fueron desfilando los artistas cuyos números constituían una de las mayores atracciones del festival. Los iba anunciando Toger Ferreol, con mucho donaire, valiéndose de una bocina. «Vedettes» y «girls» del Casino dc París, la bailarina Harry Pilcar, la célebre Zambelli, el cantante Mayol, Raquel Meller, la artista tan festejada actualmente... M. Gobart, desde el centro de la sala, anunció un balance supertor a 950.000 francos, producto con que se beneficiará a los pequeños enfermcs de la camita blanca.



LAS DIEZ Y SEIS HOFFMAN'N GIRS, BUEN CONJUNTO DE BAILARINAS.



LA CHATA CUYO INCENDIO ORIGINÓ LA TERRIBLE EXPLOSIÓN DE DINAMITA EN LOS DEPÓSITOS DE LA ISLA CAJÚ. INSTANTÁNEA TOMADA EN EL MOMENTO DE COMENZAR LAS FORMIDABLES EXPLOSIONES.



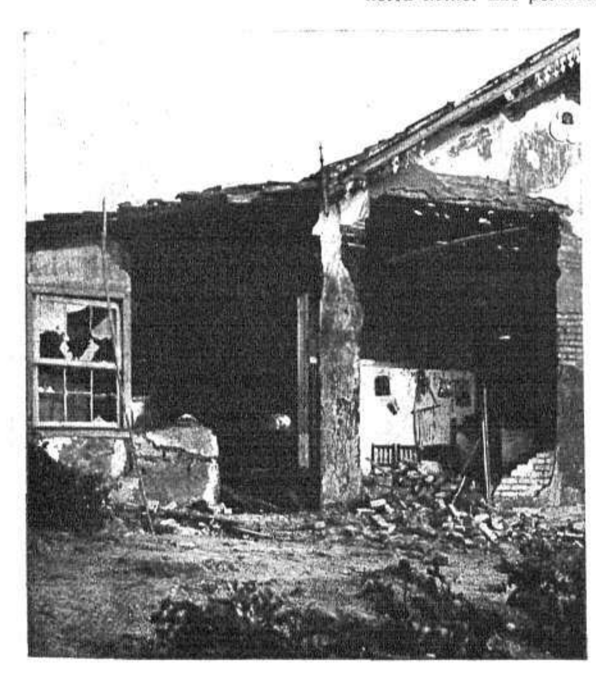
EL LADO SUR DE LA ISLA PRESA DEL FUEGO. LA IMPONENTE COLUMNA DE HUMO NEGRO Y ESPESO PODÍA DIVISARSE DESDE MUCHOS KILÓMETROS A LA DISTANCIA.

LA FORMIDABLE EXPLOSION EN LA ISLA DE CAJÚ

ESTA FOTOGRAFIA PUEDE DAR UNA RELATIVA IDEA DE LO QUE FUÉ LA CATASTROFE. ESTADO EN QUE QUEDARON LAS VIVIENDAS DE LA ISLA VECINA DE MUCANGAE.

IMPONENTE VISTA TOMADA EN EL PRECISO INSTANTE EN QUE EL INCENDIO SE GENERALIZABA A TODA LA ISLA. EL HUMO DENSO Y EL CALOR ESPANTOSO IMPIDIERON TODA TENTATIVA DE ATAQUE AL VORAZ ELEMENTO.

UNA terrible catástrofe de dolorosas consecuencias asoló la pequeña isla de Cajú, Brasil, donde se hallaban almacenados temporariamente gran cantidad de explosivos destinados a usos industriales. Una lancha que se hallaba fondeada cerca de la isla fué la causante del desastre, pues al incendiarse comunicó su fuego a la isla por medio del muelle de madera. A las pocas horas toda la isla se hallaba presa de las llamas y las explosiones se oían a muchos kilómetros de distancia. Por una circunstancia fortuita no hubieron de lamentarse más víctimas, pues no hacía un cuarto de hora que casi todos los operarios de los talleres se habían retirado hacia tierra firme. Las pérdidas de vidas se calcularon en 30.
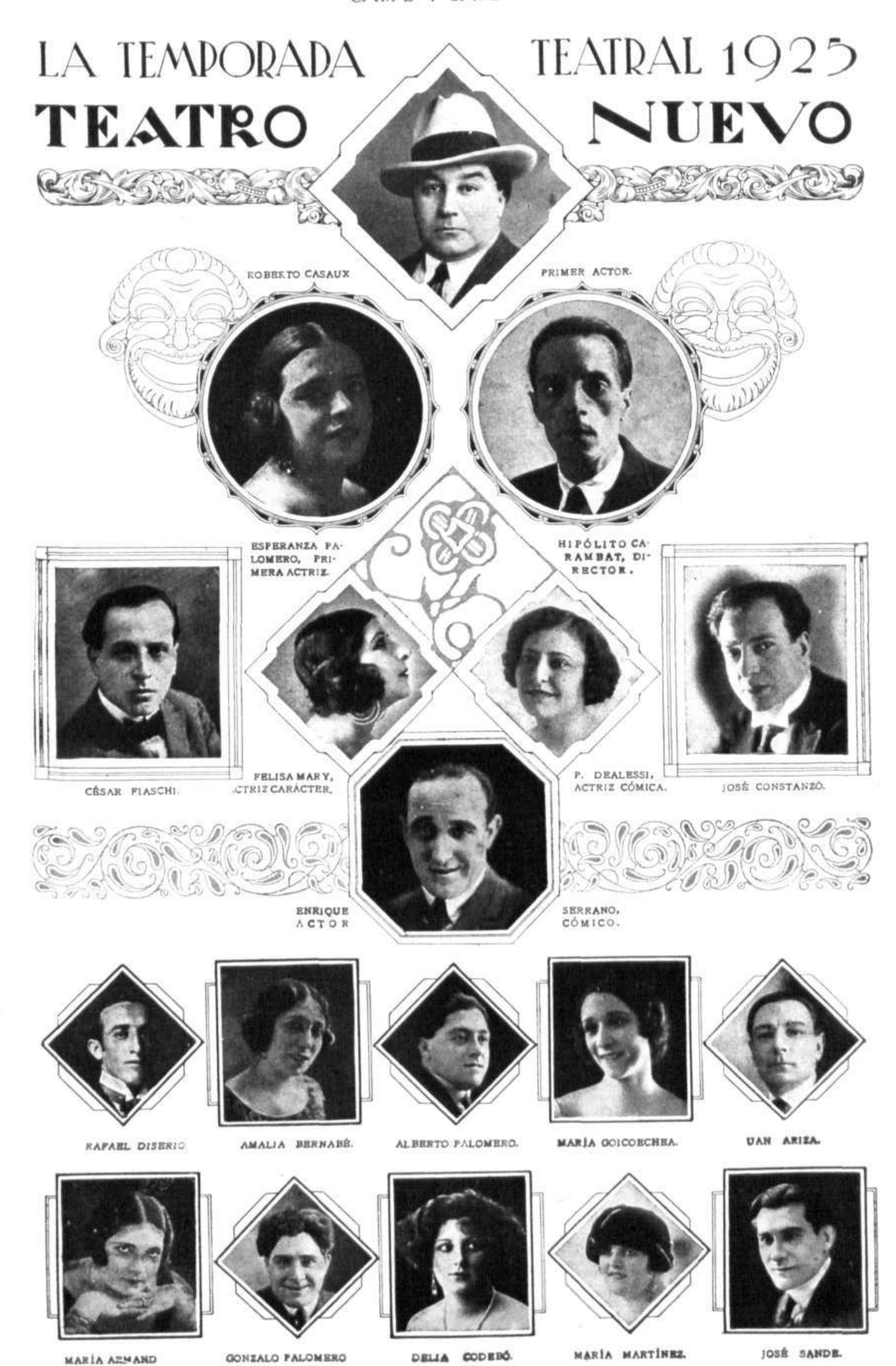


TA OTRA FOTOGRAFÍA INFORMA, EN MANERA ELOCUENTE, DE LA TERRIBLE ERZA DE LAS EXPLOSIONES OCURRIDAS EN LOS DEPÓSITOS DE EXPLOSIVOS DE LA ISLA CAJÚ. ESTA CASA, SITUADA A 15 KILÓMETROS DE DISTAN-



LAS VIVIENDAS DE LOS OBREROS QUE TRABAJABAN EN LA ISLA QUEDARON REDUCIDAS A ESCOMBROS. DESPUÉS DEL DESASTRE CUADRILLAS DE TRABAJADORES REMOVIERON LAS RUINAS EN BUSCA DE SOBREVIVIENTES Y

LA TEMPORADA TEATRAL 1925
TEATRO NUEVO



ROBERTO CASAUX PRIMER ACTOR.

ESPERANZA PALOMERO, PRIMERA ACTRIZ.

HIPÓLITO CARAMBAT, DIRECTOR.

CÉSAR FIASCHI.

FELISA MARY, .CTRIZ CARÁCTER.

P. DEALESSI, ACTRIZ CÓMICA.

JOSÉ CONSTANZÓ.

ENRIQUE SERRANO, ACTOR CÓMICO.

RAFAEL DISERIO

AMALIA BERNABÉ.

ALBERTO PALOMERO.

MARÍA GOICOECHEA.

UAN ARIZA.

MARÍA ARMAND
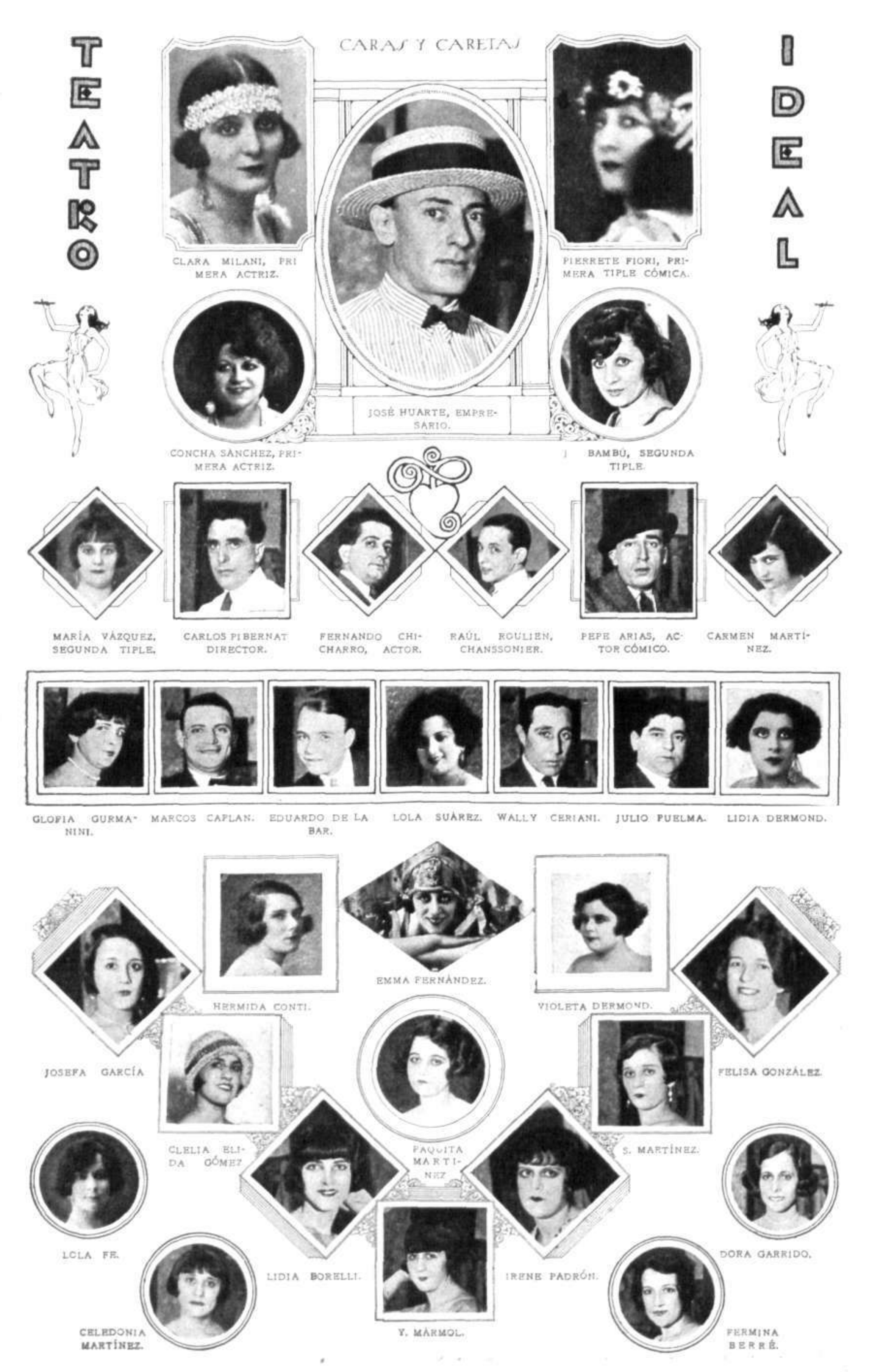
GONZALO PALOMERO

DELIA CODEBÓ.

MARÍA MARTÍNEZ.

JOSÉ SANDE.

TEATRO IDEAL



CLARA MILANI, PRIMERA ACTRIZ.

JOSÉ HUARTE, EMPRESARIO.

PIERRETE FIORI, PRIMERA TIPLE CÓMICA.

CONCHA SÁNCHEZ, PRIMERA ACTRIZ.

J BAMBÚ, SEGUNDA TIPLE.

MARÍA VÁZQUEZ, SEGUNDA TIPLE.

CARLOS PIBERNAT DIRECTOR.

FERNANDO CHICHARRO, ACTOR.

RAÚL ROULIEN, CHANSSONIER.

PEPE ARIAS, ACTOR CÓMICO.

CARMEN MARTÍNEZ.

GLOFIA GURMANINI.

MARCOS CAPLAN.

EDUARDO DE LA BAR.

LOLA SUÁREZ.

WALLY CERIANI.

JULIO PUELMA.

LIDIA DERMOND.

HERMIDA CONTI.

EMMA FERNÁNDEZ.

VIOLETA DERMOND.

JOSEFA GARCÍA

FELISA GONZÁLEZ.

CLELIA ELIDA GÓMEZ

PAQUITA MARTÍNEZ

S. MARTÍNEZ.

LOLA FE.

LIDIA BORELLI.
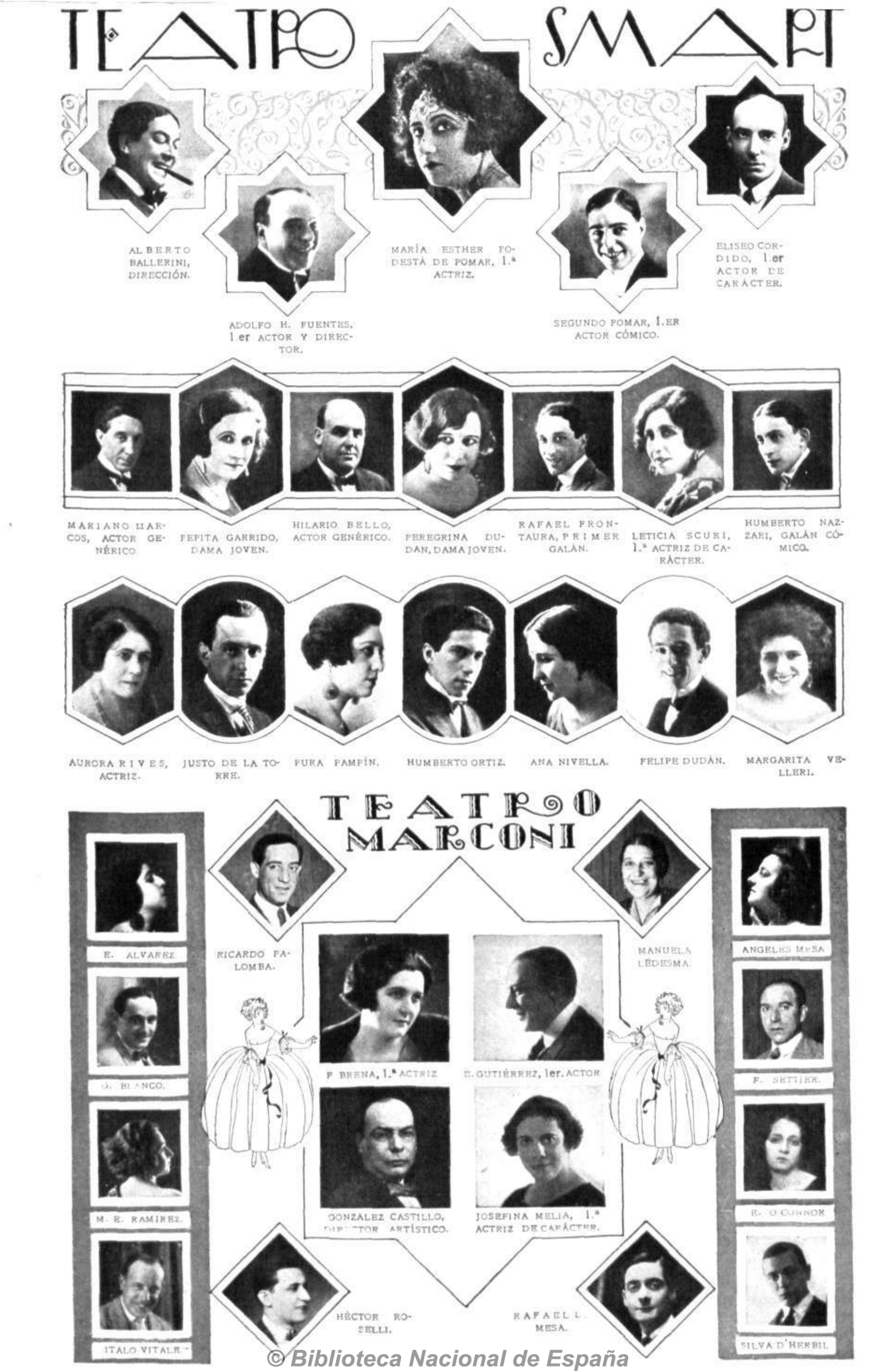
IRENE PADRÓN.
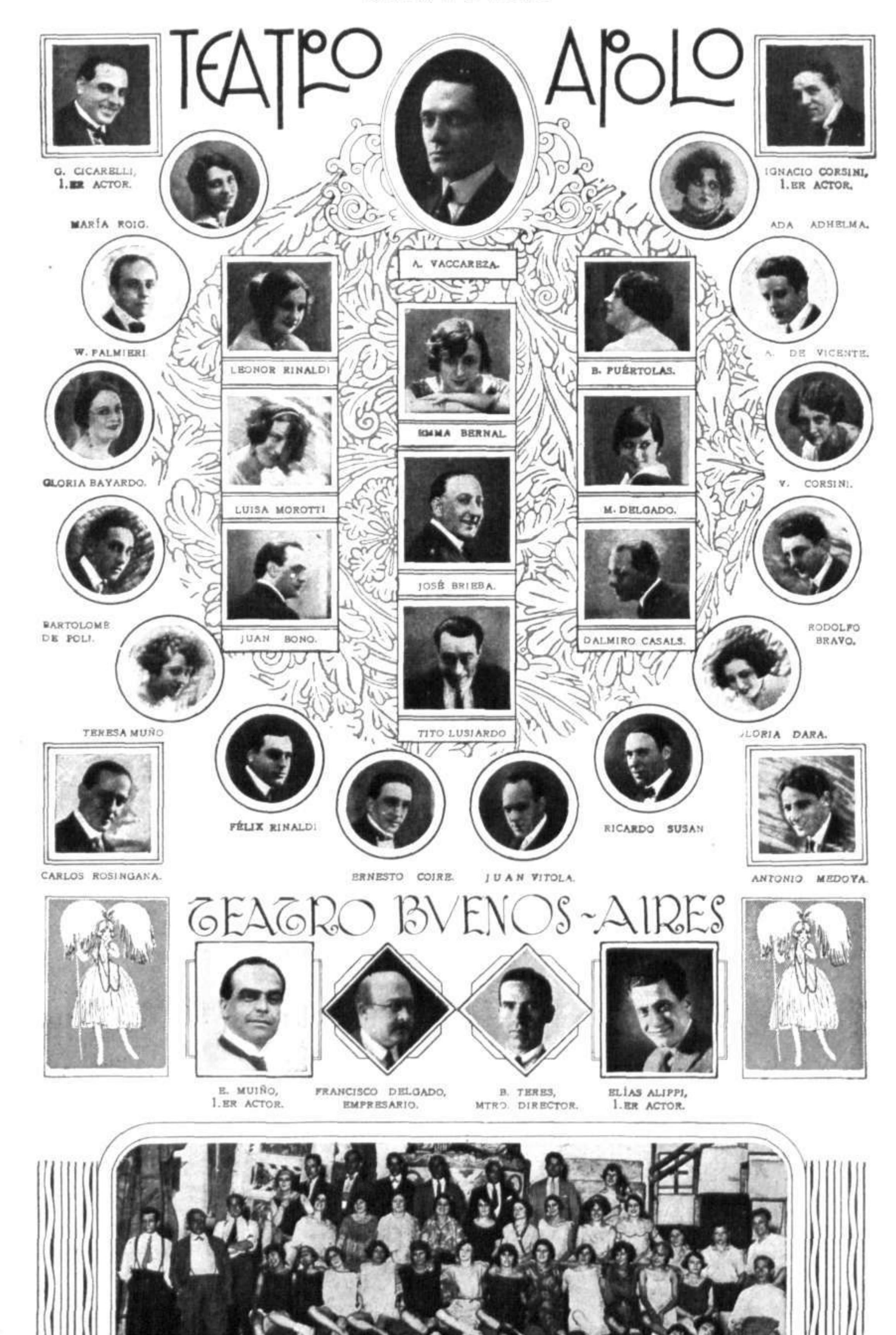
DORA GARRIDO.

CELEDONIA MARTÍNEZ.

Y. MÁRMOL.

FERMINA BERRÉ.


TEATRO SMART
ALBERTO BALLERINI, DIRECCIÓN.
ADOLFO H. FUENTES, 1.er ACTOR Y DIRECTOR.
MARÍA ESTHER PODESTÁ DE POMAR, 1.ª ACTRIZ.
SEGUNDO POMAR, 1.ER ACTOR CÓMICO.
ELISEO CORDIDO, 1.er ACTOR DE CARÁCTER.
MARIANO MARCOS, ACTOR GENÉRICO
PEPITA GARRIDO, DAMA JOVEN.
HILARIO BELLO, ACTOR GENÉRICO.
PEREGRINA DUDÁN, DAMA JOVEN.
RAFAEL FRONTAURA, PRIMER GALÁN.
LETICIA SCURI, 1.ª ACTRIZ DE CARÁCTER.
HUMBERTO NAZZARI, GALÁN CÓMICO.
AURORA RIVES, ACTRIZ.
JUSTO DE LA TORRE.
PURA PAMPÍN.
HUMBERTO ORTIZ.
ANA NIVELLA.
FELIPE DUDÁN.
MARGARITA VELLERI.
TEATRO MARCONI
E. ALVAREZ.
RICARDO PALOMBA.
MANUELA LEDESMA.
ÁNGELES MESA.
G. BLANCO.
P. BRENA, 1.ª ACTRIZ
E. GUTIÉRREZ, 1er. ACTOR
F. SETTIER.
M. E. RAMÍREZ.
GONZÁLEZ CASTILLO, DIRECTOR ARTÍSTICO.
JOSEFINA MELIÁ, 1.ª ACTRIZ DE CARÁCTER.
R. O'CONNOR.
HÉCTOR ROSELLI.
RAFAEL L. MESA.
ITALO VITALE.
SILVA D'HERBIL.



TEATRO APOLO

G. CICARELLI, 1.ER ACTOR. — IGNACIO CORSINI, 1.ER ACTOR. — A. VACCAREZA.

MARÍA ROIG. — ADA ADHELMA. — W. PALMIERI. — LEONOR RINALDI. — EMMA BERNAL. — B. PUÉRTOLAS. — A. DE VICENTE. — GLORIA BAYARDO. — LUISA MOROTTI. — M. DELGADO. — V. CORSINI. — BARTOLOMÉ DE POLI. — JUAN BONO. — JOSÉ BRIEBA. — DALMIRO CASALS. — RODOLFO BRAVO. — TERESA MUÑO. — TITO LUSIARDO. — GLORIA DARA.

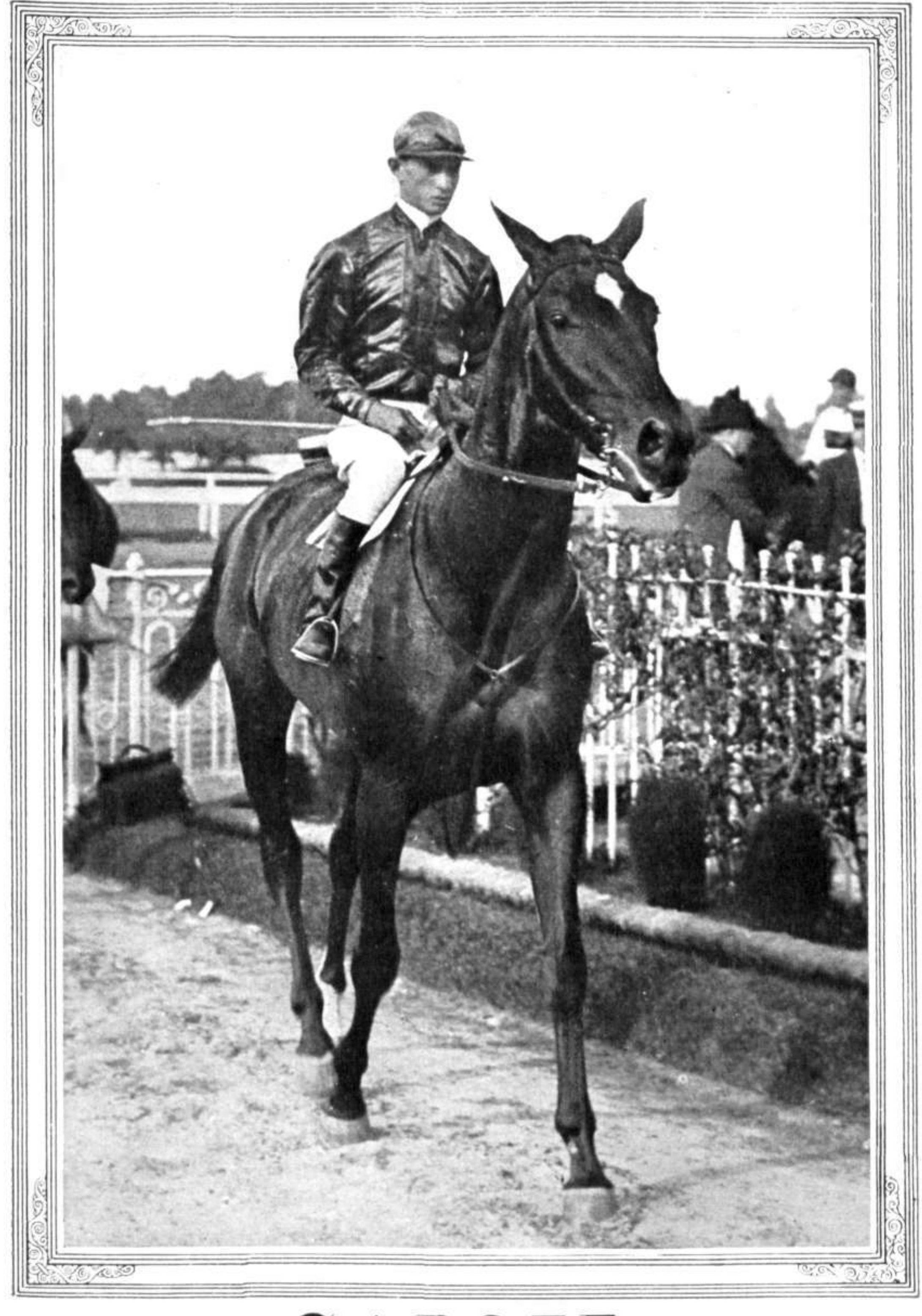
CARLOS ROSINGANA. — FÉLIX RINALDI. — ERNESTO COIRE. — JUAN VITOLA. — RICARDO SUSAN. — ANTONIO MEDOYA.

TEATRO BUENOS-AIRES

E. MUIÑO, 1.ER ACTOR. — FRANCISCO DELGADO, EMPRESARIO. — B. TERES, MTRO. DIRECTOR. — ELÍAS ALIPPI, 1.ER ACTOR.

FIGURAS ... TEATRO.

Galería del Turf



CAPOTE

Por CAD y CROIX ROUGE.

Con la monta de Cuchinelli, este debutante del haras Trujui debutó en la reunión del 8 de febrero, entrando primero en el premio Marbella. Dos reuniones más tarde ocupó el cuarto lugar en el premio Despreciado, rehabilitándose ampliamente en el clásico Old Man, donde derrotó a Ballenero, All Steel y San Blas.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

EINSTEIN

POR

VALDIVIA

El famoso sabio alemán es hoy una figura mundial. Su célebre teoría de la relatividad revolucionó las bases mismas de las ciencias abriendo nuevos horizontes a los experimentadores científicos. Aparte de su sólida y vastísima información, el profesor Einstein, según díceres de sus familiares, es una persona de trato encantador, sencillo y afable, propio de un hombre tan superior. Bienvenido a estas tierras, donde sus admiradores se cuentan por millares.

ACTUALIDADES

REGATAS EN EL TIGRE

Aspecto parcial de la cancha donde se corrieron las regatas de los remeros seniors, clásica fiesta anual que logra despertar intenso entusiasmo entre los aficionados al viril deporte. Como siempre, la presencia de la mujer puso una nota amable dentro del cuadro general de la interesante reunión.







Diversas instantáneas tomadas en los [illegible] de varios clubs de remo donde se improvisaron animadas reuniones sociales durante y después de las regatas.



Magnífica fué la fiesta que, en retribución de las atenciones recibidas del gobierno argentino, dió en la Embajada de Chile el presidente Alessandri. Los mandatarios de ambas repúblicas, los ministros, sus esposas y otras personalidades.

La entusiasta recepción al presidente Alessandri en Buenos Aires



El presidente Alvear, su señora y todos sus ministros en la dársena norte a la espera del mandatario chileno.



El Sr. Alessandri, acompañado por los ministros de R. E. chileno y argentino, descendiendo a tierra.



El jefe de Estado chileno recibe los primeros saludos al pisar tierra argentina.



Los dos presidentes se dirigen a ocupar la carroza de gala.

Contestando a las aclamaciones del inmenso público.



Impresionado por el recibimiento, el presidente chileno pronuncia un discurso.



El presidente Alvear también se vió obligado a hablar e improvisó una vibrante arenga.



El mandatario chileno saluda cordialmente a las delegaciones de su país.



El abrazo que se dieron al encontrarse ambos mandatarios puso una nota de emoción dentro de la rigidez y ceremoniosidad de los actos protocolares.



El Sr. Alessandri, acompañado por el doctor Gallardo, se dirige a la Casa de Gobierno.



Salida de la Casa de Gobierno después de la cordial recepción.





Diplomáticos extranjeros al retirarse de la casa rosada.



En la escuela Roca, el Sr. Alessandri, recibe el homenaje de los alumnos.



Un niño de la escuela leyendo un discurso alusivo ante ambos presidentes.



Acompañado por el doctor Alvear, el presidente chileno abandona la Embajada para dirigirse a Retiro.



Las esposas de los presidentes señoras de Alessandri y Alvear, al salir de la Embajada.



Antes de partir el primer mandatario de Chile, recibe los últimos saludos oficiales y po...



En el momento en que el tren presidencial parte, las bandas militares ejecutan la marcha Ituzaingo.

A los Directores de la Caja Bancaria



Los nuevos directores rodeados por los delegados de la entidad y parte de la concurrencia que asistió al lunch dado en honor de aquéllos con motivo de su reciente designación.

Pabellón de Santiago del Estero



Los ministros de Interior y Agricultura en el momento de inaugurarse el pabellón de la provincia de Santiago del Estero en la *Exposición Industrial Argentina*.

En obsequio del Inspector del Ejército de Chile



El general de división José Uriburu, inspector del ejército argentino, dió, en honor del jefe chileno general Mariano Navarrete, un almuerzo al que concurrieron numerosos jefes del ejército y marina nacionales.

El Ministro de Holanda



El nuevo ministro, señor de Verduynen, saliendo de la casa de gobierno después de presentar sus credenciales.

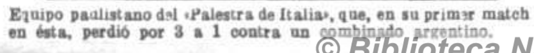
En honor del poeta gallego Xavier Bóveda



Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido por la Unión Provincial Orensana al conocido literato, en ocasión de su próximo regreso a España.

Brasileños v. Argentinos





Equipo paulistano del «Palestra de Italia», que, en su primer match en ésta, perdió por 3 a 1 contra un combinado argentino.



Cuadro combinado de la Asociación Argentina y Asociación Amateurs, que derrotó al eleven visitante en un lucido partido.

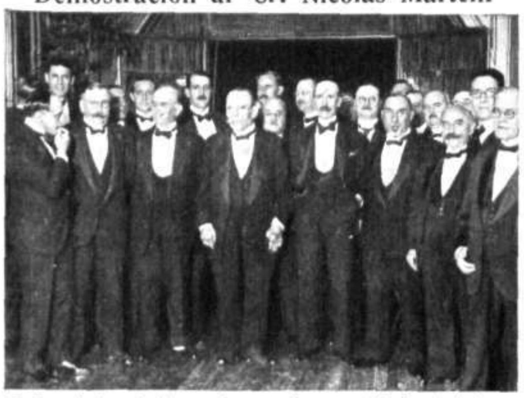
Jura de la bandera en el regimiento Granaderos a caballo, General San Martín



El abanderado del regimiento ante el cual desfilaron, jurando, los aspirantes a oficiales de reserva de dicho cuerpo; brillante acto que resultó muy lucido.

El presidente Alvear y su señora, altos jefes d l ejército ocupando el palco oficial durante la ceremonia con la cual se conmemoró también el 113 aniversario de la constitución del regimiento.

Demostración al Sr. Nicolás Martelli



El obsequiado rodeado por el grupo de personalidades de la banca y el comercio que le ofrecieron un banquete con motivo de habérsele nombrado presidente honorario de la Cámara Gremial de Cereales.

Obsequio de la colectividad española



El intendente municipal, doctor Carlos M. Noel, y los miembros directivos de la Asociación Patriótica Española en el salón de la Intendencia, después de haber hecho entrega del cuadro de la Virgen del Buen Aire.

Congreso Salvacionista Sudamericano



Uno de los oradores dirigiendo la palabra a los asociados y al público reunidos en



Desfile de los miembros de la benéfica institución por las calles de la ciudad, con sus banderas al frente, al dirigirse a colocar la piedra fundamental del nuevo edificio en homenaje al ge-

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



La colectividad irlandesa festejó con una brillante fiesta el día de San Patricio, a la cual concurrieron las familias mas distinguidas de la colonia.



El doctor Jiménez pronunciando su discurso durante el acto de la toma de posesión del cargo del nuevo inspector de escuelas, Angel M. Muñoz, nombramiento que ha causado buena impresión.



Un grupo numeroso de maestras organizó una comida en la escuela Pestalozzi en honor de la señorita Aida Morelli, prestigiosa educacionista que se ha granjeado generales simpatías.



A. Zorrilla, ganador en 100 metros en tiempo "record".



Equipo de la Asociación Cristiana de Jóvenes que venció al del Club de Regatas de Rosario en el "match" de "water polo" realizado con gran éxito.



P. Pieper, ganador de los saltos ornamentales.



E. Navarro, ganador de los 50 metros y A. Garibaldi que



Señoritas de Wort y Meiss, que



Niñas de Martín y Mayoria,



Miguel Egaña y A. Meyer, primero y segundo en la ca-

Matches de selección para el Campeonato Panamericano de Box


Victorio Campolo, argentino, campeón de la categoría pesado.


Juan Lencina, argentino, categoría mosca,


Guillermo Silva, uruguayo, campeón, categoría medio pesado.


Manuel Gallardo, argentino, categoría mediano.


Juan Rojas, chileno, categoría mosca

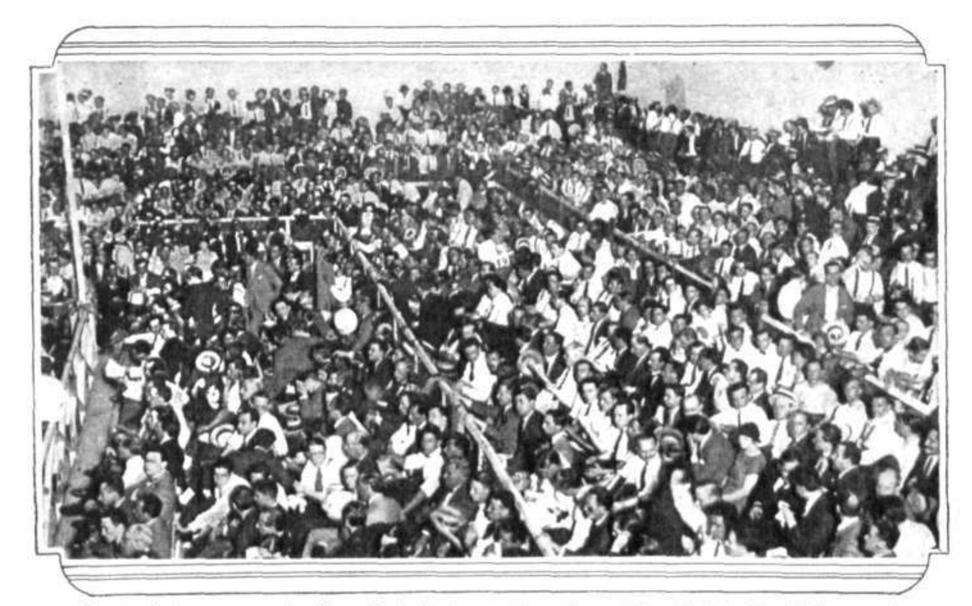

Francisco Caldera, chileno, categoría liviano, campeón.


Julián Mallona, argentino, categoría liviano.


Andrés Míguez, uruguayo, categoría gallo.


Carlos Uzabeaga, chileno, categoría gallo.


Severino Trigo, uruguayo, categoría mediano, campeón.


Aspecto de la concurrencia al Luna Park, donde se realizan los matches eliminatorios del Campeonato Panamericano de box, los cuales han despertado extraordinaria expectativa entre los aficionados argentinos al noble deporte.


Arturo Fornetti, argentino, categoría medio pesado.


Antonio Crocco, uruguayo, categoría pluma.


Enrique Giaverini, chileno, categoría pluma.


Luis Gómez, uruguayo, categoría medio mediano.


Salvador Grecco, chileno, categoría mediano.


José Tapia, uruguayo, categoría mosca.


Héctor A. Méndez, argentino, medio mediano,


Julio C. Nicolares, uruguayo, categoría liviano.


Constantino Saffé, chileno, categoría medio pesado.


Jaime Escobar, uruguayo, categoría pesado.


Gogliano Turcaro, argentino, categoría gallo, campeón.


Alberto Signé, chileno, categoría medio mediano.

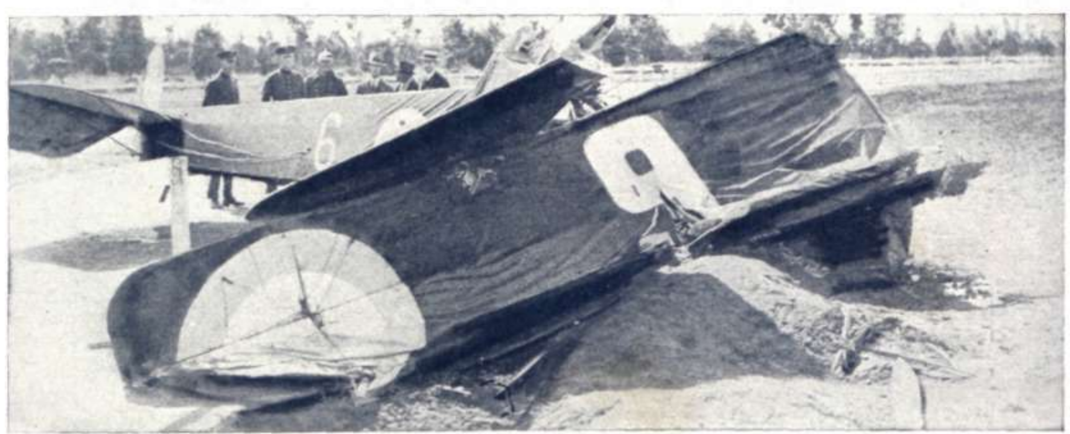
NOTAS VARIAS


Teniente primero Jorge Chapman, muerto.

Trágico accidente de aviación en el Hipódromo de La Plata.

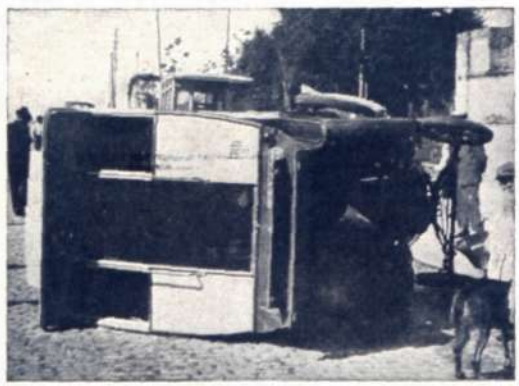
HAN repercutido dolorosamente las consecuencias del grave accidente de aviación ocurrido en el hipódromo de La Plata. Por causas que no se han esclarecido del todo, cuando el aparato se hallaba a 100 metros de elevación, picó de pronto y se precipitó a tierra. El piloto, teniente primero Jorge Chapman, era uno de los jóvenes oficiales de nuestro ejército más distinguidos y competentes; y el sargento Ravizzolli, mecánico, era uno de los técnicos más buscados por su pericia y conocimientos. Al sepelio de ambos acudieron el ministro de Guerra, general Justo, y las figuras más representativas del ejército nacional.


Sargento Domingo Ravizzoli, muerto.


Estado en que quedó el aeroplano militar Avro después de la caída fatal que costó la vida a los dos bravos militares.

Accidentes provocados por los vuelcos de ómnibus


El autoómnibus de la compañía Progreso Argentino, que chocó violentamente contra el automóvil particular de Juan A. Crespi, en la calle Lima a la altura del N.° 1036. Resultaron dos pasajeros heridos de consideración.


En la avenida San Martín, frente al N.° 4632, el ómnibus dirigido por Ernesto Corzo, por querer aventajar a otro autobús de otra compañía, volcóse sobre un costado, resultando heridos los tres pasajeros que llevaba.

Drama pasional


Alicia Payal de Montuori, muerta.

EL agente de policía Ramírez, argentino, dió muerte a la mujer Alicia P. de Montuori, argentina, y se disparó después dos tiros en la cabeza, Según las averiguaciones el drama se originó en las continuas desavenencias que existían entre los protagonistas.


Eulalio Ramirez, homicida, que intentó suicidarse.

Detención de adivinas


María Linger de Hiesc detenida.

LA policía de la capital se halla empeñada en una severa campaña en contra de las mujeres que ejercen la adivinación, engañando a las personas crédulas. Estas dos adivinas, a estas horas, estarán en el departamento de policía «adivinando» el día de su libertad.


Filomena González de Fernández, también detenida.

EL TIGRE



UNCA vimos en los animales de casa orgullo mayor que el que sintió nuestra gata cuando le dimos a amamantar una tigre recién nacida. La olfateó largos minutos por todas partes, hasta volverla de vientre; y por más largo rato aún la lamió, la alisó y la peinó sin parar mientes en el ronquido de la fierecilla, que comparado con la queja maullante de los otros gatitos, semejaba un trueno.

Desde ese instante, y durante los nueve días que la gata amamantó a la fiera, no tuvo ojos, ni coqueterías ni lengua más que para aquella espléndida y robusta hija llovida del cielo. Todo el campo mamario pertenecía de hecho y derecho a la roncante princesa. A uno y otro lado de sus tensas patas, opuestas como vallas infranqueables, los gatitos legítimos maullaban de hambre.

La tigre abrió por fin los ojos, y desde ese momento entró a nuestro cuidado. ¡Pero qué cuidados! Mamaderas entibiadas, dosificadas y vigiladas con atención extrema; imposibilidad para incorporarse libremente, pues la tigrecilla estaba siempre entre nuestros pies. Noches en vela, más tarde, para atender los

dolores de vientre de nuestra pupila, que se revolcaba con atroces calambres, y sacudía las patas con una violencia que parecía rompérlas. Y, al final, sus largos quejidos de extenuación, absolutamente humanos. Y los paños calientes; y aquella mirada atónita y velada por el aplastamiento, que por largas horas no reconocía a nadie.

No es de extrañar, así, que la salvaje criatura sintiera por nosotros toda la obstinada predilección que un animal siente por lo único que desde el nacer se movió a su lado.

Nos seguía por los caminos, entre los perros y un coatí, ocupando siempre el centro de la calle. Caminaba con la cabeza baja, sin parecer ver a nadie, y menos a los peones estupefactos que nos cruzaban. Y mientras los perros y el coatí revolvían insolentemente las profundas cunetas del camino, ella, la real fiera, de dos meses, seguía gravemente a tres metros detrás de nosotros, con su gran lazo celeste al cuello, y sus ojos del mismo color.

Con los animales de presa se suscita, tarde o temprano, el problema de la alimentación viva. Nuestro problema, retardado por una constante vigilancia, estalló un día, llevándose a nuestra hija con él.

La joven tigre no comía sino carne cocida. Jamás había probado otra cosa. Aun más: desdeñaba la carne cruda, según lo verificamos una y otra vez. Nunca le notamos veleidades por las ratas de campo que de noche cruzaban el patio, y menos aún por las gallinas, envueltas entonces en pollos.

La suerte quiso que una gallina, gran preferida de la casa, criada al lado de las tazas de café con leche, sacara a su vez pollitos. Como madre, era única. No perdería ningún pollo, estábamos seguros; y ni siquiera llegarían éstos a saber lo que es el rocío en las madrugadas frías. La casa, pues, estaba de parabienes.

Un mediodía de esos, oímos en el patio los estertores de agonía de nuestra gallina — exactamente como si la estrangularan. Salté afuera, y vi a nuestra tigre, erizada y espumando sangre por la boca, prendida de garras y dientes al cuello del animal.

Más nervioso de lo que yo hubiera querido estar, cogí a la fiera por el cuello, y la lancé rodando por la arena, como lo había hecho otras veces, por vía de corrección, con el coatí y con la misma tigre.

Esta vez no tuve suerte. En un costado del patio, entre dos palmeras, estaba ese día — esperando — una piedra. Jamás había estado allí. Era en casa un dogma el que no hubiera piedras en el patio. Girando sobre sí misma por la arena, nuestra hija alcanzó a la piedra con la cabeza. La fatalidad procede a veces así. No fué ese un día alegre para nosotros. Por mi parte, perdí también mi cuchillo de monte, que en casa olvidaron entre los bambúes, cuando esa tarde enterraron allí los dos cadáveres. Lo encontré cuatro años después, en el aire, entre varios vigorosos retoños que lo habían alzado a una cuarta del suelo. Pero la hoja se deshacía en escamas de herrumbre, y lo dejé en el mismo sitio.

H. Q.

DIBUJOS DE MACAYA

MOMENTOS EMBARAZOSOS

Por el dibujante norteamericano CHARLES DUNN



Cuando lleva usted a la señora al mar para que aprenda "cómo se hace eso".



Cuando la "simpática" hermanita pone los puntos sobre las íes.



Cuando lleva usted a su estenográfica secretaria al baile.



Cuando un "personaje" le pide a usted ayuda.



Cuando trata usted de explicar a su esposa la procedencia de unas prendas femeninas que hay en la valija.



Cuando usted está renegando en la trastienda porque le hacen trabajar hasta tan tarde, y el patrón lo oye.





Sedas

¡Tela de plata, y tela de oro!... Como en los cuentos de hadas, visten hoy las mujeres, trajes inverosimíles, pero ¡que hermosos!

De una sencillez encantadora, resulta este traje de crespón a cuadros negro y celeste. Cuello y puños de tul plegado a fuego.





Moda

Abrigo de tela a rayas de relieve, combinada en los dos sentidos. Túnica lisa con ancha franja bordada en rojo y topo.

Elegantísimo este abrigo lacre con piel de zorro y bordados de oro. ¡Qué sencillez la del traje negro con "crepe" color lacre!

EL ENEMIGO



NUNCA había estado en la Asunción, aquel hombre flaco y moreno, en cuyas pupilas guaraníes ardía una llama misteriosa.

Nació en las riberas del Yaghüí, allá por la tierra de los esteros sin término y de los naranjales como selvas. Desde los días remotos de su infancia, cantaban en su corazón las voces de los esteros, el silbar de las víboras, el murmullo del agua, el chapoteo de los carpinchos, el bostezo de los yaguaretés, bajo el inmenso cielo azul.

No supo nunca quién fué su padre. La madre murió cuando el paraguayito aprendía a arrastrarse en la ribera y a zambullirse en el Yaghüí, y a alimentarse de naranjas agrias.

A los veinte años, el jefe político del pueblito se lo llevó de asistente. Bernardo Osorio, pues tal era su nombre, vivió cinco años de felicidad junto al amo, un viejo bondadoso e indolente con el cual tenía un vago parecido...

Hacía tres años que la guerra ensangrentaba el suelo del Paraguay. Hasta el pueblito del Yaghüí las noticias de la epopeya nacional llegaban muy de tarde en tarde: el Mariscal continúaba combatiendo, ganando victorias para la patria invadida, defendiendo palmo a palmo el suelo nacional.

Hasta que un día llegaron unos oficiales de López. Eran tres hombres jóvenes, con blusas rojas y largas espadas al cinto. Uno de ellos tenía la cara desfigurada por una herida horrible que supuraba sin cesar. Pero el héroe parecía no atribuírle importancia.

Llegaban al pueblo en busca

de soldados. El Mariscal necesitaba más hombres, más paraguayos, para proseguir la epopeya.

Bernardo Osorio, que estaba cebando mate, oyó el breve diálogo entre el jefe político y el oficial de la cara destrozada, y un viento de fuego, como el que barría los esteros en diciembre, pasó por su humilde e ignorante corazón.

¡La patria!

Para él, la patria, el Paraguay, era aquel río en cuyas riberas había nacido; aquellos naranjales inmensos, aquellos esteros ilimitados, con sus voces misteriosas y profundas; aquel cielo azul que se llenaba de estrellas cuando caía la noche y las guitarras lloraban en los ranchos...

La patria...

«Ohú, el enemigo», — oyó decir al oficial de la cara sangrienta, y dejando caer el mate, quedó absorto. Pensó que «el enemigo» llegaría hasta las riberas del Yaghüí, mataría a las mujeres y a los hombres, incendiarían los ranchos. Y el paraguayito tembló en un anhelo heroico.

— Yo quiero irme con ellos...

El jefe político lo miró profundamente, su barba blanquecina se estremeció ligeramente.

— Pueden llevárselo — dijo en guaraní, y el oficial herido sonrió fríamente.

— «Yahá catú», vamos, pues...

Y Bernardo Osorio se fué a la guerra.



Dos años más tarde estaba de regreso en el pueblo. El jefe político y algunas mujeres le interrogaron, pero Bernardo Osorio, con los ojos llameantes, los miraba en silencio sin contestar.

Desde entonces, le llamaron «el sordo de Curupaity». Porque el pobre no oía nada, ni las preguntas de las gentes, ni las voces de los esteros, ni el gemido de las guitarras en las noches estrelladas del Yaghüí. Durante mucho tiempo, los chicos del pueblo le gritaban, abriendo mucho la boca, para que comprendiera las palabras que no podía oir:

— «Ohú, los cambá!» (Vienen los negros).

Y el hombre que no oía, con los oídos muertos por el estampido de los cañones de Curupaity, se entregaba a una pantomima trágica, describía el asalto, el cañoneo, los entreveros a sable, las cargas de lanza. El sudor chorreaba de sus sienes, todo su cuerpo se agitaba con frenesí, hasta que caía extenuado al pie de una palmera.

Así transcurrieron diez años. Nadie se entretenía ya en exasperar al soldadito de Curupaity, que siempre, como antes, se iba a la ribera del río natal, cuyas voces ya no habría de escuchar jamás, y se hundía en sus pensamientos misteriosos y terribles, sólo con el silencio y el recuerdo.

El jefe político, que casi no había vuelto a despegar los labios desde el año de Cerro-Corá, por espacio de dos lustros, murió al llegar una primavera.

Bernardo Osorio miró el cadáver de su protector con indiferencia, y luego se volvió a contemplar las aguas del Yaghüí, que corrían bajo la verde sombra de los naranjales, pero que hacía más de diez años no le decían nada, como antes de la guerra.

Quedó solo. Un estanciero se lo llevó a la Asunción, al final de la primavera, compadecido de aquella alma trágica y solitaria que divagaba como un espectro bajo las palmeras.

Bernardo Osorio llegó a la casa del estanciero sin salir de su indiferencia. Pasábase los días acurrucado en el gran patio de la casona colonial de la calle Estrella, hablando solo, en voz baja.

Una mañana caliente y asoleada, el estanciero le hizo señas que lo acompañara a salir a la calle. Dócilmente, el sordo de Curupaity obedeció. Echaron a andar, bajo el sol que subía por las praderas azules del cielo. Del Chaco, del otro lado del río, llegaba un murmullo de selvas.

De pronto, el estanciero, que marchaba unos pasos delante de su criado, oyó un grito salvaje. Se volvió, con súbita inquietud, y vió que el sordo se arrojaba sobre un soldado negro vestido de blanco y de verde que armado de un fusil, se paseaba frente a la legación del Brasil.

— «¡Ohú, los cambá!»

El grito, trágico, salvaje, resonó en la calle asoleada. Bernardo Osorio se había apoderado del fusil del centinela y trataba de herirlo con furia.

Entre el estanciero y varios transeuntes lo sujetaron. El sordo de Curupaity temblaba con ira frenética.

— «¡Ohú, el enemigo!»

Un caballero alto, de grave semblante, apareció en la puerta de la legación.

— ¿Qué sucede?

El estanciero se acercó al caballero.

— Yo le explicaré, señor ministro.

Allí, bajo el sol ardiente, narró el drama del pobre héroe sin oídos.

— Es un pobre muchacho, señor. Quedó sordo en el asalto de Curupaity, y algo demente. Ha estado diez años solo con su locura y sus recuerdos; no sabe leer ni escribir... Salió de su pueblo para ir a la batalla, y volvió así. Cree que la guerra continúa, y al ver a su centinela, sólo vió al enemigo de hace diez años... Le pido mil perdones, señor ministro.

El caballero se aproximó a Bernardo Osorio, que había quedado tranquilo, pero cuyos ojos llameaban todavía.

— Irmao... — murmuró, y al estrechar la mano convulsa del sordo de Curupaity, su rostro grave palideció levemente, y un estremecimiento agitó sus párpados...

HECTOR PEDRO BLOMBERG

Heridas que abre el amor

Primavera; una mañana
Plena de flores y luz.
De una ermita la campana
Llamando a la grey cristiana
Para adorar a la cruz.

De un hospital un vergel.
Debajo un rosal, un banco;
Sentado en él, un doncel
Muy pálido, y junto a él
Una damita de blanco.

Damita de la cruz roja,
»Como clavel reventón,
»Escucha mi confesión:
»Una secreta congoja
»Me está hiriendo el corazón.»

Así decía el doncel
Que mal herido cayera,
Junto a la humeante trinchera,
Defendiendo, altivo y fiel,
El honor de su bandera.

La damita parecía
Que soñaba y sonreía...
Turbada bajó los ojos
Y, entre tanto, de sonrojos
Su blanca faz se cubría.

Damita, siguió diciendo,
Enamorado, el garçon:
»¡Ay!, ¿por qué, sin compasión,
»Una herida estás abriendo
»En mi pobre corazón?...»

Pías, tus manos curaron
»Esta herida de mi frente;
»Sé con mi pena clemente...»
(Y dos lágrimas rodaron
Sobre su rostro doliente.)

No llore más el garçon
»Que mal herido cayera
»Defendiendo, en la trinchera,
»La gloria de su blasón
»Y el honor de su bandera.»

La damita esto decía
Al doncel enamorado
Que por su amor se moría.
(Y sus manitas ponía
En las manos de soldado).

Después, de un beso el rumor...
Y diz que fué, de tal suerte,
El Amor el heridor...
¡Que heridas que abre el Amor
Sólo las cierra la Muerte!



BAU

LA MÁS
PODEROSA INSTITUCIÓN
EN EL
MUNDO



UN ZAPATO MARAVILLOSO



POR

Luz y Sombra

En estos días, los habitantes de Milán han perdido un promedio de un minuto cada uno, en la contemplación de una vidriera del centro, con relativa congestión de tráfico, pues la muchedumbre estacionando ocupaba mitad de la calle, con una intensidad observadora que los campanillazos de los tranvías no conseguían disipar. Milán suma un millón doscientos mil habitantes. No todo el millón y pico puede haber pasado por el dicho lugar, a pesar de que muchos, leyendo en los diarios el comentario, fueron exprofeso a ver la maravilla como si se tratara de otro Tutankhamon, o del hombre que comía carne humana. Pero, en cambio, hubo centenares de mujeres que se quedaron en admiración más de un cuarto de hora. Ley de compensación.

Un minuto por 1.200.000, son pues, 1.200.000 minutos que Milán ha perdido en tres días. Y no es poca cosa, si se considera que es ésta una ciudad tan afiebrada como Buenos Aires.

¿Cuál objeto podrá tener un poder mágico semejante?... Un par de zapatos, expuestos en una zapatería, con un lacónico cartelito: 5.000.

Cinco mil liras en Italia, son algo más que en Argentina 625 pesos, suma correspondiente, según el cambio actual. Con 5.000 liras se compra un lindísimo dormitorio, se paga un año de alquiler por tres piezas en casa moderna, se abona la tercera parte de un automóvil Fiat (modelo médicos), y la familia de un obrero vive seis meses, por lo menos. Por eso, la gente se ha preguntado en estos tres días: ¿«Es que hay quién gaste tal suma por unos zapatos?»

Los zapatos en cuestión no tenían, a primera vista, nada de muy particular. Un tejido finísimo de oro, como se usa hoy día en el calzado para fiestas, y en la hebilla cuatro piedritas, en las que estaba, evidentemente, la explicación de los tres ceros.

En los tiempos de la decadencia de la monarquía francesa hubo un rey que mandaba coser a sus vestidos gran cantidad de piedras preciosas con hilo muy débil, por el placer de ver a súbditos y ministros agachados a recoger furtivamente lo que él sembraba... En nuestros tiempos las alhajas se llevan desdeñosamente en los zapatos; mañana quizá, se coserán al tapadito del perro. La gente grita que la iniciativa de ese zapatero es una provocación a la miseria. En Nápoles, tierra del Vesubio, hubieran roto la vidriera y zarandeado al zapatero. En Milán, tierra del Norte, se limitan a dedicarle un minuto de tiempo y una reflexión filosófica.

Para mí, esto no es solamente provocación a la miseria. Es una aberración, algo que excede de los límites del cerebro normal. Como la fantasía de un loco, fantasía inesperada, asombrante por un momento, pero al fin, locura. Es, para mí, como si en un pueblo que se muriera de hambre, hubiese una iglesia rellena de tesoros.

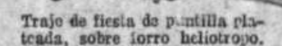
Otros pensarán de distinta manera, que de no ser así, el zapatero no hubiera vendido sus zapatos.

Mas, ¿cómo hará la que los lleve para lucirlos dignamente? Tendrá que sentarse con las polleras bien altas, lo más altas posible, para llamar la atención (¿hasta dónde pues?) y con el cuidado de hacer correr la noticia por medio de amigos. Si no, ¿quién se da cuenta de que son aquellos zapatos? Un calzado de cinco mil liras, bien puede pagarse la «claque».

¿Y qué medias serán dignas de él? No, seguramente, las de 100 liras, que son las más caras que están en comercio. Pero he oído hablar en estos días de un par de medias vendidas en París por 200 liras. Seguramente, «la señora de los zapatos» habrá puesto ya su mirada sobre esta novedad. Y así, por mérito de un zapatero alucinado, tendrá nuestro siglo una «señora de los zapatos», así como en otro hubo la de las camelias. ¡Lástima que el título sea un poco más... pedestre!

Para las otra señoras, que se contentan con seguir el curso normal de la vida (ya tan difícil de seguir a veces), llevando medias inglesas para el «footing» y el «tennis», buenas medias de hilo de Escocia, por de día, y organdí finísimo de noche, servirá este consejo para la limpieza de estas últimas:

Póngase a hervir agua con una bolsita de tela fina llena de salvado. Exprímase la bolsita; déjese entibiar al agua, lávense las medias y pónganse a secar. Luego, enjuáguense en otra agua de salvado más clara y pónganse a secar a la sombra, teniendo cuidado de no frotarlas ni estrujarlas con demasía.


Traje de fiesta de puntilla plateada, sobre forro heliotropo.



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Es un trabajo muy rudo el del panadero?

— No crea usted...

— Será como usted quiera, pero no me negará que ese hombre el pan que se come lo amasa con el sudor de su frente.

De Avellaneda



Niños que obtuvieron premios en el concurso infantil de máscaras, organizado por la Comisión Directiva del Colegio Popular de Educación.


ARÍSTIDES RECHAIN
Entre dos fuegos.

De Gerli





INAUGURACION DE UN PUENTE SOBRE NIVEL EN LA ESTACION GERLI

El Ministro de Obras Públicas, doctor Rodriguez Jáuregui, pronunciando el discurso inaugural.

Monseñor Elberdi, bendiciendo la obra.

El señor Fernando Guerrico, representante del Ferrocarril Sud.



El gobernador Cantilo rodeado por las autoridades nacionales, provinciales y público que asistió al acto.

LIMA BARRETO

LIVIA LA SOÑADORA

TRADUCCIÓN DE SÁNCHEZ SÁEZ



Todos los días, de mañana temprano, salía aún adormecida de la cama a preparar el café para la familia, toda envuelta en una neblina de sueños, soñados apenas en las ocho horas de costumbre, como no queriendo despertarse nunca de su mundo íntimo. En muchas ocasiones, allí, en la cocina, sola, vigilando pacientemente el agua que hervía, le llegaban las reminiscencias en tumulto, agrupándose en sus labios, profiriendo alguna frase difusa, de ese mundo interior que pugnaba por salir fuera.

De vez en cuando, sofrenando un gesto glorioso de satisfacción, decía: «¡Es él!» Y eso tan pequeño, se traducía en una gran caricia, que le era dado gozar en ese instante rehaciendo el sueño interrumpido. Tan bueno y acariciador, que bien le parecía un enervamiento de deliciosos perfumes con los cuales se marchaba a volar por el misterio, vagorosamente, suavemente.

Después, cuando el café estaba preparado, y en el comedor todos reunidos en torno de la mesa, masticando el pan nuestro de cada día, ella, con los ojos quietos, presos en unas redes de quimeras, levantando quedamente la taza, y parecía que los labios le contaran a la taza todo su misterioso y recóndito mundo, o tratando de descifrar en aquellas visiones nebulosas — tan mal guardadas por la memoria — la figura viva de aquel con quien en sueños se llenaba su alma por el mundo afuera...

De esfuerzo en esfuerzo, de evocación en evocación, aparecía poco a poco la figura deseada a su alma; después de pacientes trabajos de reconstrucción, levemente, empezaba a verlo, y reprimía un pequeño grito, y sonreía radiante de felicidad, llenando su semblante todo de alegría. Y, más quedamente, deletreaba el nombre tan deseado, sílaba por sílaba... Go-do-fre-do...

Entonces, con alegría, comparaba todo y calculaba las cosas prácticas, con sabio equilibrio. Él ganaba en el empleo de la Central, ciento veinte mil reis; tal vez en breve tiempo tendría aumento. Cuarenta para la casa, y el resto, para comida y ropa. Ciertamente, era bien poco eso; pero así y todo era un bien, porque estaría libremente, en su casa, sin la tiranía del cuñado y las impertinencias del padre. En su casita, con sus muebles, y ahorrando lo que pudiese del dinero que le diera el marido. Compraría un corte de vestido bueno, un sombrero y, en el carnaval, iría a la calle Ouvidor, a presenciar desde un palco el desfile grotesco.

Habían ya terminado todos su café y ella estaba aún distraída y sentada, cuando de la sala de visitas se escuchó

la voz del cuñado, que decía de mal talante:

—¡Livia!... Trae mi paraguas que se quedó detrás de la puerta de mi cuarto. ¡Rápido! ¡Apúrate, que sólo faltan ocho minutos para el tren!...

Y, como tardara un poquito, el cuñado redobló los gritos:

— Pero, ¿qué diablos haces? ¿Aun no lo encuentras? ¿Qué gente aturdida!...

Humildemente, Livia, fué corriendo como una corza domesticada y entregó el objeto pedido, el cual se lo arrancó violentamente de las manos...

Envuelta aún — pese a eso — en sus sueños, vió a través de la ventana al cuñado atravesar la calle y perderse en el dédalo de las casas cercanas.

Para convencerse de tal cosa abrióla y sintió en el rostro la caricia mañanera que le daba su saludo grato...

Las montañas verdinegras, casi desnudas de vegetación, surgían confusamente del seno de la cerrazón, delineándose serenamente.

Las casas, se notaban medio perdidas en la neblina, adelgazándose misteriosamente en la luz cenicienta de la mañana.

Las calles solitarias, eran de vez en cuando atravesadas por algún transeunte, mal vestido, andando apresuradamente en busca de un lugar dónde poder pasar feliz algunos instantes.

Así siempre, era el vivir cotidiano de Livia. De pronto, sacudida por el silbato de la locomotora, levantó de repente los ojos, posándolos fijamente en la estación que emergía en el ambiente pardo, como abriéndose camino, victoriosamente hacia el sol.

De súbito su alma voló con las alas abiertas, con vuelo reposado, hacia otras regiones...

Voló para la ciudad del lujo y de la elegancia, que al final, lejanamente, relucían sus arcos, invitando a sus festines de bellezas...

Llegaron hasta sus ojos las magníficas escenas de sus teatros, sus bailes de aristocracia, sus calles lujosas, donde triunfaba la alegría.

Al acordarse de esto, y verse sola y abandonada, no siendo fea, siendo su talle llamativo y lleno de flexibilidad, y su porte elegante, envuelto en ricos encajes, con costosas esencias, y en aquellos sus dedos de uñas de nácar los ricos anillos de oro y platino, de lucientes perlas...

Y, en vertiginosa carrera de sueños, cada cual más feliz, y acordándose de lo que le contara su madrina — espléndida y rica señora — se imaginó paseándose por Europa, aquellas tierras de leyenda, por donde ella paseara su felicidad y su egoísmo.

Dolorosamente, su alma quería luchar con la realidad... Imaginóse, también, que ella estaba en la rica alameda en el soberbio jardín, con su coche de lujo con briosos caballos, y erguido y elegante postillón...

— ¡Oh, qué belleza! ¡Quién me la diera!...

Y, en esas fantasías, en esos sueños, había otras cosas también... Y no era como ella se imaginara el mismo enamorado... no; no era el pobre Godofredo, que solía mirarla con marcada intención, el pobrecito...

Y soñó que sería la novia de Segueira, el dueño de la farmacia cercana a su casa. Y el pobre Godofredo, se quedaría con la ilusión para siempre... pero sin ella.

Al menos, Segueira tenía mucho dinero y podía colmarla de lujos, pues todos decían que era el más rico del barrio... Luego, tendría tiempo para amar a otro...

Además, la llevaría a Europa... ¿A Europa? ¿Y para qué ir tan lejos? La que mucho quiere y ambiciona, suele quedarse al final sin nada, ni siquiera lo más insignificante... Por eso, era necesario querer poquito, contentarse con lo más leve, para poder conseguir algo.

Lo esencial, era que ella saliese de aquella casa, sí, de aquella casa para poder respirar, para meterse en sus ilusiones... y gozar de la soledad, sola en sus íntimos pensamientos.

¿Desde cuándo estuvo enamorada? No lo recordaba. Era lejano el tiempo. Había tenido como... como quince novios. Es decir, pequeños noviazgos que tenían para su corazón, un recuerdito dulce y delicado, algo así como el perfume de una flor lejana...

Uno le llevó un beso, otro un abrazo, otro, otra cosa... y así fué dejando unos y otros, esperando siempre el *único*, el *deseado*, que la arrancaría de ese hogar frío, e hiciese uno calentito y suave...

Algunos eran feos... pero, tal vez eran los más sinceros... Otros, pobres como ella... y era triste seguir un camino lleno de pedruscos...

Del resto, el amor la disculparía, pues dicen que el *amor* es el máximo tirano... ¿Tirano? ¿No es la propia esencia de la vida, de las cosas y de los seres?

¿Acaso amó ella a alguno? ¿Sería posible en aquella legión de enamorados encontrar alguno que la mente guarde fiel todos sus rasgos? ¡Quién sabe!

¿Acaso el amor estriba en escribir cartas dulces? ¿En darse locas promesas? ¿En prenderse labios y brazos en ansias infinitas?...

Si eso fuera verdad... entonces, ella los amaría a todos y... ¡a ninguno!

¿Qué sería, entonces, el amor?

Al llegar Livia a esta interrogación metafísica para su entendimiento, se perdió en su propio pensar, confundiendo ideas y sensaciones...

Y así, en ese abatimiento, en esa duda tremenda, sintió una gran amargura, y una soledad llena de frío empezó a turbar sus sentidos.

Se pasó su mano derecha por la frente, y luego la detuvo en los ojos que, cuitados, tenían lágrimas.

Por fin, como si todo fuera un suspiro, finalizó:

— Amor, besos, ¡tonterías!... Sí, todo tonterías. Lo esencial es casarse, y, para casarse... es necesario encontrar con quien entretenerse... hasta llegar a ese momento.

— ¡Livia! ¿Pero es posible que estés ahí como una momia toda la mañana, sin saber que hay que arreglar la casa? ¿Qué haces tanto tiempo en la ventana?

Y, obedeciendo al llamado de la madre, marchó Livia, cada vez más convencida, de que era necesario un casamiento para una liberación...

— ¡Pero, un feliz casamiento Dios mío, porque ya estoy cansada de ser pobre!...



FIN

DIBUJOS DE BESARES

De San Martín



Aspecto del salón Municipal durante el gran baile de fantasía, realizado a beneficio del hospital de esta localidad.

De Olivos



Grupo de máscaras que asistió al baile de disfraz y fantasía realizado por el club "Los Liberales".

LOS BILLETES DE BANCO Y LOS MICROBIOS

Un profesor de bacteriología de la Universidad de Jale, se ha dedicado a recoger los billetes de Banco más viejos y usados para examinar el grado de peligro que ofrecen desde el punto de vista microbiano.

Afortunadamente, el peligro es mucho menor de lo que podía suponerse. Ha encontrado 142.000 microbios como término medio, y habiendo practicado inoculaciones en conejos de la India, se ha visto que eran inofensivos. Hasta los de la difteria y los de la tuberculosis habían perdido su virulencia. El profesor explica el hecho por la influencia de la tinta empleada y también por la costumbre de tener los billetes en sitios secos por temor a su deterioro. El microbio, sin humedad, dicen que es un pobre diablo que no tiene poder alguno. Lo más curioso es que los billetes flamantes son más peligrosos que los viejos. En los nuevos se encontraron... 405.000 microbios. Sin duda, la tinta y la sequedad no habían tenido tiempo todavía para producir su saludable efecto.

Jerez-Quina

PEDRO DOMECQ

INSUPERABLE VINO TÓNICO APERITIVO



Una copita antes de cada comida, estimula el apetito en forma irreemplazable.

Su fina preparación a base de añejos vinos de Jerez, lo determinan como un producto de mérito.

Se elabora en las mismas famosas Bodegas del mundialmente conocido

COÑAC DOMECQ

IMPORTADORES

MERELLO Hnos

Buenos Aires

La "getta" de Merlu, el guarda campestre



Serían las seis de la tarde, cuando Merlu, el guarda campestre de Toussu-el-Bajo, terminada su jira de inspección por el término se fué a visitar a su colega de Toussu-el-Alto, antiguo funcionario que pronto se jubilaría. El tío Maloupe, como le llamaban familiarmente, era un veterano, ducho en el servicio y Merlu gustaba charlar con él sobre cosas del oficio, pues si hubiese existido una escuela de guardas de campo, el viejo Maloupe habría dictado en ella cursos superiores.

Los dos hombres habían remojado la conversación con un vinillo blanco bastante apetecible. Merlu, un tanto alegre, volvió a su pueblo siguiendo la senda divisoria de los dos partidos, camino poco frecuentado por no ser del dominio público.

La noche se echaba encima, por lo cual el guarda aceleró el paso. De pronto, se detuvo, sorprendido; entre los yuyos vió claramente el cuerpo de un hombre extendido. Se acercó con cierta precaución y, tocándole con su bastón, le increpó con ironía: «¡Amigo, vaya a dormir bajo techado!» El caído no hizo movimiento alguno. Merlu se inclinó sobre él, le tocó la frente y exclamó: «Muerto; está muerto y, lo que es peor, en el término de Toussu-el-Bajo». Perplejo, se rascó la cabeza; preveía muy bien lo que iba a suceder. En lugar de volver a su casa, donde le esperaban sus hijos y la mujer con una buena cena preparada, tendría que ir a dar cuenta del hallazgo a la policía, ir y venir, indagar, etc., pasándose la noche en claro. Todo por culpa de un atorrante, al que le da la ocurrencia de morirse en medio del campo. Si Merlu hubiese sido más observador, o si no hubiera cerrado tanto la noche, habría visto que para atorrante no estaba mal trajeado. Pero él no estaba para contemplaciones, una idea diabólica, inspirada sin duda por el espíritu de vinillo blanco, le trotaba por el cerebro.



«Si le endosase el regalo a mi compadre Maloupe... ¡sería lindo jueguito!.

Tras corta vacilación, desplazó con todo cuidado el cadáver, que por otra parte, no era muy pesado, y lo colocó al otro lado del camino, en el término de la comuna de Toussu-el-Alto. La hierba estaba, naturalmente, aplastada en el lugar donde yaciera el muerto; la arregló algo y pensó que el fresco de la noche concluiría de levantarla y, que cuando la cosa se descubriera, los pies de los mismos curiosos que acudirían al lugar del suceso, se encargarían de borrar toda huella anterior.

Tuvo la precaución de evitar dejar impresiones digitales, envolviéndose las manos al tocar el bastón y el maletín de cuero que se hallaban al lado del desconocido, y no quiso registrarlo, prefiriendo ignorar cuanto se relacionaba con el interfecto.

Realizadas con toda delicadeza las operaciones requeridas, cruzó a campo traviesa y entró en su casa riendo en su interior la jugarreta hecha al colega.

Cenó y se acostó tranquilo y, al despertar, a la mañana siguiente, su primer pensamiento fué para regocijarse por la hazaña.

Concluía de tomar el desayuno, cuando un empleado del ferrocarril, que iba a Toussu-el-Alto, donde vivía, le gritó:

—¡Ea, Merlu! ¿Sabes la noticia?

—¿El qué?

—Pues, un hombre muerto, que se dice han encontrado en el sendero divisorio.

—¡Hombre, qué me cuentas! ¡Voy a ver qué es eso!

Merlu se puso la gorra y las insignias de su cargo y marchó hacia el lugar del suceso, en compañía del ferroviario.

Al acercarse al término, vieron, de la otra banda, al tío Maloupe, con otras personas, que se dirigían al mismo punto.

Como Merlu había previsto, un grupo de personas mayores y numerosos chicuelos, formaban semicírculo alrededor del cadáver, y los yuyos estaban pateados en tal forma que no dejaban señal alguna de lo sucedido la noche anterior.

Al llegar los representantes de la autoridad el público se apartó. El tío Maloupe fué el primero en señalar que el cuerpo se hallaba en el terreno de su jurisdicción y que, por consecuencia, a él le pertenecía ejercer. Rogó a Merlu que fuese al pueblo a dar parte y avisar que viniesen con una camilla para transportar el cuerpo.

En Toussu-el-Alto, ante el juez competente, se procedió al registro y, por los documentos encontrados, se pudo averiguar que el muerto era el señor Delmas, agente de seguros, vecino de París, donde residía con su hija.

La autopsia había probado tratarse de una muerte natural, provocada por la ruptura de un aneurisma.

La señorita Delmas dispuso que los restos de su señor padre se enterraran en el lugar del deceso, donó mil francos al guarda Maloupe.

Al saberlo Merlu, tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominarse y, lo más cruel del caso, es que no podía contar su desdicha a nadie, pues le hubieran reprochado su conducta y tal vez, hasta hacerle perder el puesto por incumplimiento de sus deberes.

Pero, lo que colmaba el vaso de su aflicción, era cuando le decían: «No tienes suerte, Merlu, no tienes suerte. Si el buen señor se muere dos pasos antes, te tocan a ti los mil francos!...»

MAURICE HONORE

Traducción de C. Atalaya

De San Fernando







Con asistencia de un selecto núcleo de familias, realizóse en el Club Balneario de esta localidad un te que, dado sus fines de beneficencia, alcanzó brillantes contornos.

De Tigre



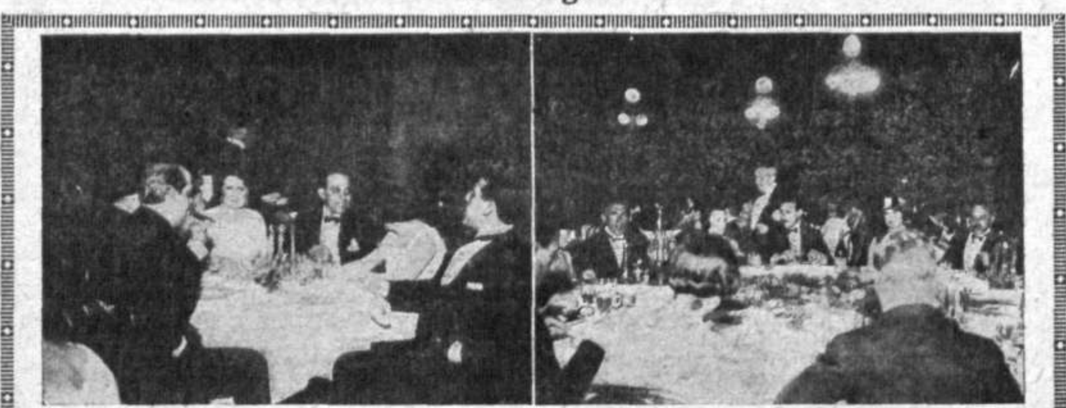
Grupo de familias que concurrió al dinner-dansant realizado en el Tigre Hotel, a beneficio del Asilo local.

LA ENFERMEDAD DEL INSOMNIO

Una de las enfermedades que pone más a menudo a los médicos del sistema nervioso frente a problemas insolubles, es ciertamente el insomnio. En realidad, hasta ahora, ningún tratamiento ha tenido la suficiente eficacia para combatirla, puesto que las medicinas, la hipnosis, el magnetismo, no logran alcanzar sino resultados temporales. El insomnio es una enfermedad más difundida de lo que se cree: entre los casos más notables, se recuerdan el de Federico el Grande, el de Bismark, el del anatomista Rokinstanski, que solía pasar las noches fumando y jugando a las cartas con su mujer. Pero el método usado por Rokintanski, es decir, la distracción, es el peor que puede escogerse para combatir el insomnio. Los narcóticos no son recomendables. A veces los alcoholes producen sueño a quien no tiene costumbre de beberlos. En todo caso, quien padece de insomnio debe procurar digestiones fáciles; y en este sentido, la costumbre inglesa de combatir el mal yendo a la cama sin haber cenado, es excelente. El doctor Benedickt, escribe en el "Wiener Journal" que sus observaciones lo hacen afirmar que en Italia, en Francia y en Inglaterra, el insomnio está menos difundido que en Austria, en los Balcanes y en Rusia, lo que debe atribuirse, no sólo a la variedad del alimento y al mucho ejercicio deportivo, sino al hecho de que la llamada "second-life" (hábito de fantasear) es menos intensa.



De Tigre




Grupo de familias que concurrió al dinner-dansant realizado en el Tigre Hotel, a beneficio del Asilo local.

LA ENFERMEDAD DEL INSOMNIO

Una de las enfermedades que pone más a menudo a los médicos del sistema nervioso frente a problemas insolubles, es ciertamente el insomnio. En realidad, hasta ahora, ningún tratamiento ha tenido la suficiente eficacia para combatirla, puesto que las medicinas, la hipnosis, el magnetismo, no logran alcanzar sino resultados temporales. El insomnio es una enfermedad más difundida de lo que se cree: entre los casos más notables, se recuerdan el de Federico el Grande, el de Bismark, el del anatomista Rokinstanski, que solía pasar las noches fumando y jugando a las cartas con su mujer. Pero el método usado por Rokintanski, es decir, la distracción, es el peor que puede escogerse para combatir el insomnio. Los narcóticos no son recomendables. A veces los alcoholes producen sueño a quien no tiene costumbre de beberlos. En todo caso, quien padece de insomnio debe procurar digestiones fáciles; y en este sentido, la costumbre inglesa de combatir el mal yendo a la cama sin haber cenado, es excelente. El doctor Benedickt, escribe en el "Wiener Journal" que sus observaciones lo hacen afirmar que en Italia, en Francia y en Inglaterra, el insomnio está menos difundido que en Austria, en los Balcanes y en Rusia, lo que debe atribuirse, no sólo a la variedad del alimento y al mucho ejercicio deportivo, sino al hecho de que la llamada "second-life" (hábito de fantasear) es menos intensa.

Algo sobre el box

El origen del box remonta a la más alta y noble antigüedad Se inventó hace la friolera de 2.000 años por un tal Theseo hijo de Egeo que se exhibía todos los viernes en el «Maratón Boxing Club»

Theseo, ganó el campeonato de los Centauros y su *record* contiene las victorias contra Sumis (K O, 1 round), «Battling» Periphétes (K O, 7 rounds), Procusto, 100 rounds Seipión Pwate—y sobre todas la obtenida sobre el Minotauro, 5 rounds. Era heavyweight, y su estilo recordaba el de Hércules; su *crochet* de izquierda era insuperable.

Poco después el box se implanta en Inglaterra

Al iniciarse el boxeo, los hombres se golpeaban con las manos desnudas, y en el público, constituído exclusivamente por hombres, se planteaban tremendas discusiones entre los partidarios de uno y otro bando, que, a su vez, se resolvían con el primitivo procedimiento del puñetazo libre.

Como los boxeadores, no necesitaban un juez, ni guantes ni segundos.

Más tarde, los que practicaban tan rudo deporte, comprendieron, porque la experiencia se lo demostró, que las manos, los huesos metacarpianos no resistían al rudo choque con los huesos de la cabeza, y se cubrieron las manos con cuero, cuero que, por no cumplir suficientemente el fin de protección a que se le había destinado, fué substituído por guantes rellenos de crin


— Aquí estaremos admirablemente ubicadas, hasta nos salpicarán de sangre.

Asimismo, en el proceso pugilístico se vió la necesidad de que fuera árbitro de los combates un buen conocedor, y revestirlo de una gran autoridad para dirimir la contienda en caso necesario. Fueron también progresando en la forma científica de colocar los golpes, evitando las escenas sangrientas, ya que con un oportuno puñetazo en la barbilla se trasladaba, sin aparato, un boxeador al «país de los sueños».

En esta caricatura se transparenta el humorismo inglés.

La primera fase del boxeo está graciosamente representada.

En los tiempos actuales, el boxeo ha logrado conquistar al elemento femenino. Muchas señoritas asisten a los combates. Algunas de ellas se lanzan estrepitosamente al «ring» y abrazan al vencedor. No nos tenemos que sorprender, si, como es natural, según nos demuestra el proceso pugilístico, en próximos combates recibimos la noticia de que las partidarias de uno y otro bando, dejándose llevar de sus entusiasmos, organizan parciales combates en que luchen, no al estilo «demodé» de tirarse del moño, sino en correctísima guardia de boxeo.

Claro es que tendrán luego que sujetarse al dictamen de los doctores en Medicina, para la cura, con gran regocijo de los mismos, y descontento por parte de las atendidas, ya que el último dictamen de los doctores prohibió practicar el boxeo a las mujeres, por el lamentable resultado conseguido.

CRONICA PINTORESCA

LEYES D LOS REINOS D LAS INDIAS

DE LOS DESCUBRIMIENTOS POR MAR Y TIERRA, PACIFICACIONES Y POBLACIONES DE CIUDADES Y VILLAS

(CRÓNICA PINTORESCA)



STA vez nos ha tocado en suerte, el análisis a nuestro modo, de un importante capítulo de leyes para los *Reinos de las Indias*, llenas de previsión y largas vistas.

Bien sabemos que la prosopopeya de los solemnes no estará de nuestro lado. Nos sonríe dulcemente ese espíritu pintoresco que vaga a través de la historia, espíritu que caricaturiza épocas, reyes y providencias miradas á lo lejos, pero que tuvo su elevado fundamento y razón de ser a su debido tiempo.

Dice la ley primera de los descubrimientos:

"Porque el fin principal que nos mueve a hazer nuevos descubrimientos es la predicación, y dilatación de la Santa Fe Católica, y que los indios sean enseñados, y vivan en paz y policía", etc.

¡Amoroso y paternal anhelo!

Esta idea, cuya enunciación evoca un cuadro de piedad, lleno de inquietante belleza, se completa con la ley novena que dispone el envío de amplios informes sobre: *"...qué cosas son las que ellos más precian, y quales las que hay en la Tierra, y traen de otras partes, que tengan en estimación; si hay metales, y de qué calidad, especería, drogas o cosas aromáticas, y para mejor averiguarlo lleven algunos destos géneros; así mismo sepan si hay piedras preciosas de las que en nuestro reyno se estiman, etc."* Y termina esa ley, disponiendo: *"de todo traigan muy cumplida razón"*.

Volviendo sobre lo andado, nos encontramos con la ley segunda, de los descubrimientos, en que se establecen las condiciones de honorabilidad y virtud que deben reunir los descubridores a quienes se les autorice su empresa de ir a lo desconocido. Esa ley dispone que no debe causarse daño a los indios en sus bienes y persona y termina así:

"...esto se haga con toda christiana providencia, amor y templanza".

Algo de parecido debían tener estos descubrimientos, con la llegada de una intervención federal a una provincia, en otros tiempos; los pobladores de los estados intervenidos, así como los indios, debían mirar a los de-



legados, en forma óptica aumentativa y un poco fantástica.

Los indios soñaban con los civilizadores, que les cantaban las loas de un ser divino y se almorzaban heroicamente, como Tragaldabas, las piedras preciosas.

Es curioso saber de qué modo conocían los reyes de España, todos los pormenores de los viajes que hacían los aventureros que llegaban o no a descubrir nuevas tierras. De ello se ocupa una ley de Don Felipe II:

"Dado principio al viaje por mar o tierra, comiencen los descubridores a hacer memoria, y descripción por días de lo que vieren, hallaren, y aconteciese en todo lo descubierto, y haciéndolo escrito en un libro, se lea en público cada día delante de los que fueren a la facción, porque mejor se averigüe la verdad, y firmado de algunos de los principales, guarden el libro con mucho cuidado, para que quando buelvan lo presenten en nuestro Consejo, o Audiencia, donde han de dar cuenta de lo capitulado".

Dos cosas nos agradan mucho, de entre las que esta ley prescribe. La primera es aquello de: *"dado principio al viaje comiencen los descubridores a hazer memoria"*... Nos imaginamos el cuadro de aquellos ínclitos varones no bien hechos a la vela, sentados sobre las cuerdas, ya apoyado el índice en la frente, ya escribiendo notas como ésta: *"pasaron tres pájaros"*, *"pasaron siete pájaros"*, *"se nubló el sol"*, etc.

La segunda, es de una prudencia sabia: *"se lea en público cada día delante de los que fueren a la facción, porque mejor se averigüe la verdad"*. Así la fantasía de los descubridores tenía un pequeño límite y los relatores se avergonzarían de sus exageraciones al contar las cosas vistas y oídas.

Ese sistema de control debiera usarse en el presente, para evitar muchas exageraciones científicas y burocráticas, siempre que se prohibiese rigurosamente batirse, por el empleo de la palabra: *¡mentira!*...

El uso de la palabra *facción*, sin embargo, pareciera suponer en el espíritu de D. Felipe II, la casi seguridad de que aquella gente aventurera, en expedición transatlántica, hubiera de amotinarse y rebelarse. Tal acepción le daban Quintana y Tirso de Molina. Porque nos negamos a creer que ella tiene el significado bélico y acometivo que le concedieron Solís, Moreto y Bretón de los Herreros; es decir: *"acción de guerra"*. ¿Es posible y honesto pensar, que iban a *redimir con la prédica y la dulzura*, el alma silvestre de los indios, por medio de la matanza y la guerra?

Magnasco, en su cátedra de historia de la civilización, ha dicho, poco más o menos: «facción es la agrupación de individuos que trata de escalar posiciones en el gobierno con el solo y único objeto de adueñarse del poder y usarlo en su exclusivo provecho. Los medios con que se consiga la exaltación al poder, empleados por la facción, no desvirtúan su origen vicioso.



La ley XXIII, del libro IV, título III, se titula así: — *"Que al que cumpliere bien su asiento, se le darán vasallos, y Título con perpetuidad"*. Es decir, al descubridor que lograse un éxito, a juicio del Consejo de Indias y de los reyes, se le ungiría *Marqués*, a perpetuidad. Para ello no se averiguaba el lustre y pureza de su genealogía.

Y la ley VI, del libro IV, título VI, establece lo siguiente:

— *"Por honrar las personas, hijos y descendientes legítimos de los que se obligaren a hazer población, y la hubiesen acabado y cumplido su asiento, les hazemos Hijosdalgo de solar conocido, para que en aquella población, y otras qualesquier partes de las Indias, sean Hijosdalgo, y personas nobles de linaje, y solar conocido, y por tales sean havidos y tenidos, y les concedemos todas las honras y preeminencias, que deven haver y gozar todos los Hijosdalgo, y Cavalleros destos Reynos de Castilla, según fueros, leyes y costumbres de España"*.

Hijo de algo, por contracción se hizo *hijodalgo* y luego *hidalgo*.

De modo que la hidalguía de los americanos de abolengo histórico, viene de allí; de la circunstancia de haber poblado las regiones recién descubiertas. Esa preeminencia del *solar conocido*, no indica que los *marquesados* de las Indias, tengan su origen en los reyes o grandes de España.

Mucho nos mueve a risa, el empleo pedantesco de la partícula «de» en los apellidos que no la tienen en su origen. La usa cierta gente como expresión *"pour la noblesse"*, de una aristocracia pretendida.

Los apellidos españoles se clasifican: solariegos, patronímicos y personales. La partícula «de» corresponde a los primeros. Es un determinativo de procedencia. Quiere decir que el apellido tuvo su origen en el lugar donde se inició el linaje y viene de allí: de Madrid, de Toledo, de Cádiz; Pedro de Madrid, Juan de Toledo. Y no es dable admitir un: Raúl de Gutiérrez ni un José de López.

Los hijosdalgo de las Indias, disfrutaban, ni más ni menos, de una *hidalguía de gotera*, como aquellos españoles beneméritos de una villa o lugar, que al salir de los cuatro costados de su caserío, perdían todos sus valores nobiliarios y preeminencias.

Hay un recuerdo, no obstante, en nuestras costumbres actuales, que si bien no lo establece ley,



ni decreto alguno, la práctica lo ha hecho ley: el padrinazgo presidencial del séptimo hijo varón de cualquier matrimonio abnegado.

Es un dejo de las concesiones reales, que ha pasado sin título efectivo ni pergaminos, a los presidentes de la nación. Los reyes, para estimular virtudes morales y patrióticas, otorgaban título de *hidalgos* a los padres de siete hijos varones sin interrupción de mujer. Eran hidalgos de «portañuela». Omitimos el sinónimo — verdadero título que tenían — por cortedad de genio. Serán los únicos hidalgos que perdurarán sobre nuestras democráticas comarcas.

EN el capítulo de las *Poblaciones*, hay una ley que ha de merecer el aplauso de las lectoras de esta crónica. Para ellas la reproduzco.

Titúlase: "*Ley V. — Que los vezinos solteros sean persuadidos a casarse*".

Dice así, la ley: "*Algunos encomenderos de Indias no han tomado estado de Matrimonio, y otros tienen sus mujeres, y hijos en otras Provincias, o en estos Reynos. Y porque es muy justo, que todos vivan con buen exemplo, y crezcan las poblaciones, mandamos, que el que tuviere a su cargo el Gobierno, amoneste y persuada a los solteros a que se casen*"...

Esta ley fué dictada por el Emperador D. Carlos, en agosto de 1538, es decir, en pleno verano.

El difícil problema de la mutua elección y concordancia de todo lo que es menester, no estaba previsto en la ley. Los pobres de espíritu y los feos de solemnidad, a cada instante estarían al margen de sus disposiciones. De ahí que los votos de castidad fuesen contravención o delito y la poca suerte de los hombres irritase el temple ejecutivo de las autoridades.

La juventud se distrae con pasatiempos agradables, olvidando que la *historia se repite*. Y ya que *la función hace el órgano*, conjuguemos el verbo amar, para evitar la ley. Si ella viniese, en la premura de nuestras urgencias criollas, quizás estuviésemos en la necesidad de entonar la zarandeada canción santiagueña:

Quien nísperos come
y bebe cerveza
y espárragos chupa
y besa a una vieja,
ni come, ni bebe,
ni chupa, ni besa.



MUY a pesar de las afirmaciones de un joven investigador, que asegura que a Solís no se lo comieron los indios, parece que los reyes tenían fundados temores con respecto a los sacerdotes que quedában en las Indias para cumplir su apostolado.

Veamos una ley:

«*Cuando los descubridores vieren, y experimentaren, que la gente es doméstica, y con seguridad puede quedar entre ellos algún Sacerdote, Clérigo, o Religioso, dexen al que voluntariamente se quisiere quedar, para que los doctrine, y ponga en buena policía, prometiéndole de volver por él dentro de un año y antes, si fuere posible, y así lo cumplan precisamente*".

¡Sabia ley! "*Cuando los descubridores vieren y experimentaren*" quiere decir, cuando los naturales no se han comido a los descubridores. Esa es la *experimentación*, sin duda, a que la ley se refiere.

La fiereza de los indios a menudo era vencida por la perspicacia de los religiosos. Sólo así se concibe que éstos llegaran a mezclarse en el comercio y para evitar el triste espectáculo de un venerable sacerdote soportando sobre la espalda media res de vaquillona, sería que D. Felipe IV, dictó en 1626 la ley que transcribimos:

— "*En ninguna ciudad, Villa, o Lugar se admita, ni reciva postura para abasto de las Carnicerías, a Clérigos, Conventos, ni Religiosos*"...



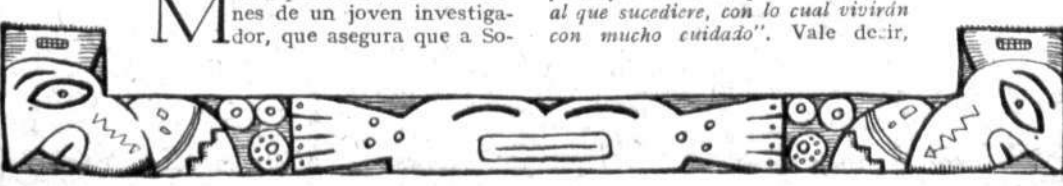
La prudencia de los dos Felipes, II y III, llenó de seguridad y garantías, la vida de los pobladores de las ciudades y villas.

Son un serio peligro, los caballos de los carros y carruajes que trafican por las calles. Por eso, D. Felipe II dispuso que:

— "*En lugares fríos sean las calles anchas, y en los calientes angostas, y donde huviere cavallos, convendrá, que para defenderse en las ocasiones, sean anchas*"...

Si fuésemos buenos descendientes de aquellos hombres previsores, hubiésemos inventado un artefacto vistoso, que nos protegiese contra la continua amenaza de los ómnibus y de los cables aéreos siempre dispuestos a envolvernos en una electrizante espiral.

Felipe III preocupábase en sumo grado de los incendios que se producían con frecuencia en la ciudad de la Veracruz. Para evitarlos, aconsejó a quienes ejercían el gobierno, adoptasen tres providencias, de las cuales, las dos primeras nos interesan: "*los habitadores de ella*, (refiérese a la casa en donde se inicia el fuego) *como quien dió principio al daño, queden obligados al que sucediere, con lo cual vivirán con mucho cuidado*". Vale decir,



que los primeros damnificados, debían pagar los perjuicios que el incendio de las casas contiguas originase a los vecinos. Era una espléndida solución matafuegos, que pone en evidencia la incredulidad de Don Felipe, con respecto a las bondades de la piroterapia.

La otra providencia defensiva contra el fuego, manda: "*que se dipute alguna persona, o personas, que de noche pregonen, guarda el fuego, como se usa en muchas Provincias y Reynos, donde esto se practica, y los edificios son de tabla*".

Por supuesto, que no hay medida más eficaz para evitar que los vecinos se achicharrasen inocentemente.

Estos tenores edilicios gritarían a pulmón lleno: *¡guarda el fuego!* y los nobles pobladores de Veracruz, exaltados por el pregonero constante y sin saber cuándo en verdad se declaraba el fuego, resultarían astrónomos de puro pasarse las noches asomados a las ventanas.



PARA dar fin a este capítulo, hagamos el elogio de la templanza, impuesta a los funcionarios del Estado por las leyes de las Indias.

Consideraron los reyes que debía limitarse el número de las pulperías. Para esto *nombrárranse* por los cabildos, las que fuesen necesarias para el abasto. Las que excediesen de las elegidas, debían pagar una contribución.

Sin duda, las inspecciones y visitas de control por parte de los funcionarios, debían crecer por momentos. Así, como quien cierra la boca de un bebedor con una estampilla, la ley se impuso:

— "*No puedan ser visitadas por los Cabildos, ni entrometerse sus escrivanos en lo que les tocase, para lo cual les dimos por inhibidos, y mandamos que las visitasen en las Ciudades de Lima y Mexico, los Alcaldes de las Audiencias de ellas, y en otras donde huviese Audiencias, los Oidores; y en los demás Lugares los Gobernadores y Regidores, o sus Tenientes, todos con limitación que no pudiesen hazer más de cuatro visitas cada año*".

Una providencia tan edificante como ésta, se piensa adoptar para los inspectores de teatros y las compañías de *bataclán*.







ARTURO M. MAÑÉ

DIBUJOS D. LINO PALACIO

Peritos Mercantiles egresados de la Escuela Superior Comercial de Mujeres de la Nación









J. Darcentón. B. D. Gitleb. A. Quatrini. C. V. Cassara. E. S. Ablosky G. Terglavers. A. R. Deas.








O. Tamburini. A. Martinez. M. Saligoi. M. Almuiña. S. Wilion. A. Insua. E. Pieronkievietz. B. Witemberg.









F. Schiavo. V. Gallotti. A. Sigal. E. Rossi. L. Orlievsky. E. Busci alla. F. Mehdi.

¿Está Vd. Preparado para Ser Padre de Familia?

Si no lo está, no puede cometer acto más cruel que casarse con una mujer rebosante de salud y hacerla madre de hijos raquíticos.

¿Es Vd. fuerte, sano, de sangre roja y abundante vitalidad que quisiera sus hijos heredaran? O por el contrario, ¿es Vd. débil, delgado, hombros caídos, pecho hundido, dispéptico, estreñido, bilioso, o de sangre impura?

Hijos Fuertes y Sanos

No importa el estado actual de su salud, nunca es tarde; en sus manos está el convertirse en la clase de hombre fuerte y viril que Vd. anhela, el hombre que la mujer que ha de ser su Señora deseará que fuese, y más aun, la clase de hombre que su esposa LO CREERA.

Puedo Ayudarlo

a reconstruir sus órganos defectuosos, a fortificar su sistema nervioso, su cerebro, a corregir el estreñimiento, la dispepsia, el decaimiento, la falta de energía, la neurastenia, y otras enfermedades, hasta hacer de Vd. un hombre activo y viril, querido y respetado por todos los que lo rodean. Lea mi interesante libro "*Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental*", que le será de gran provecho. Se lo enviaré completamente gratis. Sólo le pido me ayude a pagar el costo del envío, mandándome en moneda de su país el equivalente de 10c. moneda americana. Marque en el cupón las materias que le interesan, a fin de que pueda yo estudiar su caso y dejarle saber mi opinión a vuelta de correo.

LIONEL STRONGFORT
Maestro único del Strongfortismo.

LIONEL STRONGFORT
ESPECIALISTA EN CULTURA FISICA Y SALUD POR MAS DE 25 AÑOS
STRONGFORT INSTITUTE **Newark, New Jersey, E. U. A.**

— — — — — — — — — — Córtese por esta línea — — — — — — — — — —

Señor Lionel Strongfort, clave 5240 Strongfort. Institute, Newark, N. J., E. U. A.

Sírvase enviarme gratis su libro "**Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental**", para cuyo franqueo le adjunto en moneda de mi país, pegada entre dos cartoncitos, el equivalente de 10 centavos moneda americana.

He marcado con una X las materias que me interesan. Sírvase darme confidencialmente informes sobre ellas.

...Enfermedades venéreas	...Decaimiento	...Dolor de cabeza	...Catarro
...Afecciones de la piel	...Mal aliento	...Estreñimiento	...Obesidad
...Desarrollo muscular	...Nerviosidad	...Sangre impura	...Delgadez
...Pérdidas seminales	...Biliosidad	...Pecho hundido	...Crecer
...Caída del cabello	...Paludismo	...Mala memoria	...Anemia
...Hábitos secretos	...Debilidad	...Neurastenia	...Barros
...Enfermedades del estómago	...Insomnio	...Vista débil	...Hernia
		...Reumatismo	...Asma

Nombre...

Edad.............................. Ocupación.............................

Calle.............................. Ciudad.............................

Provincia.............................. País.............................

Fíjese que su nombre y dirección queden bien claros. Si no lo están escríbalos aparte y pegue este cupón al papel donde los escriba.

Sarrasqueta y su concurso

Texto y dibujos de REDONDO



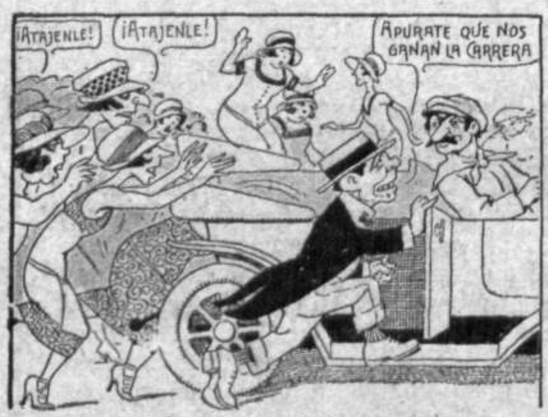




Sarrasqueta, desde que anunció su concurso matrimonial, no puede vivir en paz. Recibe las cartas a millares (sin los cinco pesos) y el timbre del teléfono no cesa de llamar.

Las niñas más atrevidas, para entenderse directamente con él, asaltan su domicilio. Sarrasqueta hace abandono del hogar, pues siendo él fuego y la mujer estopa, viene el demonio y sopla.

En la puerta le esperan multitud de aspirantas a su mano, para admirar su belleza, distinción y elegancia, arrojarle flores, ardientes miradas y ósculos de amor.





Para librarse de atropellos y locuras pasionales, pensando de que «antes que te cases, mira lo que haces», sube a un auto, ordenando al «chauffeur» ir al Balneario. Las damas le persiguen.

Viéndose corrido y alcanzado por las chicas, se arroja vestido al agua, porque sabe nadar, guardar la ropa y defender su honor en peligro.







Las damas se apresuran a pescarle con el anzuelo de sus encantos, y los marineros con ganchos. Sarrasqueta sale a flote gritando: «¡Antes ahogado que casado!»

Depositado en la dura tierra, las candidatas le pellizcan hasta hacerle llorar para que se desahogue, y los marineros le tiran de la lengua para que hable.

Por fin, ya desahogado, pero delirando, grita: «¡Dejadme solo; no quiero ir al paraíso; yo solo voy a palco. ¡Fuera las Serafinas, que el buey suelto bien se lame!»

El Hogar

Bdo. de Irigoyen, 84.

Entre Avenida de Mayo y Victoria.

Solicite nuestro NUEVO CATALOGO, es el más importante del mundo; contiene 300 clases diferentes de calzados de la actual moda al único PRECIO de $ 12.90. — Lo enviamos gratis, libre de porte.



Maestras egresadas de la Escuela Normal "Sarmiento" N.º 9. División B.



Primera fila, de pie, de izquierda a derecha.— A. Rivelta, V. Tonelli, P. Bozzi, M. T. Atorrasagasti, E. Juncosa, D. Zimmermann, G. Ibarra, L. Martini, A. Zuretti. P. Otero D. Romero. — Segunda fila, sentadas. T. Galanti, C. Naddeo, A. Tamborini M. Pazos, E. Dubinsky, M. A. Lapadula, B. Diez Peña, M. L. Padrós. — Tercera fila. M. Sica, A. Chirieleison, J. Numerman, E. Barla, M. San Martín, A. Piroli y M. E. Rispoli.

AUTOMÓVIL ESPECIAL DE TURISMO DODGE BROTHERS

Inspeccione y pruebe a su gusto este vehículo — pregunte a los dueños de los automóviles de esta marca si los motores de 4 cilindros con que se equipan son o no de toda confianza y de superabundante fuerza motriz — y llegará a entender, entonces, por qué mundialmente se considera ser una inversión de resultado excepcional.

El útil y elegante equipo especial de accesorios es del todo completo, y no obstante — debido a la gran producción de la fábrica DODGE BROTHERS —el costo extra es sorprendentemente moderado.

PRECIO:
completamente equipado con su quinta goma......... $ **4.800**

(puesto sobre vagón Buenos Aires.)

JULIO FEVRE Y CIA.

AV. LEANDRO N. ALEM 1620 - 1640 - Bs As
SUCURSAL, ROSARIO ENTRE RIOS 570



CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



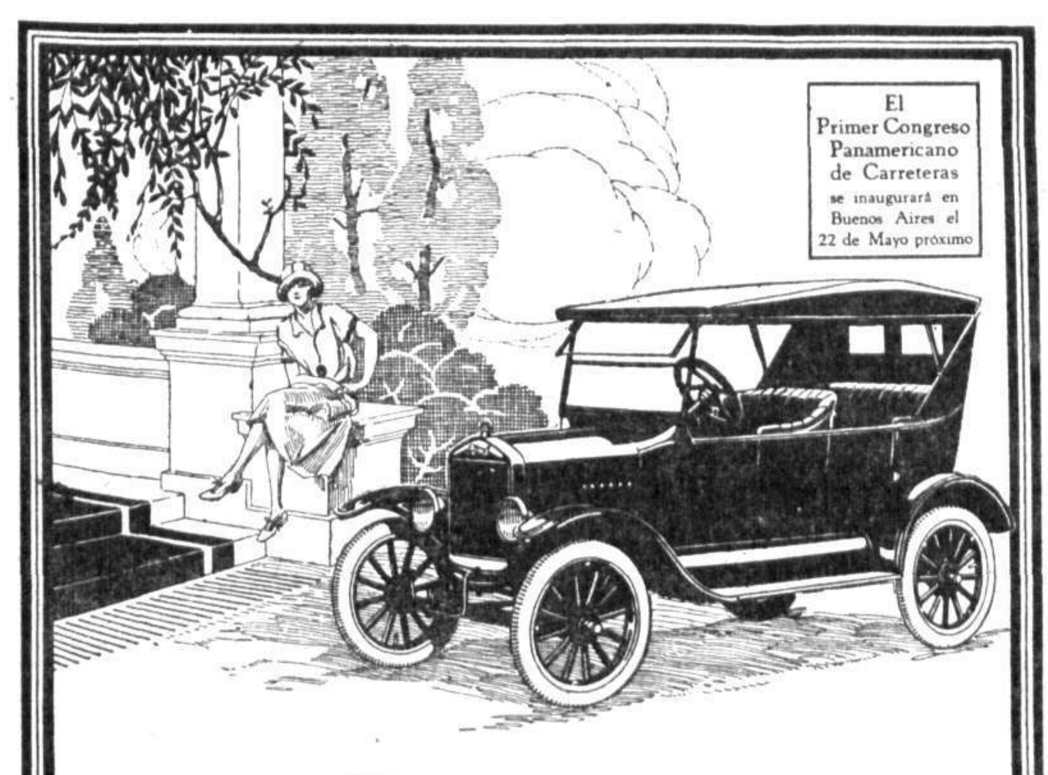
Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 116.

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



Compre Ahora su Ford

Aproveche a comprar su Ford ahora que el precio ha sido rebajado a $ 1,435. Recuerde que, si por sólo $ 1,435 usted puede comprar un coche elegante, cómodo, práctico y económico, que le dará el mejor servicio que puede esperarse de un automóvil, no existe ninguna razón que justifique un gasto mayor.

COMPRE UN FORD Y AHORRE LA DIFERENCIA

PUEDE ADQUIRIRSE POR EL PLAN SEMANAL

Doble Faeton
$ 1,435
s. w. Buenos Aires

Ford

AUTOS · CAMIONES · TRACTORES



SISTEMA Y ORDEN

En la Creación reina un perfecto sistema y todo es orden: la naturaleza, como para auxiliarnos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, ha dividido el tiempo de modo que alternativamente se sigan el trabajo y el descanso, el dia y la noche. Tenemos, además, la división de la semana, en la que, con toda regularidad, siempre hay un dia dedicado al reposo, en el que nos desentendemos del trabajo. Los seis dias restantes pueden también subdividirse para procurarnos beneficios semejantes; y al hacer esto, debemos dedicar una cierta parte del tiempo a proporcionarnos los medios de ganarnos la subsistencia, o a preparar nuestros alimentos, y arreglar nuestros vestidos y habitaciones. El resto del tiempo que no se emplee en las anteriores ocupaciones, pudiera dividirse, poco más o menos, de este modo: las horas desocupadas de dos dias, podrian dedicarse a obras de beneficencia y deberes religiosos; el tiempo desocupado de otros dos dias, al cultivo de nuestra inteligencia y de nuestro gusto artistico. Otro dia debiera dedicarse a los deberes y recreaciones sociales, hacer o recibir visitas; y, finalmente, otro dia, a ciertas ocupaciones domésticas no incluidas en los otros menesteres.

La importancia del sistema y de la regularidad en todas las cosas pertenecientes a los quehaceres ordinarios de la vida, es muy grande. Todas las operaciones mentales y corporales están sometidas a las leyes de la costumbre, y sólo podemos mantener nuestra salud en un estado excelente, sistematizando los actos que necesariamente ocurren cada día, para que, por medio de la influencia de la costumbre se consiga que la repetición natural de cada uno de estos actos se efectúe en su propio tiempo y lugar.

En la juventud deben formarse los hábitos de sistema y de orden. Toda señorita puede sistematizar sus quehaceres hasta cierto punto; puede, por ejemplo, fijar un dia de la semana para remendar o componer sus vestidos y ropa, arreglar los baúles, armarios, escaparates y gavetas; puede tener su canastita de costura, y otras cosas por el estilo, en perfecto orden y en su correspondiente lugar; puede señalar ciertas horas para hacer visitas, estudiar y los quehaceres domésticos; y, adoptando este sistema desde la juventud, se convertirá en un amor a la regularidad y al orden, que será de un inmenso beneficio en todo el curso de la vida.

En una familia, las horas del dia deben distribuirse con una gran regularidad, como en una escuela. Las comidas, especialmente, deben servirse con toda puntualidad, y, siempre que sea posible, a la misma hora. Tal vez no importe mucho si en el curso de las veinticuatro horas se hacen dos, tres o hasta cuatro comidas, siempre que se observe suficiente regularidad en el asunto, para que se convierta en hábito, de modo que a la hora de cada una de estas comidas el cuerpo demande cierta cantidad de alimento y los órganos digestivos se hallen dispuestos a ejercer sus funciones. Para conseguir esta regularidad, debe haber por lo menos un buen reloj colocado en un lugar bien visible de la casa, para que todos puedan guiarse por él. Hasta donde sea posible, cuídese que las diversas ocupaciones y labores de los sirvientes se ejecuten siempre a una misma hora. En vez de salir un dia por la mañana y el siguiente al mediodia, y dejar que los trabajos se hagan a horas irregulares, fíjese un momento del día a salir, y dedíquese el resto al cumplimiento metódico de las labores domésticas.

Del mismo modo, los trabajos particulares deben tener un dia fijo de la semana, de manera que haya un tiempo determinado para lavar, limpiar, remendar, etc. Con este sistema, todas las personas de la casa sabrán a qué atenerse con respecto a la ayuda que puedan esperar unos de otros, y no habrá lugar a la acumulación de trabajo y a que las cosas se hagan de prisa y a la carrera, como acontece con frecuencia en más de una familia.

LA MODA Y LOS SOVIETS

La República de los Soviets ha dictado una orden severisima, en cumplimiento de la cual, nadie será osado de enviar a cualquier señora o caballero ruso un ejemplar siquiera de revistas de modas, so pena de la que la propia administración postal soviética tiene establecida de devolver el envio a su origen.

—¿Es decir — se preguntará alguna lectora incauta, — que las pobres damas moscovitas son condenadas por esta orden, a no ver más modelos que los que su propia imaginación les represente y a no poder copiar los elegantes figurines de Paris y de Londres? Tampoco esto. ¿Entonces?...

La República de los Soviets no prohibe la importación de las revistas de modas. Lo que pasa es que ha concedido el monopolio de la importación a una sociedad anónima, la "Mejdonnarodnaia Kñiga", por mediación de la cual, y al precio que ella quiera, naturalmente, tendrán las damas rusas que adquirir su "magazines" favoritos.



La medida no habrá parecido bien que digamos a las señoras de los comisarios del pueblo y otras elegantes moscovitas, pero parece ser que es de indudable utilidad y beneficio para los intereses del Estado, que había concedido el monopolio dicho a cambio de buena cuenta de rublos.

No estaría mal que los gobiernos faltos de recursos, usasen de esa misma medida como un medio más para proveer a los de sus arcas exhaustas.

EL TRAJE DE LA COLEGIALA

Llaman "ingrata" la edad de la colegiala, comprendiendo en este término desde los diez a los catorce años, época "puente" entre la niñez y la tobillera, la que es realmente un poco difícil de vestir, por ser aquella en que, perdidas las suaves redondeces de la infancia, espigase el talle, y los hombros, los codos, las rodillas, forman ángulos a veces faltos de gracia.



La moda, empero, no se olvida de estas mujeres muñecas, y al lanzar los nuevos modelos, los modistos incluyen algunos lindísimos trajes apropiados a la edad de las pequeñas, con los que se realza la ingenua *belleza de su silueta.*

Este año han decretado los maestros del arte de la costura, que en la "toilette" de la colegiala predominen los colores brillantes, ya en el conjunto todo, ya en el adorno, cuando por exigencias del uso a que están destinados, precisa que se les confeccione de alguna tela obscura. Así, el trajecito o abrigo de paño azul marino, recibe una grata pincelada de color de un cuello, vueltas y puños de seda a rayas de viva entonación, o de unos vivos en crespón carmesí, o del peto y bocamangas de seda estampada en verde, amarillo y azul Imperio. Los abrigos adquieren gracia y movimiento de unas capitas forradas de raso "liberty" color de cereza, de limón o azulina.

Llevados en un buen sentido práctico, algunos modistos han creado modelitos para casa y colegio, de franela negra, en los que un chalequito fantasía impide que se produzca un efecto sombrío, como fuera de temer. Estos chalecos son postizos y van cerrados por medio de botones de pasta de algún tono armónico.

En cuanto a la forma, prefiérase para los trajes de colegiala, la hechura enteriza y recta, ensanchados desde el talle por unos "panneaux" o unos volantes, y adornados en torno de los hombros por una capita, una "berthe" o un cuello amplio que disimule ese aire de suma estrechez, tan característico de la "edad ingrata".

También los sombreros debe hacérseles *de copa redonda poco alta* y adornarles con cintas o borlas que bajen hasta los hombros, para que la guarnición atraiga las miradas y quiebre la línea del cuello frágil y largo con exceso.

Por lo que se refiere a las mangas, convienen todos los modistas en que no deben hacerse muy cortas, salvo, claro está, tratándose de casos excepcionales. Lo usual es hacerlas largas del todo para los trajes de calle y los abrigos, y hasta el codo en los modelitos de tarde y de más vestir.



SECRETOS DEL TOCADOR

Suavidad y blancura de la piel

Es a la hidroterapia y a la higiene a quien hay que pedir los medios para que la epidermis conserve su belleza; la piel que respira libremente, es forzosamente suave, fresca, satinada y permanece en ese estado a menos que la perturben complicaciones originadas por enfermedades accidentales o crónicas.

Ello no obstante, con lociones refrescantes, puede obtenerse una mejora; esos dulcificantes acaban por suavizar las pieles más rebeldes, si la preparación es sana y absolutamente vegetal, pues hay que desconfiar en eso de preparados y no servirse de todos los productos que se preconizan, ya que el resultado más rápidamente obtenido es el de obstruir los poros de la piel, privando así la entrada del aire y la salida a las impurezas.

Para dar a la piel ese tinte lilial y nacarado que constituye su hermosura, es necesario seguir por completo *un tratamiento depurativo.*

No es sirviéndose de cosméticos como se obtienen esos resultados; ellos no podrán ejercer ninguna influencia si previamente no se ha purificado la sangre.

Se puede blanquear la piel, y para el caso existen multitud de preparaciones: el blanco de perlas, el cinc y el albayalde se disputan el derecho de embellecer a nuestras contemporáneos, mas el resultado es ficticio, mientras que si se toma una la molestia de cuidarse, el resultado puede convertirse en efectivo.

Desgraciadamente, casi todas las mujeres no quieren comprender esto, y se obstinan en pedir a la química un socorro que la higiene puede prestarles.

Pomadas para la tez y grietas de la piel

En baño maría, se funden:

Benjuí	6 gs.
Cera virgen	6 „
Espermaceti	8 „
Aceite de almendras dulces	15 „
„ „ oliva (virgen)	15 „
„ „ adormidera	15 „
Bálsamo del Perú	4 gts.

Se añade el bálsamo, luego de haber batido perfectamente la mezcla.

Para las pieles grasas

Tintura de espliego	20 gts.
Agua destilada o de rosas	50 gs.
Sulfato de cinc	4 „
Tintura de benjuí	30 gts.

Locionarse varias veces al día.

Preparación antirrugosa

Polvos de simiente de zapallo	250 gs.
Polvos de simiente de melón	125 „
Polvos de simiente de cohombros (pepinos)	125 „

Añádase crema espesa y disuélvase en leche perfumada con tintura de almizcle, benjuí y algunas gotas de toronjil. Pásese esa mixtura por el rostro, cuello, brazos y senos al acostarse, y lávese con agua *tibia al día siguiente.*

NOVEDAD



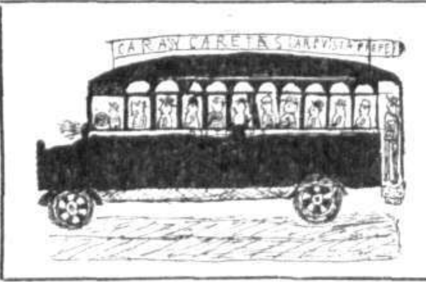
El sombrero adecuado para paseo, debe ser de fieltro, con la vuelta del ala "foulard" rameado, que se prolonga en dos bandas liadas al cuello, a modo de "écharpe".



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco 151.



1946 — El autobús de Caballito.
JOSÉ SANTOMARINO.



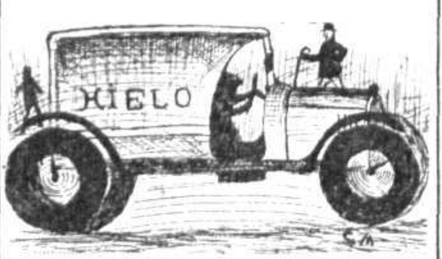
1947 — Disputando un premio.
RAÚL BARCA MORENO.



1948 — Buscando nidos.
ROBERTO EZPELETA.



1949 — Corriendo por la playa.
RAFAEL EZPELETA.



1950 — El vendedor de hielo.
CARLOS MASTRANGELO.



1951 — La agencia de CARAS Y CARETAS en La Plata.
ENRIQUE CASAJÚS.



El Obsequio

que hacemos de una copita por cada frasco de FIBROL, será complementado con una bandeja de metal blanco que entregaremos a toda persona que devuelva en nuestras casas, Larrea 533, Canning 560, Triunvirato 679, doce estuches de copitas acompañados de doce frascos vacíos de

Fibrol

el agradable y nutritivo tónico, creador de sangre, engendrador de fuerzas y enérgico reconstituyente del organismo humano, para lo que basta tomar una copita, de las de licor, antes de cada comida.

LA COPITA SE REGALA EN LAS FARMACIAS.

$ 3.50 el frasco

De Córdoba. - Ecos del Carnaval



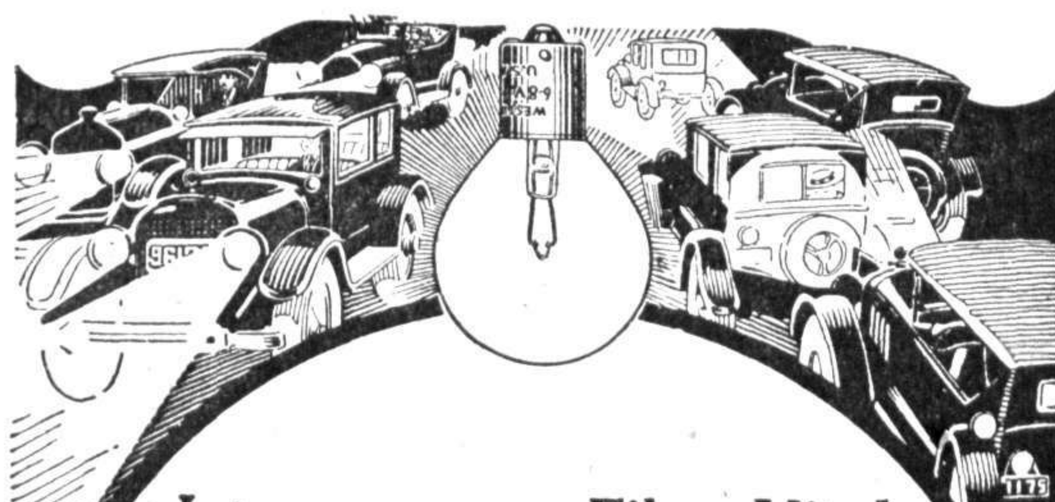
VILLA DOLORES. — Señoritas de Bonany, Mazzoni, Mir y Gutiérrez, conjunto que se destacó en el corso.



Una visión espléndida del antiguo oriente.



GENERAL ROCA. — Carroza que obtuvo el primer premio y la Medalla de Oro donada por el Club Sportivo General Roca.



Lámparas con Fibra Vital

La Westinghouse construye diversos tipos de lámparas.

Lámparas para bolsillo, candelabro, decorativas y para automóviles.

El mismo cuidado con que se construye una máquina eléctrica de grandes proporciones, se observa igualmente en la fabricación de nuestras lámparas para el automóvil.

Si lo que se quiere es una lámpara eléctrica que dure, no tarde en comprar una Westinghouse, teniendo la preocupación de mencionar nombre al pedirla. 130

Pida nuestro catálogo ilustrado L. C. 5

W
WESTINGHOUSE ELECTRIC

Westinghouse

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

Av. de Mayo, 1035.
BUENOS AIRES

Colón, 59.
CORDOBA



PRODUCCION NATURAL

Decididamente hay que convenir que somos un pueblo rico, muy rico, más de lo necesario; toda vez que contemplamos el cuadro de los dones naturales con que la Providencia ha favorecido a nuestro país y que comprobamos sin esfuerzo que no conocemos el inventario de nuestra producción espontánea o no nos ocupamos de conocerlo y tenerlo en cuenta, debemos llegar a la conclusión de que no necesitamos preocuparnos de ese detalle, puesto que las dos grandes industrias madres, como suele llamárselas, dan para todo; y, en verdad, la agricultura y la ganadería absorben todos los brazos, todas las energías, todas las preocupaciones, y, por ende, la mayor parte de los capitales.



Planta de "Palo borracho".

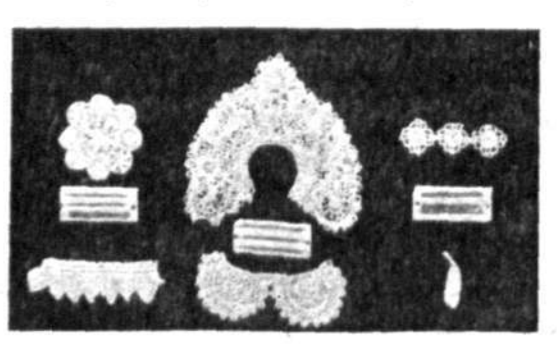
Pero, en verdad, cuantos filones nuevos e inagotables encontraríamos utilizando debidamente los numerosos y valiosos productos naturales que ofrecen nuestros bosques, con sus maderas, sus especies, que podrían, sabiamente explotadas, proveer de infinidad de materias primas para las industrias textiles, tintóreas, medicinales, etc. Así, por ejemplo, al que haya recorrido las ricas y pintorescas zonas del norte del país, le habrá llamado seguramente la atención, entre tantas especies vegetales, un árbol de forma extraña y característica, llamado «Palo borracho» o Saumhú, como le llaman los guaraníes, o «Yuchan», en Salta, Santiago y demás provincias del norte.

El «Palo borracho» es un árbol que, en su zona de origen, alcanza una altura de 15 a 20 metros; su tronco es cilíndrico o algo cónico, cuando la planta es joven; pero ya adulta y vieja ostenta la forma de una gran botella de champagne, aun más hinchada en su centro; su diámetro mayor llega hasta dos metros; su corteza de color gris verdoso, presenta grandes arrugas; es dura, consistente y está provista de gruesas púas o espinas de dos o tres centímetros de largo y con base muy ensanchada; sus ramas se extienden en todas direcciones, más bien lateralmente, formando copa amplia y frondosa; sus hojas grandes, vistosas, ostentan un precioso follaje; sus flores blancas amarillentas, grandes, ofrecen linda vista; sus frutos lo constituyen unas cápsulas de color obscuro moreno, que, en estado de madurez, se abren en cuatro secciones o valvas y muestran en su interior un abundante copo de fibras finas, sedosas, de color blanco amarillento, con semilla parda y negra.

Este árbol habita en el Chaco, sobre todo en la parte noroeste, sobre las costas del Tenco y Bermejo viejo; pero también se le encuentra en las provincias de Santa; Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja, Corrientes y Misiones. Cultivado y difundido de los rigores del frío, puede vivir hasta en Buenos Aires.

«El palo borracho» se encuentra espontáneo en las zonas mencionadas, pero puede cultivarse y propagarse en todas partes donde el clima en invierno no sea excesivamente riguroso, pues teme las grandes heladas, especialmente en sus primeros años; aunque se adapte a suelos diversos, prefiere las tierras gordas, humíferas y substanciosas; se reproduce por semilla que se siembra en macetas, bajo vidriera, en Buenos Aires; a los dos años se puede efectuar su trasplante; al norte del país se puede sembrar de asiento, cuidando de reparar o defender las plantas de las heladas; en estas mismas zonas también puede reproducirse por gajo o estaca.

Su crecimiento y desarrollo está naturalmente subordinado a las condiciones climatéricas, a la temperatura sobre todo; pero a los dos o tres años, ya tiene bastante altura, y a los cinco seis puede empezar su fructificación. De este árbol puede utilizarse su madera y sus frutos; la madera, porosa y blanda, cuando es verde, resulta dura, fuerte y resistente cuando está seca, pudiéndose emplear en construír toneles, bateas y para embalaje; es liviana y con su tronco ahuecado, en el Chaco, suelen construír canoas de fácil flotación y que pueden transportar hasta cinco o seis personas; de su corteza, que alcanza hasta dos centímetros de espesor, tratada convenientemente y sometida a enriaje, se obtiene una fibra fuerte, resistente, suave y sedosa que ofrece materia prima excelente para la cordelería y arpillera para lonas y bolsas.



Artículos elaborados con fibras de "Palo borracho".

Pero el producto más valioso es la fibra del fruto, especie de algodón, pero más sedoso y brillante, que se emplea generalmente para relleno de almohadas y cojines, que resultan muy frescos; aunque su fibra es corta, se puede hilar y se han obtenido en el país, telas y encajes riquísimos, por su blancura y aspecto brillante y sedoso; cada árbol puede dar de 400 a 500 y más cápsulas; mil de éstas pueden dar tres kilos y medio de fibra y dos y medio de semillas; la fibra es parecida a la del Kapoc, con el cual se fabrican telas muy adecuadas para países tropicales, livianas y fuertes; la semilla contiene de 25 a 28 % de aceite. El «palo borracho» constituye un lindo árbol de adorno, pero la industrialización de su madera, de la fibra y de sus semillas, podría ofrecer una no despreciable fuente de recursos para las zonas en que se encuentra en estado espontáneo; pero todavía somos demasiado ricos para ocuparnos de estas menudencias.

HUGO MIATELLO



TRAPICHE

LOS MEJORES VINOS DE MESA



BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
FLORIDA. 744 — Buenos

Unión Telef. 1752 y 1365, Retiro.
Coop. Telef. 3708, Central.

Carnaval en la Provincia de Buenos Aires



PERGAMINO. — Murga que obtuvo varios premios en los concursos locales.



MEDANOS. — Las "Reinas de las Perlas" señoritas de Perrini.



LINCOLN. — Señoritas de Peyla.



EN LA FALTA, escasez o atraso del período tomen el "Amenorrol", frasco $ 4.—

SU DOLOR EN EL PERIODO, DESARREGLADO, METRITIS, HEMORRAGIAS, FLUJOS, ETC., TOMEN EL "Específico Scheid's". Frasco $ 4.-

---

EL CUERPO MEDICO cuando opina que un específico es eficaz, es una opinión de verdadero valor, la única que usted debe tener en cuenta. Evitad las malas consecuencias a que fatalmente conducen estas dolencias.

Dice el Doctor ROMEO C. CAFFERA, laureado por la Facultad de Medicina,—Cirujano del Hospital Tornú:

«He usado el específico **"Amenorrol"** con muy buenos resultados.»

GRATIS pida por carta, a **J. Valle**, calle **Pellegrini, 644**, en sobre cerrado sin membrete, el interesante libro explicativo, con copias de certificados médicos de esta Capital, que constituyen la mejor prueba de la eficacia de estos dos específicos.



Pida en toda buena farmacia de estos dos productos el que necesite emplear, mencionando sus nombres con claridad. No admita otros. Hágalo hoy mismo. Comprobados inofensivos. Depósito general:

Scheid & Valle
Carlos Pellegrini, 644.
Buenos Aires.

GRAMOFONO "SPORT"

FABRICACION ALEMANA — CATALOGO GRATIS

Se remite con 6 piezas y 200 púas a cualquier punto de la República.

POR SOLO **$ 28.—**

LIBRE DE TODO GASTO



Caja 32 ½ × 27 × 17 ctms., de metal charolado, de muy buen efecto de sonoridad.

Pedidos a "CASA CHICA" de A. Ward
CALLE SALTA N.° 674-676 BUENOS AIRES

ACEPTAMOS estampillas «Pour la Noblesse» y «43» valor 2 ctvs. c/una



EL MÁS ALLÁ...

Si el lector ha subido alguna vez a una montaña, y ha contemplado el espectáculo que presentan otras, más lejanas; habrá sentido deseos de pasarlas, de ver que hay detrás de ellas, de ir más allá.

El más allá es la incógnita, y por ello despierta curiosidad; pero si satisfacemos nuestros deseos, y traspasamos aquellas cumbres, ¡qué desilusión! Otras montañas, más o menos iguales.

Con frecuencia sucede que dejamos de ser consumidores de una cosa con la que nos va bien, por otra problemática, por ver si hay algo más allá; exponiéndonos a pruebas de funestos resultados, las más de las veces.

Las

PILDORITAS REUTER

tienen el prestigio de lo antiguo, y el valor de lo moderno; porque hasta el presente no se hizo algo más allá. Y es que son verdaderamente eficaces como laxantes, y porque aseguran la perfecta asimilación de los alimentos que ingerimos al estimular las funciones del hígado y de las glándulas encargadas de la digestión. Las Pildoritas Reuter refuerzan los medios de defensa con que cuenta el organismo; expulsando las materias nocivas, que son origen de tantos males.



Carnaval en la Provincia de Buenos Aires



CARLOS CASARES. — Señoritas de Thompson, Fuentes y Biné, que llamaron justamente la atención en el corso, por su animación y la vistosidad de sus disfraces.



CHIVILCOY. — Grupo de niños que concurrió al desfile infantil realizado ante el Palacio Municipal.



LA HAZAÑA



HAS cerrado bien el postigo, Teresa?

—Lo cerré cuando usted me lo mandó, señora madre.

—Ven, pues junto al escaño y siéntate junto al abuelito. ¡La virgen me valga! ¡Qué noche! Desde las ocho no deja de nevar. Norabuena que disponemos de sarmientos y troncos de encina. Tú, Felipe: da vuelta al tamboril, que se van a quemar las castañas.

—¡Brrr...! ¡Vaya una nieve de mis pecados! Seguramente, esta madrugada bajará de la sierra el lobo. ¿Hacía tanto frío en la ciudad, Federico?

—No padre. Allí, en el almacén disponíamos de excelente calefacción. Además, a estas horas ya estaba yo acostado, después de repasar mi lección de francés y partida doble.

—¿Irás muy aventajado en esos estudios?

—¡Como que traduzco ya el francés de corrido! Dice el principal, monsieur Richard, que cuando hayan pasado las Pascuas y termine la licencia que le he pedido para pasarlas con ustedes, subiré al escritorio y me señalará dos pesetas de sueldo. Es para mí monsieur Richard un segundo padre.

—Muy bien, hijo mío; así llegarás a ser hombre.

—¡Madre: que nos diga un cuento el abuelito que los cuenta muy bien!

—¡Calla, Teresa, y no seas pesada!

—¡Sí, sí; que lo cuente!

—¿También te gustan las consejas a ti, Federico? Vaya, padre: a ver si puede usted dar gusto a la chiquillería.

—¿Qué queréis que os diga?

—Un cuento de invierno.

—¿De invierno? Esos cuentos son, precisamente, los más difíciles.

—¿Por qué?

—Porque se relatan siempre alrededor de la lumbre, para toda una familia en que hay caracteres y gustos distintos. Ya veis: lo que os cuente tiene que complacer a vuestros padres, que rondan ya la cuarentena y andan preocupados con sus negocios y el cuidado de vuestro porvenir; ha de agradarte a ti, Federico, que eres un muchacho ilustrado y tienes hábitos de ciudad, y a tu hermana Teresa, que no cuenta más de diez años y apenas si deletrea manuscrito; tiene, además, que distraer a tu abuela Salomé, quien se duerme, rendida a la pesadumbre de sus setenta y cuatro diciembres. ¿Cómo queréis que los cuentos de invierno deleiten a todos?

—Salga como saliere, queremos que nos cuente usted uno, abuelo.

—Está bien, Teresita; voy a complacerte. Precisamente he encontrado ayer en un secreto de la arqui-

mesa un papel muy interesante. Procede, como el mueble, de mis abuelos. Federico, que traduce el francés, podrá luego leerlo en alta voz, porque yo no sé lo que dice. Y éste será el epílogo de una verdadera e interesante historia.

—¿De manera que es una historia?

—Sí, Teresita, sí; es una historia. Estate quietecita y guarda el mayor silencio posible, que voy a empezar.

* * *

—Pues, señor; que nevaba como ahora, y la noche era tan fría y desapacible como ésta, y mi padre, que era un rapazuelo de diez años, había atrancado el postigo, igual que ha hecho esta noche Teresa.

—¿De modo que lo que el abuelo nos va a contar ocurrió aquí mismo?

—Calla, Federico; deja hablar al abuelo.

—No hostigues a tu hijo, Felipe, que la curiosidad propia es de muchachos. Pues sí, querido nieto, pasó aquí mismo; pero hace tantos años, que ninguno de nosotros vivíamos, porque esto ocurrió en el invierno de mil ochocientos y nueve.

—Ya va para larga la fecha.

—Mi abuelo ocupaba en el escaño el lugar que ocupo ahora; encerraba mi abuela la lencería y demás objetos de valor, para esconderlos, porque a la sazón había guerra y ningún labrador se hallaba seguro de no ser asaltado y robado por los soldados de Dupont.

—¡Qué cosa más triste y desagradable es la guerra!

—Muy triste. Pero España entonces defendía su independencia y la religión de sus antepasados, y cada hombre era un soldado heroico, decidido a matar y a morir en defensa de su patria y su fe.

La noche de que os hablo, cuando mi padre, que, como os he dicho, era un niño, se iba quedando dormido, se oyeron golpes en el portón. Abrió mi padre, y un soldado francés entró en el zaguán, llevando un caballo de la brida. Venía el tal cubierto de nieve; era un mocetón alto, recio, fornido, rubio, con unos ojos azules muy grandes. En fin, uno de aquellos miserables bribones que servían a las banderas de Napoleón.

Mi abuelo y él no se entendían. Encerró aquel el caballo en la cuadra, hizo que se arrimase al fuego el soldado, que era uno de los que en el ejército francés llamaban dragones, y le sirvió un razonable trozo de jamón, pan y un vaso de vino; con lo cual el militar, que tiritaba de frío, comenzó a confortarse y a reir y a charlar en su lengua, diciendo muy a menudo algo así como «mersibián», «mersibián».

—Eso significaba que estaba muy agradecido.

—Preparó en el desván mi abuelo la cama al soldado, y él también se acostó. Pero no pudo dormir en toda la noche, pensando de qué manera podría desembarazarse de aquel tunante, quien, sin duda, era portador de algún parte para Dupont.

Despertó el soldado al amanecer, más contento que unas castañuelas. Mi abuelo le ensilló cuidadosamente la montura, pero tuvo muy buen cuidado de herir antes al caballo en una de sus patas; de modo que, cuando el dragón quiso montar al animal, se encontró con que era materialmente imposible que pudiera dar un solo paso. El francés se mesaba los cabellos y llamaba a voces a «Sacrebleu», que debía ser algún otro canalla de su regimiento. Mi astuto abuelo entonces le hizo comprender con gestos y señas que él le agenciaría otra cabalgadura. Echó a andar por el campo, y el soldado lo siguió muy contento y haciendo campanillear sus espuelas.

—¿Y encontraron otro caballo?

—Verás: no lejos de aquí, junto a la cerca de la huerta que ahora pertenece a Ramón, había un hoyo muy grande y profundo, que había socavado mi padre para trasplantar una higuera. Todavía encontraron a su borde la pala con que había sacado la tierra, amontonándola a una de sus orillas. Como muchas noches bajaban los lobos, había preparado en el fondo del hoyo una trampa y puesto en ella un trozo de carne como cebo. Cuando llegaron junto al hoyo, se detuvo el soldado y se puso a mirar dentro.

Entonces mi abuelo tuvo una inspiración: en la guerra como en la guerra. Dió por la espalda un vigoroso empujón al buen mozo y éste cayó en el agujero. Tanto daba un lobo como un francés, enemigo de la patria y de Dios.

—¡Qué barbaridad!

—¡Tú que sabes, mocoso! Esa era la guerra que predicaban los patriotas y hasta los curas mismos. Dió un grito el dragón. Se había disparado el resorte y le había cogido una pierna. Alzó entonces las manos, como demandando socorro. Estaba en pie, y el dolor enrojecía su cara, que sobresalía del agujero, ornada por sus cabellos rubios y su casco adornado con crines azules.

—¿Y le sacó, por fin, el abuelo?

—Al contrario; cogió la pala y, con la mayor sangre fría, comenzó a echar tierra dentro del hoyo.

—¡Abuelito, por Dios!

—¿Qué queréis que yo le haga? Vuestro tatarabuelo se portó como un gran ciudadano, y el mismo cura hubo después de absolverlo sin penitencia.

—¡Bonito cuento nos dice usted!

—Iba echando, como digo, al hoyo paletadas de tierra revuelta con nieve. Al caer las primeras, le miró el soldado con estupor, como si no comprendiese cuál era su propósito. Luego forcejeó por desasirse y echó mano a la espada. Si hubiera podido soltarse, el viejo lo hubiera pasado muy mal.

—Eso pone los pelos de punta. Padre, no siga usted.

—Fué subiendo la tierra y oprimiendo al soldado, quien quiso alzar los brazos; pero mi abuelo le dió en ellos dos golpes de pala y los hizo caer dislocados. Entonces el buen mozo palideció y comenzó a murmurar una sola palabra: «¡Pitié!»

—¡Eso era pedir misericordia!

—El viejo creyó que era el nombre de algún compañero de correrías. Y siguió echando tierra hasta que el suelo quedó nivelado y fuera de él únicamente la cabeza del militar, cubierta con el casco, y con los ojos desmesuradamente abiertos y mirándole sin pestañear.

—¡Qué horror!

—¡Vaya una sandez! ¿Ahora lloras, Teresa? ¿Y tú también, Marta? ¿Y vosotros fruncís el ceño? ¿Qué queríais que hiciese? ¡Recontra!

Volvió mi abuelo algo asustado y no pudo dormir en tres noches. Del soldado nada se supo, porque algún otro valiente patriota se encargó de cortarle la cabeza a cercén y de no decir esta boca es mía. Pero al otro día mi padre encontró una cartera que, sin duda, se le había caído al soldado, y en la cual no halló sino un nombramiento de sargento a nombre de Charles Delpit y una carta, la cual encerró, sin duda, en la arquimesa, y que desde esta mañana llevo guardada en el bolsillo. Está escrita en francés, y he

querido que Federico, que ahora estudia esta lengua de renegados, nos la traduzca.

—¡A ver, a ver! Anda, Federico.

—Venga, abuelito. Verá usted qué bien la traduzco.

—Empieza cuando quieras.

«Montiers, 19 Diciembre.—Querido hijo: ¡Un año más sin verte a nuestro lado en las fiestas de Navidad y de Año Nuevo! ¿Cuándo acabará esa maldita guerra? Aquí no hacemos más que llorar y pedirle al buen Dios que te conceda el volver cuanto antes a estas montañas, que desde que te fuiste me parece que pesan todas sobre mi corazón de madre.

»La cosecha de este año no ha sido mala; pero los impuestos se han llevado la mayor parte de la renta. Sin embargo, he podido reunir para hacerte un poco de ropa blanca, porque supongo, ¡pobre Carlos!, que cuando vuelvas, vendrás sin nada que ponerte. Toda ha sido marcada por Mariana y ha sido regada con lágrimas suyas. Dice que te esperará siempre, y que no se casará con ningún otro hombre. Ella, como yo, si no volvieras, se moriría de dolor. Tu padre, que no hace más que suspirar, quiere que te diga que seas buen soldado; que no olvides que la causa de Francia es la causa de la Humanidad y de la libertad de los humildes. Pero que no hagas mal sino en propia defensa, que tengas piedad de los enemigos y que, sobre todo, no cometas traición, porque la traición es propia de las almas pequeñas. Te envío disecadas unas cuantas flores, cogidas en el campo por mí para que puedas aspirar el aroma de tu pueblo natal. Todas las he regado con llanto, pensando en que puedo morir y marcharme del mundo sin verte de nuevo. Cuídate mucho, hijo mío; dicen que hay muchas fiebres en España. No te expongas demasiado. Mira que te espera, para abrazarte contra su pecho, tu desgraciada madre.—MADELÓN.»

»P. S. Nuestro buen amigo, el maestro, me encarga que te recomiende que no te fíes jamás de fanáticos, porque los fanáticos «ont été et ils seront toujours des malfaiteurs.»

—¿Qué significa esto, Federico?

—No sé... no acierto... Tendré que preguntárselo a mi protector y principal, que es francés.



ANTONIO ZOZAYA

DIBUJOS DE BESARES

GRANDIOSA LIQUIDACION

de los famosos modelos listos para usar de la casa M. ALVAREZ.





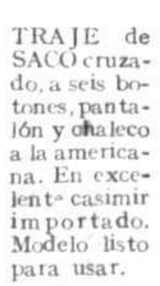
Elaborados con el exclusivo propósito de que "VISTAN BIEN", en insuperables casimires importados y por eximios profesionales.

ELEGANCIA, DURABILIDAD, ECONOMIA

TRAJE de medida, media estación, en casimir inglés, $ **120**

Todos nuestros Trajes, aun siendo de bajo precio, llevan forros y entretelas de lana.

Al Interior enviamos álbum de figurines y muestras. Al solicitarlas, sírvase indicarnos color y precio del traje que piensa encargarnos.



TRAJE de SACO cruzado, a seis botones, pantalón y chaleco a la americana. En excelente casimir importado. Modelo listo para usar.

REBAJADO, a.... $ **72**

TRAJE de SACO, tres botones, pantalón y chaleco a la americana. Modelo listo para usar. En excelente casimir importado.

REBAJADO, a.... $ **52**

SASTRERIA DE LUJO

(La más grande en Sud América)



NO TENEMOS SUCURSAL

Peritos en Agricultura y Ganadería egresados de la Escuela de Santa Catalina - Curso de 1924


Raúl Decotto.


Armando Bonfanti.


Antonio López.


Antonio Blanco.


Juan P. Frack.


O. R. Suárez Caviglia.


Guillermo Sánchez.


José I. Parera.


Antonio Pagano.


Pedro Miscovich.


Víctor M. de Villars.

PÉRDIDA DE PESO DE LAS RESES

Durante el transporte, a pie o en ferrocarril, de las reses de matadero, pierden éstas de peso. Al principio vacían su tubo digestivo, disminuyendo el peso vivo sin alterarse el neto; después, si el viaje dura varios días, el peso neto disminuye a su vez, progresivamente, sobre todo si los animales se alimentan mal y se abrevan insuficientemente.

El primer día los bovinos pierden de 25 a 50 kilos, según el tamaño; un carnero de 40 a 50 kilos puede perder de 3 a 4; un ternero de 150 kilos, 4 el primer día y 2 el segundo; un cerdo de 100 a 110 kilos, experimenta una pérdida de 5 a 6 kilos.

Interesa conocer estos datos a los abastecedores y carniceros, a los efectos de instalar en punto conveniente el depósito de abastecimiento del ganado.


Vinos
ARIZU
Cada uno de sus productos marca una etapa en el esfuerzo que eleva y dignifica la producción nacional.
Pruébelos

De Tucumán



Concurrentes al baile ofrecido por el Club de empleados de Bancos, en honor de las familias de sus asociados.



Señoritas y jóvenes que asistieron al baile realizado en el Casino de Oficiales.



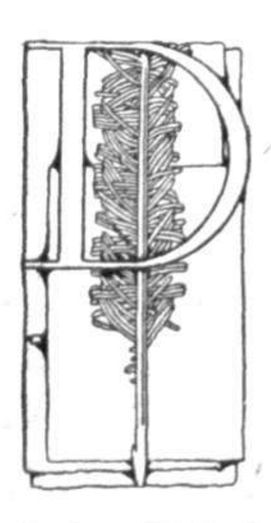
Núcleo de máscaras que concurrió al baile de disfraz realizado en el Círculo Español.

PENSAMIENTO

Todo lo que sucede en el mundo se halla dentro del orden natural, como lo reconocerás si eres buen observador; y no solamente por lo que se refiere al orden de acontecimientos, sino también en lo tocante a las *reglas de la justicia*; *como si fuera enviado* por alguien que distribuye las cosas según el mérito. Continúa, pues, observando las cosas como lo has hecho hasta aquí, y todo lo que hagas en adelante, hazlo con la sola intención de hacerte hombre de bien, y digo hombre de bien, en la verdadera acepción de esta palabra... que todas tus acciones vayan guiadas en este sentido.

MARCO AURELIO.

ALGUNAS ANÉCDOTAS DEL COMODORO MARTIN RIVADAVIA



ON Martín Rivadavia — figura representativa de nuestra marina de guerra, cuyos intereses supo encarnar e impulsar en un período de intensa reorganización — siendo capitán de navío fué nombrado presidente de una comisión en Inglaterra. Con objeto de dar cumplimiento a su nuevo empleo, se dirigió a Newcastle, donde construíase el crucero «Buenos Aires», cuya terminación debía vigilar.

Puso en el desempeño de sus funciones una corrección y severidad excepcionales. Para él, en el manejo y administración de los caudales del Estado (en lo que a su custodia y defensa se refiere), tenían la misma importancia un centavo que mil pesos. De ninguna manera hubiese tolerado disminuir ante un empresario, por un favor admitido, aunque más no fuera aparentemente, su independencia de contratante en nombre del gobierno. Las escrupulosas precauciones que adoptaba para evitar hasta la sombra de un interés utilitario personal, lo hicieron protagonista de interesantes episodios.

Reunidos en pleno los oficiales de la comisión a fin de considerar diversas propuestas, se hace anunciar un representante de la casa Hardfield, de la ciudad de Sheffield, centro industrial por excelencia. El corredor detalló verbalmente el ofrecimiento de una considerable cantidad de munición de guerra, que habiendo sido rechazada por el gobierno inglés, de acuerdo a un sistema propio de control, él tenía a mano para colocarla a cualquier precio. En la suposición de que el Ejecutivo argentino necesitara súbitamente una gran cantidad de material bélico, su propuesta podía reportar buenas utilidades. Ponderando incidentalmente la enorme actividad y la variedad múltiple de los productos de los talleres que él representaba (pues la casa fabricaba desde pequeños instrumentos de lujo hasta granadas de guerra) mostró un cortaplumas de tamaño muy reducido y que poseía como veinte hojas para distintas aplicaciones.



Rivadavia analizó con agrado infantil el artículo, murmurando: — ¡Es de veras singular el instrumento este!

Complacido por el interés que la pieza había despertado, el comisionista le rogó gentilmente que la conservara como un recuerdo. Pero el marino, informado de su costo (que era una libra) por el intérprete, le da a éste una moneda de aquel valor para que se la entregue al comerciante. Y para acallar los reparos de su secretario, alarmado por la extraña disposición del jefe, comentó:

— Dígale que yo le pago esa libra, porque en mi tierra es de mal agüero recibir como regalo cualquier objeto que corte o pinche...

El inglés del caso no tuvo más remedio que aceptar el dinero, maravillándose de que Rivadavia llevara su meticulosa austeridad hasta rehusar tan modesto presente, por el hecho de tener que tratar con él asuntos de interés en representación de su país.

En otra ocasión tuvo contraproducente resultado la intención de un comerciante. Este había llevado un presupuesto sobre artículos de navegación, a nombre de la casa Yeweil, de Liverpool, especializada en efectos de relojería.

— Vean qué hermoso reloj de acero; marca la milla — advirtió, haciendo la propaganda de su mercadería. — Cuesta diez libras, pero a ustedes se lo dejo en seis.

Al punto dos o tres oficiales ofrecen el importe y se quedan con el reloj. Rivadavia observa la escena en silencio, con gesto un tanto displicente.

El inglés exhibe, luego, un pequeño reloj-pulsera de oro, exornado de piedras preciosas, y dirigiéndose al capitán lo invita a examinar la joya. Daba la coincidencia de que el marino por aquellos días andaba buscando una alhaja de esa clase para enviarla a su señora.

— Vale ochenta libras — declara el vendedor —; pero a usted yo se la dejo por cuarenta.

— No quiero entonces el reloj — concluye terminante el capitán. — Usted no puede tener ninguna razón, que yo sepa, para entregarme a mí por cuarenta lo que vale ochenta. De manera que no quiero tratar en adelante ningún asunto con usted. Retire el proyecto de su presupuesto, porque no se efectuará adquisición alguna en el establecimiento por usted representado.

Y cumplió su promesa. Tratándose de los bienes del país, no le bastaba ser rígido hasta la exageración; procuraba, además, parecerlo.

De Newcastle pasó a Génova. Asesorado por Rivadavia, el gobierno acordó la adquisición del acorazado «San Martín. Planeó e introdujo en el buque modificaciones que la experiencia demostró ser acertadas. El navío era del mismo tipo del «Garibaldi», con la ventaja de los perfeccionamientos que se habían ido logrando en ese espacio de tiempo por la arquitectura naval. No obstante eso, pudo comprarlo con un beneficio de más de dos millones de francos.

En el estudio de las condiciones del convenio y del ajuste del precio, discutía con una prolijidad y persistencia notables. Lenta, pero seguramente, obtenía rebaja tras rebaja. Se revelaba todo un maestro en la difícil práctica del regateo. Como el debate amenazaba hacerse interminable, su secretario, respetuosamente, le manifiesta:

— *Parecemos compradores minoristas.* Siendo enorme la reducción de precio alcanzada, por exigir todavía nuevas concesiones vamos a perder el negocio.

Se convino con Orlando un acuerdo sobre el precio del navío, fijándose la cantidad de 17.850.000 francos oro. De Buenos Aires el ministro cablegrafía autorizando el convenio. Al momento dicta la nota-contrato (en la que rebaja cien mil francos más), y con el documento firmado se va al hotel en procura de Orlando. Ya en su presencia le advierte:

— Si usted acepta la suma de 17.750.000 francos, el asunto queda definitivamente concluído, pues aquí traigo el documento con la autorización pertinente.

Se discute aún un rato, naturalmente. Tratábase de cien mil francos oro. Pero al fin la casa Orlando cede y firma el ajuste.

Momentos después el empresario, que acaba de leer una comunicación telegráfica de Buenos Aires, prorrumpe:

— Pero usted ha incurrido en un error al hacerme firmar este contrato. Mi representante en Buenos Aires me anuncia que en acuerdo de ministros ha sido aceptada, sin ningún descuento, mi proposición anterior.

— No me he equivocado — replica Rivadavia sonriente. — Yo también he recibido un telegrama en ese sentido de mi gobierno. Pero he creído prestar un buen servicio a la nación, reportándole la utilidad de esos cien mil francos oro, muy necesarios para adquirir perentoriamente otros materiales para la marina.

Comentando el episodio en corro de oficiales, confesó el agente italiano:

— Yo he tenido que hablar y discutir con jefes de toda jerarquía y de diversas nacionalidades. Y bien: jamás he dado con un hombre como este, que sostuviera con tan exagerado celo y al propio tiempo con tanta eficacia los intereses de su país.

DIONISIO R. NAPAL

De Tucumán







ECOS DEL CARNAVAL. — Comparsa los "Gauchos Argentinos", cuyos componentes cosecharon muchos aplausos en el corso oficial. Comparsa "Negros del Infierno", que obtuvo varios premios en los concursos locales.

"Los hijos de la Pampa", cuadro criollo que obtuvo el primer premio, consistente en una artística medalla de oro.



Carnaval en la Provincia de Buenos Aires

BERNAL. — Palco ocupado por un núcleo de distinguidas señoritas que obtuvieron el primer premio en el corso oficial.

PASTEUR. — Señoritas de Masocro, Gagliardi, Pera, Biglia, Rivas y Keblés, que obtuvieron el primer premio en el corso local.

Al iniciar los estudios aproveche estas ofertas de indiscutible conveniencia



MAESTRO-PIANO

reúne en sí dos instrumentos perfectos, o sea: UN PIANO para ESTUDIO y un AUTOPIANO moderno.

$ 1500.-

con 6 rollos y banquito. Catálogo número 31 de Maestro-pianos y rollos remitimos gratis

ACORDEONES de la afamada marca "PIEMONTE" SEMITONADOS VERDADERO SISTEMA ITALIANO

Entonación Sol Do-Si. Instrumentos perfectos en todo sentido, presentación artística y lujosa, construídos en maderas finísimas. Cada acordeón se entrega en elegante estuche semicuero.

N.° 6050.-12 bajos y 31 voces, $ **85**
N.° 6051.-16 bajos y 31 voces, $ **95**
N.° 6052.-24 bajos y 34 voces, $ **150**
N.° 6053.-36 bajos y 34 voces, $ **170**
N.° 6054.-48 bajos y 34 voces, $ **190**



Violines modelos de auténticos STRADIVARIUS.

N.° 4100. — Tipo Conservatorio. Con arco y pez, a .... $ **25.-**
N.° 4100 bis. — Violín de estudio. Con estuche, arco fino y pez, a .... $ **33.-**

Otros modelos, hasta $ 2500. Catál. N.° 24 remitimos gratis

REGIA GUITARRA AMERICA

N.° 3007. — Construída en LEGITIMA y extrafina madera de nogal, mosaico en la boca y cabeza. Con método "AMERICA" para aprender sin maestro y embalaje gratis,

$ 13:90

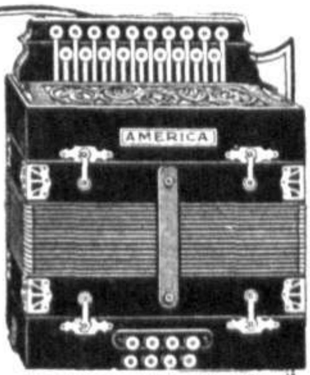
Otros modelos de Guitarras nacionales y españolas, hasta $ 500.—. Gratis remitimos catálogo ilustrado número 23.

GRAN ACORDEON AMERICA

8 bajos y 19 voces, sonido fuerte, armonioso y vibrante. Construcción sólida y perfecta en todo sentido. Lo remitimos con embalaje gratis y método "AMERICA" para aprender sin maestro, por sólo

$ 21.-

Otros modelos, desde ...... $ **12.—**



Catálogo ilustrado N.° 26 remitimos GRATIS.

CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA L^DA
CASA AMERICA

AVENIDA DE MAYO 979 — BUENOS AIRES

De San Luis

Ecos del Carnaval Puntano.—Baile de disfraces en la Sociedad Italiana.

Señoritas Berafú y Merullo. Tercer premio con el disfraz de "Plafoniers"

Señorita Catalina Raffo, de Reina Egipcia. Primer Premio.

Señoritas Merullo, Melita y Berafu, de cacatúas. Primer Premio.



EL OLDSMOBILE "6" SPORT

NUEVOS PRECIOS
OLDSMOBILE "6".
Doble faeton normal $ 3995. - c/l.
Doble faeton Sport $ 4595. - c/l.
Sedan (2 puertas) $ 4965. - c/l.
Sedan (4 puertas) $ 5545. - c/l.
Sedan (4 puertas) de Luxe $ 5995. - c/l.

insuperable coche de 6 cilindros por

$4595

Es el coche más espléndido, por su potente y económico motor, por la calidad de su fabricación, por el acabado perfecto, por la elegancia y distinción del diseño, por la economia del mantenimiento y por ser el más barato.

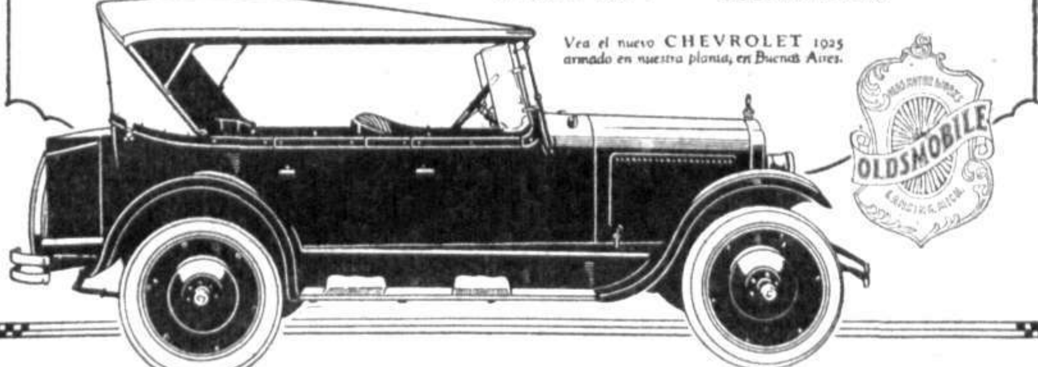
Es un coche de 6 cilindros al precio de uno de 4.

Pida folleto descriptivo "C", gratis y sin compromiso, ágente local o a la

GENERAL MOTORS ARGENTINA S.A.

GARAY No. 1 BUENOS AIRES

Vea el nuevo CHEVROLET 1925 *armado en nuestra planta, en Buenos Aires.*



Encuadernación de "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra"

Avisamos a los señores subscriptores, que, desde la fecha, no nos encargaremos de la encuadernación de ambas publicaciones. Solamente podemos proporcionarles las tapas a los precios siguientes:



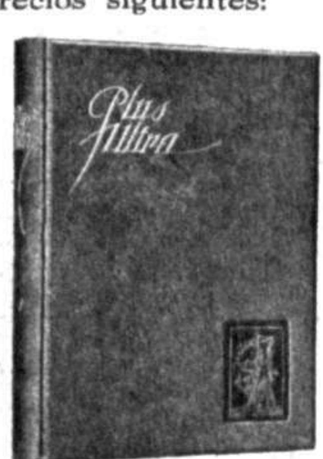
"CARAS Y CARETAS"
Por bimestre

De tela	$ 1.50
" cuero	" 6.—

"PLVS VLTRA"
Por año

De tela	$ 3.50
" cuero......	" 9.—

La Administración



Origen y formación de los apellidos

Los griegos y los romanos llamaban *patronímicos*, (del griego *patros*, genitivo de *pater*, padre y *onyma*, nombre, esto es: nombre de padre) a los nombres formados de los del padre u otro predecesor. Tales eran *Atridas*, *Heraclidas*, *Romanos*, derivados respectivamente de *Atreo*, *Hércules* y *Rómulo*.

Los mismos romanos unían al nombre (*nomen*) el prenombre (*praenomen*), el cognombre (*cognomen*), el agnombre (*agnomen*).

El *praenomen*, era el primer nombre de cada persona y significaba alguna circunstancia especial.

El *nomen*, era el nombre propio, y servía para expresar la raza de la cual procedía el individuo.

El *cognomen*, indicaba la familia a que pertenecía.

El *agnomen*, era un sobrenombre especial que muy pocos llevaban y que recordaba algún hecho famoso.

Así, en el nombre *Publius Cornelius Scipion Africanus*, *Publius* era el prenombre, *Cornelius* el nombre, *Scipion* el cognombre y *Africanus* el agnombre.

Las mujeres tenían un solo nombre, generalmente de familia, como *Porcia*, *Livia*, *Marcia*.

Las mujeres casadas unían a su nombre el de su marido, en genitivo: *Antonia Drusi*, *Marcia Catonis*.

Como se ve, los nombres de familia y los apodos personales eran entre griegos y latinos, los que distinguían entre sí a los individuos.

Esta costumbre subsistió en todos los pueblos conquistados por las armas romanas.



TODOS LOS CHINOS SE PARECEN. — El marinero que llega de Oriente: — ¿Che, pero cómo te va Sungtai? ¿Qué andás haciendo en Buenos Aires? El chino (horrorizado). — ¡No, no! Es un elol, seňol, ¡Léjemei!

La palabra apellido se derivó del latín *apellare* (llamar); de *ap* por ad y *pellare* (hablar) porque en la Edad Media los reyes apellidaban o llamaban a los señores feudales para que acudiesen con sus mesnadas a combatir en la guerra; y siendo cada señor conocido con un nombre o sobrenombre distinto, a éste se le dijo apellido.

Los patronímicos se formaban ora del nombre paterno en el genitivo latino: *Favila Odorici* (Favila el de Odorico), *Sancio Sancionis* (Sancho el de Sancho); o bien de las terminaciones *es*, *is*, *az*, *ez*, *iz*, *oz*, *uz*, que expresaban procedencia, como *Garcés* (el de García), *País* (el de Pelayo), *Díaz* (el de Diego), *Bermúdez* (el de Bermudo), *Hernáiz* (el de Hernando), *Muñoz* (el de Munio), *Ferruz* (el de Fernando).

Los apellidos derivados del materno nombre, llamábanse *metronímicos* (del griego *meter*, madre y *onyma*, nombre, esto es: nombre de madre); tales eran *Flórez* (el de Fruela o Froila), *Colón* (el de Columba), *Egea* (el de Eugenia).

A la par de los patronímicos comenzaron a formarse los apellidos personales, o sean, los derivados de motes, apodos o sobrenombres, que entonces denominábanse *alcuñas* (hoy alcurnias) y que expresaban alguna hazaña, lance, defecto o perfección física o moral del individuo: *Valiente*, *Verdugo*, *Prieto*, *Hermoso*.

Después de estas dos clases de apellidos se formaron otros muchos, tomados de seres vivientes o bien de cosas, pero que no eran, en suma, sino motes personales, verbigracia: *Conde*, *Aguila*, *Lucero*, *Naranjo*, *Tapia*, *Mesa*, Por último comenzaron a transmitirse los apellidos tomados del lugar de donde procedía el linaje de cada individuo, llamados por esta razón *lugareños* o *solariegos*; como *Madrid*, *Córdoba*, *Zamora*, *Alcalá*.

Así, pues, quedaron los apellidos castellanos, clasificados en tres grandes grupos: patronímicos, personales y solariegos.

El Ganador del Gran Circuito

por René Betourne

EÓN Boule ganó la decima tercera etapa en forma espléndida con 27 minutos y 42 segundos de adelanto sobre Oscar Blaise, quien perdió por este hecho el primer lugar en la clasificación general.

Cuando pasó para firmar su contralor, Oscar Blaise se enderezó penosamente sobre el manubrio, cayóse, casi, bajando de la máquina y permaneció algunos instantes con la mano temblorosa y los dedos crispados, antes de poder escribir su nombre.

Se fué en seguida, titubeante, sin percibir, al parecer, las flores que se le ofrecían.

«¡Vamos!... ¡Up! Viejo — murmuró Jim Ely, su entrenador. — Atención a los fotógrafos».

Dócilmente, Oscar Blaise contractó su boca en una sonrisa rígida, que conservó hasta el hotel. Una vez en su cuarto entregóse, casi inerte, en las manos de Jim Elỳ, que lo devistió, lo bañó y le dió masaje con tanta facilidad como si se hubiese tratado de manejar un recién nacido de peso desdeñable.

Inclinado sobre su campeón, Jim Ely acompañaba sus cuidados con breves observaciones:

«Tiene dolor de estómago. ¿Es muy fuerte el dolor?»

«Es una lástima que haya bebido tanto después de la comida.»

Oscar Blaise no respondía sino por gruñidos inintelígibles. Bajo los dedos expertos de su entrenador sentía sus miembros aflojarse y que le penetraba una sensación de bienestar como si se le quitara una pesada armadura de fatigas. Comió sin apetito, apurado por concluir con todo esfuerzo. Cuando estuvo extendido sobre una cama, sintióse deslizarse volup-

tuosomante en el abismo acolchado del sueño.

Despertó al día siguiente atormentado por la incertidumbre que sigue al reposo prolongado. Poco a poco situóse en el tiempo y en el espacio; su fracaso de la víspera se presentó de golpe a su espíritu. Quiso recordar ciertos detalles, pero su memoria, todavía dormida, permanecía turbia. Llamó. Un mozo se presentó.

— Diarios y mi entrenador — ordenó.

Cuando Jim Ely llegó con los diarios pedidos, Oscar Blaise se los arrebató de las manos y recorrió las relaciones de la prueba. Su retardo parecióle enorme y consultó varias hojas para ver si no había errores en ello.

— Todo eso no resulta más que nueve minutos y diez y nueve segundos sobre la clasificación general — dijo Jim Ely.

— Nueve minutos y diez y nueve segundos — repitió Oscar Blaise.

Los dos hombres sacudiéronse fuertemente las manos.



En la ruta, Oscar Blaise precedía a León Boule por un cuerpo. Pedaleaba con regularidad, esperando el momento oportuno para recopilar su esfuerzo y sobrepasar bruscamente al otro.

La etapa era larga, tan larga que el corredor consideraba con terror la distancia a recorrer todavía.

La certeza de que no iría hasta el fin apoderóse de él y lo persiguió sin tregua.

¡Qué voluptuosidad sería la de detenerse ahí, al borde del camino, y esperar un auto!

Esta perspectiva lo sedujo peligrosamente, pero se repuso y, casi sin tener conciencia, crispóse sobre su manubrio y, en un sobresalto de todo el cuerpo, transportó su máquina.

La ruta abríase ante él; loco de contento, Oscar Blaise extendía sus piernas como dos resortes poderosos que iban a proyectarlo hacia la victoria.

De pronto, le pareció que la costa se levantaba con maldad; sus músculos no obedecieron ya las órdenes salvajes de su voluntad y tuvo que aflojar.

León Boule lo alcanzó, pero se contentó con ponerse a la cabeza.

La carrera continuó monótona y silenciosa.

Oscar Blaise comprendió entonces que el triunfo se le escapaba, y gruesas lágrimas cavaron húmedas huellas en su máscara de polvo.

Jim Ely habíale impuesto duras privaciones durante el entrenamiento. Sostenido por el prestigioso miraje de una llegada triunfal, había luchado desesperadamente en el desarrollo de la prueba. Ahora sabía que su depósito de energías estaba vacío para el gran impulso final.

Con odio miró las piernas de su rival: los músculos sobresalían prontos para nuevos esfuerzos y Oscar Blaise sintió los suyos endurecerse dolorosamente.

Sus puños se entorpecían, tenía deseos furiosos de estirar sus piernas cansadas y los pedales forzábanlas siempre a replegarse para un nuevo avance.

— ¡Cheer up! — murmuraba melancólicamente.

El recuerdo de su entrenador le dió algún coraje.

Oscar Blaise levantó la cabeza para mirar el paisaje. Ambos corredores costeaban lo alto de un acantilado a pico; la mar aparecía abajo, toda estremecida de sol, con minúsculas barcas que hinchaban sus velas en su superficie.

Para evitar una piedra, León Boule declinó el rumbo que lo arrojó al borde del abismo. Retornó el equilibrio, pero una angustia aguda había pinchado el corazón de Oscar Blaise. Muy netamente realizó el trazado de la etapa: dentro de diez minutos no habría ya más acantilados allí; dentro de diez minutos sería demasiado tarde.

Oscar Blaise pasó a León Boule, saltó de la máquina y, cuando su rival llegó a su frente, de un brusco empujón lo arrojó al precipicio.

Luego tapóse los oídos para no oir.

Algunos instantes después apareció un automóvil. Oscar Blaise se colocó a través del camino y levantó los brazos. El chóffer se detuvo y tres oficiales descendieron del carruaje.

— ¡Abajo!... ¡Caído abajo!... — balbuceaba el corredor señalando el abismo.

Los viajeros se agacharon. Al pie del acantilado yacía un cuerpo con los miembros descuartizados; más lejos un enredo de tubos indicaba lo que quedaba de la bicicleta.

Oscar Blaise sentóse sobre un montón de piedras y con la cabeza entre las manos, sollozó. Los oficiales, comedidos, decían:

— ¡Es una desgracia!

— Vamos, que diablo, no es culpa de usted.

— Es necesario partir... El record... Usted debe...

Otro automóvil llegaba. Jim Ely bajó de él. Cuando se le hubo explicado el accidente examinó el borde del derrumbadero, después se inclinó hasta el oído de Oscar Blaise:

«¡Cheer up!» — murmuró dulcemente.

Como pasara por el camino un pelotón de corredores colocó nuevamente en su silla a su «potro»; después de lo cual, negligentemente, se dedicó a disimular ciertos rastros que juzgaba comprometedores.

Ya en camino, Oscar Blaise se dió cuenta que el vacío se había hecho en el acto en derredor suyo: quedaba solo, completamente solo a la cabeza.

CLASIFICACION GENERAL

(14 ETAPA)

1.° Oscar Blaise: 210 h. 31 m. 53 s.

2.° Jorge Rouse: 212 h. 43 m. 5 s.

Oscar Blaise acababa al fin de dormirse después de un largo insomnio, cuando sintió una mano que le tocaba ligeramente el hombro. Despertó y no se sorprendió poco al ver un curioso hombrecillo, vestido de ciclista y con un sombrero de copa, sentarse muy suelto de cuerpo sobre la cama.

— Apuesto que usted no me conoce — dijo.

Oscar Blaise notó que llevaba una camiseta negra cortada longitudinalmente por una ancha raya verde. Como no hubiera nunca visto esos colores, esbozó un gesto vago.

El otro murmuró dulcemente y con mofa:

— Es que usted está siempre a la cabeza, ¡eh, eh! ¡Casi siempre a la cabeza!

Oscar Blaise sonrió y consideró un poco desdeñosamente la musculatura de su interlocutor.

— ¿Se halla usted entre los aislados, supongo?

El enano no respondió, pero comenzó a gesticular de una manera singular. Eviden-

temente, se encontraba presa de un exuberante júbilo, pues agitaba sus largos brazos con frenesí y movía alegremente su pequeña cabeza, teniendo buen cuidado, entre tanto, de conservar el equilibrio de su inverosímil galera.

— Ha matado usted, a ese pobre León ¿eh? — al cabo pudo articular.

Un sudor frío envolvió a Oscar Blaise.

El otro mirábalo fijamente con ojos terriblemente penetrantes. Entonces, en un soplo, murmuró:

— ¡Sí!

— Es una lástima para la casa «Sicna», — comentó el enano. — Usted estaba muy atrás... León Boule habría ganado seguramente ¿sabe usted?

Oscar Blaise lo sabía: opinó con la cabeza.

— Yo, *yo soy* un modesto — continuó el hombrecito, mofándose de nuevo — me contento con ser segundo; segundo detrás de usted; segundo como León Boule antes de la trece etapa... ¡Pero no me llamo León Boule, sabe usted, Oscar! ¡Soy el enano verde, yo! El enano verde ¿lo oye usted? Y si me hace usted mal, le cortará el pescuezo, mi viejo amigo Oscar. Sí, le cortarán a usted el pescuezo.

Oscar Blaise aprobó. Indudablemente no iría a medirse con un ser tan extraño.

— Su mano, dijo el enano.

Oscar Blaise sacó la mano de debajo de las sábanas; parecióle que era de plomo. El otro la aprisionó entre sus dedos huesosos y desapareció.

Oscar Blaise volvió a dormirse.

Un generoso anónimo ofrece una prima de 25.000 francos al ganador de la quince y última etapa.

(Los Diarios).

Al partir Oscar Blaise inspeccionó sus adversarios: no había entre ellos camiseta negra y verde que respondiera al distintivo de su visitador nocturno. Tranquilizóse, montó en su máquina, y no pensó ya sino en ganar la prima. Añadiendo a ella los 50.000 francos que le aportaría la victoria del circuito, podría abandonar las carreras y retirarse a vivir en provincia, donde compraría un garage. Allí pasaría sus días apaciblemente, honestamente...

La ruta alargábase, sinuosa y blanca.

El sol pesaba sobre la nuca del corredor.

A veces seguía la calle de una aldea orlada de casas sin ventanas, misteriosas y hostiles. Algunos paisanos mirábanlo pasar con aire indiferente. Las gallinas revoloteaban asustadas. Luego el camino alargábase de nuevo, en la monótona sucesión de postes telegráficos.

Las moscas perseguían a Oscar Blaisse con su zumbido. Al darse vuelta para espantarlas, vió al hombre de la camiseta verde y negra que le seguía tranquilo y sonriente, llevando su sombrero de copa.

Oscar Blaise se inclinó sobre su manubrio y silbó un aire familiar del velódromo. Detrás de él, el otro repitió el refrán en un tono más agudo. Oscar Blaise comenzó a perder la cabeza.

La cuestión era conservar su sangre fría hasta el fin de la prueba, después todo podría arreglarse. Pero Oscar Blaise empeñábase furiosamente en favor de la última etapa del Gran Circuito.

Pedaleaba rabiosamente y a veces al iniciar un viraje asegurábase de que el otro estaba siempre ahí. La sombra de una rueda y de un sombrero le bastaba, pues a pesar de todo el deseo que experimentaba, no osaba darse vuelta completamente.

Fueron así horas y horas como si una invisible ligadura elástica los atara el uno al otro.

Cuando alcanzaron los arrabales, los curiosos eran más numerosos.

Pronto fué aquello una fila triunfal que aclamaba a Oscar Blaise. Este prestaba atentamente oídos, no oía una vez sola el nombre de su perseguidor y la esperanza de que hubiese desaparecido le dió nuevas fuerzas. No sentía ya la fatiga y parecía apenas rozar el suelo.

A la vuelta de una avenida, Oscar Blaise percibió el velódromo, las tribunas negras de gente, la aglomeración de carruajes y el cordón de gendarmes. Sintió dilatarse su corazón de orgullo y de alegría. ¡Después de 225 horas de esfuerzos inauditos, llegaba el primero a la tierra prometida!

Cuando hubo penetrado en la línea recta, divisó las dos hileras de curiosos que se juntaban cerca del jalón de arribo y tuvo muy netamente la impresión que iba a entrar en esa multitud delirante.

Los sombreros volaban en el aire; rozaba cabezas convulsas por el entusiasmo; por sobre todo oía él un clamor:

«¡Oscar Blaise!... ¡Oscar Blaise!...

«*¡Cheer up! ¡Cheer up!* — repetía como si versificara, agotando lo que le quedaba de voluntad para dar los últimos golpes de pedal.

De pronto creyó oir estallar otro nombre como una fanfarra y, en una fulguración vió al enano verde delante de él.

El corazón de Oscar Blaise latió estrechándose en su pecho; soltó su manubrio y cerró los ojos.

Un gran remolino prodújose en la multitud.

TRADUCIDO PARA «CARAS Y CARETAS»

Un trágico accidente ha venido, contra todas las previsiones, a modificar la clasificación general del Gran Circuito.

«En el momento en que Oscar Blaise, solo en el velódromo, iba a terminar victoriosamente la prueba, perdió el contralor de su máquina y se desplomó sobre la pista. El médico de servicio, llamado en el acto, no pudo sino comprobar la muerte del desgraciado campeón, que ha debido sucumbir a causa de un aneurisma.

«El fin de León Boule, por otra parte, había sacudido fuertemente el sistema nervioso de Oscar Blaise, que daba, desde entonces las más grandes inquietudes a su entrenador Jim Ely.

«Jorge Rouse, que penetró en la pista seis minutos después de Oscar Blaise, ha sido, por este hecho, declarado campeón y ganador del Gran Circuito".

(Los Diarios.)

DIBUJOS DE PALACIO

De Entre Ríos



Ecos del corso nocturno. "Pito espuma de mar". Primer Gran Premio.



"El tanque blindado", Primer Gran Premio de Honor.



"Los pelandrunes", Primer Gran Premio en comparsas.



"La vizcachera", Primer Premio en el corso nocturno.

De Santiago del Estero



El gobernador, señor Medina, y demás autoridades provinciales, que presidieron la fiesta realizada por la Asociación "El Maestro", celebrando el aniversario de su fundación.

RROVERBIOS RUSOS SOBRE LA MUJER

Las solteras piensan en el matrimonio, las casadas en el amor.

El amor se prende en un hilo de seda, pero no se rompe con una maroma.

Parir es difícil, pero resulta una niñería comparado con el callar.

El matrimonio es una puñalada en el corazón del amor.

El ganso tiene más que censurar en el cisne que el cisne en el pato.

El que mira a través del amor, toma la joroba de la novia por su seno.

Un loco hace muchos, pero más locas hacen una loca.

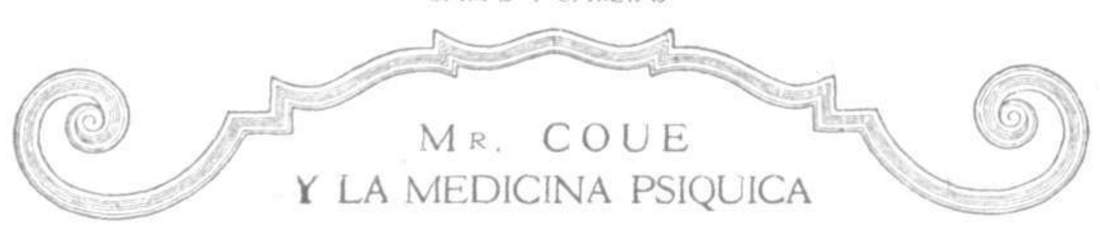
La novia no sabe por qué llora el día de la boda, hasta un año después.

El último amor es el verdadero.

El que alimenta a su mujer con vinagre, no beberá miel de sus labios.

También llora la fea cuando se le rompe el espejo.

No hay mujer sin esperanza ni hombre sin blandura.



Mr. COUE Y LA MEDICINA PSIQUICA

Por un par de días los buenos milaneses han dejado a un lado la política, el precio del pan y el proyecto de ensanche de la Estación Central, para concentrar la atención sobre un boticario, llegado de Francia en jira de propaganda.

Lo presento sin más trámites:

— Mr. Emile Coué, de Nancy, apóstol de la medicina psíquica.

Un hombre muy sencillo, bajito, rechoncho, de perita blanca y puntiaguda, nada imponente, ni siquiera en la mirada; algo así como el «hombre que ha vendido al contado», pero un poco más delgadito.

Su clínica de Nancy ha llegado a gozar de fama europea; es una verdadera Lourdes profana, donde las curaciones que se realizan parecen milagrosas. Lo serían, si en lugar de Mr. Coué, hubiera una imagen o una fuente como tantas.

Mr. Coué parte de un principio, que es el siguiente: la gran mayoría de las enfermedades deben su origen a malestares morales. Cuando el moral de una persona está afectado, se presenta la enfermedad en el cuerpo físico.

Pues bien: si es cierto que el moral tiene el poder de enfermar al cuerpo físico, debe también encerrar bastante fuerza para vencer la enfermedad y restablecer el equilibrio.

En otras palabras: cada hombre tiene en sí una fuerza, capaz de normalizar el estado de su organismo físico.

Despertar esta fuerza, hacerla eficiente, mantenerla *en acción, es el fin que se propone* la *medicina psíquica.*

Mr. Coué, profundamente convencido de esta teoría, empezó a aplicarla entre su clientela y con resultados tan brillantes, que pudo renunciar a la venta de los remedios alopáticos y homeopáticos.

Cada uno reflexione en lo que representa para un farmacéutico semejante proceder, que constituye una especie de apostasía científica.

E imagínense ustedes, cómo habrá sido la «guerre de boutique» que se habrá desencadenado en contra de este Martín Lutero de la Química Farmacéutica, de este señor Coué, que de golpe y porrazo venía a sacudir en sus cimientos toda una serie de intereses creados.

¡Medicina Psíquica!...

¿Y entonces las droguerías, las farmacias al detalle y al por mayor, los fabricantes de sueros, los que cultivan plantas medicinales, los preparadores de cacodilatos y demás reconstituyentes? ¡Al tacho todos!... ¡Cualquier día!...

En un principio nadie tomó en serio a Mr Coué.

— ¡Pobre! — dijeron. — *Lo que pasa al que quiere meterse en ciencias ocultas o, en palabras pobres, en camisa de once varas!... ¡Pronto lo veremos en el manicomio!...*

Y con esa *perfidia* característica en los «guerreros de boutique» llegaron hasta a lamentar tamaño desequilibrio:

— ¡Lástima, porque se trata de un hombre que tiene cierto talento... es muy hábil en su profesión!... ¡Podía hacerse una fortuna!... ¡Una fortuna!... Ganar algo, vamos pues hoy día tampoco la botica enriquece a nadie... Puros específicos, que no dan nada... ¡Nada!

Pero Mr. Coué, firme que te firme, salió con la suya y hoy la clínica de Nancy es la vida del gremio de hoteleros de la localidad.

Sin embargo las boticas siguen trabajando lo mismo en Nancy, por una razón muy sencilla, que debería tranquilizar a los facultativos y gremios afines.

Es sumamente difícil convencer a un enfermo de la eficacia que encierra un sistema tan práctico como el *tratamiento psíquico* y que por otra parte resulta demasiado barato.

Hay *que conocer un poquito el modo de ser* de los hombres, para convencerse que lo que afirmo es verdad.

La persona que sufre físicamente, no concibe que sus molestias puedan tener otro origen que no sea físico, material, y por otra parte es muy capaz de ofenderse como si se tratara de una burla, cuando oyera que repetir ciertas frases con método e insistencia, es dar origen a causas, que a su vez producen efectos terapéuticos.

— ¡Con palabras no se cura a nadie!... ¡Son cuentos!... ¡Sería demasiado cómodo!... La fe en un remedio aumenta muchas veces en proporción del alto precio del mismo... Una preparación casera se toma para no contradecir a una persona amiga que insiste sobre sus efectos benéficos o para conformar a la mamá o a la abuelita.

La misma cosa debidamente embotellada, con tanto de etiqueta, folletos ilustrativos de su acción, firmas y opiniones de autoridades científicas y mucho más si son extranjeras, la acepta el cliente con veneración, casi con respeto religioso, pero... Hay muchos peros...

Y el peor de los peros es que la dolencia no afloja a pesar de la *sugestión que ha ejercido el remedio.*

La sugestión para que consiga efecto debe ser o muy fuerte, como en el caso de los que se trasladan en peregrinación a santuarios lejanos y renombrados o debe ser continuada y persistente.

De los dos métodos indudablemente el más seguro es el segundo.

Mr. Coué se ha vuelto maestro en el arte de despertar en el enfermo esa fuerza que todos poseemos dentro de nosotros y que es capaz de realizar reacciones talmente maravillosas, que pueden parecer milagros, mientras son muy naturales.

Dice Mr. Coué, que hasta en las enfermedades orgánicas hay una proporción entre la afección moral y la física que se puede determinar así: ocho décimas partes dolencia moral, dos décimas partes dolencia física.

Si llegamos a sanar la parte moral, hemos reducido de un ochenta por ciento el coeficiente de la enfermedad, que de este modo es susceptible de curar con mucha facilidad. Mr. Coué asegura haber conseguido resultados sorprendentes hasta en las enfermedades de la piel.

Por mi parte no dudo de la bondad del método de Mr. Coué, solamente hago mis reservas sobre la *paternidad de dicho método.*

Mr. Coué lo aplica y los resultados conseguidos le dan sin duda la ventaja de una sugestión sobre los que se presentan a su clínica para ser tratados de dolencias rebeldes a otros sistemas de curación, pero Mr. Coué no ha descubierto nada.

El sistema era conocidísimo por los hindúes y Yogi Ramacharaka ha publicado un libro «Medicina Psíquica» que recuerdo haber visto en Buenos Aires, traducida al castellano por el conocido naturista señor Arturo Montesano Delchi.

La obra de Yogi Ramacharaka es completa y expone





Por el

DOCTOR A. VACARI

con detalles preciosos tres formas de terapía psíquica, que son: La cura pránica, la mental y la espiritual.

Mr. Coué, sin embargo, no parece preocuparse de excesivos detalles: persigue la sencillez más absoluta; todo consiste — dice él — en la autosugestión. Es una fuerza que todos tendrían que conocer y aplicar con criterio, pues mientras puede ser muy benéfica también puede traer trastornos.

El apóstol de la medicina psíquica habló en el «Lyceum Femminile» ante numerosísima concurrencia, que manifestó mucho interés por las teorías expuestas en forma sencilla, bonachona y fueron aplicadas ahí mismo sobre personas enfermas.

Una señorita que sufría de neuralgia facial, ejecutó ella misma con su mano derecha unos pases sobre la parte enferma, repitiendo veloz y mecánicamente las palabras: — Ça passe, ça passe!

A los pocos minutos declaró que los dolores habían desaparecido. Un señor que se había recalcado un pie y otro con una rodilla dolorida debido a un golpe que se había llevado unos días antes, también encontraron pronto alivio con el mismo método.

Hasta una señora sorda, después de la sesión manifestó síntomas de notable mejora.

Afirma el apóstol de la medicina psíquica, que nosotros al acostarnos deberíamos repetirnos con sencillez, frases más o menos como estas: «Yo me siento muy bien, estoy perfectamente. Desde todo punto de vista estoy bien». Si nosotros nos fijamos en la cabeza que estamos bien, que nuestros asuntos marchan a las mil maravillas, forzosamente quedaremos en buena salud y nuestros negocios tendrán resultado.

Toda idea, buena o mala que sea, no solamente tiende a realizarse, sino que se realiza en el campo de lo posible.

Mr. Coué tal vez conozca mucho más de lo que ha manifestado al público, que lo escuchó con tanto interés. Para mí no hay duda que él sabe cómo obra el pensamiento y que cada uno de nuestros pensamientos da lugar a una forma en lo que se llama mundo mental.

Estas formas mentales subsisten por un tiempo más o menos largo según la intensidad y la fuerza del pensamiento que las ha creado y pueden llegar a ser poderosísimas y de larga duración, alimentándolas diariamente con fuerza igual, es decir con pensamientos iguales.

Es natural por consiguiente que las preocupaciones, es decir los pensamientos perniciosos, puedan ser vencidos con otros contrarios, alimentados metódicamente.

Y no solamente puede ser así, sino que no veo cómo pueda ser de otra manera.

Por otra parte, es bastante conocido hoy día el hecho que nuestros órganos interiores, los que pertenecen al sistema involuntario, obedecen ellos también a la voluntad metódicamente dirigida hacia ellos y son muchos hoy los médicos que aconsejan a los secos de vientre ciertas prácticas, basadas sobre el conocimiento de esta verdad.

El que a la misma hora imponga a su sistema digestivo de funcionar con regularidad, termina por conseguir esa normalidad que es la base de la salud.

Puede ser que muchos se rían de estas afirmaciones, sin embargo, los hechos son hechos.

No han faltado críticas al sistema de Mr. Coué. Ha habido técnicos que se han reído de ciertas inexactitudes de lenguaje, sin tener en cuenta que él nunca ha afirmado de pertenecer a la clase de los facultativos. Es un hombre que ha estudiado, ha leído mucho y en lugar de guardarse los conocimientos adquiridos, ha empezado a aplicarlos en bien de los que sufren y no ha tenido inconveniente en popularizar el sistema excesivamente barato y fácil para combatir las dolencias.

Hubo quien dijo que todo lo que se refiere a la autosugestión es conocidísimo en el campo médico, a lo que contestó Coué con otra pregunta:

— ¿Conocidísimo? Muy bien... ¿Y por qué entonces no lo aplican?... ¿Por qué tantos enfermos se costean hasta Nancy para ser tratados por quien no posee título ninguno?... Dicen también que los resultados obtenidos con mi sistema no son definitivos... Yo no afirmo que los que salen sanados de mi clínica se vuelvan inmortales o no se enfermen más hasta el momento de pasar a mundos mejores, pero quisiera saber cuál es el facultativo, que puede atreverse a garantizar que la persona que él ha sanado no tendrá recaídas.

El escepticismo científico, lejos de ser un mal, a mí me parece muy bien. Si un nuevo sistema de curaciones viene ensayado con éxito, es desde todo punto de vista oportuno y conveniente que los sabios lo acepten con muchas reservas.

El excesivo optimismo lleva muy fácilmente a exageraciones, a insucesos que perjudica lo bueno que pueda haber en lo que se refiere a nuevos descubrimientos y con la misma facilidad con que ha inducido al entusiasmo conduce al desaliento.

De todas maneras si el método Coué no tuviera otro resultado que el de inducir a los hombres a un más amplio conocimiento de sí mismos y de sus propios poderes, ya sería por este solo hecho digno de consideración. Se ha repetido hasta la saciedad que el hombre es un pequeño universo, un microcosmo que contiene en sí todo lo que en gran escala encierra el macrocosmo.

Si en lugar de escuchar esta frase como quien oye llover, la meditáramos con atención y si esta meditación la repitiéramos muy a menudo, muy pronto llegaríamos a sorprendernos por el asomarse de facultades latentes que ni soñamos poseer.

La cosa es que para desarrollarlas hace falta voluntad y constancia. Hay resultados que no se consiguen con arranques sino con entrenamientos. Y los entrenamientos son muy aburridos, requieren sacrificios y a veces ejercicios que parecen infantiles, pero que son necesarios.

Los boxeadores, estos colosos que alcanzan a adquirir una fuerza taurina, deben por días y meses saltar la cuerda como niños, pues esto es necesario para conservar y aumentar la elasticidad física.

Es un ejercicio que puede parecer ridículo a cierta edad, pero se hace. El título de campeón merece que se haga caso omiso de lo que puedan decir los que ignoran los beneficios que trae un ejercicio tan infantil.

¿Y bueno; puede que valga la pena repetir todos los días a la misma hora unas frases que ejercen un beneficio notable sobre nuestro organismo, otorgándonos el control de las funciones interiores, garantizándonos en una palabra el don más precioso: la salud.

¡Qué quieren! No será científico el método Coué, no será científica tampoco la medicina psíquica, pero si da estos resultados, empiezo desde esta noche a repetirme a mí mismo: Estoy muy bien!

De Territorios



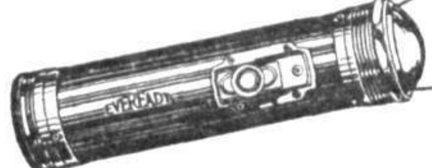
SANTA CRUZ (Puerto Deseado). — "Los fugados de Usuhaia", auto que llamó la atención en el corso local.



Distinguidas señoritas de esta localidad que obtuvieron premios en el baile de disfraz realizado en la Sociedad Española.

Cada motorista necesita una lámpara de bolsillo EVEREADY

SEGURAS, EFICIENTES, DURABLES





Toda clase de lámpara de bolsillo mejora si se usan en ella las baterías Eveready

PARA guiarse cuando retrocede, para evitar zanjas, en terraplenes oscuros, para localizar daños en el motor, para cambiar llantas, buscar herramientas, leer direcciones, etc., nada tan conveniente como una lámpara de bolsillo Eveready.

148

VILA MARZONI & Cía. - Rivadavia, 1447 - Bs. As

BRAZOS y PIERNAS ARTIFICIALES


ESTABLECIMIENTO FUNDADO EN EL AÑO 1901

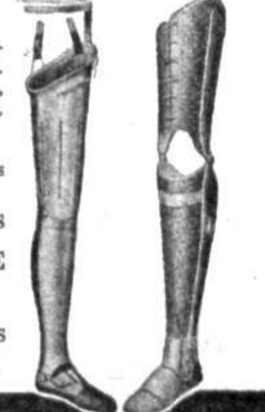
Talleres modernos para la construcción de piernas artificiales. Ultimo modelo con pie y articulaciones de goma. Brazos artificiales. Corsés de cuero, celuloide, cutil, etc., para mal de Pott, escoliosis, etc. Aparatos para parálisis, coxalgia, pie Bott, Varus, etc.

Fajas, bragueros, medias elásticas, orinales y artículos de goma de todas clases.

SILLONES CON LLANTA DE GOMA PARA ENFERMOS

SOLICITE EL CATALOGO GENERAL DE ORTOPEDIA B.

Para fajas Pídase Catálogo A. que remitimos gratis al Interior.



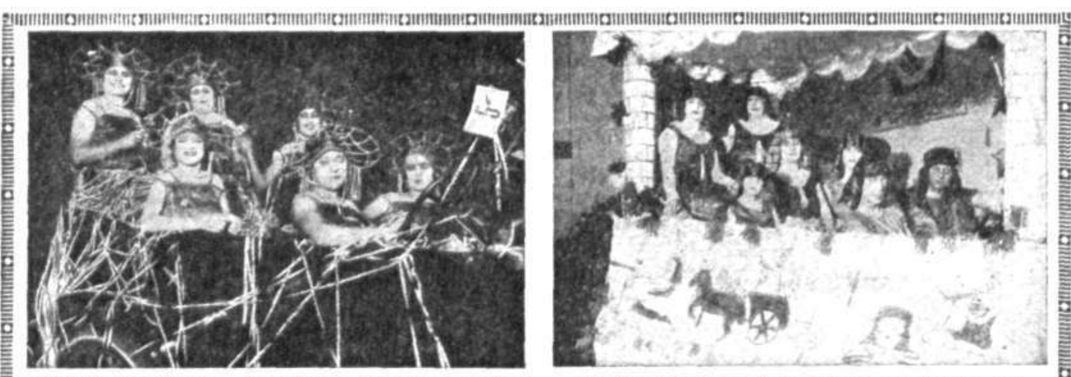
ORTOPEDIA SCATTINI DAVID Hnos
CERRITO 488: Buenos Aires

Clisés usados

Se venden clisés usados en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra".

Dirigirse a la Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires.

De Territorios





ECOS DE CARNAVAL. — General Pico. Señoritas de Lacerca y Verna, disfrazadas de "kempiés"

Señoritas de Huausen, Argos y Quez, que obtuvieron el 1er. premio de vehículos con su auto "Templo Egipcio"



Distinguidas señoritas que dieron realce y animación al baile de disfraz realizado en el "Pico Hotel".

Nuestros pequeños visitantes

Héctor O. Cuccarese, cowboy.

Domingo P. Napolo, billiken.

Ana María Cribari, arlequín.

Filomena Morelli, bicho canasto.

Alberto Suárez, holandés.

Vicente Laraná, doctor.

José Fepe, mosquito.

Blanca Aconce, fantasía.

Perla A. Suárez, dama antigua.

Luis Antonio Foschi, Pierrot.

Nélida Hernando, barrandero.

Violeta Fola. midinette.

Juan C. Brito, baturro.

Zulema Bestelli, palmatoria.

Dora Bestelli. arco iris.

Lidia Melba de Miguel, bailarina.

Nelly Lio, patricia argentina.

Aurelio Roque Fernández, doctor.

Elba Martha Apolonio, clavel.

Salvador Tamiglietti baturro.

Lelia René y Gloria Iris Vinelli, yerbero y mate.

Carmen Zulema Spiniello, fantasía.

Alberto Villanueva, payaso.

Elida Alvarez, mariposa.

Oscar M.nor, cacique.

María del Carmen Rey, maja.

Roberto Alberto Suárez, Pierrot.

Eva Medina Barreiro, odalisca.

Nilva B. Dapueto, embl. nacional.

Loreta Maldari, vend. napolitana.

Elsa C. Gonella, fantasía.

Antonio Giorno, jefe de bomberos.

Abraham Schijman, cab. antig.



Lola Fernández, bohemio.



Esther Nelly Gagliardino, rosa.



Livia Marquine, pierrot.



Inés Ada Rossi, copo de nieve.

Nuestros pequeños visitantes



María E. y Juan J. Fiontini; duque y pierrot.



Vicente Martínez, Antonio Russo, Ramón O. Barros y Clarita R. Barros; cocoliche, cow-boy, paisana y mora.



María I. Lidia y Salvador Schenone; Pompadour, baturro y bailarina.



María y Gabriel Salvia; frutilla y sandía.



Dora y Antonio Clavel; pierrot y aldeana.



Benicio, María G. y Aurora Acosta; candelero, noche y día.



Catalina Ciolfi, Normando de la Torre y J. García; noche, pierrot y japonesa.



Benigno y Elena Iglesias; payaso y bataclán.



María y Francisco Doval; típicos gallegos.



Isabel, Catalina, Elsa y Haydée Juliá; hada, gitanas y billiken.



Nicolás, Italo, Cilda, Hilberto y Aurelio Amaruso; italianos, dama antigua y Luis XV.



Raymundo y José Goñi, pelotaris.



Nicanor y Julia Usoz; pierrot y locura.



Francisco y Lucía Fresedo; dios Baco y bataclán.



Celia y Carlos Tedesco; fantasía y jockey.



Aida, Leonor y Amneris Toriglia Monti; dama antigua, gitana y fantasía.



Ama[illegible] y [illegible] Lalanne; apache y agente del E. de S.



Simón y José Blanco; Luis XV y dama antigua.



Alberto y Sara S[illegible]iliano; Cupido y dama antigua.



Natalia y Teresa Muscio; pierrotas.



NO HAY PEOR SORDO...

La campaña que en pro de los intereses de los habitantes de Buenos Aires, y, sobre todo, de la vida de los mismos, hemos emprendido desde hace algún tiempo, al mostrar a las autoridades «competentes» la urgencia que existe de organizar los servicios de autobuses, no parece ser suficientemente considerada. Y ya se sabe: «No hay peor sordo que el que no quiere oír»...

No obstante, se hace preciso seguir llamando la atención de la Municipalidad, a fin de que establezca, de una manera práctica y segura, los referidos servicios de autobuses. Ha de fijarse la velocidad máxima dentro de la capital y es inaplazable que se lleve a la práctica el examen de los candidatos a conductores, pues de otra suerte los mastodontes mecánicos de la vía pública continuarán su activa labor mortífera contra los peatones indefensos.

Los autobuses no tienen luz durante las noches, y los que la tienen o creen tenerla, no permiten ni la lectura de los diarios a los pasajeros. Los autobuses son sucios. No se desinfectan, según todas las apariencias, convenientemente.

Para finalizar por hoy, indicamos, a quienes corresponda, que la capital argentina no tiene por qué ser campo de ensayos para diversos tipos de autobuses, porque, además de costarle ello la vida a numerosas víctimas inocentes, la comodidad del público se resiente. Los tipos o el tipo de autobuses conveniente para nuestra gran ciudad ha de ser parecido al que se usa en Londres. Así lo demuestran algunos ejemplares que circulan por la avenida de Mayo.

¡RES, NON VERBA!

Por lo visto, y por lo oído... en la Dirección general de tráfico de la capital, se conversa y se discute demasiado y no se hace nada o casi nada en el sentido de resolver, por lo menos, las fases más urgentes del problema. El señor director de tan importante rama urbana concede entrevistas a los diarios, hace exposiciones kilométricas, pero no se ve que sus gestiones beneficien en nada práctico a nuestra población.

El expresado caballero llega, en sus declaraciones periodísticas, hasta los linderos de la hipérbole, declarando, por ejemplo: Que el aumento de los accidentes de ómnibus es la consecuencia del mayor número de vehículos que circulan, sobre la base de «una insuficiente reglamentación», desde luego. «Mayor cantidad, mayores efectos», expresa el director de tráfico, agregando: «Los nacimientos o los fallecimientos en Buenos Aires o en Londres tienen que ser, naturalmente, en mayor número que en La Plata o en Tucumán».

Pero el expresado sociólogo y estadista que se acaba de revelar así, olvida o ignora que en Londres o en París hay más población y mayor cantidad de automóviles que en Buenos Aires, y *bastantes accidentes menos.*

EL QUE HA DE MORIR A OBSCURAS, AUNQUE ANDE VENDIENDO VELAS...

Así dice la frase popular, interpretando una especie de sentido esotérico de la vida, o de la muerte. Pero el caso de la chica que el otro día se arrojó bajo las ruedas de un tren subterráneo, pasándole tres coches por encima — sin causarle daño, — demuestra que el que no se ha de morir arrollado por un tren, ni aunque le pasen tres vagones.

¡Pero no es sola ésta la lección que ha dado esa triste tentativa de suicidio de una niña de diez y siete años! El hecho, por un simbolismo cuya elocuencia está al alcance del más obtuso, ha querido expresarles a esas criaturas enfermas de tragedia prematura, que no es necesario morir así a la hora del alba de la existencia, sino que es preciso levantar la esperanza hasta Dios, plegándonos a su voluntad suprema y sabia.

De modo que si oyéramos hablar sinceramente a la pobre muchacha que intentó dejar este mundo de la manera referida, nos diría — como se lo habrá dicho ya a alguien — que sólo en un momento de ceguera espiritual o de locura pudo atentar contra su existencia. Y la vida misma (preguntadle los que la conozcáis) le ha mostrado, después de la crisis destructora, nuevos horizontes, a la luz del arrepentimiento.

LO DEL JARDIN ZOOLOGICO

Cualquier espíritu aficionado a la lógica, diría que a estas horas, después de tanto tiempo de clausura y de tantos gastos considerables de dinero y de energías, el Jardín zoológico está listo para reabrirse, con gran alegría de los niños de nuestra capital.

Pero he ahí un caso en que la lógica sería lo más ilógico posible, pues aunque el *zoo* va a perder su clausura, las obras que debían haberse realizado en él distan muchísimo, según parece, de la terminación conveniente — particularmente las sanitarias, que son de la mayor urgencia, bajo todo punto de vista.

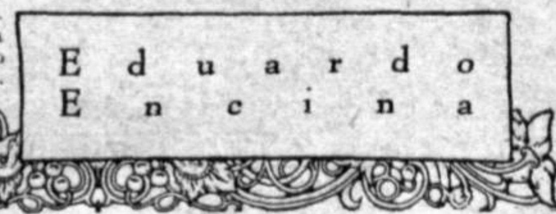
En consecuencia, el Jardín zoológico, al reabrirse, como lo va a hacer pronto, sin haber puesto fin a las obras de mejora, de saneamiento, de organización, será un espectáculo no ya de las faunas de todos los climas del planeta reunidas allí, sino de la imprevisión, de la vista gorda y de la indolencia de quienes han debido ocuparse tenazmente en hacer labor eficaz en beneficio del público, cuyos bienes se administra o debe administrarse...

FAVORITISMOS INOPORTUNOS

Con ocasión de los torneos de selección organizados por la Federación argentina de boxeo, se ha incurrido en no pocos errores, algunos de ellos dignos de un comentario rápido, ya que no se deben dejar pasar por alto.

Las personas encargadas por la expresada Federación, de repartir las setenta entradas que la Municipalidad dispone para los periodistas, lo han hecho disparatadamente, incurriendo en una serie de favoritismos de criterio personal, cuyas consecuencias negativas es la misma Federación quien las sufre.

Para los fotógrafos de nuestra casa, enviados al mencionado torneo de selección, no se han tenido las consideraciones que el caso indicaba, no sólo dada la jerarquía de CARAS Y CARETAS sino el buen sentido de los dirigentes de la Federación del boxeo.



Nuestros pequeños visitantes

Amelia P. Hogath, húngara.

Enrique M. Mármol, chino.

Nélida Pernisa, boxeador.

Jorge R. Martínez, pescador.

Delia Pusa Rial, Mensaj. del sueño.

Zulema Barreda, filatelia.

Delia Rega, reina.

A. Padin Sampini, bataclán.

Roberto P. Fosimano, paje.

Juan B. López, baturro.

José A. Bresco, jockey.

Blanca I. Páez, fantasía.

Delia Lumeras, bailarina.

Carlos A. Crespo, vasco lechero.

Luis M. A. Volpe, pierrot.

Angelita Noschese, Ada.

Beatriz V. Muñoz, crisantemo.

Antonio Salgueiro, general.

Juana E. Aramburu, cuarto poder.

María R. Nogueira, admirala.

Emita Susana Vidal, aldeana.

Alcira España, billiken.

Nelly Spósito, caja de sombrero.



Elsa C. Hernández, palmatoria.

Julieta O. Rey, holandesa.



Ovidio Blanca, holandés.



María E. R. Gómez, odalisca.



María E. Gilardi, holandesa.



Norma I. Ramírez, billiken.



Francisco L. M. Celano, jockey.



Nicolás Coletta, real griego.



Amelia Calcerrada, Cupido.



Zulema E. Rescia, bataclán.



Hugo Presa, pierrot.



Atilio Giuliani, bailarín ruso.



José [illegible], pierrot.



Carlos [illegible], Cupido.

Nuestros pequeños visitantes

Carmen Alonso, Cupido.

Susana R. Montero, Cupido.

Vicente H. Alvarez, pierrot.

Ivonne Vaast, bailarina.

Eugenio Molina, pierrot.

José Cuccaro, Cupido.

Bienvenida Lasso, campesina.

Celia Castello, fantasía.

María E. Neglia, esclava.

Nélida Facú, gitana.

Zulema Ponce, odalisca.

Perlita M. Turral, odalisca.

Raquel Rosendal, billiken.

Alfredo Eliotta, boxeador.

Leonor Paris, amazona.

Herminia C. Delbene, billiken.

Amelia Bontempo, pocker X.

Azucena Angélica Cela, fantasía.

Antonio S. Tomás, baturro.

Elda G. Rodriguez, hada.

María L. Demarchi, mariposa.

Atilio M. Trosolino, turco.

Francisco de Rosa, rey.

Eranoohi Copushian, reina.

Dolly D'Onofrio, fresa.

Elida de la Torre, fantasía.

María F. Lopardo, guerrera.

María Velázquez, Cupido.

Alicia R. Silvestre, príncipe.

María Benigno, casita.



Celia Petinatti, bailarina.



Lidia C. Bouzon, bataclán.



Antonio Ferraro, turco.



Etelvina del C. Sidero, aldeana.



Gabriel D. Alousse, lecherito.



Carmen C. Abritta, pierrot.

Miguel A. Lopez, gitano.

Nuestros pequeños visitantes



Niñas de Rodríguez: pierrots.



María, Adela y Emilia; dama antigua, holandesa y polvera.



Aida H. y Estela N. Paggi con Nélida Estévez; holandesas y dama antigua.



María E. y Osvaldo Breghelli; clowns.



Angélica y Eduardo Valencio, con Ana A. Martín; Lucifer y payasos.



Haydée y Oscar Helguera, con Julio F. Alvarez; Cupido, italiano y baturro.



Juan C., Otilia M. y Angélica Chani; Madame Pompadour y pierrot.



Estanislao, María E. y Asunción A. Martínez; baturros y servilletera.



Felipe y Clarita Grun; caballero y dama antigua.



Delia y Blanca Gerardi con Juan C. Bottegisi; turca, belga y farol.



Laura y Dora Martínez con Anita Ríos; bailarina, baturro y pierrot.



Roberto y Antonio Martín; militares.



Delia Lina Iacinia y Elvira Ibarra; pierrots.

NUESTRO NUMERO PROXIMO

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Por el amor, novela corta, original de **Héctor Olivera Lavié.** La novia de los tristes destinos, por **Raúl Monteros Bustamante.** Extasis universal, por **Arturo Vázquez Cey.** El aguaraguazú, por **Horacio Quiroga.** Las margaritas, por **Horacio Rega Molina.** Aunque mala la comparación..., por **Federico Gutiérrez.** Metamorfosis de un sabio, contada por una pulga, por **José Martínez Jerez.** Los de ayer: Emilio Becker, por **Estanislao Rivas.** Apellidos argentinos: Fernández, por **Argantonio.** Recuerdos de la vida literaria, por **M. Soto Hall.** El apóstol relleno, por **Ernesto Mario Barreda.** Los diablos del agua, por **Roberto J. Payró.** Don Pedro el Cruel, por **Francisco Grandmontagne.** Venganzas curan agravios, por **Ventura García Calderón.** Las hojas secas, por **Cleopatra Cordiviola.** El piso de arriba, por **Cecil Hayter.** La fábula de los dos anillos, por **Marco Ramperti.** Las lágrimas, por **Galio do Arizonas.** La fría mano del misterio, por **W. Fernández Flores.** Piensa y ejecuta, por **Arcadia de Mulbrodh.** Notas asunceñas, por **Fausto Burgos.** Momentos embarazosos, por el dibujante norteamericano **Charles Dunn.** Ultimas novedades de la moda para **"Caras y Caretas".**